

JEFFREY ARCHER

Sólo el tiempo lo dirá



Lectulandia

«Me dijeron que a mi padre lo mataron en la guerra». Así arranca, en 1919, en los muelles de Bristol, la épica singladura de Harry Clifton. El destino parece depararle un futuro miserable: casi no ha conocido a su padre, y su madre trabaja de sol a sol para sacar adelante la familia que completan un abuelo sordo y un hermano alcohólico. Pero Harry tiene un as en la manga: una prodigiosa voz que le permitirá entrar en una exclusiva escuela y cambiar su destino para descubrir su verdadero origen. ¿Qué precio pagará Harry para conocer toda la verdad? Solo el tiempo lo dirá.

Lectulandia

Jeffrey Archer

Sólo el tiempo lo dirá

ePub r1.0

Titivillus 29.01.16

Título original: *Only time will tell*
Jeffrey Archer, 2011
Traducción: Claudia Conde

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Me dijeron que a mi padre lo mataron en la guerra». Así arranca, en 1919, en los muelles de Bristol, la épica singladura de Harry Clifton. El destino parece depararle un futuro miserable: casi no ha conocido a su padre, y su madre trabaja de sol a sol para sacar adelante la familia que completan un abuelo sordo y un hermano alcohólico. Pero Harry tiene un as en la manga: una prodigiosa voz que le permitirá entrar en una exclusiva escuela y cambiar su destino para descubrir su verdadero origen. ¿Qué precio pagará Harry para conocer toda la verdad? Solo el tiempo lo dirá.

MAISIE CLIFTON

1919

PRELUDIO

Jamás habría escrito esta historia si no me hubiera quedado embarazada. Entiéndaseme bien, yo ya tenía pensado perder la virginidad en la excursión del personal de la naviera a Weston-super-Mare, pero no con ese hombre en concreto.

Arthur Clifton era de Still House Lane, como yo, y hasta había ido a mi misma escuela, la primaria de Merrywood, pero como era dos años mayor que yo, ni siquiera sabía que yo existía. Todas las chicas de mi clase estaban enamoradas de él, y no sólo porque fuera el capitán del equipo de fútbol.

Aunque nunca había manifestado ningún interés por mí mientras estuvimos en la escuela, las cosas cambiaron poco después de su regreso del frente occidental. Ni siquiera estoy segura de que supiera quién era yo cuando me sacó a bailar aquel sábado por la noche en el Palais, aunque, a decir verdad, yo misma tuve que mirarlo dos veces para reconocerlo, porque se había dejado un bigotillo fino y tenía el pelo engominado y peinado hacia atrás, al estilo de Ronald Colman. Esa noche no miró a ninguna otra chica y, cuando terminamos de bailar el último vals, supe que sólo era cuestión de tiempo que me propusiera matrimonio.

Me cogió de la mano cuando me acompañó de vuelta a casa y, al llegar a mi puerta, intentó besarme, pero yo aparté la cara. Después de todo, el reverendo Watts me había dicho mil veces que tenía que mantenerme pura hasta el día de mi boda, y la señorita Monday, la directora del coro, me había advertido que los hombres querían una sola cosa y que, en cuanto la conseguían, perdían todo el interés. Muchas veces pensé que lo decía por experiencia propia.

El sábado siguiente Arthur me invitó al cine, a ver a Lillian Gish en *Lirios rotos*, y aunque dejé que me pasara el brazo por los hombros, seguí sin permitirle que me besara. No se quejó. Lo cierto es que era bastante tímido.

Al otro sábado, le dejé darme un beso, pero cuando trató de meterme la mano por debajo de la blusa, lo aparté de un empujón. De hecho, no le permití nada de eso antes de que me propusiera matrimonio, me comprara un anillo y el reverendo Watts leyera por segunda vez las amonestaciones.

Mi hermano Stan me decía que yo era la última virgen conocida en nuestro lado del río Avon, aunque sospecho que estaría pensando en la mayoría de sus conquistas. Aun así, decidí que había llegado el momento, ¿y qué mejor ocasión que la excursión del personal de la naviera a Weston-super-Mare con el hombre que en pocas semanas sería mi marido?

Sin embargo, nada más bajarse del autobús, Arthur y Stan se fueron directamente a la taberna más cercana. Pero yo me había pasado un mes entero planeando ese momento, de modo que, cuando me apeé del autobús, como una buena niña exploradora, estaba preparada.

Estaba yendo hacia el muelle, bastante contrariada, cuando noté que alguien me

seguía. Me volví y me sorprendió ver quién era. Cuando me alcanzó, me preguntó si estaba sola.

—Sí —respondí, segura de que para entonces Arthur iría por su tercera jarra de cerveza.

Cuando me puso la mano en el trasero, debí darle una bofetada, pero por varios motivos no se la di. Para empezar, pensé en las ventajas de echar una cana al aire con alguien a quien probablemente no volvería a ver nunca más. Además, tengo que confesar que me sentí halagada por su atrevimiento.

Mientras Arthur y Stan se acababan probablemente su octava jarra de cerveza, él encontró una habitación para nosotros en una pensión del paseo marítimo, donde al parecer tenían precios especiales para los huéspedes que no pensaban pernoctar. Empezó a besarme antes incluso de llegar al rellano, y en cuanto la puerta de la habitación se cerró, se puso a desabotonarme la blusa a toda prisa. Obviamente, no era su primera vez. De hecho, dudo que yo fuera la primera que se llevaba a la cama durante una excursión del personal. De otro modo, ¿cómo habría sabido lo de los precios especiales?

Debo confesar que no me esperaba que todo acabara tan rápido. Cuando se me quitó de encima, fui corriendo al baño, mientras él encendía un pitillo, sentado al borde de la cama. «Puede que sea mejor la próxima vez», pensé. Pero cuando volví, se había esfumado. Tengo que admitir que fue una decepción.

Me habría sentido más culpable por la infidelidad si Arthur no me hubiera vomitado encima en el viaje de regreso a Bristol.

Al día siguiente le conté a mi madre lo que había pasado, sin revelarle quién era el tipo. Después de todo, no lo conocía y probablemente no lo conocería nunca. Me aconsejó que no dijera ni una palabra, porque no quería verse obligada a suspender la boda. Si resultaba que me había quedado embarazada, nadie sospecharía nada, porque ya estaría casada con Arthur cuando se me empezara a notar.

HARRY CLIFTON

1920-1933

Me dijeron que mi padre había muerto en la guerra.

Cada vez que le preguntaba a mi madre por su muerte, me decía solamente que había servido en las filas del Real Regimiento de Gloucestershire y que había caído en combate en el frente occidental, pocos días antes de la firma del armisticio. Mi abuela decía que había sido un valiente, y, una vez que nos quedamos solos en casa, me enseñó sus medallas. Mi abuelo no solía opinar sobre nada, pero estaba sordo como una tapia, así que es posible que ni siquiera oyera las preguntas.

Aparte de él, el otro único hombre que recuerdo en mi hogar es mi tío Stan, que se sentaba en la cabecera de la mesa para el desayuno. Cuando salía por la mañana, yo lo seguía hasta los muelles donde trabajaba. Para mí, cada día en el puerto era una aventura: mercantes que llegaban de tierras lejanas con sus cargamentos de arroz, azúcar, plátanos, yute y otras muchas cosas de las que ni siquiera había oído hablar... En cuanto las bodegas se vaciaban, los estibadores volvían a cargarlas con sal, manzanas, estaño e incluso carbón (lo peor de todo, porque dejaba huellas evidentes de lo que había estado haciendo durante el día y mi madre se enfadaba), y entonces los buques volvían a zarpar hacia quién sabe dónde. Yo siempre le pedía a mi tío Stan que me ayudara a descargar los barcos que atracaban cada mañana, pero él se reía y decía: «Todo a su tiempo, hombrecito».

No veía la hora de empezar, pero entonces, sin previo aviso, la escuela se interpuso en mi camino.

A los seis años me enviaron a la escuela primaria de Merrywood. Me pareció una soberana pérdida de tiempo. ¿Para qué ir a la escuela si podía aprender todo lo que necesitaba en los muelles? No me habría molestado en volver al día siguiente si mi madre no me hubiera arrastrado hasta la puerta y me hubiera depositado allí, y no hubiera vuelto a las cuatro para recogerme.

No me daba cuenta de que ella tenía otros planes para mi futuro que no incluían trabajar con mi tío Stan en el puerto.

Todas las mañanas, cuando mamá me llevaba a la escuela, yo me quedaba un rato dando vueltas por el patio hasta que la perdía de vista y entonces me escabullía hacia los muelles; pero tenía cuidado de estar otra vez en la puerta, esperándola, cuando venía a buscarme. De camino a casa le contaba todo lo que habíamos hecho ese día en la escuela. Tenía facilidad para inventar historias, pero a mi madre no le costó mucho descubrir que no eran más que eso: historias.

Había un par de chicos de la escuela que también solían marcharse a los muelles, pero yo mantenía las distancias. Eran mayores y más corpulentos que yo, y me pegaban cuando se cruzaban conmigo. También debía tener cuidado con el señor Haskins, el capataz principal de los muelles, porque si me sorprendía «merodeando», como él solía decir, me mandaba de vuelta a la escuela con una patada en el trasero y

una amenaza:

—Si vuelvo a verte merodeando por aquí, iré a hablar con el director.

De vez en cuando Haskins consideraba que ya me había visto demasiadas veces y entonces iba a hablar con el director, que me castigaba con unos correazos y me mandaba de vuelta al aula. Mi tutor, el señor Holcombe, nunca me delataba cuando yo faltaba a clase, pero lo cierto es que era un poco blando. Cada vez que mi madre se enteraba de que me había saltado la escuela, se enfurecía y me retiraba la paga semanal de medio penique. Sin embargo, pese al ocasional golpe de los niños mayores, los frecuentes correazos del director y la pérdida de mi paga semanal, no podía resistirme al encanto de los muelles.

En mis «merodeos» por el puerto, hice un amigo auténtico: el viejo Jack Tar, que vivía en un vagón de tren abandonado, donde acababan los almacenes. El tío Stan me había dicho que no me acercara al viejo Jack, porque era un vagabundo sucio y estúpido. A mí nunca me pareció tan sucio, por lo menos no tan sucio como mi tío Stan, y no tuve que esperar mucho tiempo para descubrir que tampoco era estúpido.

Después de almorzar un mordisco del sándwich de pasta de levadura del tío Stan, mordisquear el corazón de su manzana y beber un trago de su cerveza, volvía a la escuela a tiempo para el partido de fútbol, la única actividad escolar que en mi opinión merecía la pena. Al fin y al cabo, mis planes para cuando terminara el colegio eran ser capitán del Bristol City o construir un barco para dar la vuelta al mundo. Si el señor Holcombe no me delataba y el capataz no me denunciaba al director, podían pasar muchos días sin que nadie me descubriera, y mientras no me acercara a las barcazas de carbón y estuviera en la puerta de la escuela a las cuatro en punto, mi madre no se enteraría de nada.

Un sábado sí y un sábado no, mi tío Stan me llevaba a ver jugar al Bristol City en Ashton Gate Stadium. Los domingos por la mañana, sin que yo pudiera zafarme, mi madre me arrastraba hasta la iglesia de la Santa Natividad. En cuanto el reverendo Watts nos daba su bendición final, me iba corriendo al parque, para jugar al fútbol con mis amigos hasta la hora de la cena.

Cuando cumplí siete años, cualquiera que supiera un poco de fútbol habría podido decirme que nunca llegaría a ser titular del equipo de la escuela, y mucho menos capitán del Bristol City. Pero entonces descubrí que Dios me había bendecido con un pequeño don que no estaba precisamente en mis pies.

Al principio no me daba cuenta de que todos los que se sentaban a mi lado en la iglesia, los domingos por la mañana, dejaban de cantar en cuanto yo abría la boca. Ni siquiera me habría parado a pensarlo si mi madre no me hubiera propuesto apuntarme al coro. Me pareció ridículo. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que sólo las niñas y los mariquitas se apuntaban al coro. Me habría negado sin más si el reverendo Watts no me hubiera dicho que los niños del coro cobraban un penique por los

funerales y dos por las bodas. Fue mi primer soborno. Pero cuando acepté a disgusto presentarme a la prueba de voz, el diablo decidió interponer un obstáculo en mi camino, en la forma de la señorita Eleanor E. Monday.

Nunca habría conocido a la señorita Monday si no hubiera sido la directora del coro de la iglesia de la Santa Natividad. Aunque no medía mucho más de un metro cincuenta y parecía como si una ráfaga de viento pudiera llevársela en cualquier momento, nadie se atrevía a burlarse de ella. Tengo la sensación de que incluso el demonio le habría tenido miedo, porque el reverendo Watts ciertamente se lo tenía.

Acepté presentarme a la prueba de voz, pero no sin que mi madre me adelantara la paga de todo un mes. Al domingo siguiente, me puse a la cola de un grupo de niños y esperé a que me llamaran.

—Llegaréis puntualmente a todos los ensayos —nos dijo la señorita Monday, mientras me taladraba con la vista. Yo le devolví la mirada con gesto desafiante.

—No hablaréis nunca, a menos que os hablen antes.

No sé cómo, pero conseguí guardar silencio.

—Y, durante la misa, estaréis siempre atentos.

Asentí de mala gana, y entonces, ¡alabado sea Dios!, me ofreció una vía de escape.

—Y otra cosa muy importante —declaró, apoyando las manos sobre los muslos—. Dentro de doce semanas, tendréis que superar una prueba de lectura y escritura, para estar seguros de que podéis cantar un himno nuevo o un salmo poco conocido.

Me alegré de haber caído al primer obstáculo. Sin embargo, estaba a punto de descubrir que la señorita Eleanor E. Monday no se daba fácilmente por vencida.

—A ver, niño, ¿qué pieza has elegido para cantar? —me preguntó cuando llegó mi turno.

—No he elegido ninguna —respondí.

Abrió un libro de himnos, me lo dio y se sentó al piano. Sonreí, pensando que aún tendría tiempo de llegar a la segunda parte del partido matinal de los domingos. La señorita Monday atacó una melodía familiar, y cuando vi que mi madre me miraba fijamente desde la primera fila de bancos, decidí que lo mejor sería hacer de una vez la prueba, para que se quedara contenta.

—Todas las cosas hermosas, la belleza y el amor, el mar, el cielo y las rosas, las ha creado el Señor. Todas las cosas que admiro, la verdad y la ilusión... —El rostro de la señorita Monday se iluminó con una sonrisa, mucho antes de que yo llegara al final— las ha creado el Señor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Harry Clifton, señorita.

—Harry Clifton, te presentarás a los ensayos los lunes, miércoles y viernes a las seis en punto. —Después, volviéndose hacia el niño que venía detrás de mí, exclamó—: ¡Siguiente!

Le prometí a mi madre que llegaría puntualmente a mi primer ensayo, sabiendo

que sería el último, porque la señorita Monday no tardaría en descubrir que yo no sabía leer ni escribir. Y realmente habría sido el último si no hubiese sido evidente para cualquiera que tuviera oídos que mi voz estaba en una categoría diferente a la de los otros niños del coro. De hecho, en cuanto abrí la boca, todos guardaron silencio, y sentí en la iglesia las miradas de admiración e incluso de reverencial respeto que tan desesperadamente había buscado en los campos de fútbol. La señorita Monday fingió no darse cuenta.

Cuando nos despidió, no volví a casa, sino que me dirigí corriendo a los muelles, para preguntarle al señor Tar qué me aconsejaba que hiciera respecto a mi incapacidad para leer y escribir. Escuché con atención los consejos del viejo y, al día siguiente, volví a la escuela y ocupé mi lugar en el aula del señor Holcombe.

El maestro no pudo disimular su asombro cuando me vio sentado en la primera fila, y todavía se sorprendió más cuando notó que por primera vez prestaba atención a la lección matinal.

Lo primero que me enseñó fue el alfabeto y, a los pocos días, yo ya sabía escribir las veintiséis letras, aunque no siempre en el orden correcto. Mi madre habría podido ayudarme por las tardes, cuando volvía a casa, pero como el resto de mi familia, tampoco sabía leer ni escribir.

El tío Stan apenas conseguía garabatear su firma y, aunque era capaz de diferenciar entre un paquete de Wills's Star y uno de Wild Woodbine, sospecho que no sabía leer las etiquetas. Pese a los comentarios desagradables que mi tío soltaba entre dientes, empecé a escribir el abecedario en todos los papeles sueltos que caían en mis manos. El tío Stan no pareció advertir que los trozos de papel de periódico que había junto al retrete se cubrían de letras.

En cuanto dominé el alfabeto, el señor Holcombe me enseñó unas cuantas palabras sencillas: «luna», «palo», «mamá», «papá»... Entonces le pregunté por primera vez por mi padre, con la esperanza de que él supiera algo. Al fin y al cabo, parecía conocerlo todo. Pero pareció extrañarse de que yo supiera tan poco acerca de mi padre. Una semana después, empezó a enseñarme palabras más difíciles: «libro», «carta», «escuela»... Al final de ese mes, pude escribir mi primera frase: «Jovencillo emponzoñado de whisky: ¡qué figurota exhibe!», que —según me indicó el señor Holcombe— contenía todas las letras del alfabeto. Lo comprobé y resultó que estaba en lo cierto.

Al final del curso, ya era capaz de escribir «himno», «réquiem» y «rapsodia» sin faltas de ortografía, aunque el señor Holcombe todavía insistía en corregirme la pronunciación. Pero entonces llegaron las vacaciones y empezó a preocuparme la idea de no superar el difícil examen de la señorita Monday sin la ayuda del maestro. Y quizá habría sido así, de no haber sido porque el viejo Jack ocupó su lugar.

Llegué con media hora de adelanto al ensayo del viernes por la tarde, sabiendo que

debía superar mi segundo examen para seguir en el coro. Me senté silenciosamente en uno de los bancos, con la esperanza de que la señorita Monday llamara a otro antes que a mí.

Ya había aprobado el primer examen «con todos los honores», como dijo la señorita Monday. Nos había hecho recitar a todos el padrenuestro, y para mí no fue ningún problema, porque desde que tenía memoria mi madre se arrodillaba todas las noches junto a mi cama y repetía las conocidas palabras antes de arroparme. Sin embargo, el siguiente examen se anunciaba mucho más difícil.

Para entonces, al final de nuestro segundo mes, se esperaba que supiéramos leer un salmo en voz alta, delante del resto del coro. Yo elegí el Salmo 121, que también me sabía de memoria, porque lo había cantado muchas veces: «Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro. Mi socorro viene del Señor, creador de los cielos y la tierra». Esperaba que el Señor realmente viniera en mi socorro. Aunque logré abrir el libro de salmos por la página correcta, porque ya sabía contar hasta cien, temía que la señorita Monday notara que yo era incapaz de seguir los versículos línea por línea. Pero si lo notó, no hizo nada al respecto, porque me quedé un mes más en los bancos del coro, mientras otros dos «granujas», como dijo ella, volvían al seno de la congregación.

Cuando llegó el momento del examen final, yo estaba preparado. La señorita Monday nos pidió a los que quedábamos que escribiéramos los Diez Mandamientos en el orden correcto, sin mirar en el libro del Éxodo.

A la directora del coro no le importó que colocara el robo antes que el asesinato, ni que no supiera escribir «adulterio», ni menos aún que ignorara su significado. Sólo después de que otros dos granujas fueran expulsados sumariamente por fallos menores comprendí que mi voz debía de ser excepcional.

El primer domingo de Adviento, la señorita Monday anunció que había seleccionado para su coro a tres nuevas voces infantiles (o a «tres angelitos», como le gustaba llamarnos al reverendo Watts) y que los demás candidatos habían sido rechazados por cometer pecados tan imperdonables como parlotear durante los sermones, chupar un caramelo o, en el caso de dos chicos, jugar a darse castañazos durante el *Nunc dimittis*.

El domingo siguiente me puse la túnica azul con gorguera blanca y el medallón de la Virgen que solamente yo podía llevar al cuello, porque era el signo de que me habían elegido solista soprano. Con orgullo me habría llevado a casa el medallón de bronce, y también a la escuela al día siguiente, para presumir delante de mis compañeros, si la señorita Monday no me lo hubiera retirado al final de cada misa.

Los domingos me sentía transportado a otro mundo, pero temía que ese hechizo no durara eternamente.

Cuando el tío Stan se levantaba por la mañana, se las arreglaba para despertar a toda la casa. Nadie se quejaba, porque era el principal sostén de la familia y en cualquier caso resultaba más barato y seguro que un despertador.

El primer ruido que oía Harry por la mañana era el de la puerta del dormitorio al cerrarse de golpe, seguido del andar pesado de su tío mientras atravesaba el crujiente rellano de madera, bajaba la escalera y salía de la casa. Después se oía otro portazo, cuando entraba en el retrete. Si alguien dormía aún, el ruido del agua de la cisterna, seguido de otros dos portazos en el camino de regreso al dormitorio, bastaban para recordarle que Stan esperaba ver el desayuno sobre la mesa cuando entrara en la cocina. Solamente se lavaba y afeitaba los sábados, antes de ir al Palais o al Odeon, y se bañaba cuatro veces al año, con los cambios de estación. Nadie podía acusar a Stan de gastar en jabón el dinero que tanto le costaba ganar.

Maisie, la madre de Harry, era la siguiente en levantarse: saltaba de la cama instantes después del primer portazo, para que las gachas de avena de Stan estuvieran esperándolo sobre el fogón cuando saliera del retrete. Después se levantaba la abuela, que se reunía con su hija en la cocina antes de que Stan ocupara su sitio en la cabecera de la mesa. El último en llegar era el abuelo, tan sordo que a veces conseguía dormir durante todo el ritual matinal de Stan. La rutina diaria de los Clifton no cambiaba nunca. Cuando en una casa no hay más que un retrete exterior, un lavabo y una toalla, el orden se convierte en una necesidad.

Mientras Harry se lavaba la cara con un hilillo de agua fría, su madre servía el desayuno en la cocina: dos rebanadas gruesas de pan untadas con manteca de cerdo para Stan, y cuatro rebanadas finas para el resto de la familia, tostadas si aún quedaba algo de carbón en el saco que los lunes por la mañana el repartidor dejaba delante de la puerta. Cuando terminaba las gachas, Stan dejaba que Harry lamiera el cuenco.

Sobre el fogón había siempre una gran tetera marrón, con té caliente que la abuela servía en tazas desparejadas, a través de un colador victoriano chapado en plata que había heredado de su madre. Mientras los otros miembros de la familia saboreaban su taza de té amargo (el azúcar era sólo para los días de fiesta), Stan abría su primera botella de cerveza, que por lo general se bebía de un trago. Después se levantaba de la mesa, eructaba estruendosamente y recogía la fiambarrera con el almuerzo, que la abuela le había preparado mientras él desayunaba: dos sándwiches de pasta de levadura, una salchicha, una manzana, otras dos botellas de cerveza y un paquete de cinco cigarrillos. En cuanto Stan salía en dirección a los muelles, todos se ponían a hablar a la vez.

La abuela siempre quería saber quiénes habían visitado el salón de té donde su hija trabajaba de camarera, qué habían pedido, cómo iban vestidos, dónde se habían sentado y todos los detalles de los platos preparados en una cocina donde las bombillas eléctricas no chorreaban goterones de cera, por no hablar de las propinas

de tres peniques que a veces dejaban los clientes y que Maisie tenía que repartirse con la cocinera.

A Maisie le preocupaba más lo que había hecho Harry en la escuela el día anterior. Quería un informe diario, que a la abuela no parecía interesarle mucho, quizá porque nunca había ido a la escuela, aunque, pensándolo bien, tampoco había estado nunca en un salón de té.

El abuelo casi nunca comentaba nada, porque después de cuatro años de cargar y descargar un cañón de artillería mañana, tarde y noche, se había quedado tan sordo que tenía que conformarse con ver los movimientos de los labios de los demás y asentir de vez en cuando. Un extraño habría podido pensar que era tonto, pero la familia sabía por experiencia propia que no era así.

La rutina matinal de la casa variaba solamente los fines de semana. Los sábados, Harry salía de la cocina con su tío y lo seguía hasta el puerto, manteniéndose siempre un paso por detrás. Los domingos, la madre de Harry acompañaba al chico a la iglesia de la Santa Natividad, donde se sentaba en la tercera fila para disfrutar de la gloria que irradiaba el solista soprano del coro.

Pero ese día era sábado. Durante el trayecto de veinte minutos hasta los muelles, Harry no solía abrir la boca, a menos que su tío le dirigiera la palabra. Cuando Stan le hablaba, era para volver invariablemente a la misma conversación del sábado anterior.

—¿Cuándo piensas dejar la escuela y empezar a ganarte el pan, muchacho? —Era siempre la salva inaugural de su discurso.

—No puedo dejarla hasta los catorce años —le recordaba Harry—. Es la ley.

—Una ley bien estúpida, si quieres que te lo diga. A los doce años, yo ya había dejado el colegio y estaba trabajando en los muelles —declaraba Stan, como si su sobrino nunca hubiera oído esa profunda observación.

Harry no se molestaba en responder, porque ya sabía lo que diría su tío después:

—Y, lo que es más, a los diecisiete ya me había enrolado con Kitchener en el ejército.

—Cuéntame de la guerra, tío Stan —pedía Harry, seguro de que eso lo mantendría ocupado varios cientos de metros.

—Tu padre y yo nos enrolamos el mismo día en el Real Regimiento de Gloucestershire —solía decir Stan, tocándose la gorra de paño como saludando un recuerdo distante—. Después de doce semanas de adiestramiento básico en el cuartel de Taunton, nos mandaron a Ypres, a pelear contra los boches. Una vez allí, pasamos casi todo el tiempo apretujados en trincheras infestadas de ratas, esperando a que sonara el clarín y a que algún señorito pretencioso vestido de oficial nos ordenara salir con las bayonetas caladas y avanzar pegando tiros hacia las líneas enemigas. — Después venía una larga pausa y, finalmente, el tío Stan añadía—: Yo tuve suerte. Volví a casa vivito y coleando. —Harry habría podido recitar palabra por palabra su frase siguiente, pero guardaba silencio—. No sabes la suerte que tienes, muchacho.

Yo perdí a dos hermanos: tu tío Ray y tu tío Bert. Y tu padre no sólo perdió a un hermano, sino también a su padre, tu otro abuelo, al que nunca conociste: un hombre cabal, capaz de beberse una pinta de cerveza con más rapidez que cualquier estibador que yo haya conocido.

Si Stan hubiera bajado la vista, habría visto que el chico iba articulando en silencio sus mismas palabras; pero esa vez, para sorpresa de Harry, el tío Stan añadió una frase que nunca le había oído antes.

—Y tu padre todavía estaría vivo si los mandamases me hubieran escuchado.

De pronto, Harry fue todo oídos. La muerte de su padre siempre había sido objeto de conversaciones susurradas y tonos discretos. Pero el tío Stan interrumpió bruscamente su discurso, como si se hubiese dado cuenta de que se había excedido. «Quizá la semana próxima», pensó Harry, mientras alcanzaba a su tío y sincronizaba su paso con el suyo, como si fueran soldados en un desfile.

—Y dime, ¿con quién juega el City esta tarde? —preguntó Stan, volviendo al guion habitual.

—Con el Charlton Athletic —respondió Harry.

—Una panda de zoquetes.

—La temporada pasada nos zurraron —le recordó Harry a su tío.

—Por puñetera suerte que tuvieron, si quieres que te lo diga —replicó Stan, y no volvió a decir palabra. Cuando llegaron a la entrada del puerto, Stan fichó y se dirigió al tinglado donde se reunía su grupo de estibadores, ninguno de los cuales podía permitirse llegar un minuto tarde. El desempleo había alcanzado unos niveles máximos y había demasiados jóvenes ansiosos por ocupar sus puestos.

Harry no fue detrás de su tío porque sabía que, si el señor Haskins lo sorprendía rondando los almacenes, se llevaría un capirotazo, seguido de una patada en el trasero de su tío, por hacer enfadar al capataz. En lugar de seguirlo, Harry se encaminó en la dirección contraria.

La primera escala de Harry, los sábados por la mañana, era el vagón de tren donde vivía el viejo Jack Tar, en el otro extremo de los muelles. Harry nunca le mencionaba a Stan sus visitas periódicas, porque su tío le había advertido que evitara al viejo a toda costa.

—Debe de hacer años que no se baña —le había dicho su tío, un hombre que se bañaba cada tres meses, y eso sólo porque la madre de Harry se quejaba del olor que desprendía.

Pero hacía tiempo que la curiosidad se había impuesto. Una mañana, Harry se había acercado subrepticamente hasta el vagón, andando a cuatro patas, y se había colgado de una ventana para espiar. El hombre estaba sentado en un compartimento de primera clase, leyendo un libro. Volvió la cara hacia él y le dijo:

—Entra, muchacho.

Harry se bajó de la ventana de un salto y no paró de correr hasta llegar a su casa.

El sábado siguiente Harry volvió a arrastrarse hasta el vagón para espiar. El viejo

Jack parecía profundamente dormido, pero el niño le oyó decir:

—¿Por qué no pasas, jovencito? No voy a morderte.

Harry hizo girar el pesado picaporte de latón y, con mucha cautela, empujó la puerta del vagón para abrirla, pero no entró. Se limitó a contemplar fijamente al hombre sentado en el centro del coche. No era fácil calcular su edad, porque tenía la cara cubierta por una cuidada barba entrecana que le daba cierto parecido con el marinero de los cigarrillos Player's Please. Pero miraba a Harry con una calidez que el niño no había visto nunca en los ojos de su tío Stan.

—¿Usted es el viejo Jack Tar? —Arriesgó Harry.

—Así me llaman —replicó el hombre.

—¿Y vive aquí? —preguntó el niño, mirando a su alrededor, hasta reparar en el montón de periódicos viejos apilados en el asiento de enfrente.

—Sí —respondió el hombre—. Es mi casa desde hace veinte años. ¿Por qué no cierras la puerta y tomas asiento?

Harry consideró un momento la invitación, pero volvió a bajarse de un salto del vagón y, una vez más, salió corriendo.

El sábado siguiente sí cerró la puerta, pero no soltó el picaporte, por si era preciso salir huyendo en cuanto el viejo moviera un músculo. Estuvieron un buen rato mirándose, antes de que el viejo Jack preguntara:

—¿Cómo te llamas?

—Harry.

—Y ¿a qué escuela vas?

—No voy a la escuela.

—Entonces ¿qué piensas hacer con tu vida, muchacho?

—Trabajar con mi tío en los muelles, claro —contestó Harry.

—¿Eso es lo que quieres? ¿De verdad? —dijo el hombre.

—¿Por qué no? —replicó Harry—. ¿No cree que dé la talla?

—Al contrario. Creo que la das en exceso —argumentó el viejo Jack—. Cuando yo tenía tu edad —prosiguió—, quería enrolarme en el ejército, y nada que mi padre hubiese hecho o dicho habría podido disuadirme.

Durante una hora entera Harry escuchó fascinado los recuerdos del viejo Jack Tar sobre los muelles, la ciudad de Bristol y unas tierras de ultramar que jamás habría podido conocer en las clases de geografía.

El sábado siguiente y muchos sábados más de los que podía recordar, Harry siguió visitando al viejo Jack Tar, pero nunca les dijo nada al respecto a su tío ni a su madre, por temor a que le impidieran visitar a su primer amigo de verdad.

Cuando Harry llamó a la puerta del vagón aquella mañana de sábado, el viejo claramente lo estaba esperando, porque la manzana que siempre le tenía preparada estaba dispuesta en el asiento de enfrente. Harry la cogió, le dio un bocado y se sentó.

—Gracias, señor Tar —dijo, mientras se limpiaba el jugo de la barbilla. Nunca preguntaba de dónde procedían esas manzanas, que ampliaban el misterio que envolvía a aquel hombre.

¡Qué distinto era de su tío! El tío Stan no dejaba de repetir interminablemente las pocas cosas que sabía, mientras que el viejo Jack le enseñaba palabras nuevas cada semana y le abría nuevas experiencias e incluso mundos nuevos. A menudo se preguntaba Harry por qué el señor Tar no sería maestro, que parecía saber más que la señorita Monday y casi tanto como el señor Holcombe, un hombre que en su opinión lo sabía todo, porque conocía la respuesta a todas sus preguntas. El viejo Jack le sonrió, pero no le habló hasta que hubo terminado la manzana y tirado el corazón por la ventana.

—¿Qué has aprendido en la escuela esta semana que no supieras la semana anterior? —preguntó el hombre.

—El señor Holcombe nos dijo que hay otros países al otro lado del mar, que forman parte del Imperio británico y que tienen nuestro mismo rey.

—Así es —dijo el viejo Jack—. ¿Sabes qué países son éstos?

—Australia, Canadá, la India... —Dudó un momento—. Y Estados Unidos.

—No, Estados Unidos no —dijo el viejo Jack—. Antes sí, pero ya no, por culpa de un primer ministro débil y de un rey enfermo.

—¿Quiénes eran ese rey y ese primer ministro? —preguntó Harry indignado.

—En 1776 estaba en el trono el rey Jorge III —dijo el viejo Jack—, pero es cierto que era un hombre enfermo; sin embargo, lord North, su primer ministro, no prestó atención a lo que estaba ocurriendo en las colonias y al final, por desgracia, nuestros propios hermanos se levantaron en armas contra nosotros.

—Pero los derrotamos, ¿verdad? —replicó Harry.

—No, nada de eso —dijo el viejo Jack—. No sólo tenían la razón de su parte, aunque eso no sea requisito para la victoria...

—¿Qué significa «requisito»?

—Condición necesaria —respondió Jack, y prosiguió como si el niño no lo hubiera interrumpido—. Lo decisivo fue que los dirigía un general brillante.

—¿Cómo se llamaba ese general?

—George Washington.

—La semana pasada, usted me dijo que Washington era la capital de Estados Unidos. ¿A ese general le pusieron el nombre de la ciudad?

—No, a la ciudad le pusieron el nombre del general. La construyeron en una zona pantanosa llamada Columbia, por donde fluye el río Potomac.

—¿A Bristol también le pusieron el nombre de una persona?

—No —respondió el viejo Jack, riendo entre dientes, divertido por la rapidez con que la mente inquisitiva del chico saltaba de un tema a otro—. Originalmente, Bristol se llamaba Brigstowe, que significa «lugar del puente».

—Entonces ¿cuándo empezó a llamarse Bristol?

—Los historiadores tienen diferentes opiniones —dijo el viejo Jack—, pero el castillo de Bristol fue construido en 1109, cuando Robert de Gloucester vio la oportunidad de vender lana a los irlandeses. A partir de entonces, la ciudad se desarrolló como puerto comercial. Desde hace siglos es un importante centro de construcción de barcos, que creció todavía más rápidamente cuando fue preciso ampliar la flota de guerra, en 1914.

—Mi padre luchó en la Gran Guerra —dijo Harry con orgullo—. ¿Usted también?

Por primera vez, el viejo Jack vaciló antes de responder una de las preguntas de Harry. Se quedó un momento inmóvil, sin decir palabra.

—Lo siento, señor Tar —dijo el niño—. No quería ser indiscreto.

—No, no —replicó el viejo Jack—. Es sólo que hace años que no me lo preguntan.

Sin añadir nada más, abrió la mano y reveló en la palma una moneda de seis peniques.

Harry cogió la pequeña moneda de plata y la mordió, como había visto hacer a su tío.

—Gracias —dijo, antes de guardársela en el bolsillo.

—Ve al café del muelle y cómprate pescado y patatas fritas; pero no se lo cuentes a tu tío, porque entonces te preguntará de dónde has sacado el dinero.

En realidad, Harry nunca le había contado nada a su tío acerca del viejo Jack. Una vez había oído a Stan decir a su madre: «A ese lunático habría que encerrarlo».

Entonces le había preguntado a la señorita Monday qué significaba «lunático», porque no había podido buscarlo en el diccionario, y cuando ella se lo dijo, se dio cuenta por primera vez de lo estúpido que debía de ser su tío Stan.

—No necesariamente estúpido —le aclaró la señorita Monday—, sino tal vez mal informado y, por lo tanto, víctima de sus prejuicios. No me cabe la menor duda, Harry —añadió—, de que durante el resto de tu vida conocerás a muchos hombres como tu tío, algunos en posiciones mucho más distinguidas.

Maisie esperó a oír el golpe de la puerta de la calle al cerrarse y a estar segura de que Stan iba de camino al trabajo para anunciar:

—Me han ofrecido un empleo de camarera en el Hotel Royal.

Ninguno de los que estaban sentados en torno a la mesa dijo nada en respuesta, porque se suponía que las conversaciones durante el desayuno debían seguir una pauta preestablecida y no tomar a nadie por sorpresa. Harry tenía una docena de preguntas que habría querido formular, pero esperó a que su abuela fuera la primera en hablar. Sin embargo, la mujer se limitó a servirse otra taza de té, como si no hubiera oído a su hija.

—¿Nadie piensa decir nada? —preguntó Maisie.

—No sabía que estuvieras buscando otro empleo —se atrevió a decir Harry.

—Y no lo estaba buscando —aclaró Maisie—, pero la semana pasada, el señor Frampton, gerente del Royal, entró a tomar un café en el salón de té de Tilly, volvió varias veces más y al final me ofreció un empleo.

—Creía que estabas contenta en el salón de té —dijo la abuela—. Tilly te paga bien y el horario te conviene.

—Estoy contenta, sí —replicó la madre de Harry—, pero el señor Frampton me ha ofrecido cinco libras semanales y el cincuenta por ciento de las propinas. Podría traer a casa hasta seis libras a la semana.

La abuela se quedó boquiabierta.

—¿Tendrás que trabajar por las noches? —preguntó Harry, cuando terminó de lamer el cuenco de las gachas de Stan.

—No —respondió Maisie, alborotándole cariñosamente el pelo a su hijo—, y hasta tendré un día libre cada dos semanas.

—¿Tienes ropa para ir a trabajar a un hotel tan importante como el Royal? —preguntó la abuela.

—Me darán el uniforme y un delantal blanco recién lavado todas las mañanas. El hotel tiene lavandería propia.

—No lo dudo —replicó la abuela—, pero creo que podríamos tener un problema.

—¿Cuál, mamá? —preguntó Maisie.

—Quizá acabes ganando más dinero que Stan, y seguro que a él no le hace ninguna gracia.

—Tendrá que acostumbrarse, ¿no? —intervino el abuelo, ofreciendo su opinión por primera vez en varias semanas.

El dinero extra iba a ser muy útil, sobre todo después de lo que había pasado en la iglesia. Cuando Maisie se disponía a salir de la Santa Natividad, después de la misa, la señorita Monday fue tras ella, recorriendo rápidamente el pasillo para alcanzarla.

—¿Puedo tener unas palabras con usted en privado, señora Clifton? —preguntó, y de inmediato se volvió y enfiló el pasillo en dirección a la sacristía. Maisie salió corriendo tras ella, como un ratoncito detrás del flautista de Hamelín. Se temía lo peor. ¿Qué habría hecho Harry?

Maisie siguió a la directora del coro hasta la sacristía y sintió que se le ablandaban las rodillas cuando vio que dentro del cuarto la esperaban el reverendo Watts, el señor Holcombe y otro caballero. Mientras la señorita Monday cerraba la puerta sin ruido, Maisie se echó a temblar.

El reverendo Watts le puso un brazo en la espalda.

—No hay ningún motivo de inquietud, hija mía —le aseguró—. Al contrario, espero que nos consideres portadores de buenas noticias —añadió, mientras le ofrecía un asiento. Maisie se sentó, pero sin poder parar de temblar.

Cuando todos estuvieron acomodados, la señorita Monday tomó la palabra.

—Queremos hablarle de su hijo Harry, señora Clifton —empezó la directora del coro.

Maisie arrugó la frente. ¿Qué podía haber hecho el chico para provocar una reunión con tres personas tan importantes?

—No voy a andarme con rodeos —prosiguió la señorita Monday—. El director musical de San Beda ha venido a preguntarme si Harry estaría interesado en presentarse como aspirante a una de las becas de su coro.

—¡Pero si él está muy contento aquí, en la Santa Natividad! —dijo Maisie—. Además, ¿dónde está esa iglesia de San Beda? Ni siquiera me suena su nombre.

—San Beda no es una iglesia, sino una escuela de música —aclaró la señorita Monday—. De ahí salen los miembros del coro de la iglesia de Santa María de Redcliffe, descrita por la reina Isabel como la más hermosa y venerable de todo el país.

—Pero entonces ¿también tendría que dejar la escuela, además de la iglesia? —preguntó Maisie, sin dar crédito a sus oídos.

—Intente verlo como una oportunidad que podría transformar toda la vida de su hijo, señora Clifton —dijo el señor Holcombe, que hasta ese momento no había hablado.

—Pero ¿tendría que codearse con niños más refinados y más listos que él?

—Dudo que haya muchos niños más listos que Harry en San Beda —replicó el señor Holcombe—. Es el alumno más brillante que he tenido. Algunos de nuestros chicos han proseguido los estudios, pero ninguno hasta ahora había tenido la oportunidad de ingresar en San Beda.

—Hay algo más que necesita saber, antes de decidir —dijo el reverendo Watts, y Maisie se puso todavía más nerviosa—. Harry tendrá que estar fuera de casa durante todo el curso, porque San Beda es un internado.

—Entonces no hay nada más que hablar —objetó Maisie—. No puedo permitirme los gastos de un internado.

—Eso no sería un problema —intervino la señorita Monday—. Si a Harry le conceden la beca, el colegio no sólo lo eximirá de pagar la matrícula, sino que le asignará diez libras por trimestre para sus gastos.

—Pero ¿no es uno de esos colegios donde los padres visten traje y corbata, y las madres no trabajan? —preguntó Maisie.

—¡Peor aún! —replicó la señorita Monday con un tono divertido—. Los profesores llevan birrete y visten túnicas negras hasta los tobillos.

—Además —dijo el reverendo Watts en el mismo tono jocoso—, Harry no volverá a recibir correazos. En San Beda son mucho más refinados: sólo usan la vara para castigar a sus alumnos.

Maisie fue la única que no se rió.

—Pero ¿por qué iba a querer marcharse de casa? —preguntó—. Está a gusto en la escuela primaria de Merrywood y no querrá renunciar a su puesto de solista en el coro de la Santa Natividad.

—Debo reconocer que yo perderé mucho más que él —dijo la señorita Monday—. Pero estoy segura de que Dios no querría que me interpusiera en el camino de un niño tan talentoso solamente por satisfacer mis deseos egoístas.

—Aunque yo esté de acuerdo —alegó Maisie, jugando su última carta—, no puedo asegurar que Harry vaya a aceptar.

—Ya hablé con el chico la semana pasada —reconoció el señor Holcombe—. La noticia le produjo cierta aprensión, lógicamente; pero si no recuerdo mal, sus palabras exactas fueron: «Me gustaría ir, señor, pero sólo si usted cree que estaré a la altura». También dijo —añadió el maestro, antes de que Maisie pudiera reaccionar— que ni siquiera consideraría la idea a menos que su madre estuviera de acuerdo.

Harry estaba a la vez aterrorizado y entusiasmado ante la perspectiva de presentarse al examen de ingreso. Le producía tanta ansiedad suspenderlo y defraudar a todas aquellas personas como aprobarlo y tener que marcharse de casa.

Durante el trimestre siguiente no se perdió ni una sola clase en la escuela de Merrywood. Todas las tardes, al volver a casa, subía directamente al dormitorio que compartía con su tío Stan, y allí, a la luz de una vela, estudiaba hasta unas horas que hasta ese momento ni siquiera sabía que existían. En algunas ocasiones su madre llegó a encontrarlo tumbado en el suelo, profundamente dormido y rodeado de libros abiertos.

Los sábados por la mañana seguía visitando al viejo Jack, que parecía saber mucho acerca de San Beda y no dejaba de enseñarle otras muchas cosas más, casi como si supiera hasta dónde llegaban las clases del señor Holcombe.

Por la tarde de los sábados, para disgusto de su tío, Harry ya no lo acompañaba a Ashton Gate para ver al Bristol City, sino que volvía a la escuela de Merrywood, donde el señor Holcombe le daba clases de refuerzo. Sólo muchos años después

Harry comprendió que también el señor Holcombe estaba renunciando a animar a los Petirrojos en el estadio, como era su costumbre, para darle esas clases.

A medida que se acercaba el día del examen, Harry empezó a temer más al fracaso que a la posibilidad de éxito.

El día señalado, el señor Holcombe acompañó a su alumno favorito al auditorio de Colston Hall, donde iban a desarrollarse los exámenes. Antes de despedirse de Harry en la puerta del edificio, le aconsejó:

—No olvides leer dos veces cada pregunta antes de coger la pluma para responder.

Se lo había repetido varias veces a lo largo de la semana. Con una sonrisa nerviosa, Harry le estrechó la mano, como habría hecho con un viejo amigo.

Al entrar en el aula del examen, encontró unos sesenta chicos que conversaban repartidos en pequeños grupos. Era evidente que muchos de ellos ya se conocían, mientras que él no conocía a nadie. Aunque nunca lo habían visto, dos o tres de los chicos dejaron de hablar para mirarlo, mientras él se dirigía al frente de aula intentando parecer confiado.

—Abbott, Barrington, Cabot, Clifton, Deakins, Fry...

Harry ocupó su lugar en uno de los pupitres de la primera fila. Poco antes de que dieran las diez, varios profesores con túnica negra y birrete entraron en la sala y fueron repartiendo las hojas del examen por las mesas, colocándolas delante de cada aspirante.

—Señores —dijo uno de los profesores, que se había situado de pie al frente de la sala y no había participado en la distribución de las hojas—, me llamo Frobisher y soy el supervisor de este examen. Tienen dos horas para responder cien preguntas. Buena suerte.

En un reloj que Harry no veía dieron las diez. A su alrededor, decenas de plumas se sumergieron en los tinteros y empezaron a rasgar frenéticamente el papel, pero Harry no hizo más que cruzarse de brazos, inclinarse sobre el pupitre y leer cuidadosamente cada una de las preguntas. Fue uno de los últimos en coger la pluma.

Harry no podía saber que el señor Holcombe estaba yendo y viniendo interminablemente por la acera, mucho más nervioso que él; ni que su madre miraba cada pocos minutos el reloj del vestíbulo del Hotel Royal, mientras servía el café matinal; ni que la señorita Monday estaba rezando en silencio, arrodillada en la capilla de la Santa Natividad.

Instantes antes de que dieran las doce, los profesores recogieron las hojas del examen y los chicos pudieron abandonar la sala, algunos sonrientes, otros enfadados y otros pensativos.

Cuando el señor Holcombe vio a Harry, sintió que se le encogía el corazón.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó.

El chico no respondió hasta no estar seguro de que ningún otro niño podía oírlo.

—No ha sido como me esperaba.

—¿Qué quieres decir? —insistió el señor Holcombe, agitado.

—Las preguntas eran demasiado fáciles —replicó Harry.

El señor Holcombe sintió que nunca en su vida le habían hecho mejor cumplido.

—Veamos, señora. Dos trajes grises. Una chaqueta azul marino. Cinco camisas blancas. Cinco cuellos blancos almidonados. Seis pares de calcetines grises, largos hasta la rodilla. Seis mudas de ropa interior blanca. Y una corbata de San Beda. —El dependiente repasó la lista con cuidado—. Creo que ya está todo. ¡Ah, no! El niño necesitará también una gorra del colegio. —Se agachó, abrió un cajón de la parte baja del mostrador y sacó una gorra roja y negra, que le acomodó a Harry en la cabeza—. Le sienta a la perfección —sentenció.

Maisie le sonrió a su hijo con considerable orgullo. Harry tenía todo el aspecto de un alumno de San Beda.

—Son tres libras, diez chelines y seis peniques, señora.

La madre de Harry intentó no parecer desolada.

—¿No es posible comprar ninguno de estos artículos de segunda mano? —dijo en un susurro.

—No, señora. Ésta no es una tienda de segunda mano —replicó el dependiente, que ya había decidido que esa clienta no podía abrir una cuenta en el establecimiento.

Maisie abrió el bolso, le entregó cuatro billetes de una libra y se quedó esperando la vuelta. Era un alivio saber que San Beda había abonado por adelantado la asignación del primer trimestre, sobre todo teniendo en cuenta que aún faltaban por comprar dos pares de zapatos negros con cordones, dos pares de zapatillas blancas de gimnasia y un par de pantuflas.

El dependiente tosió.

—El chico necesitará además dos pijamas y una bata.

—Sí, claro —dijo Maisie, rezando interiormente para que fuera suficiente el dinero que aún le quedaba en el bolso.

—¿Y debo suponer que también cantará en el coro?

—Así es —respondió Maisie con orgullo.

—Entonces también necesitará una túnica roja, dos roquetes blancos y un medallón de San Beda.

Maisie habría querido salir corriendo de la tienda.

—Esos artículos —prosiguió el dependiente, mientras le devolvía el cambio— serán suministrados por el colegio, cuando el niño asista a su primer ensayo. ¿Desea algo más, señora?

—No, gracias —intervino Harry, que se hizo cargo de las dos bolsas, cogió a su madre por el brazo y la sacó rápidamente de T. C. Marsh, Sastrería Selecta.

El sábado de su partida para San Beda, Harry pasó la mañana con el viejo Jack.

—¿Estás nervioso por ir a la escuela nueva? —le preguntó el hombre.

—No, no estoy nervioso —respondió Harry con gesto desafiante—. Estoy muerto de miedo.

—Lo mismo que todos los novatos. Intenta verlo todo como si empezaras una aventura en un mundo nuevo, donde todos son iguales al principio.

—Pero, en cuanto me oigan hablar, se darán cuenta de que yo no soy igual que ellos.

—Es posible, pero en cuanto te oigan cantar, se darán cuenta de que ellos tampoco son como tú.

—La mayoría tendrá familias ricas y casas con sirvientes.

—Eso sólo les servirá de consuelo a los más tontos —dijo el viejo Jack.

—Y algunos tendrán hermanos en el colegio e incluso padres y abuelos que habrán estudiado en las mismas aulas.

—Tu padre fue un buen hombre —dijo el viejo Jack—, y nadie puede tener una madre mejor que la tuya, de eso puedes estar seguro.

—¿Usted conoció a mi padre? —preguntó Harry, incapaz de disimular la sorpresa.

—Decir que lo conocí sería una exageración —dijo el viejo Jack—. Lo veía de lejos, como a tantos otros que han trabajado en estos muelles. Era un hombre honrado, valiente y piadoso.

—Pero ¿sabe cómo murió? —insistió Harry, mirando al viejo a los ojos, con la esperanza de recibir por fin una respuesta sincera al interrogante que lo preocupaba desde hacía tiempo.

—¿Qué te han contado? —lo interrogó el viejo Jack con cautela.

—Que lo mataron en la Gran Guerra. Pero hasta yo puedo deducir que eso no es posible, porque nací en 1920.

El viejo Jack guardó silencio un rato, mientras Harry permanecía sentado al borde del asiento, expectante.

—Es cierto que fue herido gravemente en la guerra; pero tienes razón, no fue ésa la causa de su muerte.

—Entonces ¿de qué murió? —preguntó Harry.

—Si lo supiera, te lo diría —repuso el viejo Jack—. Pero circularon tantos rumores en aquella época que no sé muy bien cuál de todos creer. Sin embargo, hay varios hombres, tres en particular, que seguramente sabrán la verdad de lo que ocurrió aquella noche.

—Uno de ellos debe de ser mi tío Stan —dijo Harry—. ¿Y los otros dos?

El viejo Jack titubeó, antes de responder:

—Phil Haskins y el señor Hugo.

—¿El señor Haskins? ¿El capataz? —cuestionó Harry—. ¡Ése no me diría ni la hora que es! ¿Quién es el señor Hugo?

—Hugo Barrington, el hijo de sir Walter Barrington.

—¿Los Barrington de la naviera?

—Los mismos —contestó el viejo Jack, temiendo haber hablado en exceso.

—¿También son hombres honrados, valientes y piadosos?

—Sir Walter es uno de los mejores hombres que conozco.

—Y ¿qué puede decirme de ese Hugo?

—Me temo que no está cortado con la misma tijera —respondió el viejo Jack, sin querer explicar nada más.

Vestido con su ropa elegante, el niño iba sentado junto a su madre en el último asiento del tranvía.

—Nos bajamos aquí —dijo ella, cuando el vehículo se detuvo.

Se apearon y echaron a andar despacio, cuesta arriba, en dirección al colegio, más lentamente a cada paso que daban.

Harry se agarraba con una mano a la mano de su madre y con la otra sujetaba una maleta gastada. Ninguno de los dos hizo ningún comentario mientras veían cómo varios cabriolés de alquiler y unos pocos vehículos motorizados con chófer se detenían delante de la verja del colegio.

Los padres se despedían de sus hijos con un apretón de manos y las madres, envueltas en pieles, abrazaban a sus retoños antes de darles un beso fugaz en la mejilla, como pájaros que finalmente hubieran reconocido que sus polluelos debían abandonar el nido.

Harry no quería que su madre le diera un beso delante de los otros chicos, de modo que le soltó la mano cuando estuvieron a unos cincuenta metros de la verja. Al notar su incomodidad, Maisie se agachó y lo besó brevemente en la frente.

—Que tengas suerte, Harry. Haz que nos sintamos orgullosos de ti.

—Adiós, mamá —dijo él, conteniendo las lágrimas.

Maisie se volvió y empezó a bajar la cuesta, sintiendo que las lágrimas le humedecían las mejillas.

Harry siguió adelante, recordando la descripción que le había hecho su tío de la carga contra las líneas enemigas en Ypres, cuando salieron de las trincheras. «Si mirabas atrás, eras hombre muerto», le había contado. Harry habría querido mirar atrás, pero sabía que si se lo hubiera permitido, no habría parado de correr hasta volver a la seguridad del tranvía. Apretó los dientes y siguió caminando.

—¿Qué tal han ido las vacas? —le estaba preguntando uno de los chicos a un amigo.

—*Súper* —le replicó el otro—. Mi *pater* me llevó a Lord's a ver el partido entre las *unis*.

Harry se preguntó si Lord's sería una iglesia y, de ser así, qué clase de partido podía jugarse en un templo. Franqueó con resolución la verja del colegio y se detuvo al reconocer al hombre que esperaba delante de la puerta con una tablilla de anotaciones en la mano.

—¿Su nombre, joven? —le preguntó el hombre con una acogedora sonrisa.

—Harry Clifton, señor —respondió él, quitándose la gorra, tal como le había enseñado el señor Holcombe que debía hacer cada vez que un profesor o una señora le dirigiera la palabra.

—Clifton —dijo el otro, mientras recorría con un dedo una larga lista de nombres—. Sí, aquí está. —Hizo una marca junto al nombre de Harry—. Primera generación,

alumno de la coral. Enhorabuena y bienvenido a San Beda. Soy el señor Frobisher, su tutor, y usted está en la Casa Frobisher. Si deja la maleta en el vestíbulo, un prefecto lo acompañará al refectorio, donde me dirigiré a todos los nuevos alumnos antes de la cena.

Harry no había cenado nunca. En casa de los Clifton, la última comida del día era la merienda, porque más tarde oscurecía y había que irse a la cama. La electricidad aún no había llegado a Still House Lane y casi nunca había dinero para comprar velas.

—Gracias, señor —dijo el niño, antes de entrar por la puerta principal a un amplio vestíbulo con lustrosos revestimientos de madera. Dejó la maleta en el suelo y se puso a contemplar el retrato de un anciano de pelo gris y pobladas patillas blancas, ataviado con una larga túnica negra con una capucha roja caída sobre los hombros.

—¿Cómo te llamas? —le espetó alguien a sus espaldas.

—Clifton, señor —respondió Harry, que al volverse vio a un muchacho alto con pantalones largos.

—A mí no me llames «señor», Clifton. Llámame Fisher. No soy profesor, soy prefecto.

—Lo siento, señor —replicó Harry.

—Deja por ahí la maleta y ven conmigo.

Harry dejó su ajada maleta de segunda mano junto a una hilera de otras maletas y baúles de piel. La suya era la única que no tenía las iniciales grabadas. Siguió al prefecto por un largo pasillo, a cuyos lados se sucedían fotografías de antiguos equipos deportivos y vidrieras atestadas de brillantes trofeos, para que las nuevas generaciones recordaran las glorias del pasado. Al llegar al refectorio, Fisher le dijo:

—Siéntate donde quieras, Clifton, y solamente recuerda que tienes que cerrar la boca en cuanto el señor Frobisher entre en el refectorio.

Harry dudó un momento antes de decidirse por una de las cuatro mesas largas. Ya había unos cuantos chicos hablando en voz baja, en pequeños grupos. Se dirigió lentamente a la otra punta del refectorio y se sentó en el extremo de la mesa más alejada. Cuando levantó la vista, vio más chicos que entraban en el refectorio con expresión tan perpleja como la suya. Uno de ellos fue a sentarse a su lado y otro se acomodó en la silla de enfrente. Los dos siguieron charlando entre sí, como si él no estuviera presente.

De repente sonó una campanilla y las voces cesaron de inmediato, mientras el señor Frobisher entraba en la sala. El profesor se situó en un estrado que Harry aún no había visto y se arregló las solapas de la túnica.

—Bienvenidos —los saludó tras quitarse el birrete—, bienvenidos al primer día de su primer trimestre en San Beda, alumnos. Dentro de un momento probarán su primera comida en el colegio y desde ya mismo les digo que nunca será mucho mejor. —Uno o dos de los chicos soltaron una risita nerviosa—. Cuando hayan terminado de cenar, los conducirán a sus dormitorios, donde desharán las maletas. A

las ocho, sonará otra campanilla. De hecho, es la misma campanilla, sólo que a otra hora.

Harry sonrió, aunque la mayoría de los chicos no parecieron haber entendido la pequeña broma del señor Frobisher.

—Treinta minutos después, sonará la misma campanilla, para que se acuesten, pero antes tendrán que asearse y lavarse los dientes. Después dispondrán de media hora para leer y a continuación se apagarán las luces, señal de que es hora de dormir. Si un alumno es sorprendido hablando después de que se apaguen las luces, será castigado por el prefecto de guardia. No oirán ninguna campanilla más —prosiguió el señor Frobisher— hasta mañana a las seis y media, cuando se levantarán, se asearán y se vestirán, para presentarse en el refectorio antes de las siete. Los alumnos que lleguen tarde se quedarán sin desayuno.

»A las ocho, todo el colegio se reunirá en la gran sala, donde el director les dirigirá unas palabras. Después, a las ocho y media, asistirán a su primera clase. Tendrán tres clases de sesenta minutos a lo largo de la mañana, con pausas de diez minutos para los cambios de aula. A las doce se servirá el almuerzo.

»Por la tarde habrá solamente dos clases más y después jugarán al fútbol. —Harry sonrió por segunda vez—. La práctica del fútbol es obligatoria para los alumnos que no sean miembros del coro. —Harry frunció el ceño. Nadie lo había advertido de que los niños de la coral no jugaban al fútbol—. Después del deporte o de los ensayos con el coro, volverán a la Casa Frobisher para la cena, a la que seguirá una hora de estudio, antes de retirarse a los dormitorios, donde una vez más podrán leer hasta que se apaguen las luces..., pero sólo si el libro ha sido aprobado —añadió el señor Frobisher—. Puede que todo esto les suene un poco alambicado. —Harry anotó mentalmente la palabra, para buscarla después en el diccionario que le había regalado el señor Holcombe. El señor Frobisher volvió a acomodarse las solapas de la túnica y prosiguió—: Pero no se preocupen. Pronto se acostumbrarán a las tradiciones de San Beda. Por el momento no voy a decir nada más. Los dejo para que disfruten de la cena. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —entonaron los pocos chicos que tuvieron el coraje de abrir la boca al tiempo que el señor Frobisher abandonaba la sala.

Harry no movió un músculo mientras varias mujeres con delantales recorrían las mesas, colocando cuencos de sopa delante de cada niño. Acostumbrado a beber la sopa directamente del cuenco, Harry observó con atención al niño que tenía enfrente, que cogió una cuchara de una forma muy extraña, la sumergió en la sopa, la movió hacia fuera y después se la llevó a la boca. Harry intentó imitar el movimiento, pero sólo consiguió volcar un poco de sopa en la mesa, y cuando por fin logró llevarse el contenido de la cuchara a la boca, la mayor parte se le derramó por la barbilla. Entonces se limpió la boca con la manga. Con eso no llamó demasiado la atención, pero cuando empezó a sorber ruidosamente cada cucharada, algunos niños dejaron de comer y se pusieron a mirarlo fijamente. Abochornado, Harry apoyó la cuchara sobre

la mesa y dejó que la sopa se le enfriara.

De segundo plato había pastel de pescado, y Harry no se movió hasta no ver qué tenedor usaba el chico que tenía delante. Le sorprendió observar que el niño dejaba el cuchillo y el tenedor sobre el plato entre bocados, mientras él se aferraba a los dos cubiertos como si fueran una horca y una azada.

De pronto, el niño sentado a su lado y el que tenía enfrente se pusieron a hablar de la caza del zorro. Harry no intervino, sobre todo porque su única experiencia como jinete había sido un paseo de medio penique en burro, durante una excursión vespertina a Weston-super-Mare.

Retiraron los platos y llegaron los postres, a los que su madre llamaba «caprichos», porque no solían tomarlos a menudo. Otra cuchara más, otro sabor diferente y otro error. Harry no se dio cuenta de que los plátanos no eran como las manzanas y, para sorpresa de todos los que lo rodeaban, intentó comerse el suyo con la piel. Puede que para el resto de los chicos la primera lección empezara a las ocho y media del día siguiente, pero para Harry ya había comenzado.

Fisher regresó al final de la cena y, en su calidad de prefecto de guardia, condujo a sus pupilos por la escalera de madera, hasta los dormitorios de la primera planta. Allí Harry encontró una sala con treinta camas pulcramente alineadas en tres filas de diez camas cada una. En cada cama había una almohada, dos sábanas y dos mantas, algo que el niño nunca había visto, porque siempre había tenido una sola sábana y una sola manta.

—Éste es el dormitorio de los novatos —dijo Fisher con desdén—. Aquí os quedaréis hasta que estéis civilizados. Encontraréis vuestros nombres por orden alfabético, al pie de cada cama.

Harry se sorprendió al encontrar su maleta encima de su cama y se preguntó quién la habría puesto allí. El chico de su derecha ya estaba deshaciendo la suya.

—Me llamo Deakins —le dijo mientras se acomodaba las gafas sobre la nariz, para ver mejor a Harry.

—Yo soy Harry. Estaba sentado a tu lado el día del examen, este verano. Me pareció increíble que respondieras a todas las preguntas en poco más de una hora.

Deakins se sonrojó.

—Por eso es becario —dijo el niño que estaba al otro lado de Harry.

Harry se volvió.

—¿Tú también eres becario? —le preguntó.

—¡Cielo santo, no! —exclamó el chico, sin dejar de deshacer su equipaje—. La única razón por la que me han admitido en San Beda es porque mi padre y mi abuelo son antiguos alumnos. Soy la tercera generación de mi familia que estudia en la escuela. ¿Tu padre también estudió en este colegio?

—No —respondieron Harry y Deakins al unísono.

—¡Basta de cháchara! —gritó Fisher—. ¡Terminad de deshacer las maletas!

Harry abrió la suya y empezó a sacar su ropa y a guardarla ordenadamente en los

dos cajones del mueble que había junto a su cama. Encontró la chocolatina Fry's que su madre le había puesto entre las camisas y la escondió debajo de la almohada.

Sonó la campanilla.

—¡Hora de desvestirse! —anunció Fisher.

Harry nunca se había desnudado delante de otro niño, ni mucho menos en una sala llena de niños desconocidos. Se volvió de cara a la pared, se quitó lentamente la ropa y se dio prisa en ponerse el pijama. Cuando se hubo anudado el cinturón de la bata, siguió a los otros chicos a los lavabos. Una vez más, observó atentamente cómo se lavaban la cara con un paño antes de cepillarse los dientes. Él no tenía un paño de esos para lavarse la cara ni cepillo de dientes. El niño de la cama contigua revolvió en su neceser y le dio un cepillo nuevo y un tubo de dentífrico. Harry no quería aceptarlos, hasta que el chico le dijo:

—Mi madre siempre lo compra todo doble.

—Gracias —dijo Harry.

Aunque se había lavado los dientes con rapidez, fue uno de los últimos en volver al dormitorio. Se metió en la cama, con dos sábanas limpias, dos mantas y una almohada mullida. Tras ver que Deakins estaba leyendo el manual de latín de Kennedy, oyó que el otro chico se quejaba:

—Esta almohada es dura como una piedra.

—¿Quieres que te la cambie? —preguntó Harry.

—Me parece que son todas iguales —replicó el niño con una mueca—, pero gracias de todos modos.

Harry sacó su chocolatina de debajo de la almohada y la partió en tres trozos. Le pasó uno a Deakins y otro al chico que le había regalado el cepillo de dientes y el dentífrico.

—Veo que tu *mater* es mucho más sensata que la mía —le dijo, después de dar un bocado. Se oyó otra campanilla—. Por cierto, yo me llamo Giles Barrington. ¿Y tú?

—Clifton. Harry Clifton.

Harry no durmió mucho más de cinco minutos seguidos esa noche, y no sólo porque su cama era mucho más cómoda que la que tenía en casa. ¿Sería posible que Giles fuera hijo de uno de los tres hombres que sabían la verdad sobre la muerte de su padre? Y de ser así, ¿estaría Giles cortado con la misma tijera que su padre o que su abuelo?

De pronto, Harry se sintió muy solo. Desenroscó la tapa del dentífrico que le había dado Barrington y se puso a chuparla hasta que se durmió.

Cuando a las seis y media de la mañana sonó la ya familiar campanilla, Harry se levantó lentamente de la cama con sensación de mareo. Fue detrás de Deakins a los lavabos y encontró a Giles, que estaba probando el agua con un dedo.

—¿Habrán oído hablar alguna vez en este sitio del agua caliente? —preguntó.

Harry estaba a punto de responder, cuando el prefecto aulló:

—¡Nada de charlas en los lavabos!

—Es peor que un general prusiano —dijo Barrington, dando un taconazo militar que hizo estallar a Harry en carcajadas.

—¿Quién ha sido? —preguntó Fisher, fijando en los dos chicos una mirada furiosa.

—Yo —respondió Harry de inmediato.

—¿Tu nombre?

—Clifton.

—Si vuelves a abrir la boca, Clifton, te zapatilleo.

Harry no tenía la menor idea de lo que significaba «zapatillar», pero supuso que no sería nada agradable. Después de lavarse los dientes, volvió rápidamente al dormitorio y se vistió sin decir ni una palabra más. Cuando consiguió anudarse la corbata (otra de las muchas cosas que aún no dominaba del todo), alcanzó a Barrington y Deakins, que ya bajaban la escalera en dirección al refectorio.

Ninguno de los tres dijo nada, porque no estaban seguros de poder hablar mientras bajaban la escalera. Cuando se sentaron para desayunar, Harry se situó entre sus dos nuevos amigos. Mientras repartían cuencos con gachas de avena Harry vio con alivio que sólo tenía una cuchara delante, por lo que ya no podía equivocarse de cubierto.

Se comió las gachas con tanta rapidez que se hubiera dicho que tenía miedo de que el tío Stan apareciera por detrás y le arrebatara el cuenco. Fue el primero en terminar y, sin pensárselo dos veces, dejó la cuchara sobre la mesa, levantó el cuenco y se puso a lamerlo. Varios de los chicos se lo quedaron mirando con expresión incrédula, algunos lo señalaron con el dedo y otros rieron entre dientes. Sintiendo que se ponía rojo como un tomate, Harry dejó el cuenco en la mesa. No habría podido reprimir las lágrimas si Barrington no hubiera cogido enseguida su cuenco y se hubiera puesto también a lamerlo.

El reverendo Samuel Oakshott (licenciado por Oxford) se situó en el centro del estrado, con las piernas separadas, y se puso a contemplar con mirada benigna a su rebaño, porque así era como consideraba el director de San Beda a sus alumnos.

Sentado en la primera fila, Harry levantó la vista para observar la temible figura que se erguía sobre él. El reverendo Oakshott medía más de un metro ochenta y tenía una espesa cabellera entrecana y unas patillas largas y pobladas que lo hacían aún más impresionante. Sus profundos ojos azules taladraban a quien tuvieran delante y no parecían parpadear nunca, y las entrecruzadas líneas de su frente indicaban una gran sabiduría. El director se aclaró la garganta, antes de dirigir la palabra a los alumnos.

—Estimados bedanos —comenzó—, nos reunimos una vez más al comienzo del curso escolar, preparados sin duda para hacer frente a todos los retos que se nos presentarán. A los alumnos mayores —dijo concentrando su atención en el fondo de la sala— quiero decirles que no tienen un momento que perder si esperan ingresar en la universidad de su elección. ¡No se conformen nunca con segundas opciones!

»En cuanto a los alumnos del curso intermedio —prosiguió, mientras su mirada se desplazaba al centro de la sala—, será ahora cuando descubramos quiénes de ustedes están destinados a hacer grandes cosas. Cuando regresen el año próximo, ¿serán prefectos, monitores, capitanes de casa, capitanes deportivos..., o se conformarán con quedarse en los márgenes de la vida?

Varios chicos inclinaron la cabeza.

—Nuestro siguiente deber es dar la bienvenida a los alumnos nuevos y hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para que se sientan como en casa. Acaban de recibir por primera vez el testigo en la larga carrera de la vida. Si el ritmo es demasiado intenso, quizá uno o dos se queden en la cuneta —advirtió, fijando la mirada en las tres primeras filas—. San Beda no es un colegio para blandengues. Les recomiendo que no olviden nunca las palabras de Cecil Rhodes: «Si has tenido la suerte de haber nacido inglés, has sacado el primer premio en la lotería de la vida».

La asamblea estalló en espontáneos aplausos, mientras el director abandonaba el estrado seguido de una estela de profesores, que recorrieron con él el pasillo central y salieron de la sala, hacia el sol de la mañana.

Entusiasmado, Harry tomó la resolución de no defraudar nunca al director. Salió de la sala detrás de los chicos mayores, pero en el instante en que pisó el patio, su animación recibió un jarro de agua fría.

En una esquina había un grupo de muchachos mayores, que charlaban entre ellos con las manos en los bolsillos, para que se notara que eran prefectos.

—Ahí está. Es ése —dijo uno de los chicos, señalando a Harry.

—Entonces ¿ése es el aspecto que tiene un granujilla de la calle? —comentó otro.

Un tercero, a quien Harry reconoció como Fisher, el prefecto que había estado de guardia la noche anterior, añadió:

—Es una bestia salvaje, y nuestro deber es conseguir que lo devuelvan a su hábitat natural lo antes posible.

Giles Barrington apretó el paso para alcanzar a Harry.

—Si no les haces caso —dijo—, pronto se aburrirán y empezarán a meterse con otro.

Harry no estaba tan seguro. Corrió para entrar en el aula, donde esperó a que Barrington y Deakins se reunieran con él.

Al cabo de un momento, el señor Frobisher entró en el aula. Lo primero que pensó Harry fue si él también lo consideraría un granujilla callejero, indigno de un colegio como San Beda.

—Buenos días —dijo el señor Frobisher.

—Buenos días, señor —respondieron los chicos, mientras el profesor ocupaba su lugar delante de la pizarra.

—La primera lección de esta mañana —dijo él— será sobre historia de Inglaterra. Como estoy ansioso por conocerlos, empezaremos por un sencillo cuestionario, para descubrir lo mucho o lo poco que saben. ¿Cuántas esposas tuvo Enrique VIII?

Se levantaron varias manos.

—Abbott —dijo el profesor, señalando a uno de los chicos de la primera fila, tras consultar la lista que tenía sobre la mesa.

—Seis, señor —fue la respuesta inmediata.

—Bien, pero ¿alguno de ustedes es capaz de nombrarlas? —Esta vez fueron menos las manos levantadas—. ¿Clifton?

—Catalina de Aragón, Ana Bolena, Jane Seymour, después otra Ana, creo... —respondió Harry, antes de interrumpirse.

—Ana de Cleves. ¿Alguien sabe el nombre de las dos que faltan?

Sólo una mano permaneció en alto.

—Deakins —dijo Frobisher, tras echar un vistazo a la lista.

—Catalina Howard y Catalina Parr. Ana de Cleves y Catalina Parr fueron las únicas que sobrevivieron a Enrique.

—Muy bien, Deakins. Ahora avanzaremos un par de siglos en el tiempo. ¿Quién dirigió nuestra flota en la batalla de Trafalgar?

Todas las manos de la sala se alzaron al unísono.

—Matthews —dijo el profesor, asintiendo a una mano particularmente insistente.

—Nelson, señor.

—Correcto. Y ¿quién era primer ministro en esa época?

—El duque de Wellington, señor —respondió Matthews, con bastante menos confianza que antes.

—No —lo corrigió el señor Frobisher—, no era Wellington, aunque ciertamente fue contemporáneo de Nelson. —Recorrió el aula con la vista, pero sólo Clifton y

Deakins seguían con la mano levantada—. ¿Deakins?

—Pitt el Joven, de 1783 a 1801 y de 1804 a 1806.

—Correcto, Deakins. Y ¿cuándo fue primer ministro el Duque de Hierro?

—De 1828 a 1830 y por segunda vez en 1834 —respondió Deakins.

—Y ¿puede decirme alguien cuál fue su victoria más famosa?

Barrington levantó la mano por primera vez.

—¡Waterloo, señor! —exclamó, antes de que el señor Frobisher tuviera tiempo de señalar a otro.

—Así es, Barrington. Y ¿a quién derrotó Wellington en Waterloo?

Barrington guardó silencio.

—A Napoleón —le susurró Harry.

—A Napoleón, señor —respondió Barrington demostrando confianza.

—Correcto, Clifton —dijo Frobisher con una sonrisa—. ¿También era duque Napoleón?

—No, señor —dijo Deakins, al ver que nadie más se atrevía a responder—. Fundó el primer Imperio francés y se hizo coronar emperador.

Al señor Frobisher no lo sorprendían las respuestas de Deakins, becario por méritos académicos, pero quedó muy impresionado con los conocimientos de Clifton, que después de todo era becario de la coral. A lo largo de los años, había observado que los mejores cantantes, lo mismo que los deportistas de talento, no solían destacar fuera de su campo. El señor Frobisher se preguntó quién habría sido el maestro del muchacho.

Cuando sonó la campanilla que señalaba el final de la clase, el señor Frobisher anunció:

—La próxima clase será de geografía, con el señor Henderson, y los advierto de que al profesor no le gusta esperar. Les recomiendo que aprovechen la pausa para averiguar dónde está el aula y que estén sentados en los pupitres cuando el profesor entre en la sala.

Harry no se separó de Giles, que parecía saber dónde estaba todo. Mientras caminaban juntos por el patio, se dio cuenta de que algunos chicos bajaban la voz cuando ellos pasaban, y notó que algunos incluso se volvían para mirarlo.

Gracias a las innumerables mañanas en compañía del viejo Jack, Harry también destacó en la clase de geografía; pero en matemáticas, la última clase de la mañana, no pudo compararse con Deakins, que llegó a poner en aprietos incluso al profesor.

Cuando los tres amigos se sentaron para almorzar, Harry sintió que un centenar de ojos seguían todos sus movimientos, pero fingió no notarlos y se limitó a copiar todo lo que hacía Giles.

—Es agradable saber que hay algo que puedo enseñarte —manifestó Giles, mientras pelaba una manzana con el cuchillo.

Harry disfrutó mucho en su primera clase de química, esa misma tarde, sobre todo porque el profesor lo dejó encender el mechero Bunsen. Pero no le fue muy bien en la

lección de historia natural, la última del día, porque era el único chico de la clase que no tenía jardín en casa.

Cuando sonó la campanilla final, los demás se fueron a hacer deporte, mientras Harry se presentaba en la capilla, para su primer ensayo con el coro. Una vez más, notó que todas las miradas se fijaban en él, aunque en esa ocasión fue por un buen motivo.

Sin embargo, en cuanto salió de la capilla, volvió a ser objeto de los mismos comentarios en voz baja por parte de los chicos que regresaban de los terrenos de juego.

—¿Es ése nuestro granujilla callejero? —dijo uno.

—Ni siquiera tiene cepillo de dientes —comentó otro.

—Me han dicho que dormía en los muelles —intervino un tercero.

Sin ver por ninguna parte a Deakins ni a Barrington, Harry volvió presuroso a su casa, evitando los corrillos que encontró por el camino.

Durante la cena, las miradas fijas fueron menos evidentes, pero sólo porque Giles había dejado claro a todo el que quiso oírlo que Harry era su amigo. Pero Giles no pudo hacer nada cuando todos subieron al dormitorio después de la hora de estudio y encontraron a Fisher de pie junto a la puerta, con todo el aspecto de estar esperando a Harry.

Mientras los chicos empezaban a desvestirse, Fisher anunció en voz alta:

—Lamento mucho el mal olor, chicos, pero hay alguien en este grupo que viene de una casa sin cuarto de baño.

Un par de niños rieron entre dientes, con la esperanza de congraciarse con Fisher, pero Harry no les hizo caso.

—Y además de carecer de cuarto de baño, esa rata de las cloacas ni siquiera tiene padre.

—Mi padre fue un buen hombre que luchó en la guerra por su país —dijo Harry con orgullo.

—¿Qué te hace pensar que estaba hablando de ti, Clifton? —replicó Fisher—. A menos que también seas tú el chico que su madre trabaja... —Hizo una pausa—. De camarera en un hotel.

—No se dice «el chico que su madre trabaja», sino «el chico cuya madre trabaja» —lo corrigió Harry.

Fisher empuñó una zapatilla con gesto amenazador.

—No vuelvas a corregirme nunca más, Clifton —dijo airadamente—. Inclínate y toca la punta de la cama con las manos.

Harry obedeció, y Fisher le administró seis zapatillazos con tal ferocidad que Giles tuvo que volver la cara para no verlo. Harry se metió entre las sábanas trabajosamente, esforzándose para contener las lágrimas.

Antes de apagar las luces, Fisher añadió:

—No veo la hora de que sea mañana por la noche, para seguir contándoos la

historia de los Clifton de Still House Lane. ¡Ya veréis cuando os cuente lo del tío Stan!

A la noche siguiente, Harry se enteró por primera vez de que su tío había estado dieciocho meses en la cárcel, condenado por robo. Esa revelación fue peor que los zapatillazos. Se metió en la cama preguntándose si su padre no estaría vivo y en prisión, y si no sería ésa la razón por la que nadie en su casa hablaba nunca de él.

Prácticamente no durmió por tercera noche consecutiva. Por mucho éxito que tuviera en las clases y mucha admiración que despertara en la capilla, nada era suficiente para desviar su pensamiento del siguiente e inevitable encuentro con Fisher. La más mínima excusa —una gota de agua que salpicara el suelo de los lavabos, una almohada que no estuviera perfectamente horizontal o un calcetín caído sobre el tobillo— bastaba para que el prefecto de guardia le propinara seis tremendos zapatillazos delante de todos los chicos del dormitorio, no sin antes añadir un episodio más a la «Crónica de los Clifton». A la quinta noche, Harry ya no pudo más, y ni siquiera Giles y Deakins fueron capaces de consolarlo.

El viernes por la tarde, durante la hora de estudio, mientras los otros niños pasaban las páginas del manual de latín de Kennedy, Harry no prestó atención a César ni a las Galias, sino que se concentró en urdir un plan para que Fisher no volviera a molestarlo nunca más. Esa noche, cuando se acostó, después de que Fisher descubriera el envoltorio de una chocolatina Fry junto a su cama y volviera a castigarlo, su plan ya había cobrado forma. Se quedó despierto mucho después de que se apagaran las luces y no se movió hasta estar seguro de que todos los otros niños se habían dormido.

No tenía idea de la hora que podía ser cuando se levantó sigilosamente. Se vistió sin hacer ruido y pasó con cuidado entre las camas, hasta llegar a la otra punta de la habitación. Empujó la ventana para abrirla, y la ráfaga de aire fresco que entró en el dormitorio hizo que se moviera el chico de la cama más cercana. Después, se encaramó a la escalera de incendios y cerró lentamente la ventana antes de bajar al jardín. Fue caminando por el borde del césped, para aprovechar las sombras y evitar que la luz de la luna lo iluminara como un faro.

Al llegar a la verja, descubrió con horror que estaba cerrada con llave. Recorrió los muros, en busca de cualquier pequeña grieta o muesca que le permitiera trepar y huir a la libertad. Al final, encontró un lugar donde faltaba un ladrillo y consiguió trepar y sentarse a caballo sobre el muro. Se descolgó por el otro lado hasta quedar suspendido de la punta de los dedos y, después de rezar una plegaria silenciosa, se soltó. El golpe al caer al suelo fue brutal, pero no se rompió nada.

En cuanto se recuperó, empezó a correr por la calle, primero lentamente y después con creciente rapidez, y no paró hasta llegar al puerto. Los estibadores del turno de noche estaban saliendo, y para Harry fue un gran alivio comprobar que su tío no estaba entre ellos.

Cuando vio que el último estibador desaparecía a lo lejos, echó a andar por los

muelles, junto a una fila de buques amarrados que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Observó que una de las tolvas de descarga lucía una orgullosa letra «B» y entonces pensó en su amigo Giles, que a esas horas debía de estar profundamente dormido. «¿Podrá alguna vez...?». Sus pensamientos se interrumpieron cuando llegó al vagón del viejo Jack.

Se preguntó si el hombre también estaría durmiendo, y enseguida recibió respuesta, cuando una voz le dijo:

—No te quedes ahí parado, Harry. ¡Entra antes de que te mueras congelado!

El niño abrió la puerta del vagón y encontró al viejo Jack sentado, intentando encender una vela con una cerilla. El niño se dejó caer en el asiento de enfrente.

—¿Te has escapado? —le preguntó el viejo.

Esa pregunta tan directa sorprendió a Harry, que tardó un momento en reaccionar.

—Sí —balbució finalmente.

—Y has venido a contarme por qué has tomado una decisión tan trascendente...

—No la he tomado yo —replicó Harry—. La han tomado por mí.

—¿Quién?

—Un tal Fisher.

—¿Profesor o alumno?

—El prefecto de mi dormitorio —dijo Harry con un gesto de dolor, antes de contarle al viejo Jack todo lo sucedido durante su primera semana en San Beda.

Una vez más, el viejo Jack lo sorprendió. Cuando Harry terminó su relato, le dijo:

—La culpa es mía.

—¿Por qué? —preguntó Harry—. Usted no podía haber hecho nada más para ayudarme.

—Sí que podía —replicó el viejo Jack—. Debí prepararte para hacer frente a una variedad de esnobismo que ningún otro país del mundo puede igualar. Debí dedicar más tiempo a explicarte la importancia de las tradiciones del colegio y menos a la geografía y la historia. Esperaba que las cosas hubieran cambiado después de la guerra que iba a acabar con todas las guerras, pero veo que en San Beda todo sigue igual. —Se sumió un momento en un silencio reflexivo, y por fin preguntó—: ¿Qué piensas hacer ahora, muchacho?

—Marcharme en un barco. Me iré en cualquiera que quiera contratarme —respondió Harry, tratando de parecer entusiasmado.

—¡Qué buena idea! —dijo el viejo Jack—. ¡Justo lo que quiere Fisher!

—¿Por qué lo dice?

—Porque nada le gustará más a Fisher que contarle a sus amigos que el granujilla callejero no tuvo valor para quedarse. «¿Qué otra cosa se podía esperar del hijo de un estibador y una camarera?», les dirá.

—Pero Fisher tiene razón. No soy de su clase.

—No, Harry. El problema es que Fisher ya se ha dado cuenta de que él no es de tu clase y que nunca lo será.

—¿Me está aconsejando que vuelva a ese sitio espantoso? —dijo Harry.

—Sólo tú puedes tomar esa decisión —respondió el viejo Jack—, pero si sales huyendo cada vez que choques con uno de los Fisher de este mundo, acabarás como yo, que me he quedado en los márgenes de la vida, por citar a tu director.

—Pero usted es un gran hombre —replicó Harry.

—Podría haberlo sido —replicó el viejo Jack—, si no hubiera huido cuando mi propio Fisher se interpuso en mi camino. Pero elegí la salida más fácil y pensé solamente en mí mismo.

—Y ¿en quién más se ha de pensar?

—En tu madre, por ejemplo —observó el viejo Jack—. No olvides todos los sacrificios que ha hecho para ofrecerte un comienzo en la vida mucho mejor de lo que habría creído posible. Piensa también en el señor Holcombe, que se culpará a sí mismo cuando se entere de que te has escapado. Y no olvides a la señorita Monday, que pidió favores, presionó a mucha gente y dedicó un sinnúmero de horas a tu preparación, para asegurarse de que consiguieras esa beca para la coral. Y cuando sopeses las ventajas y los inconvenientes, Harry, te sugiero que coloques a Fisher en un plato de la balanza y a Barrington y Deakins en el otro, porque sospecho que muy pronto Fisher se desvanecerá en el olvido, mientras que Barrington y Deakins seguirán siendo tus amigos por el resto de tu vida. Si huyes, tendrán que escuchar por fuerza a Fisher, que continuamente les recordará que no eres la persona que ellos habían creído ver en ti.

Harry guardó silencio un momento. Al final, se puso en pie lentamente.

—Gracias —dijo, y sin añadir nada más, abrió la puerta del vagón y se marchó.

Fue andando a paso lento por los muelles, contemplando una vez más los grandes cargueros, que muy pronto zarparían hacia puertos lejanos. Siguió caminando hasta llegar a la verja del puerto, donde echó a correr en dirección al centro de la ciudad. Cuando llegó a la puerta de la escuela, la encontró abierta. El reloj de la sala mayor estaba a punto de dar las ocho.

Aunque tenía teléfono, el señor Frobisher iba a tener que ir personalmente a la casa del director, para informarlo de que uno de sus chicos había desaparecido. De pronto, mirando por la ventana de su estudio, captó una imagen fugaz de Harry, que avanzaba con sigilo entre los árboles, en dirección a su casa. Cuando al dar la última campanada del reloj el niño abrió cautelosamente la puerta delantera, se encontró cara a cara con su tutor.

—Será mejor que se dé prisa, Clifton —dijo el señor Frobisher—, porque, de lo contrario, se perderá el desayuno.

—Sí, señor —contestó Harry, y echó a correr por el pasillo.

Llegó al comedor justo antes de que cerraran las puertas y se sentó rápidamente entre Barrington y Deakins.

—Por un momento pensé que esta mañana yo iba a ser el único que lamiera el cuenco —dijo Barrington, y Harry estalló en carcajadas.

Ese día no vio a Fisher, y le sorprendió observar que por la noche lo sustituyó otro prefecto en la guardia del dormitorio. Por primera vez en toda la semana, Harry pudo dormir.

El Rolls-Royce atravesó la verja de Manor House y subió por el largo sendero flanqueado por viejos robles erguidos como centinelas. Harry contó seis jardineros antes de que la casa apareciera ante sus ojos.

Durante su estancia en San Beda había podido vislumbrar algunos aspectos de la vida que llevaba Giles cuando regresaba a su casa en las vacaciones, pero nada lo había preparado para lo que iba a ver. Cuando divisó la mansión por primera vez no pudo evitar abrir la boca por el asombro.

—Principios del siglo XVIII, diría yo —arriesgó Deakins.

—Buen intento —dijo Giles—. Erigida en 1722. Construida por Vanbrugh. Pero apuesto a que no podéis decirme quién diseñó los jardines. Os daré una pista: son más recientes que la casa.

—El único paisajista del que he oído hablar es Capability Brown —intervino Harry, sin dejar de mirar la casa.

—Por eso lo elegimos —replicó Giles—, para estar seguros de que mis amigos hubieran oído hablar de él doscientos años después.

Harry y Deakins se echaron a reír, y el automóvil se detuvo delante de la mansión de tres plantas, construida con piedra dorada de Cotswold. Giles saltó del vehículo antes de que el chófer tuviera tiempo de abrirle la puerta y subió corriendo la escalera, con sus dos amigos detrás, que lo siguieron con paso mucho menos firme.

La puerta principal se abrió mucho antes de que Giles llegara al último escalón, y un hombre alto, elegantemente vestido con una levita negra, pantalones de rayas y corbata negra, se inclinó ante su joven señor, que pasó a su lado como una exhalación.

—Feliz cumpleaños, señor Giles —le dijo el hombre al niño.

—Gracias, Jenkins. ¡Por aquí, chicos! —gritó Giles, mientras desaparecía en el interior de la casa. El mayordomo mantuvo abierta la puerta para que pasaran Harry y Deakins.

En cuanto pisó el vestíbulo, Harry se sintió fascinado por el retrato de un anciano que parecía mirarlo con fijeza. Giles había heredado la nariz aguileña, los ojos azules de mirada intensa y la mandíbula cuadrada del hombre del retrato. Harry se puso a contemplar los otros cuadros que adornaban las paredes. Las únicas pinturas que había visto hasta ese momento eran reproducciones en las páginas de los libros: la *Mona Lisa*, el *Caballero sonriente*, *La ronda de noche*... Cuando se disponía a admirar un paisaje de un artista llamado Constable, una mujer hizo su aparición en el vestíbulo, ataviada con un vestido que Harry sólo habría podido describir como de fiesta.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo.

—Gracias, *mater* —contestó Giles, mientras ella se inclinaba para besarlo.

Era la primera vez que Harry veía a su amigo turbado.

—Éstos son mis dos mejores amigos: Harry y Deakins.

La mujer no era mucho más alta que Harry y le sonrió con tanta calidez al estrecharle la mano que el niño se sintió inmediatamente a gusto.

—¿Os parece que pasemos al gabinete a tomar el té? —sugirió ella, antes de conducir a los chicos, a través del vestíbulo, hasta una sala que dominaba el jardín.

Al entrar, Harry no habría querido sentarse, sino detenerse a mirar cada uno de los cuadros que adornaban las paredes, pero la señora Barrington ya lo estaba dirigiendo hacia el sofá. Harry se hundió en los mullidos cojines y no pudo quitar la vista del ventanal, que daba a una vasta extensión de césped perfectamente cortado, con espacio más que suficiente para jugar un partido de críquet. Más allá del césped, Harry divisó un lago donde unos patos bien alimentados nadaban sin rumbo fijo, aparentemente muy poco preocupados por la procedencia de su siguiente comida. Deakins se sentó en el sofá junto a Harry.

Ninguno de los dos habló, mientras otro sirviente, vestido en este caso con una chaqueta negra corta, entraba en el salón, seguido de una mujer con un bonito uniforme azul, muy semejante al que llevaba la madre de Harry en el hotel. La doncella traía una gran bandeja de plata, que dejó sobre una mesa ovalada, delante de la señora Barrington.

—¿Prefieres indio o chino? —preguntó la anfitriona, mirando a Harry.

El niño no supo muy bien a qué se refería.

—Indio para los tres, mamá, gracias —dijo Giles.

Harry creía que Giles ya le había enseñado todo lo que era preciso saber acerca de etiqueta y buenos modales, pero de pronto la señora Barrington había elevado el listón a un nuevo nivel.

Cuando el ayudante del mayordomo hubo servido las tres tazas de té, la doncella las puso delante de los chicos, junto con un plato vacío para cada uno. Harry miraba fijamente una montaña de sándwiches, sin atreverse a tocarla. Giles cogió uno y se lo puso en el plato. Su madre frunció el ceño.

—¿Cuántas veces te he dicho, Giles, que esperes a que tus invitados decidan lo que van a tomar, antes de servirte tú?

Harry habría querido aclararle a la señora Barrington que Giles siempre se le adelantaba para que él supiera lo que tenía que hacer y, más importante aún, para indicarle lo que no debía hacer bajo ningún concepto. Deakins eligió un sándwich y se lo puso en el plato. Harry hizo lo propio. Después, Giles esperó pacientemente a que Deakins se decidiera a dar un bocado a su sándwich.

—Espero que os guste el salmón ahumado —dijo la señora Barrington.

—Nos encanta —respondió Giles, antes de que sus amigos tuvieran ocasión de reconocer que nunca lo habían probado—. En el colegio sólo nos dan sándwiches de pasta de pescado —añadió.

—Bueno, contadme cómo os va en el colegio —dijo la señora Barrington.

—«Aún queda margen de mejora». Es lo que opina Frob de mis esfuerzos, según creo —comentó Giles, mientras se servía otro sándwich—. Pero Deakins es el primero en todo.

—Excepto en inglés —aclaró Deakins, hablando por primera vez—. Harry me supera en esa asignatura por un par de puntos porcentuales.

—¿Y tú superas a alguien en algo, Giles? —preguntó su madre.

—Es el segundo en matemáticas, señora Barrington —confesó Harry, saliendo en defensa de Giles—. Tiene un don natural para los números.

—Como su abuelo —dijo la señora Barrington.

—Es muy bonito ese retrato suyo que hay sobre la chimenea, señora Barrington —observó Deakins.

Ella sonrió.

—No soy yo, Deakins, sino mi querida madre. —Deakins inclinó la cabeza, antes de que la señora Barrington se apresurara a añadir—: Pero me has hecho un gran cumplido. Mi madre estaba considerada una gran belleza en su época.

—¿Quién lo pintó? —preguntó Harry, pensando que de ese modo salvaba a Deakins.

—László —replicó la señora Barrington—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estaba pensando si el retrato del caballero que hay en el vestíbulo no sería obra del mismo artista.

—¡Qué observador! —exclamó la señora Barrington—. El cuadro que has visto en el vestíbulo es un retrato de mi padre y, en efecto, fue pintado por László.

—¿A qué se dedica su padre? —preguntó Harry.

—Harry siempre está haciendo preguntas —aclaró Giles—, pero uno acaba acostumbrándose.

La señora Barrington sonrió.

—Importa vinos, sobre todo de Jerez.

—Como Harvey's —dijo Deakins, con la boca llena de sándwich de pepino.

—Como Harvey's —repitió la señora Barrington. Giles sonrió—. Sírvete otro sándwich, Harry —dijo la madre de Giles, al darse cuenta de que el niño tenía la vista fija en la bandeja.

—Gracias —contestó Harry, sin poder decidirse entre los de salmón ahumado, los de pepino o los de huevo y tomate. Por fin se decantó por uno de salmón, para ver cómo sabía.

—Tú también, Deakins.

—Gracias, señora Barrington —respondió él, y se sirvió otro sándwich de pepino.

—Perdona, pero no puedo seguir llamándote Deakins —prosiguió ella—. Es como si me estuviera dirigiendo a uno de mis sirvientes. Tendrás que decirme tu nombre de pila.

Deakins volvió a inclinar la cabeza.

—Prefiero que todos me llamen Deakins —señaló.

—Se llama Al —intervino Giles.

—Es un nombre precioso —dijo la señora Barrington—, pero estoy segura de que tu madre te llama Alan.

—No, no me llama Alan —replicó Deakins, sin levantar la cabeza. Los otros dos chicos parecieron sorprendidos por la revelación, pero no dijeron nada—. En realidad, mi nombre es Algernon —confesó finalmente.

Giles estalló en carcajadas.

La señora Barrington hizo caso omiso de las risas de su hijo.

—Tu madre debe de ser una admiradora de Oscar Wilde —dijo.

—Así es —contestó Deakins—, pero yo habría preferido que me hubiera puesto Jack, o incluso Ernest.

—Yo en tu lugar no me preocuparía —dijo la señora Barrington—. Después de todo, Giles padece una ignominia semejante.

—Mamá, prometiste que no...

—Tienes que pedirle que te diga su segundo nombre —prosiguió ella, ignorando las protestas de su hijo.

Al ver que Giles no respondía, Harry y Deakins se volvieron hacia la señora Barrington con mirada expectante.

—Marmaduke —declaró ella con un suspiro—. Como su padre y su abuelo.

—Si uno de vosotros se lo cuenta a alguien cuando volvamos al colegio —advirtió Giles, mirando a sus dos amigos—, juro que lo mato. Lo juro.

Los dos chicos se echaron a reír.

—¿Tú también tienes un segundo nombre, Harry? —preguntó la señora Barrington.

Harry estaba a punto de responder cuando se abrió la puerta de la sala y entró un hombre que nadie habría podido confundir con un sirviente, cargado con un voluminoso paquete. Harry pensó que sólo podía tratarse del señor Hugo. Giles saltó del sofá y corrió hacia su padre, que le dio el paquete y le dijo:

—¡Feliz cumpleaños, muchacho!

—Gracias, papá —respondió Giles, e inmediatamente se puso a desatar la cinta.

—Antes de abrir el regalo, Giles —intervino su madre—, quizá deberías presentar a tus invitados a tu padre.

—Lo siento, papá. Éstos son mis dos mejores amigos: Deakins y Harry —dijo Giles, apoyando el paquete sobre la mesa.

Harry notó que el padre de Giles tenía la misma constitución atlética y la misma energía inagotable que él creía exclusivas de su hijo.

—Encantado de conocerte, Deakins —dijo el señor Barrington, mientras le estrechaba la mano. Después, se volvió hacia Harry—. Buenas tardes, Clifton —añadió, y se dejó caer en la butaca libre junto a su mujer. A Harry le intrigó que el señor Barrington no le estrechara la mano, y se preguntó también cómo podía saber que se llamaba Clifton.

Una vez que el ayudante del mayordomo hubo servido el té al señor Barrington, Giles desenvolvió su regalo y dejó escapar un grito de alegría cuando vio una radio Roberts. La enchufó en una toma de corriente de la pared y empezó a sintonizar diferentes estaciones. Los chicos aplaudían y reían con cada nuevo sonido que emitía la gran caja de madera.

—Me dice Giles que este trimestre ha sido el segundo de su clase en matemáticas —dijo la señora Barrington, volviéndose hacia su marido.

—Lo cual no es compensación suficiente para ser uno de los últimos en todas las demás asignaturas —replicó su marido.

Giles intentó no parecer turbado, mientras proseguía su búsqueda de nuevas emisoras.

—¡Pero deberían haber visto el gol que marcó ante Avonhurst! —intervino Harry—. Todos esperamos que sea el capitán del equipo el año próximo.

—Los goles no lo llevarán a Eton —comentó el señor Barrington sin mirar a Harry—. Ya es hora de que haga un esfuerzo y empiece a estudiar seriamente.

Todos guardaron silencio un momento, hasta que la señora Barrington volvió a hablar:

—¿Eres tú el Clifton que canta en el coro de Santa María de Redcliffe? —preguntó.

—Harry es el solista soprano —aclaró Giles—. De hecho, es becario de la coral.

Harry notó entonces que el padre de Giles lo estaba mirando fijamente.

—Ya decía yo que me sonaba tu cara —dijo la señora Barrington—. El abuelo de Giles y yo asistimos a una interpretación del *Mesías* en Santa María, con el coro de San Beda y la coral del Colegio Bristol. En *Sé que vive mi Redentor* estuviste magnífico, Harry.

—Gracias, señora Barrington —respondió Harry, ruborizándose.

—¿Piensas ir al Colegio Bristol cuando termines los estudios en San Beda, Clifton? —preguntó el señor Barrington.

«Me ha vuelto a llamar Clifton», pensó Harry.

—Sólo si consigo una beca, señor —replicó.

—¿Por qué es tan importante una beca? —preguntó la madre de Giles—. Seguramente te ofrecerán una plaza, como a cualquier otro niño.

—Sí, pero mi madre no podría pagar la matrícula, señora Barrington. Trabaja de camarera en el Hotel Royal.

—Pero ¿tu padre...?

—Murió —señaló Harry—. Lo mataron en la guerra.

Con el rabillo del ojo, Harry intentó apreciar la reacción del señor Barrington, pero éste, como buen jugador de póquer, no dejó traslucir ninguna emoción.

—Lo siento —dijo la señora Barrington—. No lo sabía.

En ese momento se abrió la puerta y entró el ayudante del mayordomo, con un pastel de cumpleaños de dos pisos sobre una bandeja de plata, que colocó en el centro

de la mesa. Cuando Giles consiguió apagar las doce velitas de un solo soplo, todos aplaudieron.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, Clifton? —preguntó el señor Barrington.

—Fue el mes pasado, señor —respondió Harry.

El padre de Giles desvió la vista.

El ayudante del mayordomo retiró las velas antes de entregarle a su joven patrón un gran cuchillo de repostería. Giles hundió el cuchillo en el pastel y cortó cinco trozos desiguales, que procedió a colocar en los platos que la doncella había puesto sobre la mesa.

Deakins devoró los trocitos de glaseado que habían caído sobre el plato, antes de dar el primer bocado al pastel.

El señor Barrington fue el único que no probó el pastel del cumpleaños. De pronto, sin previo aviso, se levantó de su asiento y se marchó sin decir palabra.

La madre de Giles ni siquiera intentó disimular la sorpresa que le producía la conducta de su marido, pero no hizo ningún comentario. Harry siguió con la vista al señor Barrington mientras éste salía de la habitación, al tiempo que Deakins, que ya se había acabado su trozo de pastel, volvía a concentrar la atención en los sándwiches de salmón ahumado, claramente indiferente a lo que sucedía a su alrededor.

Cuando se cerró la puerta, la señora Barrington siguió charlando como si no hubiera ocurrido nada inusual.

—Estoy segura de que conseguirás la beca para el Colegio Bristol, Harry, sobre todo teniendo en cuenta lo que Giles me ha contado de ti. Es evidente que eres un chico muy listo, además de tener grandes dotes para el canto.

—Giles tiene cierta tendencia a exagerar, señora Barrington —contestó Harry—. Le aseguro que sólo Deakins puede tener la certeza de que conseguirá una beca.

—Pero ¿acaso el Colegio Bristol no concede becas para estudios musicales? —preguntó ella.

—Para voces infantiles, no —respondió Harry—. No quieren arriesgarse.

—No lo entiendo —dijo la señora Barrington—. No sería un riesgo. ¿Tienes años de experiencia en un coro!

—Por desgracia, nadie puede predecir lo que pasará cuando me cambie la voz. Algunos niños con registro de soprano, como yo, acaban siendo bajos o barítonos, y los más afortunados se convierten en tenores, pero es imposible saberlo de antemano.

—¿Por qué no? —preguntó Deakins, interesándose por primera vez en la conversación.

—Hay muchos solistas infantiles que ni siquiera consiguen una plaza en el coro de su parroquia cuando les cambia la voz. Piensa, si no, en Ernest Lough. No hay nadie en Inglaterra que no le haya oído cantar *Las alas de una paloma*; pero desde que le cambió la voz, no hemos vuelto a saber nada de él.

—Entonces tendrás que estudiar un poco más —dijo Deakins entre bocados—. No olvides que el Colegio Bristol concede doce becas al año, y yo sólo puedo ganar

una —añadió con toda naturalidad.

—Pero ése es el problema —replicó Harry—. Para estudiar un poco más, tendría que dejar el coro, y sin la beca del coro, tendría que irme de San Beda, de modo que...

—Estás entre la espada y la pared —dijo Deakins.

Harry nunca había oído esa expresión, pero decidió preguntarle su significado a Deakins más adelante.

—Bueno, si hay algo seguro —observó la señora Barrington— es que Giles no obtendrá ninguna beca para ningún colegio.

—Quizá no —replicó Harry—, pero el Colegio Bristol no le negaría el ingreso a un bateador zurdo de su calibre.

—Esperemos que piensen lo mismo en Eton, porque allí es donde quiere mandarlo su padre.

—Yo no quiero ir a Eton —terció Giles, apoyando el tenedor en el plato—. Quiero ir al Colegio Bristol con mis amigos.

—Estoy segura de que harás muchos amigos nuevos en Eton —dijo su madre—. Y sería una gran decepción para tu padre que no siguieras sus pasos.

El ayudante del mayordomo tosió. La señora Barrington miró por la ventana y vio que un coche se había detenido al pie de la escalinata.

—Creo que ya es hora de que volváis a la escuela —dijo—. No me gustaría ser la culpable de que llegarais tarde a vuestra hora de estudio.

Harry miró con pena la gran bandeja de sándwiches y el pastel de cumpleaños a medio terminar, y muy a su pesar se levantó y se encaminó hacia la puerta. Cuando volvió la vista atrás por un momento, creyó ver a Deakins guardándose un sándwich en el bolsillo. Al echar un último vistazo a través de la ventana, lo sorprendió descubrir por primera vez a una niña desgarbada, peinada con largas coletas, que estaba acurrucada en un rincón, leyendo un libro.

—Es la tonta de mi hermana Emma —explicó Giles—. Nunca para de leer. No le hagáis caso.

Harry le sonrió, pero ella no levantó la vista. Deakins no se detuvo a mirarla dos veces.

La señora Barrington acompañó a los tres chicos a la puerta principal, donde se despidió de Harry y Deakins estrechándoles las manos.

—Espero que los dos volváis muy pronto —les dijo—. Sois una influencia muy buena para Giles.

—Gracias por invitarnos a tomar el té, señora Barrington —repuso Harry, mientras Deakins inclinaba brevemente la cabeza.

Los dos chicos miraron para otro lado cuando abrazó a su hijo y le dio un beso.

Mientras el chófer conducía el automóvil por el largo sendero, hacia la verja, Harry se volvió para contemplar la casa por la ventanilla trasera. No vio a Emma, que seguía con la vista el coche cada vez más lejano.

La tienda de golosinas de la escuela abría los martes y los jueves, de cuatro a seis de la tarde.

Harry casi nunca visitaba el Emporio, como lo llamaban los niños, porque sólo disponía de dos chelines por trimestre y sabía que su madre se habría disgustado si hubiera encontrado gastos extraordinarios en las cuentas. Sin embargo, cuando llegó el cumpleaños de Deakins, Harry hizo una excepción a esa regla y resolvió comprarle a su amigo una barra de caramelo de leche de un penique.

Pese a sus escasas visitas a la tienda, Harry siempre se encontraba sobre su mesa, los martes y los jueves por la tarde, una chocolatina Fry's con el dibujo de los cinco niños en el envoltorio. Y aunque en el colegio había una regla que prohibía a los estudiantes gastar más de seis peniques semanales en golosinas, Giles también compraba un paquete de regaliz de colores para Deakins, dejando bien claro a sus amigos que no esperaba nada a cambio.

Ese martes Harry se puso a la cola de los muchos chicos que esperaban a ser atendidos. Se le hacía la boca agua con sólo mirar los montones pulcramente ordenados de chocolatinas, caramelos de leche, gelatinas, dulces de regaliz y la última novedad: bolsas de patatas chips Smiths. Consideró la posibilidad de comprarse una de esas bolsas, pero un trabajo sobre el personaje literario de Wilkins Micawber le había hecho apreciar aún más el valor del dinero.

Mientras Harry se comía con los ojos los tesoros del Emporio, oyó la voz de Giles y se dio cuenta de que estaba unos puestos por delante de él en la cola. Estaba a punto de saludar a su amigo, cuando vio que Giles cogía una chocolatina de un estante y se la guardaba disimuladamente en el bolsillo del pantalón, y que poco después hacía lo propio con un paquete de chicles. Cuando Giles llegó al frente de la cola, puso sobre el mostrador una caja de regaliz de colores de dos peniques y una bolsa de patatas chips de un penique, que el señor Swival, el profesor encargado de la tienda de golosinas, anotó en su libro bajo el nombre de Barrington. Los otros dos artículos permanecieron en su bolsillo, sin que fueran sumados a su cuenta.

Harry se sintió horrorizado y, antes de que Giles tuviera tiempo de volverse, salió sin llamar la atención, para que su amigo no lo viera. Echó a andar lentamente alrededor del edificio del colegio, devanándose los sesos en busca de una razón para que su amigo quisiera robar algo, cuando era evidente que podía pagarlo. Supuso que la explicación tenía que ser sencilla, pero él se sentía incapaz de encontrarla.

Poco antes de la hora señalada, subió a la sala de estudio y encontró sobre su pupitre la chocolatina sustraída. A su lado, Deakins ya había abierto la caja de regaliz de colores. Le resultó difícil concentrarse en las causas de la Revolución industrial, mientras trataba de decidir qué hacer con su descubrimiento, si es que debía hacer algo.

Al final de la hora de estudio, había tomado una decisión. Guardó la chocolatina

intacta en el cajón de su pupitre, decidido a devolverla al quiosco el jueves, sin decirle nada a Giles.

Esa noche no durmió, y, después del desayuno, se llevó aparte a Deakins y le explicó por qué no había podido comprarle un regalo para su cumpleaños. Deakins no pudo disimular su incredulidad.

—Mi padre tiene el mismo problema en su tienda —le dijo a Harry—. Dice que es cosa de los «descuideros». El *Daily Mail* lo achaca a la recesión.

—No creo que a la familia de Giles la haya afectado mucho la recesión —afirmó Harry.

Deakins asintió, pensativo.

—¿Crees que deberías contárselo a Frob?

—¿Y delatar a mi mejor amigo? —dijo Harry—. ¡Eso nunca!

—Pero si lo descubren, lo expulsarán —observó Deakins—. Lo menos que puedes hacer es advertirlo de que sabes lo que hace.

—Me lo pensaré —dijo Harry—. Creo que, mientras tanto, voy a devolver al Emporio todo lo que me dé Giles, sin decirle nada.

Deakins se inclinó hacia él.

—¿Podrías devolver también mis cosas? —le susurró—. Como no voy nunca, no sabría cómo hacerlo.

Harry aceptó hacerse cargo y, a partir de entonces, fue a la tienda de golosinas dos veces por semana, para dejar en las estanterías los regalos que les hacía Giles. Había llegado a la conclusión de que Deakins tenía razón. Iba a tener que hablar con su amigo antes de que lo descubrieran, pero decidió no hacer nada hasta el final del curso.

—Buen disparo, Barrington —comentó el señor Frobisher mientras la bola atravesaba los límites del campo y una oleada de aplausos recorría las gradas—. Recuerde lo que le digo —añadió, dirigiéndose al director—, Barrington llegará a jugar con Eton contra Harrow en el campo de Lord's.

—No, si Giles puede evitarlo —le susurró Harry a Deakins.

—¿Qué piensas hacer estas vacaciones, Harry? —preguntó Deakins, sin prestar mucha atención a lo que sucedía a su alrededor.

—Si lo que quieres saber es si tengo planeado visitar la Toscana este año, te diré que no —replicó Harry con una sonrisa.

—Tampoco creo que Giles tenga ganas de ir —dijo Deakins—. Después de todo, los italianos no saben nada de críquet.

—Pues a mí no me importaría estar en su lugar —repuso Harry—. Me da igual que Miguel Ángel, Da Vinci y Caravaggio no supieran apreciar las sutilezas del golpe de muñeca y las bolas curvas. ¿Te imaginas toda la pasta que va a comer?

—Entonces, ¿adónde irás tú? —preguntó Deakins.

—Estaré una semana en la Riviera del suroeste de Inglaterra —dijo Harry con desenvoltura—. El gran embarcadero de Weston-super-Mare suele ser el lugar más concurrido, seguido del café Coffins, con sus inigualables platos de pescado y patatas fritas. ¿Querrás venir a verme?

—No tendré tiempo —respondió Deakins, convencido de que Harry hablaba en serio.

—¿Por qué no? —preguntó Harry, siguiendo la broma.

—Demasiado que estudiar.

—¿Piensas seguir estudiando durante las vacaciones? —inquirió Harry con incredulidad.

—Para mí no hay mejor forma de pasar las vacaciones —respondió Deakins—. Me gusta tanto estudiar como a Giles jugar al críquet o a ti cantar.

—Pero ¿dónde estudias?

—En la biblioteca municipal, ¿dónde, si no? Tiene todo lo que me hace falta.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Harry en un tono igual de serio—. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir para tener alguna posibilidad de ganarme una beca en el Colegio Bristol.

—Sólo si te comprometes a quedarte callado todo el tiempo —dijo Deakins.

Harry habría podido echarse a reír, pero sabía que su amigo no consideraba que el estudio fuera motivo de risa.

—¡Pero necesito desesperadamente que alguien me ayude con la gramática latina! —dijo Harry—. Todavía no entiendo las oraciones consecutivas, por no hablar de los subjuntivos. Y si no apruebo el latín, ya puedo despedirme de la beca, aunque destaque en las otras asignaturas.

—Estoy dispuesto a ayudarte con el latín —replicó Deakins— si tú me haces un favor a cambio.

—Di cuál —respondió Harry—. Supongo que no querrás que te prepare para ser el cantante solista en la próxima misa de Navidad, ¿no?

—¡Buen disparo, Barrington! —exclamó otra vez el señor Frobisher, mientras Harry se sumaba a los aplausos—. Es la tercera vez que se apunta cincuenta carreras en esta temporada —añadió el profesor.

—No digas bobadas, Harry —respondió Deakins—. La verdad es que mi padre necesita alguien que le haga el reparto de los periódicos de la mañana durante las vacaciones de verano y yo te he propuesto a ti. La paga es un chelín a la semana, y si te crees capaz de presentarte en la tienda todos los días a las seis de la mañana, el empleo es tuyo.

—¿A las seis de la mañana? —dijo Harry, quitándole importancia—. Cuando tienes un tío que despierta a toda la casa a las cinco de la madrugada, eso es lo de menos.

—Entonces ¿estarías dispuesto a aceptar el trabajo?

—¡Claro que sí! —respondió Harry—. Pero ¿por qué no lo quieres tú? Un chelín

a la semana no es ninguna tontería.

—Aunque no me guste reconocerlo —dijo Deakins—, no sé montar en bicicleta.

—¡Diantre! —exclamó Harry—. Yo ni siquiera tengo bicicleta.

—No he dicho que yo no tenga bicicleta —suspiró Deakins—, sino que no sé montar.

—Clifton —dijo el señor Frobisher, mientras los jugadores de críquet salían del campo para ir a tomar el té—. Quiero verlo en mi despacho después de la hora de estudio.

A Harry siempre le había gustado el señor Frobisher, porque era uno de los pocos profesores que lo trataba como a un igual. Tampoco parecía tener favoritismos, mientras que algunos de los otros maestros se esforzaban por dejarle claro que el hijo de un estibador jamás habría debido franquear la sagrada verja de San Beda, por muy bien que cantara. Cuando sonó la campanilla al final de la hora de estudio, Harry dejó la pluma y se dirigió por el pasillo hacia el despacho del señor Frobisher. No imaginaba por qué razón querría verlo su tutor y tampoco se había parado a pensarlo demasiado.

Llamó a la puerta del despacho con los nudillos.

—Adelante —dijo la voz de un hombre que nunca hablaba en exceso.

Harry abrió la puerta y se sorprendió al ver que Frob no lo recibía con su habitual sonrisa.

El señor Frobisher clavó la vista en Harry cuando el niño se detuvo delante de su escritorio.

—He sido informado, Clifton, de que ha estado usted robando golosinas del quiosco del colegio.

Harry intentó pensar una respuesta que no condenara a su amigo Giles, pero se dio cuenta de que tenía la mente en blanco.

—Un prefecto lo ha visto retirando objetos de las estanterías —prosiguió Frobisher en el mismo tono severo— y marchándose sin pasar por el mostrador.

«Retirando no, señor. ¡Reponiendo!», habría querido decir Harry. Pero lo único que consiguió articular fue:

—Nunca he cogido nada del quiosco, señor.

Y aunque estaba diciendo la verdad, sintió que se le encendían las mejillas.

—Entonces ¿cómo explica sus dos visitas semanales al Emporio, cuando no hay un solo registro a su nombre en los libros del señor Swival?

El tutor esperó pacientemente, pero Harry sabía que si decía la verdad, Giles sería expulsado.

—Además, esta chocolatina y este paquete de regaliz fueron hallados en el cajón superior de su pupitre poco después de la hora de cierre del quiosco.

Harry bajó la cabeza para mirar los dulces, pero tampoco dijo nada.

—Estoy esperando una explicación, Clifton —dijo el señor Frobisher, y después de una larga pausa, añadió—: Desde luego, me doy cuenta de que dispone usted de mucho menos dinero para sus gastos que el resto de los alumnos, pero ésa no es excusa para robar.

—Nunca he robado nada en toda mi vida —replicó Harry.

Entonces fue el señor Frobisher quien pareció consternado. Se levantó de la silla y se puso de pie detrás de la mesa.

—Si es así, Clifton, quiero creerlo. Se presentará otra vez aquí después del ensayo del coro y me explicará detalladamente cómo llegó a estar en posesión de unos dulces que a todas luces no ha adquirido. Si la explicación no me satisface, iremos juntos a hablar con el director, y sé perfectamente cuál será su recomendación.

Harry salió de la sala. Nada más cerrar la puerta tras él, sintió náuseas. Volvió a la sala de estudio, esperando no encontrar a Giles; pero al abrir la puerta, lo primero que vio fue otra chocolatina sobre su pupitre.

Giles levantó la vista.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, al ver las mejillas encendidas de Harry. El chico no respondió. Guardó la chocolatina en un cajón y se fue al ensayo del coro sin decir ni una palabra a ninguno de sus amigos. Giles lo siguió con la mirada y, cuando se cerró la puerta, se volvió hacia Deakins y le preguntó, sin darle mayor importancia —: ¿Qué problema tiene?

Deakins siguió escribiendo, como si no hubiera oído la pregunta.

—¿No me has oído? ¿Estás sordo? —preguntó Giles—. ¿Por qué está Harry de mal humor?

—Lo único que sé es que Frob lo llamó a su despacho para hablar.

—¿Por qué? —lo interrogó Giles, un poco más interesado.

—Ni idea —replicó Deakins, sin dejar de escribir.

Giles se levantó y atravesó la sala, hasta situarse junto a Deakins.

—¿Qué me estás ocultando? —exigió saber, agarrándolo por una oreja.

Deakins dejó caer la pluma, se tocó nerviosamente el puente de las gafas para acomodárselas sobre la nariz y, finalmente, dijo en tono agudo:

—Tiene algún tipo de problema...

—¿Qué tipo de problema? —insistió Giles, retorciéndole la oreja.

—Creo que hasta podrían expulsarlo —gimió Deakins.

Giles le soltó la oreja y estalló en carcajadas.

—¿A Harry? ¿Expulsarlo? —exclamó—. ¡Sería más probable que excomulgaran al papa!

Habría regresado sin más a su pupitre si no hubiera observado que en la frente de Deakins brotaban gotas de sudor.

—¿Por qué? —preguntó en un tono más medido.

—Frob cree que ha estado robando golosinas de la tienda.

Si Deakins hubiera levantado la vista, habría notado que Giles palidecía hasta

volverse de un color ceniciento. Un instante después oyó que se cerraba la puerta. Empuñó la pluma y trató de concentrarse; pero, por primera vez en su vida, no terminó los deberes.

Cuando Harry salió del ensayo del coro, una hora después, vio a Fisher apoyado contra la pared, incapaz de disimular una sonrisa. Supuso que había sido él quien lo había denunciado. Sin hacer caso de Fisher, siguió caminando con paso despreocupado, como si nada en el mundo lo inquietara, aunque en realidad se sentía como un condenado de camino al cadalso. Sabía que a menos que delatara a su mejor amigo, no se libraría de la expulsión. Vaciló un momento antes de llamar a la puerta de su tutor.

El «adelante» sonó mucho más amable que unas horas atrás; pero cuando Harry entró en el despacho, la mirada que lo recibió fue tan severa como antes. El niño inclinó la cabeza.

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas, Clifton —dijo Frobisher, tras levantarse de su asiento—. Ahora sé que usted no era el culpable.

El corazón de Harry siguió latiendo aceleradamente, pero ahora su angustia era por Giles.

—Gracias, señor —dijo el niño, con la cabeza aún inclinada. Habría querido formularle muchas preguntas a Frob, pero sabía que ninguna de ellas tendría respuesta.

El señor Frobisher salió de detrás de su mesa y le estrechó la mano, algo que nunca hasta entonces había hecho.

—Será mejor que se dé prisa, Clifton, si desea cenar algo.

Harry salió del despacho de Frob y se encaminó lentamente hacia el comedor. Fisher estaba de pie junto a la puerta, con expresión de asombro. Harry pasó a su lado y fue a sentarse en su sitio, al final de la mesa, junto a Deakins. El asiento de enfrente estaba vacío.

Giles no se presentó a la cena y su cama amaneció sin deshacer. Harry sospechaba que si San Beda no hubiera perdido su partido anual de críquet contra Avonhurst por treinta y una carreras, muy pocos alumnos e incluso profesores habrían notado su ausencia.

Pero, por desgracia para Giles, el partido era en casa, y todos tenían algo que decir acerca de la suspensión del bateador estrella del colegio, en especial Fisher, que no dejaba de repetir a todo el que quisiera oírlo que el castigo había recaído sobre quien menos lo merecía.

Para Harry las vacaciones no fueron bien recibidas, entre otras cosas porque no sabía si volvería a ver a su amigo Giles y porque le pesaba tener que regresar al número 27 de Still House Lane, donde compartía habitación con su tío Stan, que con frecuencia volvía a casa bebido.

En torno a las diez, tras repasar exámenes antiguos, Harry se metía en la cama. Se quedaba dormido enseguida, pero muchas veces, hacia la medianoche, lo despertaba su tío, tan borracho que a duras penas conseguía encontrar el camino hasta la cama. El ruido de su tío Stan tratando de usar un orinal con escasa puntería quedaría grabado para siempre en la mente de Harry.

Cuando Stan se desplomaba en la cama (rara vez se tomaba el trabajo de desvestirse), Harry intentaba conciliar el sueño por segunda vez, pero a menudo volvían a despertarlo unos minutos más tarde los ronquidos de beodo de su tío. Le habría gustado estar de vuelta cuanto antes en San Beda, en un dormitorio compartido con otros veintinueve niños.

Harry todavía tenía esperanzas de que Stan bajara la guardia momentáneamente y le revelara algún detalle más sobre la misteriosa muerte de su padre, pero la mayor parte del tiempo su tío era incapaz de responder a las preguntas más sencillas con algo más que incoherencias. En una de las raras ocasiones en que estaba suficientemente sobrio para hilar una frase, le respondió con insultos y le advirtió que si volvía a sacar el tema le daría unos azotes.

Lo único bueno de compartir habitación con Stan era que nunca llegaba tarde al reparto de periódicos.

Las jornadas de Harry en Still House Lane adquirieron enseguida una rutina perfectamente ordenada. Se levantaba a las cinco, desayunaba una tostada (¡ya no lamía el cuenco de su tío!), se presentaba en la tienda del señor Deakins a las seis, ponía los periódicos en orden y salía a repartirlos. Todo ese trabajo le consumía unas dos horas, por lo que estaba de vuelta en casa para beber una taza de té con su madre, antes de que ella se fuera a trabajar. Hacia las ocho y media, salía para la biblioteca, donde se encontraba con Deakins, que siempre estaba sentado en lo alto de la

escalinata, esperando a que se abrieran las puertas.

Por la tarde asistía a los ensayos del coro de Santa María de Redcliffe, como parte de sus obligaciones con el colegio de San Beda, aunque en realidad él no lo consideraba una obligación, porque disfrutaba mucho cantando. De hecho, más de una vez susurraba:

—Por favor, Dios mío, si dejas que sea tenor cuando me cambie la voz, te prometo que nunca te pediré nada más.

Después de volver a casa para el té, se sentaba a la mesa de la cocina y estudiaba un par de horas, hasta que se iba a la cama, temeroso del regreso de su tío tanto como había temido la aparición de Fisher durante su primera semana en San Beda. Al menos ahora Fisher había ingresado en el Colegio Colston, por lo que Harry esperaba no volver a cruzarse con él nunca más.

El chico no veía el momento de empezar su último curso en San Beda, aunque sabía perfectamente que su vida daría un giro de ciento ochenta grados si, al final, sus dos amigos seguían caminos diferentes del suyo: Deakins en el Colegio Bristol y Giles en algún otro. Si él no conseguía la beca para el Colegio Bristol, tendría que regresar a la escuela de Merrywood hasta los catorce años y después dejar los estudios para buscar un trabajo. Intentaba no pensar en las consecuencias de su fracaso, aunque Stan nunca dejaba pasar la oportunidad de recordarle que siempre podía encontrarle empleo en los muelles.

—Nunca debiste permitir que el chico fuera a ese colegio de niños mimados —le repetía a Maisie casi todas las mañanas, cuando ella le ponía delante el cuenco con las gachas—. Le ha hecho creerse más de lo que es —agregaba, como si Harry no estuviera presente.

El punto de vista de Stan se parecía mucho al de Fisher. De hecho, hacía tiempo que Harry había llegado a la conclusión de que su tío y el prefecto tenían mucho en común.

—Pero ¿no crees que debemos ofrecer a Harry mejores oportunidades? —argumentaba Maisie.

—¿Por qué? —protestaba Stan—. Si los muelles han sido suficientemente buenos para mí y para su padre, ¿por qué no van a serlo para él? —preguntaba con una rotundidad que no aceptaba réplica.

—Puede que el chico sea más listo que cualquiera de nosotros —sugería Maisie.

Eso hacía callar a Stan por un momento, pero después de otra cucharada de gachas, el tío de Harry declaraba:

—Depende de lo que consideres «listo». Después de todo, hay gente lista y hay gente lista.

Entonces se llevaba otra cucharada a la boca y no añadía nada más a su profunda reflexión.

Mientras el tío repetía lo mismo cada mañana, como un disco rayado, Harry cortaba su tostada en cuatro trozos y no decía nada. Era evidente que Stan ya había sacado sus conclusiones respecto a su futuro y nada de lo que él dijera iba a hacerlo cambiar de opinión. Pero su tío no se daba cuenta de que sus constantes puyas sólo conseguían que Harry se esforzara todavía más en el estudio.

—Bueno, será mejor que me vaya —era el comentario final de Stan, sobre todo cuando sentía que estaba perdiendo la discusión—. Alguien tiene que trabajar en esta casa —añadía, mientras se levantaba de la mesa—. Y una cosa más —dijo una mañana, cuando ya estaba abriendo la puerta de la cocina—. Ninguno de vosotros se ha dado cuenta de que el chico se ha vuelto fino. Ya ni siquiera lame el cuenco de mis gachas. ¡Dios sabe cuántas tonterías más le habrán enseñado en esa escuela!

Salió de la casa dando un portazo.

—No hagas caso a tu tío —le dijo a Harry su madre—. Está celoso. No soporta que todos estemos orgullosos de ti. Pero incluso él tendrá que cambiar de cantilena cuando consigas esa beca, lo mismo que tu amigo Deakins.

—Ése es el problema, mamá —contestó Harry—. Yo no soy como Deakins, y empiezo a preguntarme si todo esto merecerá la pena.

El resto de la familia se quedó mirando a Harry en silenciosa incredulidad, hasta que el abuelo abrió la boca por primera vez en varios días.

—¡Ojalá hubiese tenido yo la oportunidad de ir al Colegio Bristol!

—¡¿Por qué, abuelo?! —le gritó Harry.

—Porque si la hubiese tenido, no habríamos tenido que vivir con tu tío Stan todos estos años.

A Harry le gustaba repartir el periódico de la mañana, y no sólo porque era una excusa para salir de casa. A medida que fueron pasando las semanas, empezó a conocer a los clientes del señor Deakins, algunos de los cuales lo habían oído cantar en Santa María y lo saludaban cuando les llevaba el periódico. A veces incluso le ofrecían una taza de té o una manzana. El señor Deakins lo había advertido de que había dos perros en el recorrido que le convenía evitar; pero al cabo de quince días, ya le movían el rabo cuando lo veían bajarse de la bicicleta.

Fue una alegría para Harry descubrir que el señor Holcombe era uno de los clientes del señor Deakins, y solía intercambiar unas palabras con él cuando le llevaba su ejemplar de *The Times*. Su primer profesor le dijo con meridiana claridad que no quería verlo nunca más en la escuela de Merrywood, e incluso se ofreció para darle más clases particulares, añadiendo que tenía casi todas las tardes libres.

Cuando Harry volvía a la tienda después de su reparto, el señor Deakins siempre le deslizaba en la mochila una chocolatina Fry's de un penique, antes de enviarlo de vuelta a casa. La chocolatina le recordaba a Giles. A menudo Harry se preguntaba qué habría sido de su amigo. Ni Deakins ni él habían sabido nada más de Giles, desde

el día en que el señor Frobisher le había dicho que se presentara en su despacho después de la hora de estudio.

Todos los días, antes de salir de la tienda para volver a casa, Harry se detenía un momento delante del escaparate, para admirar un reloj que estaba seguro de no poder comprar nunca. Ni siquiera se molestaba en preguntarle el precio al señor Deakins.

Había otras dos interrupciones frecuentes en la rutina semanal de Harry. Los sábados por la mañana visitaba al viejo Jack, llevando consigo un ejemplar de todos los *The Times* de la semana, y los domingos por la tarde, después de cumplir con sus obligaciones en Santa María, solía atravesar a toda prisa la ciudad, para llegar a tiempo de cantar vísperas en la iglesia de la Santa Natividad.

La menuda señorita Monday resplandecía de orgullo durante la actuación del solista y sólo esperaba vivir lo suficiente para ver a Harry ingresar en Cambridge. Pensaba hablarle acerca del coro del King's College, pero no antes de que consiguiera una plaza para el Colegio Bristol.

—¿Te nombrará prefecto el señor Frobisher? —le preguntó el viejo Jack, antes incluso de que Harry se dejara caer en su asiento habitual, en el lado opuesto del vagón.

—No tengo ni idea —respondió Harry—. Lo único que sé es que Frob siempre está diciendo: «Clifton —lo imitó, arreglándose las solapas como hacía el profesor—, en la vida conseguirás exactamente lo que mereces, ni un ápice más, ni un ápice menos».

El viejo Jack rió y estuvo a punto de decir: «Buena imitación de Frob», pero se controló a tiempo y dijo en cambio:

—Entonces apuesto a que te nombrará prefecto.

—Preferiría conseguir una beca para el Bristol —contestó Harry, que de pronto pareció hablar como una persona mayor.

—Y ¿qué me dices de tus amigos Barrington y Deakins? —preguntó el viejo Jack, tratando de aligerar el tono de la conversación—. ¿También ellos están destinados a ocupar grandes cargos?

—A Deakins nunca lo nombrarán prefecto —respondió Harry—. Ni siquiera presta atención a sus cosas, así que no creo que sea capaz de ocuparse de las de los demás. Pero quiere que lo nombren monitor de la biblioteca, y como nadie más aspira al cargo, no creo que el señor Frobisher vaya a dudar mucho.

—¿Y Barrington?

—No sé si volverá el próximo curso —dijo Harry con nostalgia—. Y aunque vuelva, estoy bastante seguro de que no lo nombrarán prefecto.

—No subestimes a su padre —le aconsejó el viejo Jack—. Te aseguro que ese hombre encontrará la manera de que su hijo esté en el colegio el primer día del curso. Y hasta es posible que haga que lo nombren prefecto.

—Ojalá tenga razón —dijo Harry.

—Si es así, imagino que después seguirá los pasos de su padre e irá a Eton, ¿no crees?

—Si lo dejan opinar a él, no. Giles preferiría ir al Colegio Bristol, con Deakins y conmigo.

—Si no va a Eton, no creo que le ofrezcan una plaza en el Colegio Bristol. El examen de ingreso es uno de los más difíciles del país.

—Me ha dicho que tiene un plan.

—Tendrá que ser un plan muy bueno si espera engañar con él a su padre y a los examinadores.

Harry no hizo ningún comentario.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó el viejo Jack, cambiando de tema, ya que era evidente que el chico no quería seguir ahondando en ese asunto.

—Acaban de ascenderla. Ahora está al frente de todas las camareras del salón Palm Court, y su jefe directo es el señor Frampton, el gerente del hotel.

—Debes estar muy orgulloso de ella —dijo el viejo Jack.

—Así es, señor. Y lo que es más, voy a demostrárselo.

—¿Qué plan tienes?

Harry le reveló su secreto. El viejo escuchó con atención, asintiendo de vez en cuando para expresar su aprobación. Sólo veía un pequeño problema, pero no era insuperable.

Cuando Harry volvió a la tienda, después de terminar su último reparto de periódicos antes de regresar al colegio, el señor Deakins le dio un chelín de propina.

—Eres el mejor repartidor que he tenido —le dijo.

—Gracias, señor —replicó Harry, guardándose el dinero en el bolsillo—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor Deakins?

—Sí, claro, Harry.

Harry se acercó al escaparate en cuyo estante superior había dos relojes en exposición, uno junto a otro.

—¿Cuánto cuesta ése de ahí? —preguntó, señalando uno de los relojes de la marca Ingersoll.

El señor Deakins sonrió. Llevaba varias semanas esperando a que Harry le hiciera esa pregunta y tenía la respuesta preparada.

—Seis chelines —le dijo.

Harry no podía creérselo. Estaba seguro de que un objeto tan magnífico tenía que costar por lo menos el doble. Sin embargo, a pesar de haber ahorrado todas las semanas la mitad de su paga, aún le faltaba un chelín, incluso contando la propina del señor Deakins.

—¿Te has dado cuenta, Harry, de que ese reloj es de señora? —le preguntó su

patrón.

—Sí, señor —respondió el niño—. Pensaba regalárselo a mi madre.

—Entonces te lo dejo en cinco chelines.

Harry no podía creerse su suerte.

—¡Gracias, señor! —exclamó, mientras le entregaba cuatro monedas de un chelín, una de seis peniques, una de tres peniques y tres piezas de un penique, con lo que se le vaciaron los bolsillos.

El señor Deakins sacó el reloj del expositor, retiró con discreción la etiqueta del precio, que eran dieciséis chelines, y lo colocó en una caja elegante.

Harry salió de la tienda silbando. El señor Deakins sonrió y guardó un billete de diez chelines en el cajón de la caja registradora, encantado de haber cumplido con su parte del trato.

Sonó la campanilla.

—Hora de desvestirse —dijo el prefecto de guardia en el dormitorio de los novatos, la primera noche del curso.

«¡Qué pequeños e indefensos parecen todos!», pensó Harry. Uno o dos de los chicos se esforzaban de forma evidente para contener las lágrimas, mientras otros miraban a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer. Había un chico temblando, de cara a la pared. Harry se le acercó.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con amabilidad.

—Stevenson.

—Y yo Clifton. Bienvenido a San Beda.

—Yo me llamo Tewkesbury —dijo otro niño, de pie al otro lado de la cama de Stevenson.

—Bienvenido a San Beda, Tewkesbury.

—Gracias, Clifton. De hecho, mi padre y mi abuelo ya estudiaron aquí, antes de ir a Eton.

—No lo dudo —dijo Harry—. Y apuesto a que capitanearon al equipo de Eton contra el de Harrow, en el campo de Lord's —añadió, aunque enseguida se arrepintió de haberlo dicho.

—No, mi padre no era de los secos —replicó Tewkesbury, imperturbable—, sino de los mojados.

—¿De los mojados? —preguntó Harry.

—Fue el capitán de Oxford contra Cambridge en la regata de remo.

En ese momento, Stevenson rompió a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Harry, sentándose en la cama a su lado.

—Mi padre es conductor de tranvía.

Los demás dejaron de deshacer las maletas y se quedaron mirando a Stevenson.

—¿Ah, sí? —dijo Harry—. Entonces creo que voy a contarte un secreto —añadió en voz suficientemente alta para asegurarse de que todos los niños del dormitorio lo oyeran—. Yo soy hijo de un estibador del puerto. ¿No serás tú el nuevo becario de la coral?

—No —respondió Stevenson—. Soy becario académico.

—Mi más sincera enhorabuena —dijo Harry, estrechándole la mano—. Eres el continuador de una larga y noble tradición.

—Gracias. Pero tengo un problema —susurró el chico.

—Y ¿cuál es, Stevenson?

—No he traído pasta de dientes.

—No te preocupes por eso, hombre —intervino Tewkesbury—. Mi madre siempre me pone dos tubos en la maleta.

Harry sonrió y en ese momento volvió a sonar la campanilla.

—¡Todos a la cama! —requirió con firmeza, mientras recorría el dormitorio en dirección a la puerta.

Oyó un susurro:

—Gracias por el dentífrico.

—De nada, hombre.

—¡Silencio! —dijo Harry, mientras apagaba la luz—. No quiero oír ni una palabra más de ninguno de vosotros hasta que suene la campanilla, mañana a las seis y media. —Esperó unos segundos, hasta oír otro susurro—. ¡Lo he dicho en serio: ni una palabra más!

Sonrió y bajó la escalera para reunirse con Deakins y Barrington en la sala de los prefectos.

Harry se había llevado dos sorpresas cuando llegó a San Beda el primer día del curso. En cuanto franqueó la puerta principal, el señor Frobisher se lo llevó aparte.

—Enhorabuena, Clifton —le dijo amablemente—. La noticia no será oficial hasta mañana, cuando se anuncie en la reunión matinal, pero le comunico que es usted el nuevo capitán de la escuela.

—Debería ser Giles —respondió Harry sin pensarlo un momento.

—Barrington será el capitán deportivo, y...

Harry dio un salto en el instante en que se enteró de que su amigo iba a regresar a San Beda. El viejo Jack tenía razón cuando le había dicho que el señor Hugo encontraría la manera de que su hijo estuviera en el colegio el primer día del curso.

Cuando al cabo de un momento Giles entró en el vestíbulo, los dos amigos se estrecharon la mano y Harry no mencionó ni una vez el asunto que los dos debían de tener en la cabeza.

—¿Cómo son los novatos? —le preguntó Giles a Harry, cuando éste entró en la sala de los prefectos.

—Uno de ellos me recuerda a ti —comentó Harry.

—Tewkesbury, ¿verdad?

—¿Lo conoces?

—No, pero mi padre estuvo en Eton por la misma época que su padre.

—Le conté que soy hijo de un estibador del puerto —dijo Harry, mientras se dejaba caer en la única butaca confortable de la sala.

—¿Se lo has dicho? —replicó Giles—. ¿Y él te ha contado que es hijo de un ministro del gobierno?

Harry no dijo nada.

—¿Alguien más a quien deba prestar atención? —preguntó Giles.

—Stevenson —respondió Harry—. Es una mezcla entre Deakins y yo.

—Entonces será mejor que cerremos con llave la ventana de la escalera de incendios, antes de que se fugue.

Harry se preguntaba a menudo qué habría sido de él si el viejo Jack no lo hubiera convencido para que volviera a San Beda aquella noche.

—¿Qué clase tendremos mañana a primera hora? —preguntó Harry, consultando el cuadro de los horarios.

—Latín —dijo Deakins—. Por eso le estoy explicando a Giles la Primera Guerra Púnica.

—Del 264 al 241 antes de Cristo.

—Espero que te esté gustando.

—Me está encantando —respondió Giles—. Y no veo la hora de llegar a la segunda entrega: ¡la Segunda Guerra Púnica!

—Del 218 al 201 antes de Cristo —dijo Harry.

—Muchas veces me pregunto cómo harían los griegos y los romanos para saber exactamente cuándo nacería Cristo —comentó Giles.

—Jo, jo, jo —respondió Harry.

En lugar de reírse, Deakins dijo:

—Y, por último, tendremos que considerar la Tercera Guerra Púnica, del 149 al 146 antes de Cristo.

—¿De verdad es necesario que nos sepamos las tres? —protestó Giles.

La iglesia de Santa María de Redcliffe estaba llena hasta los topes con toda la buena sociedad de la ciudad, que había acudido a celebrar la misa de Adviento, en la que se harían ocho lecturas y el coro cantaría ocho villancicos. Los niños del coro hicieron su entrada por la nave; avanzaron lentamente por el pasillo, cantando *Adeste fideles*, y ocuparon sus lugares en los bancos correspondientes.

El director del colegio efectuó la primera lectura, seguida de la interpretación de *Pueblecito de Belén*. El programa indicaba que el solista de la tercera estrofa sería Harry Clifton.

«Cuánto silencio rodea el maravilloso don, mientras el Señor...». La madre de Harry rebosaba de orgullo, acomodada en la tercera fila, y la anciana situada a su lado habría querido decirle a toda la congregación que estaban escuchando a su nieto. El hombre sentado al otro lado de Maisie no oía ni una sílaba, pero nadie habría podido imaginarlo, viendo la sonrisa beatífica que le iluminaba la cara. Al tío Stan no se lo veía por ninguna parte.

El capitán deportivo hizo la segunda lectura, y cuando Giles volvió a su sitio, Harry observó que se sentaba junto a un hombre mayor de aspecto distinguido y espesa cabellera plateada. Supuso que sería sir Walter Barrington. Giles le había contado una vez que su abuelo vivía en una casa todavía más grande que la suya, pero Harry no creía que tal cosa fuera posible. Al otro lado de Giles, estaban su madre y su padre. La señora Barrington le sonrió desde su asiento, pero el señor Barrington no miró ni una vez en su dirección.

Cuando el órgano atacó el preludeo de *Los tres Reyes Magos*, la congregación se puso de pie y cantó con ganas. La siguiente lectura estuvo a cargo del señor

Frobisher, después de lo cual llegó el momento que la señorita Monday consideraba la culminación de la velada. Más de un millar de feligreses contuvieron el aliento, mientras Harry cantaba *Noche de paz*, con una claridad y una seguridad que hicieron sonreír incluso al director del colegio.

El monitor de la biblioteca leyó el siguiente pasaje. Harry lo había ayudado a ensayar varias veces la lectura en voz alta del texto de san Marcos. A Deakins le habría gustado sustraerse de ese «penoso deber», como él mismo se lo había descrito a Harry, pero el señor Frobisher había insistido, porque la cuarta lectura siempre corría a cargo del bibliotecario. Al final, Deakins no lo hizo tan bien como Giles, pero no estuvo mal. Harry le guiñó un ojo mientras su amigo volvía rápidamente a su sitio, junto a sus padres.

A continuación, el coro se levantó para cantar *In dulci jubilo*, mientras los miembros de la congregación permanecían sentados. Harry consideraba ese villancico uno de los más difíciles de su repertorio, por su armonía poco convencional.

El señor Holcombe cerró los ojos para oír mejor al becario principal de la coral. Harry estaba entonando *Que canten ahora nuestros corazones*, cuando el viejo maestro creyó oír un leve y casi imperceptible quiebro en la voz. Supuso que Harry estaría resfriado, pero la señorita Monday sabía que no era así. ¡Había oído tantas veces esos primeros signos! Rezó para estar equivocada, pero sabía que su plegaria no sería atendida. Harry terminaría la misa sin que la mayoría de los presentes advirtieran lo sucedido, y hasta era probable que siguiera cantando en el coro durante varias semanas e incluso varios meses más, pero cuando llegara la Pascua, otro niño cantaría *Regocijémonos, porque ha resucitado el Señor*.

Un hombre que había llegado a la iglesia con la misa ya empezada estaba entre los que no albergaban la menor duda acerca de lo ocurrido. El viejo Jack salió del templo poco antes de que el obispo diera su bendición final. Sabía que Harry no podría visitarlo hasta el sábado siguiente y que, por lo tanto, tendría tiempo suficiente para decidir cómo responder a la inevitable pregunta.

—Me gustaría hablar un momento en privado con usted, Clifton —dijo el señor Frobisher, cuando sonó la campanilla al final de la hora de estudio—. ¿Le importaría venir a mi despacho?

Harry aún no había olvidado la última vez que había oído esas palabras.

Cuando Harry cerró la puerta del despacho, su tutor le indicó que se sentara en una butaca junto al fuego, algo que nunca había hecho hasta entonces.

—Ante todo, quiero asegurarte, Harry —también era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila—, que el hecho de que ya no puedas cantar en el coro no afectará en nada a tu beca. El colegio es consciente de que tu contribución a la vida escolar se extiende mucho más allá de los bancos del coro.

—Gracias, señor —dijo Harry.

—Aun así, debemos pensar en tu futuro. El maestro del coro me ha dicho que pasará cierto tiempo antes de que tu voz se recupere por completo, y me temo que debemos ser realistas respecto a tus posibilidades de conseguir una beca para el Colegio Bristol como miembro del coro.

—Son nulas —añadió Harry con calma.

—Lo siento, pero tengo que darte la razón —repuso Frobisher—. Es un alivio ver que comprendes la situación. En cualquier caso —prosiguió—, estoy dispuesto a presentarte al Colegio Bristol como aspirante a una beca académica. Sin embargo —añadió, antes de darle a Harry tiempo de responder—, teniendo en cuenta las circunstancias, deberías considerar la posibilidad de solicitar la beca en otro colegio: el Colston, por ejemplo, o el King's College de Gloucester, donde los exámenes de ingreso son mucho menos exigentes.

—Gracias, señor —contestó Harry—, pero mi primera opción sigue siendo el Colegio Bristol.

Le había contestado lo mismo al viejo Jack el sábado anterior, con la misma firmeza, cuando el hombre había hecho una vaga referencia a no quemar las naves.

—Muy bien, entonces —dijo el señor Frobisher, que no esperaba otra respuesta, pero había creído su deber señalar al chico las alternativas—. Ahora tratemos de convertir este inconveniente en una ventaja.

—¿Qué me sugiere que haga, señor?

—Ahora que has sido exonerado de tus obligaciones diarias con el coro, tendrás más tiempo para preparar el examen de ingreso.

—Sí, señor, pero tengo que atender a mis responsabilidades como...

—Haré todo lo que esté en mi poder para que tus deberes como capitán sean una carga menos pesada en el futuro.

—Gracias, señor.

—Por cierto, Harry —dijo Frobisher, mientras se levantaba de su asiento—. Acabo de leer tu trabajo sobre Jane Austen, y he quedado muy impresionado por tu observación de que si la escritora hubiese podido ir a la universidad, quizá no habría escrito nunca una novela, y que, aun si lo hubiera hecho, probablemente no habría dado muestras de un conocimiento tan profundo de la naturaleza humana.

—A veces es una ventaja estar en desventaja.

—No creo que eso sea de Jane Austen —dijo el señor Frobisher.

—Y no lo es —confirmó Harry—. Pero lo dijo alguien que tampoco fue a la universidad —añadió, sin explicar nada más.

Maisie miró su reloj nuevo y sonrió.

—Ahora tengo que irme, Harry, porque, si no, llegaré tarde a trabajar.

—Claro que sí, mamá —dijo el niño, levantándose de un salto de la mesa—. Te

acompañaré a la parada del tranvía.

—Harry, ¿has pensado qué harás si no te conceden la beca? —quiso saber su madre, animándose por fin a plantearle la pregunta que llevaba varias semanas evitando.

—No dejo de pensarlo —respondió Harry, mientras le abría la puerta a su madre para que saliera—. Pero no hay mucho que decidir. Simplemente, volveré a Merrywood, y cuando cumpla catorce años, dejaré la escuela y me pondré a buscar un trabajo.

—¿Estás listo para enfrentarte a los examinadores, muchacho? —preguntó el viejo Jack.

—Tan listo como se pueda estar —replicó Harry—. Por cierto, seguí su consejo y repasé los exámenes de los últimos diez años. Tenía razón: hay una pauta bastante definida, con algunas preguntas que se repiten a intervalos regulares.

—Bien. Y ¿cómo va tu latín? No podemos permitirnos que lo suspendas, aunque te vaya muy bien en las otras asignaturas.

Harry sonrió al oír que el viejo Jack hablaba en plural.

—Gracias a Deakins, conseguí una puntuación del sesenta y nueve por ciento en el simulacro de examen de la semana pasada, aunque puse que Aníbal había cruzado los Andes, en lugar de los Alpes.

—Un error de nada: apenas diez mil kilómetros —dijo el viejo Jack, riendo—. ¿Dónde ves tu principal problema?

—En los cuarenta alumnos de San Beda que también se presentan al examen, por no hablar de los doscientos cincuenta que vienen de otros colegios.

—Olvídalos —le aconsejó el viejo Jack—. Si haces lo que eres capaz de hacer, todo irá sobre ruedas.

Harry permaneció en silencio.

—Y ¿cómo va tu voz? —preguntó el viejo Jack, que siempre cambiaba de tema cuando Harry se quedaba callado.

—Sin novedad —respondió Harry—. Pueden pasar semanas antes de que se sepa si soy tenor, barítono o bajo, y no hay ninguna garantía de que vaya a ser un buen cantante. Lo único seguro es que el Colegio Bristol no va a concederme ninguna beca para la coral mientras sea como un caballo con una pata rota.

—No digas eso —protestó el viejo Jack—. No estás tan mal.

—Estoy peor —dijo Harry—. Si fuera un caballo, me pegarían un tiro y pondrían fin a mi sufrimiento.

El viejo Jack se echó a reír.

—¿Cuándo son los exámenes? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—El jueves de la semana que viene. Empezamos con cultura general a las nueve, y seguimos con pruebas de otras cinco asignaturas a lo largo del día. La última es la de inglés, a las cuatro.

—Es bueno que el último ejercicio sea el de tu asignatura favorita.

—Esperemos que sí —confió Harry—. Pero recemos para que haya una pregunta sobre Dickens. Hace tres años que no preguntan nada de este escritor, y por eso me quedo hasta tarde leyendo sus libros.

—Wellington escribió en sus memorias —añadió el viejo Jack— que lo peor de toda campaña es esperar el amanecer del día de la batalla.

—Estoy de acuerdo con el Duque de Hierro, lo que significa que no voy a dormir mucho en estas semanas.

—Más razón aún para venir a visitarme este sábado. Debes aprovechar mejor tu tiempo, Harry. En cualquier caso, si no recuerdo mal, hoy es tu cumpleaños.

—¿Cómo lo sabe?

—Reconozco que no lo he leído en la página de sociedad del *The Times*. Pero como supuse que caería el mismo día que el año pasado, decidí correr el riesgo y te compré un pequeño regalo.

Cogió un paquete envuelto en una hoja de uno de los periódicos de la semana anterior y se lo entregó.

—Gracias, señor —dijo el niño, mientras desataba el cordel. Desplegó el papel de periódico, abrió la cajita de color azul oscuro y se quedó mirando con incredulidad el reloj Ingersoll de hombre que había visto expuesto en el escaparate de la tienda del señor Deakins.

—Gracias —repitió Harry, mientras se lo ponía en la muñeca. Durante un buen rato no pudo quitarle los ojos de encima, ni tampoco pudo dejar de preguntarse cómo habría podido permitirse el viejo Jack un regalo de seis chelines.

El día del examen, Harry estuvo completamente despierto mucho antes del amanecer. Se saltó el desayuno para volver a repasar varios exámenes antiguos de cultura general y las capitales de una serie de países, desde Alemania hasta Brasil, los años en que habían gobernado varios primeros ministros, desde Walpole hasta Lloyd George, y los reinados de una sucesión de monarcas, desde el rey Alfredo hasta Jorge V. Una hora después, se sintió listo para hacer frente a los examinadores.

Una vez más, se sentó en la primera fila, entre Barrington y Deakins, preguntándose si sería la última vez. Cuando el reloj de la torre dio las diez, varios profesores empezaron a recorrer las filas de pupitres, repartiendo las pruebas de cultura general a cuarenta nerviosos alumnos o, mejor dicho, a treinta y nueve alumnos nerviosos y a Deakins.

Harry leyó con atención las preguntas. Cuando llegó a la número cien, permitió que una sonrisa le iluminara la cara. Cogió la pluma, la mojó en el tintero y empezó a escribir. Cuarenta minutos después, había llegado otra vez a la última pregunta. Miró el reloj y vio que aún le quedaban diez minutos para releer las respuestas. Se detuvo un momento en la pregunta treinta y cuatro, y reconsideró su respuesta original. ¿Había sido Oliver Cromwell o Thomas Cromwell quien estuvo encarcelado en la Torre de Londres por traición? Recordó el fin del cardenal Wolsey y se decantó por el hombre que lo había sucedido en el cargo de canciller.

Cuando empezaron a sonar otra vez las campanadas del reloj, Harry había llegado a la pregunta número noventa y dos. Tuvo tiempo de dar un vistazo rápido a sus últimas ocho respuestas antes de que le cogieran las hojas, con la tinta todavía

húmeda en la última contestación: Charles Lindbergh.

Durante la pausa de veinte minutos, Harry, Giles y Deakins recorrieron lentamente el perímetro del campo de críquet, donde apenas una semana antes Giles había anotado cien carreras.

—*Amo, amas, amat* —recitó Deakins, ayudando a sus amigos a repasar las conjugaciones latinas, sin consultar ni una sola vez el manual de Kennedy.

—*Amamus, amatis, amant* —repitió Harry, mientras se encaminaban de vuelta a la sala del examen.

Cuando una hora después Harry entregó su prueba de latín, estaba seguro de haber superado el umbral exigido del sesenta por ciento de respuestas correctas, y hasta Giles parecía satisfecho consigo mismo. Mientras los tres amigos se dirigían al refectorio, Harry le pasó un brazo por el hombro a Deakins y le dijo:

—Gracias, hombre.

Esa misma mañana, tras leer las preguntas de la prueba de geografía, Harry agradeció para sus adentros contar con un arma secreta: el viejo Jack, que le había transmitido un tesoro de conocimientos durante todos esos años, sin que pareciera que hubiera pisado un aula en toda su vida.

Durante el almuerzo, Harry ni siquiera cogió el tenedor. Giles consiguió comer medio trozo de pastel de cerdo y Deakins se acabó todo lo que le pusieron delante.

La prueba de historia fue la primera de la tarde y no le produjo a Harry la menor ansiedad. Enrique VIII, la reina Isabel, Raleigh, Drake, Napoleón, Nelson y Wellington se presentaron todos en el campo de batalla y Harry supo dominarlos.

El examen de matemáticas fue mucho más fácil de lo que todos esperaban, hasta el punto de que el propio Giles quedó bastante satisfecho con su ejercicio.

Durante la última pausa, Harry volvió a la sala de estudio y repasó un trabajo que había escrito sobre *David Copperfield*, seguro de hacer un gran papel en su asignatura preferida. Volvió a la sala del examen caminando lentamente y repitiéndose una y otra vez la palabra favorita del señor Holcombe: «¡Concentración!».

Cuando tuvo en sus manos la hoja de la última prueba del día, descubrió con horror que los autores elegidos para el examen de ese año eran Thomas Hardy y Lewis Carroll. Harry había leído *El alcalde de Casterbridge* y *Alicia en el país de las maravillas*, pero estaba mucho menos familiarizado con el Sombrerero Loco, Michael Henchard y el gato de Cheshire que con Peggotty, el doctor Chillip y Barkis. Su pluma fue arañando lentamente la hoja y, cuando el reloj dio la hora en punto, Harry no estaba seguro de haber hecho lo suficiente. Salió de la sala, hacia la luz del sol poniente, cabizbajo y deprimido, aunque era evidente por la expresión de sus rivales que la prueba no había sido fácil para nadie. Ésa era su única esperanza.

Vino a continuación lo que el señor Holcombe le había descrito a menudo como la peor parte de todo examen: los días interminables de espera, hasta que colgaran los

resultados oficiales en el tablón de anuncios. Durante esos días, muchos chicos acababan haciendo cosas de las que luego se arrepentían, como si prefirieran ser castigados antes que conocer lo que les deparaba el destino. A uno de los chicos lo sorprendieron bebiendo sidra detrás del cobertizo de las bicicletas; a otro, fumando un cigarrillo en los lavabos, y a un tercero lo vieron saliendo de un cine cercano después de la hora de acostarse.

El sábado siguiente, por primera vez en toda la temporada, Giles fue eliminado del partido sin anotarse ni una sola carrera. Deakins volvió a la biblioteca, mientras Harry daba largos paseos, repasando mentalmente las respuestas del examen, una y otra vez, sin que ello le aliviara en nada la ansiedad.

El domingo por la tarde, Giles tuvo entrenamiento; el lunes, Deakins traspasó a su pesar el cargo al nuevo responsable de la biblioteca, y el martes, Harry leyó *Lejos del mundanal ruido*, de Thomas Hardy, maldiciendo en voz alta. El miércoles por la noche, Giles y Harry se quedaron hablando hasta la madrugada, mientras Deakins dormía a pierna suelta.

El jueves por la mañana, mucho antes de que el reloj de la torre diera las diez, los cuarenta chicos estaban dando vueltas por el patio, con las manos en los bolsillos y las cabezas inclinadas, esperando a que el director hiciera su aparición. Aunque todos sabían que el doctor Oakshott no llegaría ni un minuto antes ni un minuto después de la hora señalada, ya a las diez menos cinco la mayoría de las miradas empezaron a fijarse en la puerta del despacho del director, a la espera de que se abriera. Los demás contemplaban el reloj de la gran sala y rezaban para que el minuterero avanzara rápidamente.

Cuando sonó la primera campanada, el reverendo Samuel Oakshott abrió la puerta de su despacho y salió al sendero. Llevaba una hoja en una mano y cuatro chinchetas en la otra. No era un hombre que dejara nada al azar. Cuando llegó al extremo del sendero, abrió la portezuela y atravesó el patio a su paso habitual, indiferente a todo cuanto lo rodeaba. Los niños se apartaron rápidamente, creando un pasillo para que nada impidiera el avance del director del colegio. Cuando sonó la décima campanada, el hombre se detuvo delante del tablón de anuncios. Fijó al tablón la hoja con los resultados de los exámenes y se marchó sin decir palabra.

Cuarenta niños se precipitaron hacia el tablón de anuncios, formando un remolino a su alrededor. A nadie le sorprendió que Deakins encabezara la lista, con una nota del noventa y dos por ciento que le hacía acreedor a la Beca Peloquin Memorial para el Colegio Bristol. Giles, por su parte, dio un salto de alegría y no intentó disimular su alivio cuando vio junto a su nombre un sesenta y cuatro, puntuación que le aseguraba el aprobado y el ingreso.

Los dos se volvieron para mirar a su amigo Harry, que estaba solo, lejos del mundanal ruido.

MAISIE CLIFTON

1920-1936

Cuando Arthur y yo nos casamos, no se puede decir que tiráramos la casa por la ventana, porque lo cierto es que ni los Tancock ni los Clifton habíamos tenido nunca dónde caernos muertos. El mayor gasto fue la media corona que pagamos por el coro y que, francamente, estuvo bien gastada. Yo siempre había querido cantar en el coro de la señorita Monday, y aunque me habían dicho que mi voz no era mala, me rechazaron con la excusa de que no sabía leer ni escribir.

El banquete de bodas, si es que podemos llamarlo así, se celebró en la casa de los padres de Arthur, en Still House Lane: un barril de cerveza, unos sándwiches de mantequilla de cacahuete y una docena de pasteles de carne de cerdo. Mi hermano Stan incluso se trajo pescado y patatas fritas para comer. Y para colmo, tuvimos que irnos pronto, para no perder el último autobús a Weston-super-Mare, donde íbamos a pasar la luna de miel. El viernes por la noche, Arthur encontró una habitación para nosotros en una pensión del paseo marítimo, y como llovió todo el fin de semana, prácticamente no salimos de ella.

Fue rara la sensación de estar nuevamente en Weston-super-Mare la segunda vez que lo hacía con un hombre. Cuando vi a Arthur desnudo por primera vez, me impresionó la cicatriz roja y mal cosida que le recorría todo el vientre. Malditos alemanes. Arthur nunca contaba que lo habían herido en la guerra.

No me sorprendió que se pusiera fuera de sí en cuanto me bajé las bragas, pero esperaba que, al menos, se quitara las botas para hacerme el amor, lo reconozco.

El domingo por la tarde, devolvimos la habitación de la pensión y cogimos el último autobús a Bristol, porque el lunes por la mañana Arthur entraba a trabajar en el puerto a las seis en punto.

Después de la boda, Arthur se mudó a nuestra casa, hasta que pudiéramos pagar algo nuestro. Al menos eso fue lo que le dijo a mi padre, porque en realidad significaba que nos quedaríamos allí hasta que quedara libre la casa de alguno de nuestros padres porque uno de ellos falleciera. En cualquier caso, tanto mi familia como la de Arthur habían vivido en Still House Lane desde que teníamos memoria.

Arthur quedó encantado cuando le anuncié que me encontraba en estado, porque quería tener por lo menos seis niños. A mí me preocupaba que el primero no fuera suyo, pero como sólo mi madre y yo sabíamos la verdad, no había ningún motivo para que Arthur sospechara nada.

Ocho meses después, di a luz un niño y, gracias a Dios, el pequeño no tenía nada que hiciera pensar que no fuera hijo de Arthur. Lo bautizamos Harold, y mi padre se alegró mucho, porque de ese modo se aseguraba de que su nombre sobreviviera una generación más.

Supuse que a partir de entonces iba a estar atada a la casa, pariendo un niño tras otro, como habían hecho mi madre y mi abuela. Después de todo, en casa de Arthur eran ocho hermanos y yo era la cuarta de cinco. Pero Harry fue mi único hijo.

Por lo general, Arthur volvía directamente a casa después de la jornada de trabajo, para poder pasar un rato con el bebé, antes de que yo lo acostara. Aquel viernes, al ver que no venía, supuse que se habría ido al *pub* como mi hermano. Pero cuando Stan entró tambaleándose poco después de la medianoche, borracho como una cuba y enseñando un fajo de billetes de cinco, Arthur no vino con él. Stan me regaló incluso uno de los billetes, lo que me hizo pensar si no habría robado un banco. Pero cuando le pregunté dónde estaba Arthur, se cerró como una almeja.

Esa noche no me acosté. Me quedé sentada en el peldaño más alto de la escalera, esperando a mi marido. Arthur nunca había pasado una noche fuera de casa desde el día de nuestra boda.

Aunque a la mañana siguiente Stan ya estaba sobrio, no dijo ni una palabra en todo el desayuno. Le pregunté una vez más dónde estaba Arthur y respondió que no lo había visto desde la tarde anterior, cuando habían fichado al salir del trabajo. Es fácil saber cuándo miente Stan, porque no mira a los ojos. Iba a insistirle un poco más para ver si le sonsacaba algo, cuando se oyeron unos golpes fuertes en la puerta de entrada. Pensé que sería Arthur y corrí a recibirlo.

En cuanto abrí la puerta, dos policías irrumpieron en la casa. Entraron corriendo en la cocina, agarraron a Stan, lo esposaron y le anunciaron que quedaba detenido por robo. Así supe de dónde había salido el fajo de billetes de cinco.

—Yo no he robado nada —protestó Stan—. El dinero me lo dio el señor Barrington.

—Una historia muy interesante, Tancock —le dijo el primer policía.

—¡Le juro que es la verdad, agente! —iba gritando Stan, mientras lo arrastraban hacia la comisaría.

Esa vez, yo sabía que Stan no mentía.

Dejé a Harry con mi madre y fui corriendo hasta el puerto, con la esperanza de que Arthur se hubiera presentado a trabajar en el turno de la mañana y pudiera decirme por qué habían detenido a Stan. Intenté no pensar en la posibilidad de que quizá también Arthur estuviera entre rejas.

El hombre de la verja me dijo que no había visto a Arthur en toda la mañana. Sin embargo, después de consultar la hoja de los turnos, pareció desconcertado, porque Arthur no había fichado a la salida la noche anterior. Lo único que pudo decir fue:

—A mí no me culpe. Yo no estaba anoche en la puerta.

Sólo más adelante me pregunté por qué habría hablado de «culpa».

Entré en la zona de carga del puerto y pregunté a varios de los compañeros de Arthur, pero todos repetían como loros la misma respuesta: «No lo he visto desde que fichó anoche a la salida», y después se marchaban rápidamente. Estaba a punto de acercarme a la comisaría, para ver si también habían detenido a Arthur, cuando vi a un hombre mayor que pasaba con la cabeza gacha.

Salí corriendo tras él, convencida de que me mandaría a paseo o que me diría que no tenía ni idea de lo que le estaba preguntando. Pero cuando lo abordé, se quitó la gorra y me dio los buenos días. Sus buenos modales me sorprendieron y me dieron confianza para preguntarle si había visto a Arthur esa mañana.

—No —respondió—. La última vez que lo vi fue ayer por la tarde, en el último turno, con el hermano de usted. ¿Por qué no se lo pregunta a él?

—No puedo —dije—. Vinieron a detenerlo y se lo llevaron a la comisaría.

—¿De qué lo acusan? —preguntó el viejo Jack, con expresión de perplejidad.

—No lo sé —respondí yo.

El viejo Jack negó con la cabeza.

—Yo no puedo hacer nada por usted, señora Clifton —dijo—. Pero hay al menos dos personas que saben toda la historia.

Con un movimiento de la cabeza, señaló el gran edificio de ladrillo rojo que Arthur llamaba «la administración».

Me estremecí cuando vi que salía un policía de la puerta principal del edificio, y cuando me volví, el viejo Jack había desaparecido.

Pensé acudir a la administración, también llamada Barrington House, pero me arrepentí. Después de todo, ¿qué iba a decir yo si me encontraba cara a cara con el jefe de Arthur? Eché a andar sin rumbo, tratando de entender lo que estaba pasando, y al final volví a casa.

Observé a Hugo Barrington mientras prestaba su declaración: la misma confianza en sí mismo, la misma arrogancia, las mismas verdades a medias que me había susurrado en la intimidad de la habitación, pero dichas esta vez con convicción delante de un jurado. Cuando bajó del estrado de los testigos, supe que Stan no tenía ninguna posibilidad de salir absuelto.

En su sentencia, el juez presentó a mi hermano como un vulgar ladronzuelo que se había aprovechado de su posición para robar a su patrón. Al final, dijo que no le quedaba más opción que condenarlo a tres años de cárcel.

Yo había asistido a todas las audiencias del juicio, con la esperanza de captar algún retazo de información que me diera una pista sobre lo que le había sucedido a Arthur aquella noche. Pero cuando el juez dijo por última vez «Se levanta la sesión», yo no sabía mucho más que el primer día, aunque estaba convencida de que mi hermano no estaba diciendo toda la verdad. Todavía iba a pasar algún tiempo antes de que descubriera por qué.

La única persona que asistió todos los días al juicio, aparte de mí, fue el viejo Jack Tar, aunque no hablamos nunca. De hecho, no creo que hubiéramos vuelto a vernos, de no haber sido por Harry.

Pasó un tiempo antes de que yo aceptara que Arthur no iba a volver nunca más a casa.

A los pocos días del arresto de Stan, descubrí el verdadero significado de la palabra «sobrevivir». Con uno de los dos hombres que traían un sueldo a casa en la cárcel y el otro quién sabe dónde, no tardó en cernirse sobre nosotros la amenaza del hambre. Por fortuna, en Still House Lane imperaba un código no escrito: si algún vecino estaba «de vacaciones», los otros hacían lo posible por ayudar a la familia.

El reverendo Watts nos visitaba con frecuencia e incluso nos devolvió parte de las monedas que habíamos ido poniendo en la bandeja de las limosnas a lo largo de los años. La señorita Monday venía a vernos de vez en cuando y nos daba mucho más que buenos consejos, ya que casi siempre se marchaba con una cesta vacía. Pero nada podía compensarme por la pérdida de un marido, y por tener un hermano inocente en la cárcel y un hijo que se había quedado sin padre.

Harry acababa de dar sus primeros pasos, pero yo ya temía sus primeras palabras. ¿Recordaría al hombre que se sentaba en la cabecera de la mesa y preguntaría por qué ya no estaba? El abuelo fue quien encontró la solución a las eventuales preguntas de Harry, y todos nos pusimos de acuerdo para repetir la misma historia. Después de todo, era muy poco probable que Harry se encontrara alguna vez con el viejo Jack.

De todos modos, en esa época, el problema más acuciante de la familia Tancock era mantener alejado al fantasma de la ruina y, más concretamente, al cobrador del casero y a la policía judicial. Cuando se me acabaron las cinco libras de Stan y lo que me dieron en la casa de empeños por el colador de té chapado en plata, por mi anillo de compromiso y, finalmente, por mi alianza de matrimonio, empecé a temer que nos echaran de casa.

Sin embargo, pudimos aplazar unas semanas el desahucio, gracias a otra llamada a la puerta. Esa vez no fue la policía, sino un hombre llamado Sparks, que se presentó como representante del sindicato de Arthur y vino a preguntarme si había recibido algún tipo de indemnización de la empresa.

Después de hacer pasar al señor Sparks a la cocina, le serví una taza de té y le contesté:

—Ni un céntimo. Dicen que se fue sin avisar y que ellos no son responsables de sus acciones. Y aún sigo sin saber lo que pasó aquel día.

—Tampoco yo lo sé —dijo Sparks—. Nadie dice nada. Y no sólo callan los jefes, sino también los trabajadores. No he podido sacarles ni una palabra. «Aprecio demasiado mi vida», me dijo uno de ellos. Pero su marido estaba al día en sus cotizaciones —añadió—, de modo que tienen ustedes derecho a una compensación del sindicato.

Me quedé parada, sin entender muy bien qué me estaba diciendo.

Sparks sacó un documento del maletín, lo puso sobre la mesa de la cocina y lo

abrió por la última página.

—Firme aquí —me dijo, señalando con el índice una línea punteada.

Una vez que hube estampado una cruz en el lugar que me señaló, el señor Sparks sacó un sobre del bolsillo.

—Siento que sea tan poco —dijo mientras me lo entregaba.

Esperé a que se terminara el té y se marchara antes de abrir el sobre.

Siete libras, nueve chelines y seis peniques. Ése era el valor que tenía para ellos la vida de Arthur. Me quedé inmóvil un momento, sentada a la mesa de la cocina, y creo que fue en ese instante cuando comprendí que nunca más volvería a ver a mi marido.

Esa tarde volví a la casa de empeños del señor Cohen y recuperé la alianza de matrimonio. Era lo menos que podía hacer por la memoria de Arthur. A la mañana siguiente, pagué los atrasos del alquiler y las cuentas de la carnicería, la panadería y la cerería. Con lo que me sobró compré un poco de ropa de segunda mano en el mercadillo de la iglesia, casi toda para Harry.

Pero antes de que pasara un mes se nos volvieron a acumular las deudas en la carnicería, la panadería y la cerería, y al poco tiempo tuve que volver a la tienda del señor Cohen a empeñar otra vez mi alianza de matrimonio.

Cuando el cobrador del casero vino a llamar a la puerta del número 27 y no salió nadie a abrirle, supongo que nadie de la familia se habría sorprendido si el siguiente visitante hubiese sido un agente de la policía judicial. Fue entonces cuando pensé que había llegado el momento de buscar un empleo.

La búsqueda de trabajo no fue fácil para Maisie, entre otras cosas porque el gobierno acababa de promulgar una directiva para que los patronos dieran preferencia a la contratación de hombres que hubieran servido en las fuerzas armadas, antes de considerar cualquier otro candidato. El propósito era mantener la promesa de Lloyd George, que había asegurado que los soldados británicos volverían a un país digno de sus héroes.

Aunque las mujeres mayores de treinta años tenían derecho a voto desde las últimas elecciones y habían prestado un valioso servicio en las fábricas de municiones durante la guerra, estaban al final de la cola cuando se trataba de conseguir un empleo en tiempos de paz. Maisie llegó a la conclusión de que su mejor oportunidad de conseguir trabajo era postularse para empleos que los hombres ni siquiera tuvieran en cuenta, por considerarlos humillantes o demasiado mal pagados. Con esa idea, se puso a la cola en la puerta del importador de tabaco W. D. & H. O. Wills, la empresa con más empleados de la ciudad. Cuando le llegó el turno, preguntó al supervisor:

—¿Es verdad que están buscando empaquetadoras para la fábrica de cigarrillos?

—Sí, bonita, pero eres demasiado joven —le respondió él.

—Tengo veintidós años.

—Eres demasiado joven —le repitió el hombre—. Ven dentro de dos o tres años.

Maisie volvió a Still House Lane a tiempo para compartir con Harry y con su madre un cuenco de caldo de pollo y una rebanada de pan duro.

Al día siguiente, se puso al final de una cola todavía más larga, a la puerta de Harvey's, importadores de vinos. Cuando llegó su turno, tres horas más tarde, un hombre de cuello blanco almidonado y fina corbata negra le dijo que sólo contrataban a personas con experiencia.

—Y ¿cómo consigo experiencia? —preguntó Maisie, intentando no parecer desesperada.

—Ingresando en nuestro programa de aprendices.

—Quiero ingresar en ese programa —le dijo al hombre del cuello almidonado.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Eres demasiado mayor.

Maisie le describió a su madre su sexagésima segunda entrevista de trabajo, palabra por palabra, mientras tomaban un caldo todavía más aguado de la misma olla que el anterior y comían una corteza del mismo pan duro.

—Siempre podrías probar suerte en los muelles —le sugirió su madre.

—¿Qué quieres que haga, mamá? ¿Que trabaje de estibadora?

La madre de Maisie no se rió, pero Maisie no podía recordar la última vez que la había visto reír.

—Siempre hay trabajo de limpiadora —dijo—. Y Dios sabe que esa gente tiene una deuda contigo.

Al día siguiente, Maisie se levantó y se vistió mucho antes de que saliera el sol, y como no había suficiente desayuno para todos, emprendió el largo camino hacia el puerto sin haberse quitado el hambre.

Cuando llegó, le dijo al hombre de la verja que buscaba trabajo de limpiadora.

—Preséntese a la señora Nettles —le dijo el guardia, señalando con la cabeza el edificio grande de ladrillos al que una vez había estado a punto de entrar—. Es la encargada de contratar y despedir a las limpiadoras.

Era evidente que no la recordaba de su visita anterior.

Maisie se encaminó a disgusto hacia el edificio de la administración, pero se detuvo unos pasos antes de llegar a la entrada, donde una sucesión de hombres elegantemente vestidos, con abrigos, sombreros y paraguas, desfilaba por la puerta doble.

Se quedó anclada en el suelo, temblando en el aire frío de la mañana, mientras trataba de reunir coraje para seguirlos al interior. Cuando ya estaba a punto de desistir, vio a una mujer mayor vestida con un guardapolvos, que entraba por otra puerta que había a un lado del edificio. Maisie salió corriendo tras ella.

—¿Qué quieres? —le preguntó la mujer con suspicacia, en cuanto Maisie la alcanzó.

—Busco trabajo.

—Bien —dijo la mujer—. Nos hacen falta chicas jóvenes. Ve a hablar con la señora Nettles —añadió, señalando una puerta estrecha, que muy bien podría haber sido la del armario de las escobas.

Maisie reunió valor y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz cansada.

Al abrir la puerta, Maisie se encontró con una mujer de la edad de su madre, sentada en la única silla de la habitación y rodeada de cubos, fregonas y grandes pastillas de jabón.

—Me han dicho que si quiero un trabajo tengo que hablar con usted.

—Y te han dicho bien. Eso sí, tienes que estar dispuesta a trabajar a cualquier hora del día y por cualquier paga.

—¿Cuáles son los horarios y cuánto pagan? —preguntó Maisie.

—Empezarías a las tres de la madrugada y tendrías que estar fuera de los despachos a las siete, porque entonces llegan los señoritos y quieren encontrar las oficinas relucientes. Hay otro turno de las siete de la tarde hasta la medianoche. Puedes elegir el que más te convenga. En cualquier caso, la paga es la misma: seis peniques a la hora.

—Haré los dos turnos —dijo Maisie.

—Bien —dijo la mujer, mientras escogía un cubo y una fregona—. Preséntate aquí mismo a las siete y te enseñaré lo que tienes que hacer. Yo me llamo Vera

Nettles. ¿Y tú?

—Maisie Clifton.

La señora Nettles dejó caer el cubo al suelo y apoyó la fregona contra la pared. Fue hasta la puerta y la abrió.

—Aquí no hay trabajo para usted, señora Clifton —dijo.

A lo largo del mes siguiente, Maisie lo intentó en una zapatería, donde el encargado se negó a contratar a alguien con agujeros en los zapatos; en una sombrerería, donde la entrevista terminó cuando descubrieron que Maisie no sabía sumar; y en una floristería, donde no quisieron darle trabajo porque no tenía jardín propio. (La parcela del abuelo en los huertos municipales no contaba). Desesperada, Maisie se ofreció como camarera en una taberna cercana, pero el dueño le dijo:

—Lo siento, guapa, pero no tienes las tetas lo bastante grandes.

El domingo siguiente, Maisie se arrodilló en la iglesia de la Santa Natividad y le pidió a Dios que la ayudara.

La ayuda le llegó en la forma de la señorita Monday, que tenía una amiga dueña de un salón de té en Broad Street, donde hacía falta una camarera.

—Pero yo no tengo experiencia —dijo Maisie.

—Eso hasta podría ser una ventaja —replicó la señorita Monday—. La señorita Tilly es muy puntillosa y prefiere formar al personal a su gusto.

—Quizá piense que soy demasiado mayor o demasiado joven.

—No es usted demasiado mayor, ni demasiado joven, señora Clifton —dijo la señorita Monday—. Y le aseguro que no la recomendaría si no creyera que puede hacerlo bien. Pero debo advertirle una cosa: la señorita Tilly es muy estricta con la puntualidad. Preséntese en el salón de té mañana a las ocho en punto. Si llega tarde, no sólo será la primera impresión que tenga de usted, también será la última.

A las seis en punto de la mañana siguiente, Maisie estaba en la puerta del salón de té, de donde no se movió en dos horas. A las ocho menos cinco, una señora rolliza de edad madura y aspecto elegante, con el pelo recogido en un pulcro moño y un par de gafas de media montura apoyadas en la punta de la nariz, le dio la vuelta al cartel de CERRADO para mostrar el de ABIERTO y dejó pasar a Maisie, que estaba temblando de frío.

—El empleo es suyo, señora Clifton —fueron las primeras palabras que le dirigió a Maisie su nueva jefa.

Maisie dejaba a Harry al cuidado de su abuela cuando se iba a trabajar. Aunque la paga era de apenas nueve peniques por hora, podía quedarse con la mitad de las propinas, y al final de una semana buena podía ganar unas tres libras en total. Había también una ventaja imprevista: cuando el cartel de ABIERTO se cambiaba por el de

CERRADO, Maisie podía llevarse a casa las sobras del día. Era impensable servir a un cliente comida del día anterior.

Al cabo de seis meses, la señorita Tilly estaba tan satisfecha con los progresos de Maisie que puso ocho mesas bajo su entera responsabilidad, y después de otros seis meses, al ver que varios clientes insistían en que los atendiera Maisie, la señorita Tilly resolvió asignarle cuatro mesas más y aumentarle la paga a un chelín por hora. Cuando por fin la familia volvió a contar con dos pagas semanales, Maisie pudo lucir otra vez la alianza de matrimonio y el anillo de compromiso, y rescatar de la casa de empeños el colador de té chapado en plata.

Siendo sincera, Maisie tenía que reconocer que la puesta en libertad de Stan por buena conducta, al cabo de tan sólo dieciocho meses de prisión, había tenido también sus aspectos negativos.

Harry, que para entonces tenía tres años y medio, había vuelto a dormir con ella, y Maisie prefería no recordar la paz que había en la casa en ausencia de Stan.

Le sorprendió que su hermano recuperara su antiguo trabajo en el puerto como si no hubiera ocurrido nada. Eso acabó de convencerla de que sabía mucho más de la desaparición de Arthur de lo que él reconocía, pese a sus muchas preguntas. En una ocasión, Stan se cansó de la insistencia de Maisie y le pegó. La señorita Tilly fingió no notar el ojo morado, pero un par de clientes se fijaron y lo comentaron. Maisie no volvió a tocar el tema con su hermano; pero cada vez que Harry preguntaba por su padre, Stan repetía la versión de la familia:

—A tu padre lo mataron en la guerra. Yo estaba a su lado cuando lo alcanzó la bala.

Maisie pasaba con Harry todo el tiempo que podía. Al principio creyó que, cuando el niño tuviera edad de asistir a la escuela primaria de Merrywood, su vida sería mucho más sencilla. Sin embargo, llevarlo al colegio por la mañana le supuso el gasto extra del viaje en tranvía, para no llegar tarde al trabajo. Por la tarde, salía un momento del salón de té para recoger a su hijo en la puerta de la escuela. Después de darle la merienda, lo dejaba con su abuela y volvía a trabajar.

Hacía tan sólo unos días que Harry había empezado el curso, cuando Maisie le notó en la espalda, al darle su baño semanal, la marca de unos azotes.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó.

—El director del colegio.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir, mamá.

Maisie volvió a preguntárselo cuando descubrió seis nuevas marcas, antes incluso de que se borrarán las anteriores, pero el niño tampoco le dijo nada. La tercera vez

que aparecieron las marcas, se puso el abrigo y salió para la escuela de Merrywood, con la intención de decirle al tutor cuatro verdades.

El señor Holcombe no era como Maisie había esperado. Para empezar, no era mucho mayor que ella y, además, se puso de pie cuando ella entró en la sala, algo que no habría hecho ninguno de los profesores que ella recordaba de su época en Merrywood.

—¿Por qué azota el director a mi hijo? —preguntó, antes incluso de que el señor Holcombe le ofreciera sentarse.

—Porque se salta las clases, señora Clifton. Desaparece después de la reunión de la mañana en el patio y vuelve por la tarde, a tiempo para jugar al fútbol.

—Pero entonces ¿dónde pasa el día?

—Creo que en los muelles —respondió el señor Holcombe—. Quizá usted pueda decirme por qué.

—Porque su tío trabaja allí y siempre le está diciendo que la escuela es una pérdida de tiempo y que tarde o temprano acabará trabajando con él en la naviera Barrington.

—Espero que no —dijo el señor Holcombe.

—¿Por qué lo dice? —replicó Maisie—. Si ese trabajo fue suficientemente bueno para su padre...

—Puede que lo fuera para su padre, pero no para Harry.

—¿Qué insinúa? —preguntó Maisie indignada.

—Harry es un niño brillante, señora Clifton. Muy inteligente. Si usted pudiera convencerlo para que asista a clase con más frecuencia, no sé hasta dónde podría llegar.

De pronto, Maisie se preguntó si alguna vez sabría con certeza cuál de los dos hombres era el padre de su hijo.

—Algunos niños muy listos sólo descubren que lo son después de terminar la escuela —prosiguió el señor Holcombe—, y entonces pasan el resto de su vida lamentando los años perdidos. Quiero asegurarme de que Harry no sea uno de ellos.

—¿Qué quiere que haga yo? —preguntó Maisie, tomando asiento finalmente.

—Animarlo a que asista a clase y a que no se vaya todos los días a los muelles. Dígale que estará muy orgullosa de él si destaca en clase y no sólo en el campo de fútbol, aunque no sé si habrá notado, señora Clifton, que el fútbol no es precisamente su punto fuerte.

—¿No es su punto fuerte?

—Lo siento, pero hasta el propio Harry debe de saber a estas alturas que nunca jugará en el equipo del colegio, ni mucho menos en el Bristol City.

—Haré todo lo que pueda —prometió Maisie.

—Gracias, señora Clifton —dijo el señor Holcombe, después de que Maisie se levantara para marcharse—. Si se siente capaz de animarlo, estoy seguro de que a la larga su aliento será mucho más eficaz que la vara del director.

A partir de ese día, Maisie empezó a interesarse mucho más por los estudios de Harry. Disfrutaba escuchando sus historias sobre el señor Holcombe y lo que le había enseñado durante el día, y como las marcas de azotes no volvieron a aparecer, supuso que ya no se saltaba las clases. Pero una noche, antes de irse a dormir, echó un vistazo a la espalda del niño dormido y encontró que las marcas habían vuelto y eran más rojas y profundas que nunca. No tuvo que ir a hablar con el señor Holcombe, porque él mismo se presentó al día siguiente en el salón de té.

—Vino a clase durante un mes seguido —dijo el señor Holcombe—, pero ahora ha vuelto a faltar.

—Yo no sé qué más puedo hacer —repuso Maisie con expresión indefensa—. Ya le he retirado la paga y le he dicho que no espere de mí ni un penique más, a menos que vaya a la escuela todos los días. La verdad es que su tío Stan tiene mucha más influencia sobre él que yo.

—Es una pena —dijo el señor Holcombe—. Sin embargo, puede que haya encontrado una solución a nuestro problema, señora Clifton. Pero para que mi plan tenga éxito, necesito toda su cooperación.

A pesar de tener veintiséis años, Maisie tenía asumido que no volvería a casarse nunca más. Después de todo, las viudas con un hijo tenían pocas oportunidades, habiendo tantas solteras disponibles. El hecho de llevar siempre puestos los anillos de compromiso y de matrimonio probablemente redujo el número de proposiciones recibidas en el salón de té, aunque uno o dos hombres llegaron a intentarlo. Entre ese par de pretendientes, Maisie no contaba al viejo señor Craddick, a quien simplemente le gustaba cogerla de la mano.

El señor Atkins era uno de los habituales del local de la señorita Tilly y solía sentarse en una de las mesas atendidas por Maisie. Acudía casi todas las mañanas y por lo general pedía un café solo y un trozo de bizcocho de frutas. Para sorpresa de Maisie, una mañana, después de pagar la cuenta, la invitó a ir al cine.

—Greta Garbo, en *El demonio y la carne* —dijo él, tratando de hacerlo sonar tentador.

No era la primera vez que un cliente la invitaba a salir, pero era el primer hombre joven de aspecto agradable que mostraba interés por ella.

En ocasiones anteriores, su respuesta habitual había bastado para desanimar a los admiradores más insistentes.

—Gracias, señor Atkins, pero me gusta dedicarle a mi hijo todo mi tiempo libre.

—Seguramente podrá hacer una excepción solamente por una noche —dijo él, sin darse por vencido tan fácilmente como los otros.

Maisie le echó un vistazo a la mano izquierda: ni rastro de anillo de matrimonio, ni, peor aún, de la marca pálida delatora que habría indicado que se lo había quitado.

Entonces se oyó a sí misma decir:

—Es usted muy amable, señor Atkins.

Y casi sin darse cuenta, aceptó salir el jueves por la noche, después de acostar a Harry.

—Llámame Eddie —le dijo él, dejándole una propina de seis peniques.

Maisie quedó muy impresionada cuando Eddie se presentó en un Morris de morro chato para llevarla al cine. Y para su asombro, lo único que pretendió durante todo el rato que estuvieron sentados juntos en una de las últimas filas de la sala fue ver la película. No se habría quejado si él le hubiera pasado un brazo por los hombros. De hecho, había estado considerando hasta dónde lo dejaría llegar en su primera cita.

Cuando cayó el telón, se iluminó el órgano y todos se pusieron de pie para entonar el himno nacional.

—¿Te apetece un refresco? —preguntó Eddie mientras salían del cine.

—Tengo que volver a casa antes del último tranvía.

—Cuando estás con Eddie Atkins, Maisie, no tienes que preocuparte por el tranvía.

—De acuerdo, entonces. Vayamos un momento a tomar un refresco —dijo ella, dejándose guiar a través de la calle hacia el Red Bull.

—¿A qué te dedicas, Eddie? —le preguntó Maisie, mientras él le ponía delante un vaso grande de refresco de naranja.

—Estoy en el negocio del espectáculo —respondió él, sin entrar en detalles, y enseguida cambió de tema, para hablar de ella—. A ti no tengo que preguntarte qué haces.

Después del segundo refresco de naranja, miró el reloj y dijo:

—Mañana tengo que levantarme temprano, así que será mejor que te lleve a tu casa.

En el camino de vuelta a Still House Lane, Maisie le habló de Harry y de lo mucho que deseaba que pudiera ingresar en el coro de la Santa Natividad. Eddie pareció auténticamente interesado, y ella pensó que la iba a besar cuando detuvo el coche delante del número 27. Pero en lugar de eso, se apeó del vehículo de un salto, le abrió la puerta y la acompañó hasta la puerta de su casa.

Sentada a la mesa de la cocina, Maisie le contó a su madre todo lo que había sucedido y lo que no había sucedido esa noche.

—¿Qué se traerá ése entre manos? —fue el único comentario de la abuela.

Cuando Maisie vio que el señor Holcombe entraba en la iglesia de la Santa Natividad acompañado de un señor bien vestido, supuso que Harry había vuelto a las andadas. Se sorprendió, porque hacía más de un año que el niño no volvía a casa con marcas rojas en la espalda.

Al ver que el señor Holcombe se dirigía hacia ella, se preparó para lo peor, pero el profesor se limitó a sonreírle con timidez, antes de acomodarse con su acompañante en la tercera fila de bancos, al otro lado del pasillo central.

De vez en cuando, Maisie miraba a un lado para echarles un vistazo, pero no reconoció al otro hombre, que era considerablemente mayor que el señor Holcombe. Se preguntó si sería el director de la escuela de Merrywood. Cuando el coro se levantó para cantar el primer himno, la señorita Monday les dirigió una mirada a los dos hombres, antes de indicarle al organista con un gesto que estaba lista para empezar.

Maisie pensó que esa mañana Harry se había superado, pero se sorprendió al ver que unos minutos después se ponía de pie para cantar un segundo solo, y se asombró todavía más cuando interpretó un tercero. Todo el mundo sabía que la señorita Monday nunca hacía nada sin una razón de peso, pero aun así, Maisie no podía imaginar cuál podía ser esa razón.

Después de que el reverendo Watts hubo bendecido a los fieles al final de la misa, Maisie se quedó en su sitio y esperó a que apareciera Harry, para preguntarle por qué lo habían hecho cantar tres solos. Mientras conversaba ansiosamente con su madre, no podía dejar de mirar al señor Holcombe, que en ese momento estaba haciendo las presentaciones entre el señor mayor, la señorita Monday y el reverendo Watts.

Un instante después, el reverendo Watts condujo a los dos hombres a la sacristía, mientras la señorita Monday iba por el pasillo en dirección a Maisie, con expresión resuelta. Todos los feligreses le conocían muy bien esa cara, propia de una mujer con una misión.

—¿Puedo tener unas palabras con usted en privado, señora Clifton? —preguntó, y sin darle a Maisie tiempo para responder, se volvió y se alejó por el pasillo, en dirección a la sacristía.

Hacía más de un mes que Eddie Atkins no se dejaba ver en el salón de té de la señorita Tilly, pero una mañana volvió a aparecer y ocupó su puesto habitual, en una de las mesas de Maisie. Cuando ella acudió a atenderlo, él la saludó con una gran sonrisa, como si nunca se hubiese marchado.

—Buenos días, señor Atkins —dijo Maisie, abriendo la libreta de notas—. ¿Qué va a tomar?

—Lo de siempre —respondió Eddie.

—Ha pasado tanto tiempo, señor Atkins —replicó Maisie—, que tendrá que refrescarme la memoria.

—Siento haber desaparecido, Maisie —dijo Eddie—, pero tuve que viajar imprevistamente a Estados Unidos y no volví hasta anoche.

Ella quería creerlo. Ya le había reconocido a su madre que estaba un poco decepcionada por no haber sabido nada más de Eddie desde que la había llevado al cine. Le gustaba su compañía y pensaba que la velada había sido agradable.

Otro hombre había empezado a frecuentar regularmente el salón de té y, lo mismo que Eddie, solamente se sentaba en las mesas que atendía Maisie. Aunque era obvio que estaba bastante interesado por ella, Maisie no le hacía ningún caso, y no sólo porque era un hombre de cierta edad, sino porque llevaba en el dedo una alianza de matrimonio. Tenía un aire distante, como el de un abogado que estudiara a un cliente, y cada vez que le dirigía la palabra, parecía un poco pedante. Maisie sabía muy bien lo que habría pensado su madre: «¿Qué se traerá entre manos?». Pero quizá había malinterpretado sus intenciones, porque ni una sola vez intentó trabar conversación con ella.

Ni siquiera Maisie pudo reprimir una sonrisa cuando, una semana después, sus dos pretendientes acudieron por la mañana a tomar café y los dos le preguntaron si podían verla más tarde.

El primero fue Eddie, que fue directo al grano.

—¿Te parece bien que pase a buscarte esta tarde cuando salgas de trabajar, Maisie? Hay una cosa que tengo muchas ganas de enseñarte.

Maisie habría querido decirle que tenía un compromiso, para hacerle comprender que no estaba disponible siempre que a él le conviniera; pero cuando volvió a su mesa con la cuenta, unos minutos después, le respondió casi sin proponérselo:

—De acuerdo, Eddie. Nos vemos cuando termine.

Aún tenía una sonrisa en la cara, cuando el otro cliente se dirigió a ella.

—¿Podría hablar un momento con usted, señora Clifton?

Maisie se preguntó cómo sabría su nombre.

—¿No preferiría hablar con la dueña, señor...?

—Frampton —replicó él—. No, gracias. Esperaba poder hablar con usted. ¿Le parece que nos encontremos en el Hotel Royal durante su descanso del mediodía? No será más de un cuarto de hora.

—Esto es como los autobuses —le dijo Maisie a su jefa—, que nunca vienen cuando los necesitas y después pasan dos a la vez.

La señorita Tilly le dijo a Maisie que la cara del señor Frampton le sonaba, pero que no acababa de ubicarlo.

Cuando Maisie le llevó la cuenta al señor Frampton, le recalcó que sólo podía dedicarle quince minutos, porque tenía que llegar a tiempo para ir a buscar a su hijo, que salía de la escuela a las cuatro. Él asintió, como si también estuviera al corriente de eso.

¿Realmente le convenía a Harry solicitar una beca para el colegio San Beda?

Maisie no sabía a quién consultar al respecto. Lo más probable era que Stan estuviera en contra de la idea y no quisiera considerar otros argumentos que no fueran los suyos. La señorita Tilly era demasiado amiga de la señorita Monday para ofrecer una opinión imparcial, y el reverendo Watts ya le había aconsejado que se dejara guiar por el Señor, algo que en el pasado no le había resultado particularmente útil. El señor Frobisher le había parecido muy amable, pero había dejado perfectamente claro que sólo ella podía tomar la decisión definitiva. En cuanto al señor Holcombe, sabía sin el menor asomo de duda cuál era su opinión.

Maisie no volvió a pensar en el señor Frampton hasta que terminó de atender a su último cliente. Después, se quitó el delantal y se puso su viejo abrigo.

La señorita Tilly miraba por la ventana mientras Maisie salía en dirección al Hotel Royal. Sentía cierta inquietud, pero no sabía muy bien por qué.

Aunque Maisie no había estado nunca en el Royal, sabía que tenía fama de ser uno de los mejores hoteles del suroeste de Inglaterra, y la oportunidad de verlo por dentro era una de las razones por las que había aceptado la invitación del señor Frampton.

Se quedó un momento en la acera de enfrente, viendo cómo entraban y salían los clientes por la puerta giratoria. Nunca había visto nada parecido, y sólo cuando estuvo bastante segura de haber comprendido cómo funcionaba, se atrevió a cruzar la calle y entrar en el hotel. Pero empujó una de las hojas con excesiva determinación y acabó siendo propulsada al vestíbulo con más rapidez de lo que había previsto.

Miró a su alrededor y encontró al señor Frampton sentado en un rincón tranquilo. Atravesó la sala para ir a su encuentro, y el señor Frampton, al verla, se puso en pie de inmediato, le estrechó la mano y esperó a que tomara asiento.

—¿Le apetece un café, señora Clifton? —preguntó el hombre, y antes de que Maisie pudiera responder, añadió—: Tengo que advertirle que no es tan bueno como el de la señorita Tilly.

—No, gracias, señor Frampton —contestó Maisie, cuyo único interés era averiguar para qué quería verla.

El señor Frampton se tomó su tiempo para encender un cigarrillo e inhaló profundamente el humo.

—Señora Clifton —empezó, mientras apoyaba el cigarrillo en un cenicero—, seguramente habrá notado que en los últimos tiempos me he convertido en cliente habitual del salón de té de la señorita Tilly. —Maisie asintió—. Tengo que confesarle —prosiguió el señor Frampton— que mi única razón para frecuentar el establecimiento es usted. —Maisie tenía preparada la respuesta para pretendientes no deseados, que pensaba dirigirle en cuanto terminara de hablar—. En todos los años que llevo en el negocio hotelero —continuó él— no he visto nunca a nadie más eficiente que usted. Ojalá todas las camareras de este hotel fueran como usted.

—La señorita Tilly me ha enseñado muy bien —dijo Maisie.

—También a las otras cuatro camareras que trabajan con usted, pero ninguna está a su altura.

—Me halaga mucho su opinión, señor Frampton. Pero ¿por qué me dice...?

—Soy el gerente de este hotel —se le adelantó— y quiero que se encargue del café de este establecimiento, el salón Palm Court. Como puede ver —dijo con un amplio gesto de la mano—, tenemos espacio para un centenar de clientes, pero casi nunca hay más de un tercio de las mesas ocupadas. No estamos sacando unos beneficios acordes con la inversión realizada por el hotel. Estoy seguro de que las cosas cambiarían considerablemente si usted estuviera al frente. Y creo que puedo ofrecerle condiciones muy ventajosas.

Maisie no dijo nada.

—Los horarios no tendrían por qué ser muy diferentes de los que tiene en su actual empleo —prosiguió el señor Frampton—. Estoy dispuesto a pagarle cinco libras a la semana y la mitad de todas las propinas que reciban las camareras del salón Palm Court. Si consigue aumentar la clientela, el cambio podría resultarle muy rentable. Y entonces yo...

—¡Pero no puedo dejar a la señorita Tilly! —lo interrumpió Maisie—. ¡Ha sido tan buena conmigo en estos seis años...!

—Comprendo y aprecio sus sentimientos, señora Clifton. De hecho, me habría decepcionado si no hubiese sido ésa su respuesta inmediata. La lealtad es un rasgo que admiro. Sin embargo, no sólo debe considerar su propio futuro, sino el de su hijo, si finalmente piensa presentarse como aspirante a una beca de San Beda.

Maisie se quedó sin habla.

Cuando Maisie salió del trabajo esa tarde se encontró con Eddie sentado en su coche delante de la puerta, esperándola. Notó que en esa ocasión él no saltaba del vehículo para abrirle la puerta.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Maisie, mientras se acomodaba junto a él.

—Es una sorpresa —respondió Eddie, apretando el botón de arranque— y creo que no va a decepcionarte.

Empujó la palanca de cambios a la primera velocidad y puso rumbo hacia una zona de la ciudad que Maisie nunca había visitado. Unos minutos después, giró por una callejuela y se detuvo delante de un gran portal de madera de roble, bajo un cartel luminoso que anunciaba con grandes y resplandecientes letras rojas: EDDIE'S NIGHTCLUB.

—¿Es tuyo? —preguntó Maisie.

—Cada pulgada —respondió Eddie con orgullo—. Entra y míralo tú misma.

Saltó del coche, abrió la puerta e hizo pasar a Maisie.

—Esto antes era un almacén de granos —le explicó, mientras la hacía bajar por

una estrecha escalera de madera—. Pero ahora que los barcos ya no llegan hasta esta altura del río, la naviera tuvo que trasladarse y yo me quedé con el contrato de alquiler del local por un traspaso muy razonable.

Maisie entró en un amplio salón, tenuemente iluminado. Pasó un tiempo antes de que se le acostumbrara la vista y pudiera verlo todo. Media docena de hombres sentados en taburetes altos de piel bebían en la barra y casi el mismo número de camareras revoloteaban a su alrededor. La pared de detrás de la barra consistía en un vasto espejo, que hacía parecer la sala mucho más grande de lo que era. En el centro había una pista de baile, rodeada de mullidas banquetas de terciopelo en las que no podían sentarse más de dos personas en cada una, y al otro lado de la sala, un escenario pequeño con un piano, un contrabajo, una batería y varios atriles con partituras.

Eddie se sentó delante de la barra. Miró a su alrededor y dijo:

—Por esto he pasado tanto tiempo en Estados Unidos. Garitos como éste están surgiendo por todas partes, en Nueva York y en Chicago, y están ganando fortunas. —Encendió un puro—. Y te garantizo que en Bristol no hay ni habrá nada parecido a esto. Seguro que no.

—Seguro que no —repitió Maisie, mientras se situaba a su lado delante de la barra, pero sin intentar siquiera encaramarse a uno de los taburetes altos.

—¿Qué bebes, nena? —dijo Eddie, con un acento que él creía estadounidense.

—Yo no bebo —le recordó Maisie.

—Es una de las razones por las que te he escogido.

—¿Me has escogido?

—¡Claro! Eres la persona ideal para dirigir a las camareras. Te pagaré seis libras a la semana, y si este lugar despega, ganarás mucho más con las propinas de lo que nunca podría ofrecerte la señorita Tilly.

—¿Y tendría que vestirme como ellas? —preguntó Maisie, señalando a una de las camareras, que lucía una blusa roja con los hombros al descubierto y una falda negra ceñida que apenas le llegaba a las rodillas. Maisie observó divertida que los colores eran los mismos que los del uniforme del colegio San Beda.

—¿Por qué no? Eres una chica preciosa y los clientes pagarían un buen dinero por ser atendidos por alguien como tú. De vez en cuando se te insinuarán, desde luego, pero estoy seguro de que sabrás manejarlos.

—¿Por qué hay una pista de baile si el club es sólo para hombres?

—Es otra idea que he copiado de Estados Unidos —dijo Eddie—. Si quieren bailar con una de nuestras camareras, tienen que pagar.

—Y ¿qué más se incluye en el precio?

—Eso es cosa de ellas —dijo Eddie, encogiéndose de hombros—. Mientras no lo hagan en el local, yo no tengo nada que decir —añadió con una carcajada demasiado estruendosa, que Maisie no acompañó—. ¿Qué te parece? —le preguntó.

—Me parece que es hora de que vuelva a casa —dijo Maisie—. No he tenido

tiempo de avisar a Harry de que iba a llegar tarde.

—Lo que tú digas, nena —respondió Eddie.

Le pasó un brazo por los hombros y volvió a subir con ella la escalera que conducía a la calle.

Mientras la llevaba en coche a Still House Lane, le contó los planes que tenía para el futuro.

—Ya le he echado el ojo a un segundo local —dijo entusiasmado—. ¡No me pongo límites!

—No, no te pones límites —repitió Maisie, mientras el vehículo se detenía delante del número 27.

Maisie saltó del coche y se encaminó rápidamente hacia su portal.

—Entonces ¿qué me dices? ¿Necesitarás unos días para pensarlo? —preguntó Eddie, que había ido tras ella.

—No, Eddie, te lo agradezco —respondió Maisie—. Ya me lo he pensado —añadió, mientras sacaba las llaves del bolso.

Eddie sonrió y le rodeó el talle con un brazo.

—Ya sabía yo que no te costaría mucho tomar la decisión.

Maisie le apartó el brazo, sonrió con dulzura y le dijo:

—Has sido muy amable al pensar en mí, cielo, pero prefiero seguir sirviendo café. —Abrió la puerta y añadió—: De todos modos, gracias por preguntar.

—Lo que tú digas, nena, pero si cambias de idea, mi puerta siempre estará abierta.

Maisie entró y cerró.

Finalmente, Maisie pensó que había una persona a la que podía pedirle consejo. Decidió presentarse en el puerto sin anunciarse, con la esperanza de que estuviera cuando llamara a su puerta.

Ni a Stan ni a Harry les dijo a quién pensaba visitar. Uno de ellos habría intentado detenerla y el otro habría creído que estaba traicionando su confianza.

Esperó a su día libre y, tras dejar a Harry en la escuela, cogió un tranvía hasta el puerto. Había escogido cuidadosamente la hora: el final de la mañana, cuando era más probable que él estuviera en su despacho y Stan se encontrara al otro lado de los muelles, ocupado en la carga o descarga de algún buque mercante.

Le dijo al hombre de la verja que iba a pedir empleo de limpiadora, y él le señaló con un gesto vago el edificio de ladrillo rojo, sin recordarla tampoco en esa ocasión.

Mientras se dirigía hacia Barrington House, Maisie contempló las ventanas del quinto piso y se preguntó cuál sería su despacho. Recordó su encuentro con la señora Nettles y la forma abrupta en que había puesto fin a la entrevista en cuanto ella mencionó su nombre. Ahora no sólo tenía un empleo donde se sentía a gusto y respetada, sino que había recibido otras dos propuestas de trabajo en los últimos días. No volvió a pensar en la señora Nettles, mientras pasaba junto al edificio y lo dejaba atrás, camino de los muelles.

Siguió andando a paso rápido hasta que pudo distinguir el lugar donde se alojaba la persona que iba a ver. Le costaba creer que alguien pudiera vivir en un vagón de tren abandonado, y empezó a preguntarse si no sería un error ir a hablar con él. ¿Habría exagerado Harry cuando le había hablado de un comedor, un dormitorio e incluso una biblioteca?

«No puedes echarte atrás ahora que has llegado hasta aquí, Maisie Clifton», se dijo, y se atrevió a llamar a la puerta del vagón.

—Pase, señora Clifton —dijo una voz suave.

Maisie abrió la puerta y encontró a un hombre mayor, arrellanado en un confortable asiento, con libros y otros efectos personales dispersos a su alrededor. Le sorprendió la limpieza que reinaba y se dijo que, pese a las afirmaciones de Stan, era ella y no el viejo Jack quien tenía una vivienda de tercera. Stan había perpetuado un mito, que se había desmoronado al ser contemplado a través de los ojos de un niño sin prejuicios.

El viejo Jack se puso de pie de inmediato y le indicó a Maisie el asiento de enfrente.

—Ha venido a verme en relación con el joven Harry, supongo.

—Así es, señor Tar —contestó ella.

—Déjeme que lo adivine —prosiguió el viejo Jack—. No consigue decidir si lo más conveniente para él es ir a San Beda o quedarse en la escuela de Merrywood.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Maisie.

—Porque llevo un mes dándole vueltas al mismo asunto —respondió él.

—Y ¿qué piensa que deberíamos hacer?

—Creo que pese a las muchas dificultades que indudablemente encontrará en San Beda, si no aprovecha esta oportunidad, es posible que pase el resto de su vida lamentándolo.

—Quizá no gane la beca y entonces la decisión no estará en nuestras manos.

—La decisión ya no está en nuestras manos —dijo el viejo Jack—, desde el momento en que el señor Frobisher oyó cantar al joven Harry. Pero tengo la sensación de que ésa no es la única razón por la que ha venido a verme.

Maisie estaba empezando a entender por qué Harry admiraba tanto a ese hombre.

—Y no se equivoca, señor Tar. Necesito su consejo en otro asunto.

—Su hijo me llama Jack, excepto cuando se enfada conmigo, y entonces me llama «viejo Jack».

Maisie sonrió.

—Incluso con la beca, antes me preocupaba que mi paga no fuera suficiente para todos los pequeños extras que los alumnos de un colegio como San Beda dan por descontados. Pero, por suerte, acaban de ofrecerme otro empleo en el que podría ganar más dinero.

—¿Y ahora le preocupa la reacción de la señorita Tilly cuando le diga que piensa marcharse?

—¿Conoce usted a la señorita Tilly?

—No, pero Harry me ha hablado muchas veces de ella. Es evidente que está hecha de la misma pasta que la señorita Monday, y es una pasta que conozco bien. No hay necesidad de preocuparse.

—No lo entiendo —dijo Maisie.

—Déjeme que se lo explique —repuso el viejo Jack—. La señorita Monday ya ha invertido gran cantidad de tiempo y experiencia para que Harry consiga esa beca para San Beda y, mucho más importante, para que demuestre que la merece. Apuesto a que ha hablado profusamente de todas las posibles eventualidades con su mejor amiga, que casualmente es la señorita Tilly. Por eso, cuando le hable del nuevo empleo, es probable que la noticia no la tome totalmente por sorpresa.

—Gracias, Jack —dijo Maisie—. ¡Qué suerte tiene Harry de tenerlo como amigo! Es como el padre que no ha conocido.

—Es el mejor cumplido que me han hecho en muchos años —dijo el viejo Jack—. Lo único que lamento es que el niño perdiera a su padre en circunstancias tan trágicas.

—¿Usted sabe cómo murió mi marido?

—Lo sé —respondió el viejo Jack. Sin embargo, consciente de que no debía haber tocado el tema, enseguida agregó—: Pero sólo porque Harry me lo dijo.

—¿Qué le dijo Harry? —preguntó Maisie, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

—Que su padre murió en la guerra.

—Pero usted sabe que eso no es cierto —replicó Maisie.

—Lo sé —dijo el viejo Jack—. Y sospecho que Harry también sabe que su padre no pudo morir en la guerra.

—Entonces ¿por qué nunca dice nada al respecto?

—Probablemente porque piensa que ustedes quieren ocultarle algo.

—Ni siquiera yo sé la verdad —reconoció Maisie.

El viejo Jack no hizo ningún comentario.

Maisie regresó a casa caminando lentamente, con una duda aclarada y la otra aún sin resolver. Aun así, no le cabía la menor duda de que podía incluir al viejo Jack en la lista de personas que sabían la verdad acerca de lo sucedido a su marido.

Poco después pudo comprobar que el viejo Jack no se había equivocado respecto a la señorita Tilly, porque cuando Maisie le habló de la oferta del señor Frampton, su reacción fue de apoyo y comprensión.

—Te echaremos de menos —le dijo—. Francamente, el Royal tiene mucha suerte de quedarse contigo.

—¿Cómo podría agradecerle todo lo que ha hecho por mí a lo largo de estos años? —dijo Maisie.

—A quien tienes que agradecerse lo es a Harry —dijo la señorita Tilly—, y sospecho que es sólo cuestión de tiempo antes de que él mismo se dé cuenta.

Maisie empezó en su nuevo empleo un mes después, y no tardó mucho en comprobar que en el Palm Court nunca se llenaban más de un tercio de las mesas.

Las camareras consideraban el trabajo una simple forma de ganar dinero y no una vocación, como la señorita Tilly. Nunca se molestaban en aprenderse los nombres de los clientes, ni recordaban cuáles eran sus mesas favoritas. Peor aún. El café solía estar frío cuando llegaba a las mesas y los pasteles y bizcochos se ponían rancios antes de que los pidiera algún cliente. A Maisie no la sorprendió que las chicas no recibieran propinas. De hecho, no las merecían.

Al cabo de un mes, empezó a darse cuenta de lo mucho que le había enseñado la señorita Tilly.

Transcurridos tres meses, Maisie había reemplazado a cinco o seis camareras, sin tener que contratar a nadie de su antiguo salón de té. También había encargado unos bonitos uniformes nuevos para todo el personal, así como tazas y platos nuevos, además de cambiar de proveedor de café y pasteles. Ojalá hubiese podido robarle los pasteles a la señorita Tilly.

—Me estás costando mucho dinero, Maisie —le dijo el señor Frampton, cuando otra pila de facturas aterrizó en su escritorio—. Intenta no olvidar lo que te he dicho acerca de la rentabilidad de la inversión.

—Concédame otros seis meses, señor Frampton, y empezará a ver resultados.

Aunque Maisie trabajaba día y noche, siempre encontraba tiempo para dejar a

Harry en la escuela por la mañana y recogerlo por la tarde. Pero un día avisó al señor Frampton de que llegaría tarde al trabajo.

Cuando le dijo por qué, el señor Frampton le concedió todo el día libre.

Poco antes de salir de casa, Maisie se miró al espejo. Se había puesto el vestido de los domingos, pero no iba a la iglesia. Sonrió a su hijo, que le pareció muy elegante con su nuevo uniforme escolar rojo y negro. Aun así, se sintió un poco incómoda mientras esperaban en la parada del tranvía.

—Dos a Park Street —le dijo al cobrador, en el instante en que el número 11 se puso en marcha, y no pudo ocultar su orgullo cuando notó que el hombre se paraba un momento para mirar mejor a Harry. Eso la convenció de que había tomado la decisión correcta.

Cuando llegaron a su parada, Harry no la dejó cargar con la maleta. Maisie le apretó la mano, mientras recorrían lentamente la cuesta que conducía a la escuela, sin saber muy bien cuál de los dos estaba más nervioso. No podía quitar los ojos de los cabriolés de alquiler, ni de los coches con chófer que estaban dejando a los otros niños en el colegio para su primer día de clase. Sólo esperaba que Harry encontrara un amigo entre todos ellos. Después de todo, algunas de las niñeras iban mejor vestidas que ella.

Harry empezó a andar más lentamente a medida que se acercaban a la verja del colegio. Maisie notó su incomodidad, ¿o sería solamente temor a lo desconocido?

—Te acompaño hasta aquí —dijo ella, mientras se agachaba para darle un beso—. Buena suerte, Harry. Haz que nos sintamos orgullosos de ti.

—Adiós, mamá.

Mientras lo miraba alejarse, Maisie notó que había otra persona que también parecía interesarse por Harry Clifton.

Maisie nunca olvidaría la primera vez que tuvo que decir a un cliente que no había mesas libres.

—Estoy segura de que se desocupará alguna dentro de unos minutos, señor.

Se sentía orgullosa de que su personal fuera capaz, en cuanto un cliente pagaba la cuenta, de recoger la mesa, cambiar el mantel y prepararlo todo para atender a otro en menos de cinco minutos.

En poco tiempo, el Palm Court adquirió tanta fama que Maisie se veía obligada a mantener un par de mesas permanentemente reservadas, por si uno de sus habituales se presentaba de forma inesperada.

Le causaba cierta turbación que algunos de sus antiguos clientes del salón de té de la señorita Tilly hubieran empezado a frecuentar el Palm Court, entre ellos el viejo señor Craddick, que recordaba a Harry de su reparto de periódicos. Pero Maisie consideró un cumplido aún mayor que la propia señorita Tilly comenzara a frecuentar la sala para tomar su café matinal.

—Vengo a vigilar a la competencia —decía—. Por cierto, Maisie, el café es excelente.

—No me extraña —replicaba Maisie—. Es el mismo que sirve usted.

Eddie Atkins también la visitaba de vez en cuando, y si Maisie podía guiarse por el tamaño de sus puros y el contorno de su cintura, entonces era evidente que seguía sin ponerse límites. Aunque era amable, no volvió a pedirle que saliera con él, pero de vez en cuando le recordaba que su puerta estaba abierta.

No podía decirse que Maisie no tuviera una cola de admiradores, a quienes de vez en cuando aceptaba una invitación para ir a cenar en un restaurante de moda, o asistir a una representación en el Old Vic o al cine, sobre todo si proyectaban una película de Greta Garbo. Pero cuando se despedían al final de la velada en la puerta de su casa, no permitía que ninguno de ellos le diera nada más que un beso fugaz en la mejilla. O al menos así fue hasta que conoció a Patrick Casey, quien demostró que el encanto de los irlandeses no era un tópico.

Cuando Patrick entró por primera vez en el Palm Court, Maisie no fue la única que se volvió para mirarlo. Medía poco más de metro ochenta y tenía el pelo oscuro y ondulado, y un físico de atleta. Para la mayoría de las mujeres, eso habría sido suficiente, pero a Maisie la había cautivado su sonrisa, una sonrisa que, según ella sospechaba, también habría cautivado a muchas otras.

Patrick le contó que se dedicaba a las finanzas, pero después Eddie le dijo que estaba en el negocio del espectáculo. Tenía que viajar a Bristol por trabajo una o dos veces al mes, y entonces Maisie aceptaba que la llevara a cenar, al teatro o al cine, y ocasionalmente incluso quebrantaba por él su regla de oro y no volvía a Still House Lane en el último tranvía.

No le habría sorprendido descubrir que Patrick tenía una esposa y media docena de hijos en Cork, aunque él juraba con la mano en el corazón que era soltero.

Cuando el señor Holcombe iba al Palm Court, Maisie solía conducirlo a una mesa en un rincón alejado de la sala, que los habituales rechazaban por estar medio oculta detrás de una columna, y aprovechaba esa privacidad para charlar con él y ponerlo al día sobre Harry y sus estudios.

Pero esa vez el señor Holcombe pareció menos interesado en el pasado que en el futuro.

—¿Ya ha decidido qué hará Harry cuando termine en San Beda? —le preguntó a Maisie.

—No me he parado a pensarlo mucho —reconoció ella—. Después de todo, aún falta bastante tiempo.

—No falta tanto —replicó el señor Holcombe—, y no puedo creer que quiera que vuelva a la escuela de Merrywood.

—No, claro que no —respondió Maisie con firmeza—, pero ¿qué otra posibilidad tenemos?

—Harry ha dicho que le gustaría ir al Colegio Bristol, pero si no consigue una beca, teme que usted no pueda pagarle la matrícula.

—Eso no sería un problema —lo tranquilizó Maisie—. Con mi paga actual, combinada con las propinas, nadie notará que su madre es camarera.

—¡Y qué camarera! —dijo el señor Holcombe, mirando a su alrededor la sala repleta de clientes—. Lo único que me sorprende es que no haya abierto todavía un local propio.

Maisie se echó a reír y no volvió a pensar en el asunto, hasta que recibió una inesperada visita de la señorita Tilly.

Maisie iba todos los domingos a misa de maitines en Santa María de Redcliffe para oír cantar a su hijo. La señorita Monday le había advertido que no faltaba mucho para que le cambiara la voz, y que no debía esperar que al cabo de unas semanas fuera a estar cantando solos de tenor.

Por mucho que intentó prestar atención al sermón, esa mañana de domingo Maisie no podía concentrarse. Mirando con el rabillo del ojo, vio al otro lado del pasillo al señor y la señora Barrington, sentados al lado de su hijo Giles y de dos niñas que quizá fueran sus hijas, pero cuyos nombres ignoraba. Se había sorprendido mucho cuando Harry le había dicho que Giles Barrington era su mejor amigo. Según él, los había unido una simple coincidencia alfabética. Maisie esperaba no tener que decirle nunca que tal vez Giles fuera algo más que un buen amigo.

A menudo Maisie deseaba poder hacer algo más para ayudar a Harry en su esfuerzo para obtener una beca que le permitiera asistir al Colegio Bristol. Aunque la señorita Tilly le había enseñado a leer la carta del salón de té, a sumar y restar, e incluso a escribir algunas palabras simples, la sola idea de lo mucho que Harry tenía que estudiar la llenaba de inquietud.

La señorita Monday intentaba darle confianza, recordándole continuamente que Harry nunca habría llegado tan lejos si ella no hubiera estado dispuesta a hacer tantos sacrificios.

—Y en cualquier caso —añadía—, usted es tan lista como Harry. La única diferencia es que no ha tenido las mismas oportunidades.

El señor Holcombe la mantenía informada de lo que describía como «el calendario», y a medida que se acercaba la fecha del examen, Maisie se iba poniendo tan nerviosa como el aspirante a la beca. Reconocía lo acertado de una de las reflexiones del viejo Jack, que le había dicho que a menudo el observador sufre más que el participante.

Para entonces, el Palm Court estaba atestado de gente todos los días, pero eso no impidió que Maisie adoptara todavía más cambios, en una década que la prensa ya describía como «los frívolos años treinta».

Por las mañanas, había empezado a ofrecer a sus clientes una variedad de bollos y pastas para acompañar el café, y por las tardes, su carta de té encontró gran aceptación, sobre todo después de que Harry le contara que la señora Barrington le había dado a elegir entre té chino e indio. Aun así, el señor Frampton vetó la propuesta de servir sándwiches de salmón ahumado con el té.

Todos los domingos, Maisie se arrodillaba en su pequeño cojín y rezaba:

—Dios mío, haz que Harry gane la beca. Si me lo concedes, nunca más te pediré nada.

Cuando aún faltaba una semana para el examen, Maisie ya no pudo conciliar el sueño y pasaba las noches en vela, preguntándose cómo estaría Harry. Muchos clientes le pedían que le transmitiera sus mejores deseos, algunos porque lo habían oído cantar en el coro de la iglesia, otros porque lo recordaban de la época en que repartía periódicos y otros simplemente porque tenían hijos que habían pasado por la misma experiencia o la pasarían en el futuro. Era como si medio Bristol fuera a presentarse al examen.

La mañana del examen, Maisie sentó a varios habituales en mesas equivocadas, le sirvió café al señor Craddick, en lugar del chocolate que siempre tomaba, y les llevó a dos clientes las cuentas de otros. Pero nadie se quejó.

Harry le dijo que creía haberlo hecho bastante bien, pero que no estaba seguro de que fuera suficiente. Mencionó a alguien llamado Thomas Hardy, pero Maisie no sabía bien si se trataba de un amigo o de uno de sus profesores.

Cuando ese jueves por la mañana el reloj de péndulo del Palm Court dio las diez, Maisie pensó que en ese instante el director del colegio estaría poniendo los resultados del examen en el tablón de anuncios. Pero aún tuvo que esperar veintidós minutos más para que el señor Holcombe entrara en la sala y se encaminara directamente hacia su mesa habitual, detrás de la columna. Por su expresión, Maisie fue incapaz de deducir cómo le había ido a Harry. Atravesó rápidamente el salón para reunirse con él y, por primera vez en cuatro años, se sentó a la mesa con un cliente, aunque quizá sería más exacto decir que se desplomó en la silla.

—Harry ha superado el examen con muy buena nota —dijo el señor Holcombe—, pero me temo que se ha quedado a las puertas de la beca.

—¿Qué significa eso? —preguntó Maisie, intentando que no le temblaran las manos.

—Los doce primeros de la lista han obtenido notas por encima del ochenta por ciento y han conseguido becas. De hecho, el primero fue Deakins, el amigo de Harry, con un resultado del noventa y dos por ciento. Harry obtuvo un muy encomiable setenta y ocho por ciento y fue el decimoséptimo de un total de trescientos. El señor Frobisher me dijo que la prueba de inglés le bajó el promedio.

—Tendría que haber estudiado a Hardy en lugar de a Dickens —dijo Maisie, que nunca había abierto un libro.

—Aun así, Harry ha obtenido una plaza en el Colegio Bristol —prosiguió el señor Holcombe—, pero no recibirá las cien libras anuales de la beca.

Maisie se puso de pie.

—Entonces tendré que trabajar tres turnos, en lugar de dos, ¿no le parece? Porque le aseguro, señor Holcombe, que Harry no volverá a la escuela de Merrywood.

A lo largo de los días siguientes, Maisie se sorprendió de la cantidad de clientes que la felicitaban por la magnífica actuación de Harry. También descubrió que algunos de sus habituales tenían hijos que no habían superado el examen, uno de ellos por un único punto porcentual. Todos esos chicos tendrían que recurrir a una segunda opción, y eso fortaleció aún más la determinación de Maisie de hacer cuanto estuviera a su alcance para que Harry estuviera en la puerta del Colegio Bristol el primer día del curso.

Durante la semana siguiente, notó con extrañeza que sus propinas se duplicaban. El viejo señor Craddick le deslizó en la mano un billete de cinco libras, diciéndole:

—Para Harry. Espero que demuestre que es digno de su madre.

Cuando un fino sobre blanco cayó en el buzón de Still House Lane, lo que ya era un acontecimiento en sí mismo, Harry corrió a abrir la carta y la leyó para su madre. «Clifton, H». tenía a su disposición una plaza en el grupo A, para el curso que

comenzaba el 15 de septiembre. Cuando llegó al último párrafo, que pedía a la señora Clifton que respondiera para confirmar que el candidato aceptaba la plaza o la rechazaba, levantó la vista y miró nerviosamente a su madre.

—¡Escríbeles ahora mismo y diles que sí! —exclamó ella.

Harry le dio un abrazo y le susurró:

—Ojalá mi padre estuviera vivo.

«Puede que lo esté», pensó Maisie.

Unos días después, una segunda carta aterrizó en el felpudo de la entrada. Contenía una larga lista de artículos que era preciso adquirir antes del primer día de clase. Maisie observó que casi todos se tenían que comprar por partida doble, y en algunos casos de tres en tres, o incluso de seis en seis, como pasaba con los calcetines, que tenían que ser grises, largos hasta las rodillas y con gomas para que no se cayeran.

—Es una pena que no puedas usar mis ligas —dijo, y Harry se sonrojó.

Una tercera carta invitaba a los nuevos alumnos a elegir tres actividades extracurriculares, de una lista que abarcaba desde el club del motor hasta el cuerpo de entrenamiento militar para oficiales, y algunas suponían un cargo añadido de cinco libras anuales. Harry escogió el coro, que era una actividad gratuita, así como el club de teatro y la sociedad de amigos del arte. Esta última incluía la advertencia de que toda visita a galerías o museos fuera de Bristol supondría un desembolso extraordinario.

A Maisie le habría gustado que hubiese más señores Craddick en el mundo, pero nunca dejó que Harry sospechara que podía haber algún motivo de preocupación, aun cuando el señor Holcombe no dejaba de recordarle que el niño estaría en el Colegio Bristol durante los cinco años siguientes. Ella, por su parte, le contestaba con orgullo que era el primer miembro de la familia que no abandonaba los estudios antes de los catorce años.

Así pues, Maisie se resignó a hacer una nueva visita a T. C. Marsh, Sastrería Selecta.

Cuando Harry estuvo totalmente equipado y listo para el primer día de curso, Maisie ya se había acostumbrado a ir y volver del trabajo andando, para ahorrar en billetes de tranvía. Ahorraba cinco peniques a la semana, o, como le dijo a su madre:

—Una libra al año, suficiente para comprarle un traje nuevo a Harry.

A lo largo de los años, Maisie había podido comprobar que los padres pueden ser considerados una desafortunada necesidad por los hijos, pero con frecuencia son además un motivo de vergüenza y turbación.

En el primer acto público de San Beda, Maisie había sido la única madre que se había presentado sin sombrero. Después de eso, se había comprado uno en una tienda

de segunda mano, y por muy anticuado que estuviera, se proponía hacerlo durar hasta que Harry terminara los estudios en el Colegio Bristol.

Harry había aceptado que ella lo acompañara al colegio el primer día de clase, pero Maisie ya había resuelto que el chico tenía edad de volver solo en tranvía por la tarde. Su principal preocupación no era saber cómo haría Harry para ir y volver del colegio, sino qué hacer con él por las noches, ahora que ya no estaba internado y no dormiría en la escuela durante el curso. Estaba segura de que si lo hacía compartir otra vez la habitación con el tío Stan, la experiencia acabaría en lágrimas. Intentó no pensarlo, mientras se preparaba para el primer día de clase de Harry.

Con el sombrero puesto, con su mejor y único abrigo recién sacado del tinte, con unos zapatos negros bastante correctos y las únicas medias de seda que poseía, Maisie sintió que ya podía enfrentarse a los otros padres. Cuando bajó la escalera, Harry la estaba esperando en la puerta. Estaba tan elegante con su nuevo uniforme negro y burdeos que a ella le hubiera gustado hacerlo desfilar varias veces por Still House Lane, para que todos los vecinos se enteraran de que un chico de su calle iba a asistir al Colegio Bristol.

Tal como habían hecho el primer día de clase en San Beda, cogieron el tranvía, pero Harry le preguntó si podían apearse una parada antes de University Road. Tampoco la dejó que lo llevara de la mano, aunque no pudo evitar que le arreglara más de una vez la gorra y la corbata.

Cuando Maisie divisó de lejos el ruidoso grupo de alumnos a las puertas del colegio, se apresuró a decir:

—Será mejor que me vaya o llegaré tarde al trabajo.

Harry se sorprendió, porque sabía que el señor Frampton le había dado el día libre.

Maisie le dio a su hijo un breve abrazo y se lo quedó mirando con cierta aprensión mientras subía la cuesta. La primera persona que se acercó a saludarlo fue Giles Barrington. A Maisie la sorprendió verlo, porque Harry le había dicho que probablemente iría a Eton. Se estrecharon las manos como dos hombres hechos y derechos que acabaran de cerrar un acuerdo importante.

De pie detrás del grupo de alumnos, Maisie distinguió al señor y la señora Barrington. ¿Estaría haciendo él todo lo posible para no tener que verla? Unos minutos después, los padres de Deakins, acompañados por el orgulloso ganador de la Beca Peloquin Memorial, se reunieron con los Barrington. Hubo más apretones de manos, que en el caso del señor Deakins fueron zurdos.

Mientras los padres comenzaban a despedirse de sus hijos, Maisie vio que el señor Barrington le estrechaba la mano primero a su hijo y después a Deakins, pero se volvía cuando Harry le tendía la suya. La señora Barrington pareció incómoda, y Maisie sintió curiosidad por saber si más tarde le preguntaría a su marido por qué había hecho ese desaire al mejor amigo de Giles. Si lo hacía, Maisie estaba segura de que él no le revelaría la verdadera razón. Temía que antes de que pasara mucho

tiempo Harry también preguntara por qué lo despreciaba siempre el señor Barrington. Pero mientras sólo hubiera tres personas que supieran la verdad, Maisie no veía ninguna razón para que Harry tuviera que descubrirla.

La señorita Tilly acudía con tanta frecuencia al Palm Court que hasta tenía mesa propia.

Por lo general llegaba en torno a las cuatro y pedía un té (Earl Grey) y un sándwich de pepino. Nunca probaba nada del gran surtido de tartas de crema, pastelitos de mermelada y petisús de chocolate, pero a veces se permitía un bollito con mantequilla. Cuando una tarde se presentó poco antes de las cinco, inusualmente tarde para lo que acostumbraba, Maisie suspiró aliviada al comprobar que su mesa habitual estaba libre.

—Creo que hoy debería sentarme en un sitio un poco más discreto y apartado, Maisie. Necesito hablar un momento contigo, con tranquilidad.

—Desde luego, señorita Tilly —dijo Maisie, y la llevó a la mesa preferida del señor Holcombe, detrás de la columna, en el lugar más apartado de la sala—. Terminó de trabajar dentro de diez minutos —le aclaró—, y entonces vendré a hablar con usted.

Cuando llegó Susan, su ayudante, Maisie le explicó que iba a sentarse unos minutos con la señorita Tilly, pero que no era necesario que le sirviera nada.

—¿Tiene algún problema la abuelita? —preguntó Susan.

—Esa abuelita me ha enseñado todo lo que sé —le respondió Maisie con una sonrisa.

Cuando dieron las cinco, Maisie atravesó la sala y fue a sentarse en la silla de enfrente de la señorita Tilly. Casi nunca se sentaba con un cliente, y en las raras ocasiones en que lo hacía, siempre se sentía incómoda.

—¿Quieres un té, Maisie?

—No, gracias, señorita Tilly.

—Lo comprendo. Intentaré no entretenerte demasiado, pero antes de revelarte la razón de que quiera hablar contigo, me gustaría preguntarte por Harry. ¿Cómo le va al muchacho?

—Creciendo a marchas forzadas —respondió Maisie—. Parece como si cada semana tuviera que alargarle los bajos de los pantalones. A este paso, sus pantalones largos se convertirán en cortos antes de que acabe el año.

La señorita Tilly se echó a reír.

—¿Y los estudios?

—El informe final decía... —Hizo una pausa, tratando de recordar las palabras exactas—. «Un comienzo sumamente satisfactorio. Alumno muy prometedor». Fue el primero de la clase en la asignatura de inglés.

—¡Qué ironía! —comentó la señorita Tilly—. Si no recuerdo mal, ésa fue la asignatura que le bajó el promedio en el examen de ingreso.

Maisie asintió, tratando de no pensar en las consecuencias económicas de que Harry no hubiera leído con suficiente esmero a Thomas Hardy.

—Debes de sentirte muy orgullosa de él —dijo la señorita Tilly—. Cuando fui a Santa María este domingo, me llevé una gran alegría al verlo de nuevo en el coro.

—Sí, pero ahora tiene que conformarse con un lugar en la última fila, junto a los otros barítonos. Sus días de solista ya han pasado. Pero también participa en el club de teatro, y como en el Bristol no hay chicas, le han dado el papel de Úrsula en la función del colegio.

—*Mucho ruido y pocas nueces* —dijo la señorita Tilly—. Pero no quiero entretenerme más, así que voy a decirte para qué he venido.

Bebió un sorbo de té, como si quisiera componerse antes de volver a hablar, y después lo dijo todo de un tirón:

—El mes que viene cumpliré sesenta años, querida, y llevo cierto tiempo pensando en retirarme.

A Maisie nunca se le había ocurrido que la señorita Tilly no fuera a seguir trabajando eternamente.

—La señorita Monday y yo tenemos pensado mudarnos a Cornualles. Le hemos echado el ojo a una casita a orillas del mar.

«¡No pueden irse de Bristol! —habría querido exclamar Maisie—. ¡Las quiero mucho! ¡Y si se van, no tendré a quién acudir para pedir consejo!».

—El momento decisivo llegó el mes pasado —prosiguió la señorita Tilly—, cuando un empresario de la ciudad me hizo una oferta por el salón de té. Parece ser que lo quiere añadir a su imperio en expansión, y aunque no me gusta del todo la idea de que mi salón de té forme parte de una cadena, su oferta es demasiado tentadora para rechazarla sin más. —Maisie tenía una sola pregunta, pero no quiso interrumpir a la señorita Tilly, que estaba en plena explicación—. Desde entonces, he pensado mucho en el asunto, y he llegado a la conclusión de que si tú puedes pagar la misma suma que me ofrece él, preferiría traspasarte el negocio a ti antes que dárselo a un extraño.

—¿Cuánto le ofrece?

—Quinientas libras.

Maisie suspiró.

—Me halaga que haya pensado en mí —dijo por fin—, pero ni siquiera tengo quinientos peniques, y mucho menos quinientas libras.

—Temía que me dijeras eso —dijo la señorita Tilly—. Pero si puedes encontrar un avalista, estoy segura de que consideraría el negocio una buena inversión. Después de todo, el año pasado obtuve unos beneficios de ciento doce libras y diez chelines, sin contar mi salario. Yo te lo dejaría por menos de quinientas libras, pero hemos encontrado una casita preciosa en Saint Mawes, y los propietarios se niegan a desprenderse de ella por menos de trescientas libras. La señorita Monday y yo podríamos sobrevivir un año o dos con nuestros ahorros, pero como ninguna de las dos tenemos derecho a pensión, esas doscientas libras de más supondrían una gran diferencia.

Maisie estaba a punto de decirle a la señorita Tilly que lo sentía mucho, pero que ni siquiera podía plantárselo, cuando Patrick Casey entró en la sala y se sentó a su mesa habitual.

Sólo después de hacer el amor, Maisie le habló a Patrick de la oferta de la señorita Tilly. Él se sentó en la cama, encendió un cigarrillo e inhaló profundamente el humo.

—Reunir ese capital no puede ser muy difícil. Después de todo, no eres Brunel tratando de reunir dinero para construir el puente colgante de Clifton.

—No, pero soy la señora Clifton tratando de reunir quinientas libras, sin tener ni medio penique ahorrado.

—Es verdad, pero podrías presentar el movimiento de caja del salón de té y una rentabilidad demostrada, por no hablar del pasivo del salón. ¡Pero cuidado! Habrá que ver los libros de los últimos cinco años para asegurarse de que te hayan contado toda la verdad.

—La señorita Tilly jamás engañaría a nadie.

—También tendrás que averiguar si no está prevista una revisión del alquiler del local en un futuro próximo —dijo Patrick, sin hacer caso de sus protestas—, y comprobar que su contable no haya pospuesto determinados pagos que se harían efectivos en el momento en que empezaras a obtener beneficios.

—La señorita Tilly no haría nada de eso.

—Eres demasiado confiada, Maisie. Pero has de tener en cuenta que esto no estará en manos de la señorita Tilly, sino de un abogado que querrá ganarse sus honorarios y de un contable que buscará algún beneficio inmediato, por si decides prescindir de sus servicios en el futuro.

—Es evidente que no conoces a la señorita Tilly.

—Tu fe en esa dama es conmovedora, Maisie, pero mi trabajo es proteger a gente como tú, y debo advertirte de que un beneficio de ciento doce libras y diez chelines no te llegará para vivir si, además, tienes que devolver el préstamo.

—La señorita Tilly me aseguró que esos beneficios no incluían su salario.

—Puede que así sea, pero tú no sabes a cuánto asciende su salario. Necesitarás por lo menos otras doscientas cincuenta libras al año, si quieres sobrevivir; de lo contrario, no sólo te quedarás sin dinero para tus gastos corrientes, sino que Harry tendrá que dejar el colegio.

—Cambiarás de idea en cuanto conozcas a la señorita Tilly.

—Y ¿qué me dices de las propinas? En el Royal, te llevas el cincuenta por ciento de todas las propinas, lo que representa unas doscientas libras anuales, de momento libres de impuestos, aunque no me cabe duda de que algún gobierno futuro se ocupará de que eso cambie.

—Quizá debería decirle a la señorita Tilly que el riesgo es demasiado grande. Después de todo, como tú dices, en el Royal tengo unos ingresos asegurados y no

corro ningún riesgo.

—Así es, pero si la señorita Tilly es la mitad de buena de lo que dices que es, entonces podrías estar ante una oportunidad que quizá nunca se te vuelva a presentar.

—¡Decídate de una vez, Patrick! —dijo Maisie, intentando no parecer exasperada.

—Me decidiré en el instante en que vea los libros.

—Te decidirás en el instante en que conozcas a la señorita Tilly —replicó Maisie—, porque entonces sabrás realmente lo que significa ser una buena persona.

—No veo el momento de conocer a ese paradigma de la virtud.

—¿Significa eso que vas a representarme?

—Sí —dijo él, aplastando la colilla de su cigarrillo.

—Y ¿cuánto va a cobrarle el señor Casey a esta viuda sin recursos?

—Apaga la luz y te lo digo.

—¿Estás segura de que merece la pena correr este riesgo —preguntó el señor Frampton— cuando tienes tanto que perder?

—Mi asesor financiero opina que sí —replicó Maisie—. Me ha asegurado no sólo que los números cuadran, sino que una vez devuelto el préstamo, en un plazo de cinco años, empezaré a tener beneficios.

—¡Pero son los años que Harry pasará en el Colegio Bristol!

—Me doy cuenta de ello, señor Frampton. Pero el señor Casey ha conseguido un salario sustancial para mí como parte del trato, y después de dividir las propinas con el personal, ganaré aproximadamente lo mismo que ahora. Y, lo que es más importante, dentro de unos cinco años seré propietaria de un negocio y, a partir de entonces, todos los beneficios serán míos —añadió, intentando recordar las palabras exactas de Patrick.

—Veo que ya te has decidido —dijo el señor Frampton—. Pero déjame advertirte, Maisie, que hay una gran diferencia entre ser empleada, sabiendo con seguridad que vas a llevar una paga a casa todas las semanas, y ser patrona, con la responsabilidad de llenar con tu dinero los sobres para pagar a tus empleados todos los viernes por la tarde. Sinceramente, Maisie, tú eres la mejor en este oficio, pero ¿estás segura de que quieres pasar de ser una trabajadora a dirigir?

—El señor Casey estará a mi lado para aconsejarme.

—Casey es una persona muy capaz, no te lo niego, pero también tiene que atender a otros clientes más importantes en todo el país. En el día a día, estarás tú sola al frente del negocio. Si surge algún problema, no siempre estará Casey contigo para guiarte.

—Pero quizá no vuelva a tener una oportunidad como ésta en toda mi vida.

Era otro de los argumentos de Patrick.

—Entonces ¡adelante, Maisie! —dijo Frampton—. Y no dudes ni por un momento de que todos te echaremos de menos en el Royal. La única razón por la que no eres insustituible es porque has preparado muy bien a tu ayudante.

—Susan no lo defraudará, señor Frampton.

—Estoy convencido de que no lo hará, pero nunca será Maisie Clifton. Déjame que sea el primero en desearte todo el éxito del mundo en tu nueva empresa, y decirte que si las cosas no marchan como esperas, siempre tendrás un trabajo aquí, en el Royal.

El señor Frampton se puso de pie detrás de su escritorio y le estrechó la mano a Maisie, tal como había hecho seis años antes.

Un mes después Maisie firmó seis documentos en presencia del señor Prendergast, gerente de la sucursal de Corn Street del National Provincial Bank, pero sólo después de que Patrick repasara con ella cada página, línea por línea, tras lo cual tuvo que admitir que sus dudas respecto a la señorita Tilly habían sido totalmente infundadas. Le había dicho que si todo el mundo se comportara con tanta honestidad como ella, él se habría quedado sin trabajo.

Maisie le entregó a la señorita Tilly un cheque de quinientas libras, con fecha del 19 de marzo de 1934, y recibió a cambio un cariñoso abrazo y un salón de té en propiedad. Una semana después, la señorita Tilly y su amiga, la señorita Monday, se marchaban a Cornualles.

Cuando Maisie abrió las puertas de su negocio, a la mañana siguiente, el rótulo delante del local seguía siendo el mismo: Tilly's. Patrick le había aconsejado que no subestimara el valor de un nombre comercial asentado («fundado en 1898») y que no pensara siquiera en cambiar el nombre del salón de té hasta que la señorita Tilly no fuera más que un recuerdo lejano y quizá ni siquiera entonces.

—Los clientes habituales no aprecian los cambios, sobre todo si son bruscos, de modo que no debes apresurarte a imponerles nada nuevo.

Aun así, Maisie mencionó varios aspectos del local que quizá fuera posible cambiar sin molestar a los habituales: los manteles, por ejemplo, y también las sillas e incluso las mesas, que tenían un aire un poco anticuado. Y ¿no habría notado la señorita Tilly que la alfombra estaba bastante gastada?

—Ve poco a poco —le advirtió Patrick en una de sus visitas mensuales—. Recuerda que es mucho más fácil gastar el dinero que ganarlo, y no te sorprendas si algunos de los antiguos clientes desaparecen y no ingresas tanto como esperabas los primeros meses.

Patrick tenía razón. La clientela disminuyó el primer mes y volvió a reducirse el segundo, lo que demostraba que gran parte del atractivo del local había sido la presencia de la propia señorita Tilly. Si los ingresos hubieran seguido cayendo al tercer mes, Patrick le habría hecho algunas recomendaciones a Maisie respecto a la liquidez y el riesgo de tener un descubierto bancario, pero el retroceso tocó fondo (como decía Patrick) y los negocios comenzaron a repuntar al mes siguiente, aunque no de manera pronunciada.

Al final del primer año, Maisie había conseguido equilibrar gastos e ingresos, pero aún no había podido devolver ni tan sólo una mínima parte del crédito concedido por el banco.

—No te preocupes, querida —le dijo la señorita Tilly en una de sus escasas visitas a Bristol—. Yo tardé muchos años en conseguir beneficios.

Pero Maisie no disponía de muchos años.

El segundo año comenzó bien, con el regreso de algunos de los antiguos clientes que habían seguido a Maisie al Palm Court. Eddie Atkins había engordado tanto y sus puros eran tan enormes que el negocio del espectáculo debía estar seguramente en plena expansión. El señor Craddick aparecía todas las mañanas a las once, con paraguas e impermeable, hiciera el tiempo que hiciese. El señor Holcombe se presentaba de vez en cuando en el local, para preguntar por Harry y por sus estudios, y Maisie nunca dejaba que pagara la cuenta. La primera parada de Patrick, siempre que llegaba a Bristol, era el Tilly's.

Durante su segundo año, Maisie tuvo que sustituir a un proveedor que no parecía conocer la diferencia entre fresco y rancio, y a una camarera que no estaba convencida de que el cliente tuviera siempre la razón. Se presentaron varias candidatas para el empleo, ya que se estaba volviendo más aceptable que las mujeres trabajaran. Maisie se decidió por una joven llamada Karen, de grandes ojos azules, pelo rubio rizado y una silueta que las revistas de moda habrían descrito como francamente curvilínea. Maisie tenía la intuición de que Karen atraería a una clientela un poco más joven.

Escoger a un nuevo proveedor de pasteles fue un poco más difícil. Aunque varias pastelerías aspiraban a quedarse con el contrato, Maisie era muy exigente. Aun así, cuando Bob Burrows, de la pastelería Burrows (fundada en 1935), se presentó en su puerta y le dijo que el salón de té Tilly's sería su primer cliente, Maisie decidió ponerlo un mes a prueba.

Bob resultó ser trabajador y digno de confianza, y, más importante aún, sus tartas y pastelitos siempre estaban recién hechos, y eran tan buenos que a menudo los clientes se animaban a repetir. Sus bollos de crema y sus magdalenas de fruta tuvieron muy buena acogida, pero los bizcochitos de chocolate, que por esa época se habían puesto de moda, causaron sensación: desaparecían de la vitrina mucho antes del mediodía. Aunque periódicamente Maisie insistía en encargarle más bizcochitos, Bob le repetía que le resultaba absolutamente imposible aumentar la producción.

Una mañana, cuando Bob le llevó su pedido, Maisie lo vio un poco preocupado y lo invitó a sentarse y tomar un café. Bob le confesó que estaba padeciendo los mismos problemas de liquidez que había experimentado ella durante su primer año. Confiaba sin embargo en que la situación mejorara, porque acababa de ganar dos nuevos clientes, pero insistió en lo mucho que le debía a Maisie por haberle dado su primera oportunidad.

A medida que pasaron las semanas, el café matinal se convirtió en costumbre. Aun así, Maisie se quedó de una pieza cuando Bob le propuso salir, ya que consideraba que su relación era puramente profesional. Bob había comprado entradas para *Noches de glamour*, un nuevo musical que estaba en cartel en el Hippodrome y que Maisie esperaba ver con Patrick. Agradeció la invitación y le dijo a Bob que no quería estropear la relación que tenían. Le habría gustado añadir que ya había dos

hombres en su vida: un chico de quince años preocupado por el acné y un irlandés que viajaba a Bristol solamente una vez al mes y que no parecía notar que ella se había enamorado de él.

Sin embargo, Bob no se conformó con la negativa, y un mes después sorprendió todavía más a Maisie con el regalo de un broche de marcasita. Ella se lo agradeció con un beso en la mejilla, preguntándose cómo habría averiguado él que era su cumpleaños. Esa noche, Maisie guardó el broche en un cajón, y probablemente lo habría olvidado por completo si no hubiera seguido recibiendo regalos de Bob a intervalos regulares.

A Patrick parecía divertirle la insistencia de su rival, y una noche, mientras cenaban, comentó que Maisie era una mujer atractiva, con muchos pretendientes.

Maisie no se rió.

—Esto tiene que terminar —dijo.

—Entonces ¿por qué no te buscas otro proveedor?

—Porque encontrar buenos proveedores es mucho más difícil que encontrar pretendientes. Bob nunca falla, sus pasteles son los mejores de la ciudad y sus precios son más bajos que los de la competencia.

—Y está enamorado de ti —dijo Patrick.

—No te rías, Patrick. Esto tiene que terminar.

—Te diré otra cosa que tiene que terminar —dijo él, mientras se inclinaba y abría el maletín.

—¿Es necesario que te recuerde —comentó Maisie— que esto es una cena romántica a la luz de las velas y no una reunión de negocios?

—Me temo que lo que debo decirte no puede esperar —sentenció él, colocando una pila de papeles sobre la mesa—. Aquí están tus cuentas de los últimos tres meses, y te aseguro que no son una lectura agradable.

—Pero ¿no decías que todo iba bien?

—Y era verdad, hasta ahora. Has conseguido mantener los gastos dentro de los límites recomendados por el banco, pero inexplicablemente tus ingresos han caído en picado durante el mismo período.

—¿Cómo es posible? —dijo Maisie—. El mes pasado tuvimos más clientes que nunca.

—Por eso decidí repasar con atención todos tus recibos y facturas del mes pasado. Sencillamente, no cuadran. He llegado a la triste conclusión, Maisie, de que una de tus camareras debe estar metiendo la mano en la caja. Es bastante común en este negocio. Suele ser el jefe o la jefa de la sala; pero en cuanto empieza, no hay manera de pararlo, a menos que encuentres a la persona responsable y la pongas de patitas en la calle. Si no hallas al culpable pronto, tendrás otro año más sin beneficios y no podrás devolver ni un penique del préstamo al banco, ni mucho menos empezar a reducir los números rojos.

—¿Qué me aconsejas?

—En lo sucesivo, vigila de cerca a todo el personal, hasta que alguien se delate.

—¿Cómo sabré quién es?

—Hay varios indicios —respondió Patrick—. Fíjate si alguna de tus camareras vive por encima de sus posibilidades, si se ha comprado un abrigo nuevo o una joya, o si se ha ido de vacaciones a un lugar que normalmente no podría permitirse. Probablemente te dirá que su novio lo paga todo, pero...

—¡Oh! —exclamó Maisie—. Creo que ya sé quién puede ser.

—¿Quién?

—Karen. Lleva sólo unos meses conmigo y últimamente se va a Londres cada vez que tiene un fin de semana libre. El lunes pasado vino a trabajar con una bufanda nueva y un par de guantes de cabritilla que me dieron bastante envidia.

—No saques conclusiones precipitadas —le aconsejó Patrick—, pero vigílala de cerca. Puede ser que se esté guardando las propinas, o que robe dinero de la caja, o ambas cosas. Si es así, te aseguro que no dejará de hacerlo. En la mayoría de los casos, el ladrón se vuelve cada vez más confiado, hasta que finalmente se delata. Tienes que ponerle freno, pero debes hacerlo lo antes posible, antes de que acabe con tu negocio.

A Maisie no le gustaba nada tener que espiar a su personal. Después de todo, ella misma había elegido a las camareras más jóvenes, y las mayores habían trabajado durante años con la señorita Tilly.

Observaba sobre todo a Karen, pero no encontró ningún indicio inequívoco de que estuviera robando, aunque Patrick le había advertido que los ladrones suelen ser más astutos que la gente honesta y Maisie no podía vigilarla constantemente.

Finalmente, la solución llegó por sí sola, porque Karen le dijo que dejaba el trabajo. Se había comprometido y pensaba mudarse a Londres a fin de mes, para estar más cerca de su novio. Maisie encontró muy aparente su anillo de compromiso, y no pudo evitar preguntarse quién lo habría pagado. Pero descartó la idea, aliviada por tener un problema menos.

Sin embargo, cuando Patrick volvió a Bristol unas semanas después, le dijo a Maisie que sus ingresos mensuales habían vuelto a bajar, de modo que no podía haber sido Karen.

—¿Ha llegado el momento de llamar a la policía? —preguntó Maisie.

—Todavía no. Lo último que necesitas son acusaciones falsas o rumores, que no harían más que enrarecer el ambiente entre el personal y tú. Puede que la policía encontrara al culpable, pero es posible que antes perdieras a tus mejores empleadas, que no soportarían estar bajo sospecha. Además, puedes estar segura de que algunos clientes se enterarían y eso no sería bueno para ti.

—¿Cuánto tiempo más puedo aguantar esta situación?

—Digamos un mes. Si para entonces no hemos descubierto al culpable, tendrás

que llamar a la policía. —Entonces le sonrió—. Ahora dejemos de hablar del negocio e intentemos recordar que estamos celebrando tu cumpleaños.

—¡Pero si fue hace dos meses! —exclamó ella—. Y si no hubiera sido por Bob, ni siquiera te habrías enterado.

Patrick abrió otra vez el maletín, pero esta vez para sacar un paquete azul, con el conocido logotipo de la tienda Swan. Se lo dio a Maisie, que se tomó su tiempo para abrirlo, y finalmente descubrió un bonito par de guantes negros de cabritilla y una bufanda de lana con el tradicional dibujo de Burberry.

—Entonces ¿eres tú el que me ha estado robando? —le dijo Maisie con una sonrisa, mientras le echaba los brazos al cuello.

Patrick no respondió.

—¿Qué pasa? —preguntó Maisie.

—Tengo otra cosa que decirte. —Maisie lo miró a los ojos y se preguntó qué más podía ir mal en Tilly's—. Me han ascendido. Voy a ser el nuevo subgerente de nuestra sede en Dublín. Estaré atado a mi despacho la mayor parte del tiempo, así que voy a enviar a otra persona para que me sustituya aquí. Aun así, te seguiré visitando, pero no con tanta frecuencia.

Maisie pasó toda la noche llorando en sus brazos. Hasta ese momento había pensado que no quería volver a casarse, pero el alejamiento del hombre que amaba la había hecho cambiar de idea.

A la mañana siguiente, llegó tarde a trabajar y se encontró con Bob esperándola en la puerta. Cuando abrió, Bob empezó a descargar de su furgoneta el pedido de la mañana.

—Estaré contigo dentro de un momento —le dijo Maisie, y fue al lavabo del personal.

Se había puesto a llorar de nuevo poco después de despedirse de Patrick junto al tren, en Temple Meads, por lo que debía tener una cara horrible y no quería que los clientes pensaran que le pasaba algo.

«No traigáis nunca vuestros problemas personales al trabajo —solía recordarle la señorita Tilly al personal—. Los clientes ya tienen suficientes problemas propios para haber de preocuparse por los vuestros».

Maisie se miró al espejo. Su maquillaje era un desastre.

—Maldita sea —dijo en voz alta, cuando se dio cuenta de que había dejado el bolso sobre el mostrador. Mientras volvía a la tienda para buscarlo, sintió que la invadían las náuseas. Bob estaba de pie, de espaldas a ella, con una mano en la caja registradora. Se lo quedó mirando, mientras él se metía un puñado de billetes y monedas en un bolsillo del pantalón, cerraba silenciosamente la caja y volvía a su furgoneta para descargar otra bandeja de pasteles.

Maisie sabía exactamente lo que le habría aconsejado Patrick. Entró en la sala y fue hacia la caja, mientras Bob volvía a entrar por la puerta. No traía una bandeja, sino una cajita roja de terciopelo. Le sonrió y se arrodilló ante ella.

—Vete ahora mismo de mi local, Bob Burrows —le dijo Maisie en un tono que la sorprendió incluso a ella—. Si alguna vez vuelvo a verte cerca de mi salón de té, llamaré a la policía.

Esperaba una catarata de explicaciones o de insultos, pero Bob sencillamente se puso de pie, dejó sobre el mostrador el dinero que había robado y se marchó sin decir palabra. Maisie se desplomó en la silla más próxima, mientras llegaba la primera empleada.

—Buenos días, señora Clifton. Hace muy buen tiempo para esta época del año.

Cada vez que llegaba un sobre marrón alargado al buzón del número 27, Maisie suponía que sería del Colegio Bristol y que probablemente era otro recibo por los estudios de Harry, más todos los «extras», como solía llamarlos la Obra de Beneficencia del Ayuntamiento de Bristol.

Siempre se paraba un momento en el banco en el camino de vuelta a casa, para depositar los ingresos del día en la cuenta del negocio y su parte de las propinas en una cuenta aparte, que consideraba «la de Harry», porque tenía la esperanza de que al final de cada trimestre hubiera dinero suficiente para cubrir el siguiente recibo del Colegio Bristol.

Maisie desgarró el sobre y, aunque no podía leer todas las palabras de la carta, reconoció la firma y, encima, dos números: 37 libras y 10 chelines. Le iba a costar pagar, pero desde que el señor Holcombe le había leído el último informe de Harry, tenía que reconocer que era un dinero muy bien invertido.

—Pero le diré una cosa —le había advertido el señor Holcombe—. No crea que los gastos van a reducirse cuando termine el colegio.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. No creo que le resulte difícil encontrar trabajo, después de tanto estudiar, y entonces podrá pagarse sus gastos.

El señor Holcombe negó tristemente con la cabeza, como si uno de sus alumnos más brillantes no hubiera entendido una explicación.

—Cuando termine el colegio, espero que quiera ir a Oxford a estudiar filología inglesa.

—¿Cuánto tiempo le llevaría? —preguntó Maisie.

—Tres años, quizá cuatro.

—¡Para entonces habrá estudiado una cantidad impresionante de lengua inglesa!

—Suficiente para conseguir trabajo, desde luego.

Maisie se echó a reír.

—Quizá acabe siendo maestro de escuela, como usted.

—Él no es como yo —dijo el señor Holcombe—. Si tuviera que apostar, diría que será escritor.

—¿Podría vivir de ser escritor?

—Sí, si tiene éxito. Pero tiene usted razón. Si las cosas no le salen bien, podría acabar trabajando de maestro de escuela, como yo.

—A mí me gustaría —dijo ella, sin notar la nota irónica en el comentario del señor Holcombe.

Maisie guardó el sobre en el bolso. Cuando esa tarde fuera al banco después de cerrar el salón de té, tendría que asegurarse de que hubiera al menos 37 libras y 10 chelines en la cuenta de Harry, antes de considerar la posibilidad de extender un cheque por el importe total. Patrick le había explicado que sólo el banco ganaba dinero con sus números rojos. El colegio le había concedido dos o tres semanas de

aplazamiento en el pasado, pero Patrick le había dicho que, al igual que el salón de té, ellos también tenían que cuadrar sus cuentas al final de cada trimestre.

No tuvo que esperar mucho el tranvía, y en cuanto se sentó en su sitio, volvió a pensar en Patrick. No habría admitido ante nadie, ni siquiera ante su madre, lo mucho que lo echaba de menos.

Interrumpió sus pensamientos un camión de bomberos que adelantaba al tranvía. Algunos pasajeros se asomaron por la ventana para ver hacia dónde se dirigía. En cuanto se perdió de vista, Maisie concentró su atención en Tilly's. Desde que había echado a Bob Burrows, el gerente del banco le había dicho que el salón de té estaba obteniendo beneficios todos los meses y que antes de fin de año podía ser que las ganancias superaran las ciento doce libras con diez chelines de la señorita Tilly, lo que permitiría a Maisie empezar a pagar parte del préstamo de quinientas libras. Incluso era posible que le quedara un remanente para comprarle a Harry unos zapatos nuevos.

Maisie se apeó del tranvía al final de Victoria Street. Mientras cruzaba el puente de Bedminster, echó un vistazo a su reloj, su primer regalo, y una vez más pensó en su hijo. Eran las siete y treinta y dos. Disponía de tiempo más que suficiente para abrir el salón de té y tenerlo todo listo para la llegada de los primeros clientes a las ocho. Siempre la complacía encontrar una pequeña cola a las puertas del establecimiento cuando cambiaba el cartel de CERRADO por el de ABIERTO.

Poco antes de llegar a High Street, vio pasar otro camión de bomberos y distinguió una columna de humo que se elevaba hasta el cielo. Pero sólo al girar por Broad Street se le aceleró el corazón. Los tres camiones de bomberos y un coche de policía estaban estacionados en semicírculo delante de su salón de té.

Maisie echó a correr.

—¡No, no! ¡No puede ser el Tilly's! —gritó, y entonces divisó a varias de sus camareras, que formaban un pequeño grupo al otro lado de la calle. Una de ellas estaba llorando. A tan sólo unos metros de lo que había sido la puerta principal de su local, un agente de policía le cerró el paso a Maisie e impidió que siguiera adelante.

—Pero ¡soy la propietaria! —protestó ella, mientras contemplaba incrédula las ascuas humeantes del salón de té más frecuentado de la ciudad. Se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a toser, al tiempo que una espesa nube de humo negro la envolvía. Ante sí tenía los restos carbonizados del reluciente mostrador. Una gruesa capa de ceniza cubría el suelo donde la noche anterior, al cerrar el local, había dejado las sillas y las mesas con sus immaculados manteles blancos.

—Lo siento mucho, señora —dijo el agente—, pero por su propia seguridad, tengo que pedirle que se reúna con sus empleadas, al otro lado de la calle.

A su pesar, Maisie le volvió la espalda a su local y empezó a cruzar la calle. Antes de llegar a la otra acera, lo vio entre la multitud de curiosos. En el instante en que sus miradas se cruzaron, el hombre se volvió y se alejó.

El inspector Blakemore abrió su libreta y miró a la sospechosa, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Puede decirme dónde estaba usted en torno a las tres de esta madrugada, señora Clifton?

—En casa, en la cama —replicó Maisie.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Si con eso quiere decir si había alguien en la cama conmigo, la respuesta es no, inspector. ¿Por qué lo pregunta?

El policía hizo una anotación, con lo que ganó un poco de tiempo para pensar, y a continuación respondió:

—Estoy intentando descubrir si hay alguien más implicado.

—¿Implicado en qué? —preguntó Maisie.

—Ha sido un incendio provocado —replicó él, estudiándola atentamente.

—Pero ¿quién podría querer quemar el Tilly's? —preguntó Maisie.

—Esperaba que usted pudiera iluminarme al respecto —dijo Blakemore.

El policía hizo una pausa, con la esperanza de que la señora Clifton dijera algo que después pudiera lamentar. Pero ella guardó silencio.

El inspector Blakemore no acababa de decidir si la señora Clifton tenía mucha sangre fría o simplemente era inocente, pero conocía una persona que quizá fuera capaz de responder a esa pregunta.

El señor Frampton se levantó de su escritorio, le estrechó la mano a Maisie y le indicó un asiento.

—Siento mucho lo del incendio en el Tilly's —dijo—. Gracias a Dios que nadie resultó herido. —Hacía mucho tiempo que Maisie no daba las gracias a Dios—. Espero que el local y su contenido estuvieran adecuadamente asegurados —añadió el señor Frampton.

—Oh, sí —dijo Maisie—. Gracias a los buenos consejos del señor Casey, tenía una buena cobertura. Pero, por desgracia, la compañía de seguros se niega a pagar hasta que la policía le confirme que yo no estoy implicada en el incendio.

—No puedo creer que la policía sospeche de ti —comentó Frampton.

—Con mis apuros económicos —prosiguió Maisie—, no es raro que sospechen.

—Tarde o temprano se darán cuenta de que la idea es sumamente ridícula.

—Pero yo no tengo tiempo —replicó Maisie—. Por eso he venido a verlo. Debo encontrar un empleo, y recuerdo que la última vez que hablamos en esta habitación, usted me dijo que si alguna vez quería regresar al Hotel Royal...

—Y lo dije de corazón —la interrumpió el señor Frampton—. Pero no puedo devolverte tu antiguo empleo, porque Susan está haciendo un trabajo excelente y acabo de contratar a tres de tus antiguas camareras, de modo que no tengo vacantes

en el Palm Court. El único empleo que podría ofrecerte en este momento ni siquiera merece...

—Consideraré cualquier oferta, señor Frampton —se adelantó Maisie—. Cualquiera.

—Algunos de nuestros clientes nos han dicho que les gustaría poder comer algo por la noche, después de la hora de cierre del restaurante del hotel —dijo el señor Frampton—. He estado pensando en ofrecer un servicio reducido de café y sándwiches después de las diez de la noche, que estaría disponible hasta las seis de la mañana, cuando empieza a servirse el desayuno. Para empezar sólo podría ofrecerte tres libras por semana, aunque lógicamente podrías quedarte con las propinas. Pero te aseguro que lo entenderé si piensas que...

—Acepto.

—¿Cuándo quieres empezar?

—Esta misma noche.

Cuando el siguiente sobre marrón aterrizó en el felpudo del número 27, Maisie se lo guardó en el bolso sin abrirlo, y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que recibiera otro más, después tal vez un tercero y finalmente un grueso sobre blanco con una carta del director, y no del tesorero, con el anuncio de que la señora Clifton debía retirar a su hijo del colegio al final del trimestre. Pensaba con horror en el momento en que Harry tuviera que leerle esa carta.

Harry esperaba iniciar el bachillerato en septiembre y no podía ocultar la emoción cada vez que hablaba de la perspectiva de ingresar en Oxford y estudiar inglés bajo la tutela de Alan Quilter, uno de los principales eruditos de la época. Maisie no soportaba la idea de tener que decirle que ya no sería posible.

Sus primeras noches en el Royal habían sido muy tranquilas y no se animaron mucho más durante el mes siguiente. Maisie detestaba la inactividad. Por eso, cuando las limpiadoras llegaban a las cinco de la mañana, a menudo descubrían que ya no les quedaba nada por hacer en el Palm Court. Incluso en sus noches más atareadas, Maisie no atendía a más de media docena de clientes, entre ellos algunos que habían sido expulsados del bar del hotel después de la medianoche y que parecían más interesados en hacerle proposiciones que en pedir un café y un sándwich de jamón.

La mayoría de sus clientes eran viajeros de comercio que se alojaban solamente por una noche en el hotel, por lo que sus perspectivas de formar una clientela habitual eran poco prometedoras y las propinas que recibía no eran ni remotamente suficientes para resolver el problema del sobre marrón que aún conservaba en el bolso, sin abrir.

Para que Harry siguiera estudiando en el Colegio Bristol y tuviera alguna posibilidad de ingresar en Oxford, Maisie sabía que sólo una persona podía ayudarla. Y estaba dispuesta a suplicarle si era necesario.

— ¿Qué le hace pensar que el señor Hugo estaría dispuesto a ayudarla? — preguntó el viejo Jack, apoyándose en el respaldo de su asiento—. Nunca ha dado la menor señal de preocuparse por Harry. Al contrario...

— Porque si hay alguien en el mundo que debería sentir alguna responsabilidad por el futuro de Harry, es ese hombre.

Al instante, Maisie lamentó sus palabras.

El viejo Jack guardó silencio un momento, antes de preguntar:

— ¿Hay algo que no me ha dicho, Maisie?

— No — respondió ella con excesiva precipitación. Detestaba mentir, sobre todo al viejo Jack, pero había decidido llevarse ese secreto a la tumba.

— ¿Ha pensado cuándo y dónde le hablará al señor Hugo?

— Sé con exactitud lo que voy a hacer. Él casi nunca abandona su despacho antes de las seis de la tarde, y para entonces el resto del personal del edificio ya se ha marchado. Sé que su oficina está en la quinta planta, sé que es la tercera puerta a la izquierda, sé que...

— Pero ¿ha oído hablar de la señorita Potts? — la interrumpió el viejo Jack—. Aunque vaya más allá de la recepción y llegue a la quinta planta sin llamar la atención, no conseguirá eludirla.

— ¿La señorita Potts? No, nunca he oído hablar de ella.

— Es la secretaria del señor Hugo desde hace quince años. Puedo decirle por experiencia personal que no hace falta un perro guardián cuando uno tiene a la señorita Potts de secretaria.

— Entonces tendré que esperar a que ella se vaya a su casa.

— La señorita Potts nunca se va a su casa antes que su jefe, y siempre está en su puesto treinta minutos antes de que él llegue por la mañana.

— Pero verlo en su casa me sería todavía más difícil — dijo Maisie—. Allí también tiene un perro guardián. Se llama Jenkins.

— Entonces tendrá que encontrar un lugar y un momento en que el señor Hugo esté solo, no pueda escapar y no pueda confiar en que la señorita Potts o Jenkins salgan en su ayuda.

— ¿Existen ese lugar y ese momento? — preguntó Maisie.

— Sí, claro que sí — dijo el viejo Jack—. Pero es muy importante hacerlo en el instante preciso.

Maisie esperó hasta que se hizo de noche para salir del vagón del viejo Jack. Recorrió de puntillas el sendero de gravilla, abrió la puerta trasera, se subió y cerró la puerta. Resignada a una larga espera, se acomodó en el confortable asiento de piel, que le

ofrecía una clara visión del edificio a través de la ventanilla del costado. Esperó pacientemente a que se apagaran todas las luces. El viejo Jack le había advertido que la suya sería una de las últimas.

Aprovechó el tiempo para repasar las preguntas que pensaba formularle, preguntas que había ensayado interiormente durante varios días, antes de presentárselas al viejo Jack esa tarde. El hombre le había hecho varias sugerencias, que ella había aceptado de buen grado.

Poco después de las seis, un Rolls-Royce se detuvo delante del edificio. El chófer bajó y se situó de pie al lado del vehículo. Instantes después, sir Walter Barrington, presidente de la empresa, salió por la puerta principal y se acomodó en el asiento trasero del coche, que enseguida se alejó.

Más luces se fueron apagando, hasta que finalmente quedó una sola encendida, como una estrella solitaria en lo alto de un arbolito de Navidad. De pronto, Maisie oyó pasos en la gravilla. Se deslizó del asiento y se acurrucó en el suelo. Oyó que dos hombres se acercaban, enfrascados en una conversación. Su plan no preveía la presencia de dos personas, y estaba a punto de salir por el otro lado y perderse en la noche, cuando las dos sombras que se aproximaban se detuvieron.

—Pese a eso —dijo una voz que ella reconoció—, preferiría que mi participación en el asunto quedara estrictamente entre nosotros.

—Claro que sí, señor. Puede confiar en mí —señaló otra voz que Maisie ya había oído antes, aunque no logró recordar dónde.

—Seguiremos en contacto, amigo —se despidió la primera voz—. Estoy seguro de que volveré a recurrir a los servicios del banco.

Maisie oyó que uno de los dos se alejaba. Cuando notó que se abría la puerta del coche, se quedó completamente inmóvil.

El hombre entró, ocupó su lugar ante el volante y cerró la puerta. «No tiene chófer. Prefiere conducir él mismo el Bugatti». Eran valiosos datos proporcionados por el viejo Jack.

El hombre giró la llave de arranque y el vehículo cobró vida. Después, hizo rugir varias veces el motor antes de poner la primera velocidad. El guarda de la verja se llevó la mano a la gorra a modo de saludo, mientras el señor Barrington salía hacia la calle principal, en dirección a la ciudad, tal como hacía todas las tardes cuando iba de regreso a su mansión.

—Intente que no la descubra en el asiento trasero hasta que hayan llegado al centro —le había aconsejado a Maisie el viejo Jack—. Una vez allí, él no se arriesgará a parar el coche, por miedo a que los vean juntos y lo reconozcan. Pero cuando llegue a los suburbios, no tendrá reparos en dejarla en la calle. Dispondrá de unos diez o quince minutos, como máximo.

—No necesito más —le había respondido ella.

Maisie esperó hasta haber dejado atrás la catedral y haber atravesado el College Green, que a esa hora de la noche estaba siempre muy frecuentado. Pero justo cuando

iba a levantarse para llamarle la atención con un golpe en el hombro, el coche empezó a reducir la velocidad y se detuvo. La puerta se abrió y el conductor salió y la cerró. Mirando por la separación entre los asientos delanteros, Maisie comprobó con horror que estaban delante del Hotel Royal.

Cientos de pensamientos le desfilaron en rápida sucesión por la cabeza. ¿Debía abandonar el coche de un salto, antes de que fuera tarde? ¿Por qué se habría detenido él en el Royal? ¿Era coincidencia que fuera el día libre de Maisie? ¿Cuánto tiempo pensaría quedarse? Decidió permanecer donde estaba, por temor a ser descubierta si salía del coche en un lugar tan a la vista de todo el mundo. Además, era posible que no se le presentara otra oportunidad de hablar con él cara a cara antes de la fecha de pago del recibo del colegio.

La respuesta a una de sus preguntas resultó ser «veinte minutos», pero mucho antes de que él volviera a acomodarse en el asiento del conductor para seguir su camino, Maisie estaba bañada en sudor frío. Nunca había creído que su corazón pudiera latir tan aceleradamente. Esperó a que el vehículo recorriera casi un kilómetro, antes de incorporarse y llamar a Hugo con un golpe en el hombro.

Primero el hombre pareció desconcertado, pero enseguida su expresión fue de reconocimiento y, a continuación, de entendimiento.

—¿Qué quieres? —le preguntó a Maisie, tras reponerse de la sorpresa.

—Tengo la sensación de que sabes exactamente lo que quiero —le respondió ella—. Mi única preocupación es Harry. Necesito asegurarme de que tiene pagada la matrícula para los dos próximos cursos.

—Dame una buena razón para que le pague los estudios a tu hijo.

—Porque también es hijo tuyo —replicó Maisie con frialdad.

—¿Cómo estás tan segura?

—Te estaba observando cuando lo viste por primera vez en San Beda —contestó Maisie—, y todos los domingos en Santa María, cuando cantaba en el coro. Vi la expresión de tus ojos entonces, y volví a verla cuando te negaste a estrecharle la mano el primer día del curso.

—Eso no prueba nada —dijo Barrington, con un poco más de confianza en la voz—. No es más que intuición femenina.

—Entonces quizá haya llegado el momento de revelarle a cierta mujer lo que acostumbras hacer en las excursiones del personal.

—¿Por qué piensas que ella te creería?

—Intuición femenina —añadió Maisie. Eso lo hizo callar y le dio a ella confianza para continuar—. Puede que la señora Barrington también esté interesada en saber por qué te empeñaste tanto en que arrestaran a mi hermano al día siguiente de la desaparición de Arthur.

—Una coincidencia y nada más.

—¿También es coincidencia que mi marido no haya vuelto a aparecer?

—¡Yo no tuve nada que ver con la muerte de Clifton! —gritó Barrington,

mientras hacía un brusco viraje que estuvo a punto de hacerle chocar con otro vehículo que venía en sentido contrario.

Maisie se irguió bruscamente, anonadada por lo que acababa de oír.

—Entonces ¿fuiste tú el responsable de la muerte de mi marido?

—No tienes ninguna prueba —dijo él con gesto desafiante.

—No necesito ninguna prueba más. Pero a pesar de todo el daño que le has hecho a mi familia a lo largo de los años, te ofrezco una manera sencilla de librarte de mí. Si te ocupas de la educación de Harry mientras esté en el Colegio Bristol, no volveré a molestarte nunca más.

Pasó cierto tiempo antes de que Barrington respondiera. Al cabo de un rato, dijo:

—Necesitaré unos días para encontrar la mejor manera de tramitar los pagos.

—El fondo de beneficencia de la empresa podría hacerse cargo fácilmente de un importe tan pequeño —dijo Maisie—. Después de todo, tu padre preside el patronato de la fundación.

Esa vez, Barrington no encontró una respuesta adecuada. ¿Se estaría preguntando de dónde había sacado la información? No era la primera vez que alguien subestimaba la capacidad del viejo Jack. Maisie abrió el bolso, sacó el fino sobre marrón y lo colocó en el asiento delantero, al lado de Hugo.

El coche se desvió hacia un callejón mal iluminado. Barrington salió y abrió la puerta trasera. Maisie se apeó del vehículo, con la sensación de que el encuentro no podía haberse desarrollado mejor. Sin embargo, cuando sus pies tocaron el suelo, él la agarró por los hombros y la sacudió con violencia.

—Ahora escúchame, Maisie Clifton, y presta mucha atención —dijo con furia en la mirada—. Si alguna vez vuelves a amenazarme, no sólo pondré a tu hermano en la calle, sino que me aseguraré de que no vuelva a trabajar nunca en esta ciudad. Y si cometes la idiotez de hacerle a mi mujer la menor insinuación de que soy el padre del muchacho, te haré encerrar, pero no en la cárcel, sino en un manicomio.

La soltó y le propinó un puñetazo en plena cara. Ella cayó al suelo y se acurrucó hecha un ovillo, temiendo recibir a continuación una lluvia de puntapiés. Pero al ver que no pasaba nada, levantó la vista y lo vio erguido sobre ella. Estaba rompiendo el sobre marrón en mil pedazos, que después procedió a esparcirle por encima, como si fueran confetis lanzados a una novia.

Sin añadir una palabra más, se metió en el coche de un salto y se alejó.

Cuando el sobre blanco llegó al buzón, Maisie se sintió derrotada. Tendría que decirle a Harry la verdad cuando volviera esa tarde del colegio. Pero antes tenía que pasar por el banco, para depositar las escuálidas propinas de la noche anterior y decirle al señor Prendergast que ya no llegarían recibos del Colegio Bristol, porque su hijo iba a abandonar los estudios al final del trimestre.

Decidió ir andando al banco, para ahorrar el penique que costaba el viaje en

tranvía. Por el camino, pensó en todas las personas a las que había defraudado. ¿La perdonarían alguna vez la señorita Tilly y la señorita Monday? Varias de sus camareras, en particular las de más edad, no habían podido encontrar un nuevo empleo. También había decepcionado a sus padres, que siempre habían cuidado a Harry para que ella pudiera ir a trabajar; al viejo Jack, que no podía haber hecho más para ayudar a su hijo, y ante todo al propio Harry, que en palabras del señor Holcombe había estado a punto de coronarse con los laureles de la victoria.

Cuando llegó al banco, se puso al final de la cola más larga, ya que no tenía la menor prisa para que la atendieran.

—Buenos días, señora Clifton —le dijo con una sonrisa el cajero, cuando por fin llegó al frente de la cola.

—Buenos días —replicó Maisie, mientras depositaba sobre el mostrador cuatro chelines y seis peniques.

El cajero contó cuidadosamente la suma y después colocó las monedas en diferentes bandejas clasificadoras, debajo del mostrador. A continuación extendió un recibo, donde figuraba el importe que había ingresado la señora Clifton y se lo entregó. Maisie se hizo a un lado, para que el siguiente cliente ocupara su lugar, mientras guardaba el recibo en el bolso.

—Señora Clifton —le dijo el cajero.

—¿Sí? —replicó ella, levantando la vista.

—El gerente quiere hablar un momento con usted.

—Entiendo —respondió ella.

No hacía falta que le dijeran que no había suficiente dinero en su cuenta para atender el último recibo del colegio. De hecho, sería un alivio para ella hacerle saber al señor Prendergast que ya no llegarían los recibos de las actividades extracurriculares.

El cajero la condujo en silencio a través del vestíbulo del banco y por un largo pasillo. Cuando llegaron al despacho del gerente, el hombre llamó suavemente a la puerta, la abrió y anunció:

—La señora Clifton, señor.

—Ah, sí —dijo el señor Prendergast—. Necesito hablar un momento con usted, señora Clifton. Pase, por favor.

¿Dónde había oído antes esa voz?

—Señora Clifton —prosiguió él, una vez que ella se sentó—, siento tener que informarle de que no hemos podido hacer efectivo su último cheque por treinta y siete libras y diez chelines, extendido a nombre de la Obra de Beneficencia del Ayuntamiento de Bristol. Si volviera a extenderlo, me temo que los fondos presentes en su cuenta aún serían insuficientes para cubrir todo el importe, a menos que tenga previsto hacer nuevos depósitos en un futuro próximo, desde luego.

—No, no tengo previsto hacer ningún depósito —replicó Maisie, mientras sacaba del bolso el sobre blanco y lo ponía sobre el escritorio, delante del gerente—. ¿Sería

usted tan amable de hacerle saber al Ayuntamiento que pagaré todos los otros gastos que hayan podido surgir durante el último curso de Harry, si me concede tiempo suficiente?

—Lo siento mucho, señora Clifton —dijo el señor Prendergast—. Me gustaría poder ayudarla de alguna manera. —Cogió el sobre blanco—. ¿Me permite que lo abra? —preguntó.

—Sí, desde luego —respondió Maisie, que hasta ese momento no había querido enterarse del importe total de su deuda con el colegio.

El señor Prendergast empuñó un fino abrecartas de plata, abrió el sobre y extrajo de su interior un cheque de la Compañía de Seguros de Bristol y el Oeste de Inglaterra, por valor de seiscientas libras, extendido a nombre de la señora Maisie Clifton.

HUGO BARRINGTON

1921-1936

Ni siquiera habría recordado su nombre si no me hubiera acusado más adelante de haber matado a su marido.

Todo empezó cuando mi padre insistió en que acompañara a los trabajadores en su excursión anual a Weston-super-Mare.

—Es bueno para su moral ver que el hijo del patrón muestra interés —me dijo.

No me convenció, y si he de ser sincero, todo el esfuerzo me pareció una pérdida de tiempo; pero cuando a mi padre se le mete algo en la cabeza, es inútil discutir. Y, en efecto, habría sido una pérdida de tiempo de no ser porque Maisie (¡qué nombre tan vulgar!) no hubiera venido con nosotros. Hasta a mí me sorprendió que estuviera tan dispuesta a meterse en la cama con el hijo del patrón. Supuse que en cuanto regresáramos a Bristol no volvería a saber nunca más de ella. Y tal vez habría sido así, de no haberse casado con Arthur Clifton.

Estaba yo en mi despacho, repasando el contrato del *Hoja de Arce* y comprobando una y otra vez las cifras con la esperanza de que la empresa pudiera ahorrarse algo de dinero, pero por mucho que lo intentaba los resultados nunca eran buenos. Tampoco ayudaba mucho que la decisión de presentar una oferta para la construcción de aquel barco hubiera sido mía.

La negociación con Myson había sido muy dura, y después de varios retrasos que no estaban previstos en mi presupuesto, habíamos acumulado una demora de cinco meses y nos veíamos amenazados por una cláusula de penalización que entraría en vigor si no entregábamos el buque terminado antes del 15 de diciembre. Lo que originalmente había parecido un contrato de ensueño que nos reportaría ganancias ingentes, se estaba convirtiendo en una pesadilla, de la que despertaríamos el 15 de diciembre con pérdidas sustanciales.

Mi padre se había opuesto desde el principio a que Barrington pujara por el contrato y había expresado con claridad su punto de vista.

—Deberíamos ceñirnos a lo que sabemos hacer bien —repetía desde la cabecera de la mesa, en cada reunión del consejo de administración—. Durante los últimos cien años, la naviera Barrington ha transportado mercancías a los puertos más lejanos del mundo y ha dejado las construcciones navales a nuestros competidores de Belfast, Liverpool y Newcastle.

Yo sabía que no iba a convencerlo, por lo que concentré mis esfuerzos en tratar de persuadir a los miembros más jóvenes del consejo, haciéndoles ver que habíamos desperdiciado varias oportunidades en los últimos tiempos, mientras otros conseguían lucrativos contratos que fácilmente habrían podido ser nuestros. Al final logré convencerlos, y por una ajustada mayoría conseguí que aceptaran firmar con Myson un contrato para la construcción de un buque mercante que se añadiría a la flota en

expansión de nuestro cliente.

—Si hacemos un buen trabajo y entregamos el *Hoja de Arce* a tiempo —dije ante el consejo—, seguramente conseguiremos más contratos.

—Espero que no tengamos que lamentarlo —fue el único comentario de mi padre, después de perder la votación.

Yo ya lo estaba lamentando. Aunque la naviera Barrington tenía brillantes perspectivas de beneficios para 1921, todo hacía pensar que su nueva filial, Construcciones Navales Barrington, aportaría los únicos números rojos al balance anual. Algunos miembros del consejo ya se estaban distanciando de la decisión y no perdían ocasión de recordar a todo el mundo que habían votado con mi padre.

Me acababan de nombrar director general de la empresa y podía imaginar los comentarios a mis espaldas. «De tal palo, tal astilla» seguramente no sería uno de ellos. Uno de los directivos acababa de dimitir y había expresado con toda claridad su opinión antes de marcharse.

—Los muchachos no tienen criterio —le había advertido a mi padre—. Si no tienes cuidado, llevará la empresa a la ruina.

Pero no me di por vencido. Seguía creyendo que si conseguíamos acabar el trabajo a tiempo, evitaríamos las pérdidas e incluso lograríamos un pequeño beneficio. Muchas cosas dependían de lo que sucediera en las semanas siguientes. Ya había impartido la orden de trabajar sin interrupción, en tres turnos de ocho horas, y había prometido a los trabajadores sustanciosas primas, si lograban cumplir los plazos del contrato. Después de todo, había hombres más que suficientes al otro lado de la verja, desesperados por conseguir un empleo.

Estaba a punto de decirle a mi secretaria que me iba a casa, cuando entró él, sin que nadie lo anunciara.

Era un hombre de baja estatura pero robusto, con hombros cuadrados y músculos prominentes: el típico físico de estibador. Mi primera reacción fue preguntarme cómo habría hecho para eludir a la señorita Potts, que entró detrás de él, con desusada agitación.

—No he podido detenerlo —dijo ella, abundando en lo obvio—. ¿Quiere que llame al guarda?

—No —respondí, después de mirar al hombre a los ojos.

La señorita Potts se quedó en la puerta, mientras mi visitante y yo nos estudiábamos mutuamente, como se estudian una mangosta y una serpiente, preguntándose cuál será la primera en atacar. Después, el hombre se quitó con renuencia la gorra y empezó a farfullar algo incomprensible. Tardé un tiempo en entender lo que estaba diciendo.

—¡Mi amigo se va a morir! ¡Arthur Clifton se va a morir, a menos que usted haga algo!

Le dije que se calmara y que me explicara su problema, pero en ese momento el jefe de obras entró en tromba en mi despacho.

—Siento mucho que Tancock haya venido a molestarlo, señor —dijo el hombre en cuanto recuperó el aliento—, pero le aseguro que tenemos todo bajo control. No hace falta que se preocupe por nada.

—¿Qué es lo que tenemos bajo control? —pregunté.

—Aquí Tancock se empeña en decir que su amigo Clifton estaba trabajando dentro del casco cuando cambió el turno, y que los del turno entrante de algún modo se las arreglaron para soldar el casco y dejarlo atrapado dentro.

—¡Venga y compruébelo usted mismo! —gritó Tancock—. ¡Venga a oír sus golpes!

—¿Es posible que haya pasado eso, Haskins? —le interrogué.

—Todo es posible, señor, pero lo más probable es que Clifton se haya largado antes de hora y que ya esté bebiendo en la taberna.

—Entonces ¿por qué no ha fichado a la salida? —preguntó Tancock.

—Eso no tiene nada de raro, señor —replicó Haskins sin mirarlo a él—. Lo que importa es fichar a la entrada, y no a la salida.

—Si no viene usted mismo a comprobarlo —dijo Tancock—, se irá a la tumba con la sangre de mi amigo en sus manos.

Ese arranque hizo callar incluso a Haskins.

—Señorita Potts, voy a bajar al muelle número uno —dije—. No tardaré mucho.

El hombre bajo y robusto salió corriendo de mi despacho, sin añadir una palabra más.

—Haskins, venga conmigo en mi coche —ordené—. Hablaremos por el camino de lo que es preciso hacer.

—No es preciso hacer nada, señor —insistió él—. Son imaginaciones y tonterías.

Sólo cuando estuvimos solos en el coche, se lo planteé claramente a mi capataz.

—¿Hay alguna probabilidad de que Clifton realmente haya quedado atrapado en el casco?

—Ninguna, señor —respondió Haskins con firmeza—. Lo único que lamento es hacerle perder el tiempo.

—Pero el hombre parece bastante seguro —dije.

—También parece seguro de cuál será el ganador de la carrera de las tres y media en Chepstow.

No me reí.

—El turno de Clifton terminaba a las seis —prosiguió Haskins, asumiendo un tono más serio—. Seguramente sabía que iban a venir los soldadores, con órdenes de terminar el trabajo antes de la entrada del siguiente turno, a las dos de la madrugada.

—¿Qué hacía Clifton dentro del casco?

—Las últimas comprobaciones, señor, antes de que empezaran a trabajar los soldadores.

—¿Es posible que no se haya dado cuenta de que su turno había terminado?

—La sirena del final del turno se oye desde la otra punta de Bristol, señor —dijo Haskins, mientras adelantamos con el coche a Tancock, que iba corriendo como un poseso.

—¿Incluso en las profundidades del casco?

—Supongo que hay alguna posibilidad de que no la oyera si estaba dentro del doble fondo, pero nunca he conocido a ningún trabajador de los muelles que no sepa exactamente cuándo acaba su turno.

—Si tiene reloj —dije, fijándome en si Haskins llevaba uno en la muñeca. No lo llevaba—. Si Clifton realmente está atrapado ahí dentro, ¿disponemos del equipo necesario para sacarlo?

—Tenemos suficientes sopletes de acetileno para atravesar el casco y cortar una sección entera. El problema es que tardaríamos horas, y si Clifton está ahí abajo, es poco probable que aún esté vivo cuando lo encontremos. Además, tardaríamos quince días o tal vez más en volver a montar toda la sección. Y como usted no se cansa de recordarme, ha ofrecido primas a todo el mundo para que ahorremos tiempo, no para que lo desperdiciemos.

Los hombres del turno de la noche ya iban por su segunda hora de trabajo cuando aparqué el coche al lado del buque. Debía de haber más de un centenar de hombres martillando, soldando y sellando los remaches. Mientras subía por la pasarela, vi que Tancock venía corriendo hacia nosotros. Cuando me alcanzó, unos minutos después, tuvo que doblarse por la mitad, con las manos sobre las rodillas, para recuperarse del esfuerzo de la carrera.

—¿Qué espera que haga yo, Tancock? —le pregunté, cuando recuperó el aliento.

—Díales que paren un momento de trabajar, solamente unos minutos, y entonces oírás sus golpes.

Hice un gesto de asentimiento.

Haskins se encogió de hombros, claramente incapaz de creer que yo diera semejante orden. Tardó varios minutos en conseguir que todos dejaran las herramientas y guardaran silencio. Todos los hombres a bordo del buque y también los que estaban en el muelle se quedaron inmóviles y prestaron atención, pero aparte del ocasional chillido de una gaviota en vuelo o de la tos de un fumador, no se oyó nada.

—¿Lo ve, señor? No hemos hecho más que perder el tiempo —dijo Haskins—. En este momento, Clifton debe ir por la tercera pinta en la taberna de El Cerdo y el Silbato.

Alguien dejó caer un martillo y el ruido resonó por todo el muelle. Entonces, por un momento, apenas un breve instante, creí distinguir un ruido diferente, suave y regular.

—¡Es él! —exclamó Tancock.

Y entonces, tan repentinamente como había empezado, el ruido cesó.

—¿Alguien más ha oído algo? —grité.

—Yo no he oído nada —dijo Haskins, mirando a los hombres a su alrededor, casi como retándolos a desafiarlo.

Algunos le devolvieron la mirada, mientras uno o dos agarraban sus martillos en actitud amenazadora, como si estuvieran esperando que alguien los animara a actuar.

Me sentí como un capitán que dispusiera de una última oportunidad para evitar un motín. Hiciera lo que hiciese, salía perdiendo. Si ordenaba a los hombres que volvieran al trabajo, se difundiría por el puerto el rumor de que yo era personalmente responsable de la muerte de Clifton. Pasarían semanas, meses y tal vez años antes de que pudiera recuperar mi autoridad. Pero si les daba la orden de abrir el casco, se desvanecerían las esperanzas de obtener algún beneficio de aquel contrato y, con ellas, mis posibilidades de ser nombrado alguna vez presidente del consejo de administración. Me quedé allí parado, esperando a que el prolongado silencio convenciera a los hombres de que Tancock se equivocaba. Cada segundo de silencio que transcurría aumentaba mi confianza.

—Por lo visto, nadie ha oído nada, señor —dijo Haskins unos instantes después—. ¿Me da su permiso para que ordene a los hombres que vuelvan al trabajo?

Ninguno movió un músculo, pero siguieron mirándome con expresión desafiante. Haskins les sostuvo la mirada y al final algunos bajaron la vista.

Me volví hacia el capataz y le di la orden de reanudar el trabajo. En el breve silencio que siguió, podría jurar que oí un golpe. Miré a Tancock, pero entonces el ruido quedó sofocado entre un millar de ruidos diferentes, a medida que los hombres volvían al trabajo con aire sombrío.

—Tancock, ¿por qué no va a la taberna, a ver si encuentra a su amigo? —dijo Haskins—. Y cuando lo encuentre, dele un buen rapapolvo por hacernos perder el tiempo a todos.

—Y si no está —dije—, llame a su casa y pregunte a su mujer si lo ha visto. —En cuanto lo pronuncié, comprendí mi error—. Eso, si está casado, claro —añadí.

—Sí, señor, está casado —dijo Tancock—. Con mi hermana.

—Si tampoco así lo encuentra, vuelva a hablar conmigo.

—Para entonces será tarde —vaticinó Tancock. Y, dándose la vuelta, se alejó con la cabeza gacha.

—Haskins, si me necesita, estaré en mi despacho —me despedí, antes de bajar por la pasarela.

Me monté en el coche y regresé a Barrington House, con la esperanza de no volver a ver a Tancock nunca más.

Volví a mi despacho, pero no pude concentrarme en las cartas pendientes de firma que me había dejado en la mesa la señorita Potts. Todavía oía interiormente los golpes incesantes, como esas cancioncillas populares que a veces nos suenan repetidamente en la cabeza e impiden incluso que conciliemos el sueño. Sabía que si Clifton no se presentaba a la mañana siguiente, aquella historia pesaría para siempre

sobre mí.

Al cabo de una hora, empecé a serenarme, pensando que Tancock habría encontrado a su amigo y para entonces estaría lamentando haber quedado como un estúpido.

Fue una de las raras ocasiones en que la señorita Potts se fue de la oficina antes que yo. Estaba cerrando con llave el cajón superior de mi escritorio antes de irme a casa cuando oí unos pasos que subían corriendo la escalera. Sólo podía ser una persona.

Levanté la vista, y vi en la puerta de mi despacho al hombre que esperaba no ver nunca más, con la mirada encendida de furia.

—¡Ha matado a mi mejor amigo, bastardo! —gritó, agitando el puño—. ¡Es lo mismo que si lo hubiera matado con sus propias manos!

—Tranquilo, Tancock. No se altere —le respondí—. No nos consta que Clifton haya muerto.

—Se ha tenido que morir para que usted pueda terminar a tiempo su maldito trabajo. ¡Nadie querrá navegar en ese barco cuando se sepa la verdad!

—Todos los días mueren trabajadores en las construcciones navales —dije yo sin convicción.

Tancock dio un paso hacia mí. Estaba tan furioso que por un momento pensé que iba a pegarme; pero se quedó quieto, con las piernas separadas y los puños crispados, mirándome con rabia.

—Cuando le diga a la policía lo que sé, tendrá que reconocer que podría haberle salvado la vida con una sola palabra. Pero, como sólo le interesa el dinero que pueda ganar, voy a asegurarme de que ningún hombre de estos muelles quiera volver a trabajar para usted nunca más.

Sabía que si la policía tomaba cartas en el asunto, medio Bristol pensaría que Clifton estaba atrapado dentro del casco y el sindicato exigiría que se abriera. Si se abría, yo sabía muy bien lo que encontraríamos.

Me levanté lentamente del sillón y me dirigí a la caja de caudales, que estaba al otro lado. Marqué la combinación, giré la llave, abrí la puerta y extraje un grueso sobre blanco, antes de volver a mi mesa. Cogí un abrecartas de plata, abrí el sobre y saqué un billete de cinco libras. Me pregunté si Tancock habría visto alguna vez uno de éstos. Lo coloqué sobre el mazo de papel secante, delante de él, y vi cómo se le agrandaban los ojillos de cerdo.

—Nada que hagamos le devolverá a su amigo —dije, depositando un segundo billete encima del primero. Sus ojos no se separaban del dinero—. ¿Quién sabe? Quizá haya decidido marcharse un tiempo. No sería nada raro en alguien que trabaja en los muelles. —Puse un tercer billete encima del segundo—. Y cuando vuelva, sus compañeros no le permitirán que lo olvide nunca. —Un cuarto billete fue seguido por un quinto—. Tampoco querrá que lo acusen de hacer perder el tiempo a la policía, ¿verdad? Es un delito grave por el que podría ir a la cárcel. —Dos billetes más—. Y,

por supuesto, también perdería su trabajo. —Levantó la vista para mirarme y noté que la furia se estaba transformando en miedo. Deposité otros tres billetes sobre la mesa —. Yo no podría dar empleo a un hombre que me acusa de homicidio.

Coloqué los dos últimos billetes en el montón. El sobre había quedado vacío.

Tancock me dio la espalda. Saqué la cartera y añadí otro billete de cinco libras a la pila, así como tres libras y diez chelines más: en total, sesenta y ocho libras con diez chelines. Sus ojos volvieron a posarse en el dinero.

—Podría haber mucho más —dije, tratando de parecer convincente.

Tancock se acercó lentamente a mi mesa y, sin mirarme, recogió los billetes, se los guardó en el bolsillo y se marchó sin decir palabra.

Yo me acerqué a la ventana y lo vi alejarse del edificio y encaminarse a paso lento hacia la verja.

Dejé abierta la caja de caudales, esparcí parte de su contenido por el suelo, dejé caer el sobre vacío sobre mi mesa y salí de mi despacho sin cerrar la puerta con llave. Fui la última persona en abandonar el edificio.

— **E**l inspector Blakemore de la policía, señor —anunció la señorita Potts, antes de apartarse para que el inspector entrara en el despacho del director general.

Hugo Barrington estudió al inspector cuidadosamente cuando entró en la habitación. No podía medir mucho más del mínimo reglamentario de un metro sesenta y le sobraban unos kilos, pero daba la impresión de estar en forma. Llevaba un impermeable que probablemente había comprado cuando aún era agente uniformado y lucía un sombrero marrón de fieltro de aspecto más reciente, lo que parecía indicar que no hacía mucho que era inspector.

Los dos hombres se estrecharon la mano y, en cuanto se sentó, Blakemore extrajo una libreta y una pluma de un bolsillo interior de la chaqueta.

—Como usted sabe, estoy investigando el presunto robo que tuvo lugar anoche en este edificio. —A Barrington no le gustó que dijera «presunto»—. Para empezar, ¿podría preguntarle en qué momento echó en falta el dinero?

—Sí, desde luego, inspector —dijo Barrington, tratando de parecer tan dispuesto a colaborar como fuera posible—. Esta mañana llegué al puerto a las siete y me dirigí en primer lugar a comprobar los trabajos, para ver cómo se había desarrollado el turno de la noche.

—¿Es lo que acostumbra hacer todas las mañanas?

—No, sólo de vez en cuando —dijo Hugo, desconcertado por la pregunta.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Veinte minutos, tal vez media hora. Después subí a mi despacho.

—Entonces llegó a su oficina entre las siete y veinte y las siete y media, como muy tarde.

—Sí, creo que así fue.

—¿Y para entonces su secretaria ya estaba en su puesto?

—Así es. Casi nunca consigo llegar antes que ella. Es una mujer excepcional —añadió con una sonrisa.

—Eso parece —dijo el inspector—. Entonces ¿fue la señorita Potts quien le dijo que alguien había abierto la caja de caudales?

—Sí. Me dijo que al llegar a trabajar esta mañana había encontrado la caja fuerte abierta y parte de su contenido disperso por el suelo, por lo que de inmediato llamó a la policía.

—¿No lo llamó a usted primero?

—No, inspector. A esa hora yo debía de estar en mi coche, de camino hacia aquí.

—Dice entonces que su secretaria llegó antes que usted esta mañana. ¿Y ayer? ¿Se marchó usted antes que ella?

—No lo recuerdo —dijo Barrington—. Pero no suelo irme de la oficina después de que se haya ido ella.

—Sí, la señorita Potts ha confirmado ese extremo —repuso el inspector—. Pero también ha dicho... —Bajó la vista para consultar la libreta—. «Anoche me marché antes que el señor Barrington, porque había surgido un problema que reclamaba su atención». —Blakemore levantó la mirada—. ¿Puede decirme cuál era ese problema, señor Barrington?

—Cuando uno dirige una empresa de estas dimensiones —dijo Hugo—, siempre surgen problemas.

—Entonces ¿no recuerda cuál era el problema en concreto que surgió ayer por la tarde?

—No, inspector. No lo recuerdo.

—Cuando llegó a su despacho esta mañana y encontró la caja de caudales abierta, ¿qué fue lo primero que hizo?

—Miré si faltaba algo.

—¿Y qué descubrió?

—Que se habían llevado todo el dinero en efectivo.

—¿Cómo puede estar seguro de que se lo habían llevado todo?

—Porque encontré este sobre abierto sobre mi escritorio —dijo Hugo, mientras se lo tendía al inspector.

—¿Cuánto dinero tenía que haber en el sobre?

—Sesenta y ocho libras con diez chelines.

—Parece muy seguro.

—Lo estoy —repuso Hugo—. ¿Por qué se sorprende?

—Simplemente porque la señorita Potts me dijo que había solamente sesenta libras en la caja fuerte, todo en billetes de cinco. Quizá usted pueda decirme dónde estaban las otras ocho libras con diez chelines.

Hugo no respondió de inmediato.

—A veces tengo un poco de dinero suelto en un cajón del escritorio —dijo finalmente.

—Es una suma bastante importante para describirla como «un poco de dinero suelto». Pero volvamos un momento a la caja fuerte. Cuando entró en su despacho esta mañana, lo primero que notó fue que la puerta de la caja de caudales estaba abierta. ¿Es así?

—Así es, inspector.

—¿Tiene llave esa caja?

—Sí, por supuesto.

—¿Es usted la única persona que tiene la llave y conoce la combinación?

—No. La señorita Potts también tiene acceso a la caja fuerte.

—¿Puede confirmar que la caja estaba cerrada con llave cuando usted se marchó de la oficina ayer por la noche?

—Sí, siempre queda cerrada.

—Entonces debemos suponer que el robo fue cometido por un profesional.

—¿Qué le hace pensar eso, inspector? —preguntó Barrington.

—Sin embargo, si lo hizo un profesional —prosiguió Blakemore, sin responder a la pregunta—, lo que me intriga es que haya dejado abierta la puerta de la caja fuerte.

—No estoy seguro de seguir su razonamiento, inspector.

—Se lo explicaré, señor Barrington. Los ladrones profesionales suelen dejarlo todo tal como lo encontraron, para que sus víctimas tarden en descubrir el delito. De ese modo, disponen de más tiempo para deshacerse del material robado.

—Más tiempo... —repitió Hugo.

—Un profesional habría cerrado la caja fuerte y se habría llevado el sobre, para que pasara más tiempo antes de que usted echara en falta el dinero. Sé por experiencia que mucha gente no abre su caja de caudales durante días e incluso semanas. Sólo un aficionado habría dejado tan desordenado el despacho.

—Entonces quizá fue un aficionado.

—Y ¿cómo se las arregló para abrir la caja fuerte?

—Tal vez consiguió de alguna manera la llave de la señorita Potts.

—¿Y también la combinación? Pero la señorita Potts me asegura que ella se lleva la llave a casa todas las noches, lo mismo que usted, según tengo entendido. —Hugo no dijo nada—. ¿Me permite examinar el interior de la caja fuerte?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué es eso? —preguntó el inspector, señalando una caja de hojalata en el estante más bajo de la caja.

—Mi colección de monedas, inspector. Tengo esa afición.

—¿Tendría la gentileza de abrirla?

—¿Realmente es necesario? —preguntó Hugo con impaciencia.

—Me temo que sí, señor.

A su pesar, Hugo abrió la caja y reveló un tesoro en monedas de oro que había ido acumulando a lo largo de varios años.

—Aquí tenemos otro misterio —dijo el inspector—. Nuestro ladrón se lleva sesenta libras de la caja de caudales y ocho libras con diez chelines del cajón de su escritorio, pero no presta atención a unas monedas de oro que probablemente valen mucho más. Y también está el problema del sobre.

—¿El sobre? —repitió Hugo.

—Sí, señor Barrington, el sobre que según usted contenía el dinero.

—Lo encontré esta mañana encima de mi escritorio...

—Y no lo dudo, pero observará que ha sido abierto limpiamente.

—¡Con mi abrecartas, probablemente! —exclamó Hugo, enseñando el instrumento con expresión triunfante.

—Es posible, señor. Sin embargo, mi experiencia me dice que los ladrones suelen desgarrar los sobres de cualquier manera, en lugar de abrirlos pulcramente con un abrecartas, como si ya supieran lo que hay dentro.

—Pero la señorita Potts me ha dicho que ustedes ya han encontrado al ladrón —

dijo Hugo, tratando de no parecer exasperado.

—No, señor. Hemos encontrado el dinero, pero no estoy seguro de haber localizado al culpable.

—Pero ¿es cierto que han encontrado parte del dinero en su poder?

—Así es, señor Barrington.

—Entonces ¿qué más quieren?

—Estar seguros de haber encontrado al hombre que buscamos.

—Y ¿quién es ese hombre al que han detenido?

—No he dicho que lo hayamos detenido —dijo el inspector, mientras pasaba una hoja de su libreta—. Se trata de un tal Stanley Tancock, que casualmente es uno de sus estibadores. ¿Le suena el nombre?

—No, no creo —respondió Hugo—. Pero si trabaja en los muelles, seguramente sabrá dónde está mi despacho.

—No lo dudo, señor Barrington. De hecho, él mismo ha declarado que vino a verlo ayer en torno a las siete de la tarde, para decirle a usted que su cuñado, un tal Arthur Clifton, había quedado atrapado en el casco de un barco en construcción y que si no daba usted la orden de rescatarlo, moriría.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo. Fui yo mismo al muelle de los trabajos, ayer por la tarde, como le confirmará mi capataz, pero resultó ser una falsa alarma y una pérdida de tiempo para todos. Es evidente que su único propósito era averiguar dónde estaba la caja fuerte, para volver más tarde a robarme.

—Tancock reconoce que volvió a su despacho una segunda vez —dijo Blakemore, mientras pasaba otra hoja de su libreta de notas— y ha declarado que en esa ocasión usted le ofreció sesenta y ocho libras con diez chelines, a cambio de que no dijera nada acerca de lo sucedido a Clifton.

—¡Es lo más insultante que he oído en mi vida!

—Entonces consideremos por un momento la alternativa, señor Barrington. Supongamos que Tancock vuelve a su oficina, con la intención de robarle, en algún momento entre las siete y las siete y media de la tarde de ayer. Tras lograr entrar en el edificio sin ser visto, llega a la quinta planta, se dirige a su despacho y entonces, con su llave o la de la señorita Potts, abre la caja fuerte después de marcar la combinación, retira el sobre, lo abre pulcramente con un abrecartas y saca el dinero, pero desdeña una caja de monedas de oro. Deja abierta la puerta de la caja de caudales, esparce una parte de su contenido por el suelo, deposita el sobre limpiamente abierto sobre su escritorio y sólo entonces se esfuma, como la Pimpinela Escarlata.

—No tuvo por qué ser entre las siete y las siete y media de la tarde —dijo Hugo con expresión desafiante—. Pudo haber sido a cualquier otra hora, antes de las ocho de esta mañana.

—No lo creo, señor —repuso Blakemore—. Tancock tiene una coartada entre las ocho y las once de la noche.

—Apuesto a que esa supuesta coartada es un amigo suyo —observó Barrington.

—Treinta y un amigos, para ser exactos —dijo el inspector—. Parece ser que después de robarle el dinero, en torno a las ocho de la noche, se presentó en la taberna El Cerdo y el Silbato, y no sólo invitó a una ronda general, sino que saldó la deuda que tenía con el propietario. Le pagó con un billete nuevo de cinco libras, que ahora obra en mi poder.

El inspector sacó la cartera, extrajo el billete y lo puso sobre la mesa de Barrington.

—El propietario de la taberna declaró que Tancock salió de su establecimiento en torno a las once y que estaba tan borracho que dos de sus amigos tuvieron que acompañarlo a su casa de Still House Lane, donde lo encontramos esta mañana. He de decirle, señor Barrington, que si fue Tancock quien le robó, entonces estamos ante un criminal de primera línea y será un gran orgullo para mí ponerlo entre rejas. ¿No era eso lo que quería hacernos pensar usted —añadió, mirando a Barrington a los ojos — cuando le dio el dinero?

—¿Por qué demonios iba a darle yo ese dinero? —repuso Hugo, intentando controlar la voz.

—Porque si Stanley Tancock era detenido y condenado, nadie iba a tomarse en serio su historia de Arthur Clifton. Por cierto, nadie ha vuelto a ver a Clifton desde ayer por la tarde, así que recomendaré a mis superiores que ordenen la apertura del casco sin más demora, para que podamos averiguar si era una falsa alarma de Tancock y una pérdida de tiempo para todos.

Hugo Barrington se miró al espejo y se arregló la pajarita. No le había dicho nada a su padre acerca del incidente de Arthur Clifton, ni de la visita del inspector Blakemore. Cuanto menos supiera el viejo, mejor. Solamente le había contado que había desaparecido dinero de su despacho y que uno de los estibadores había sido detenido.

Cuando se puso la chaqueta del esmoquin, se sentó en el borde de la cama y esperó a que su mujer terminara de vestirse. Detestaba llegar tarde, pero sabía que por mucho que le dijera, Elizabeth no iba a darse prisa. Se fue a ver a Giles y a la pequeña Emma, que estaban profundamente dormidos.

Hugo había deseado tener dos hijos varones: un heredero y un suplente. El nacimiento de Emma era un inconveniente que lo obligaba a intentarlo de nuevo. Su padre, que había sido el segundo hijo de su familia, había perdido a su hermano mayor en la guerra de los Boers, en Sudáfrica. El hermano mayor de Hugo había caído en Ypres, lo mismo que la mitad de su regimiento. Cuando llegara el momento, Hugo sucedería a su padre al frente de la empresa, y más adelante, cuando su padre muriera, heredaría su título y la fortuna familiar.

Por eso Elizabeth y él tenían que intentarlo de nuevo, aunque hacerle el amor a su

esposa hacía tiempo que había dejado de ser un placer. De hecho, ni siquiera recordaba si alguna vez lo había sido. En los últimos tiempos se había buscado distracciones en otros lugares.

—Tienes el matrimonio perfecto: estáis hechos el uno para el otro —solía decirle su madre.

Su padre era más práctico. Había considerado la unión de su hijo mayor con la hija única de lord Harvey más como una fusión que como un matrimonio. Cuando el hermano de Hugo murió en el frente occidental, Hugo heredó a su novia. Ya no era una fusión, sino una absorción. La noche de bodas, Hugo no se sorprendió al descubrir que Elizabeth era virgen. Fue su segunda virgen.

Finalmente, al cabo de un rato, Elizabeth salió del vestidor, disculpándose como hacía siempre por haberlo hecho esperar. El trayecto desde Manor House hasta Barrington Hall era de apenas dos o tres kilómetros, y todas las tierras entre las dos casas pertenecían a la familia. Cuando Hugo y Elizabeth entraron en el salón, unos minutos después de las ocho, lord Harvey iba ya por su segunda copa de jerez. Hugo recorrió el salón con la mirada y observó que solamente había una pareja que no conocía.

De inmediato, su padre le presentó al coronel Danvers, que acababa de ser nombrado jefe de policía del condado. Hugo decidió no hablarle al coronel de su entrevista de esa mañana con el inspector Blakemore; pero poco antes de sentarse a la mesa para cenar, se llevó a su padre aparte y lo puso al corriente del robo, sin mencionarle ni una vez el nombre de Arthur Clifton.

Tras una cena compuesta por sopa de caza, cordero con judías verdes y *crème brûlée*, la conversación empezó por la visita del príncipe de Gales a Cardiff y sus poco oportunos comentarios acerca de su simpatía por los mineros; pasó después a los últimos aranceles de Lloyd George sobre las importaciones y sus efectos sobre el sector naviero; prosiguió con la nueva obra de George Bernard Shaw, *La casa de las penas*, y las críticas dispares que había suscitado tras su estreno en el Old Vic, y volvió por último al príncipe de Gales y el complicado problema de encontrarle una esposa adecuada.

Cuando los sirvientes hubieron recogido la mesa después del postre, las señoras se retiraron al salón, para el café, mientras el mayordomo ofrecía a los señores brandy y oporto.

—Transportado por mí e importado por ti —dijo sir Walter, levantando la copa para brindar con lord Harvey, mientras el mayordomo iba ofreciendo cigarros a los invitados. Tras encender satisfactoriamente su Romeo y Julieta, lord Harvey se volvió hacia su yerno y le dijo:

—Tu padre me ha dicho que un sinvergüenza irrumpió en tu despacho y se llevó una buena cantidad de dinero en efectivo.

—Sí, así es —repuso Hugo—. Pero me complace anunciar que ya lo han atrapado. Por desgracia, ha resultado ser uno de nuestros estibadores.

—¿Es cierto eso, Danvers? —preguntó sir Walter—. ¿Sus hombres ya han atrapado al ladrón?

—Algo he oído —replicó el jefe de policía—, pero creo que aún no han inculpado a nadie.

—¿Por qué no? —preguntó lord Harvey.

—¡Porque el hombre afirma que yo le di el dinero voluntariamente! —exclamó Hugo—. De hecho, cuando el inspector vino a interrogarme esta mañana, llegué a preguntarme cuál de nosotros era el delincuente y cuál la víctima.

—Siento mucho que se haya visto en esa situación —dijo el coronel Danvers—. ¿Puedo preguntarle el nombre del oficial encargado de la investigación?

—El inspector Blakemore —dijo Hugo, y añadió—: Me dio la sensación de que albergaba cierto resentimiento hacia nuestra familia.

—Cuando das empleo a tanta gente como nosotros —aclaró sir Walter, apoyando la copa sobre la mesa—, es natural que una o dos personas te guarden rencor por alguna causa.

—Debo reconocer —se disculpó Danvers— que Blakemore no se distingue precisamente por su tacto. Pero me ocuparé personalmente del asunto y, si veo que se ha excedido, asignaré el caso a otra persona.

La época de la escuela es la más feliz de la vida, o al menos eso decía R. C. Sherriff, pero no fue ésa la experiencia de Hugo Barrington. Sin embargo, tenía la sensación de que Giles «se las compondría mejor», como habría dicho su abuelo.

Hugo intentó olvidar lo que había sucedido en su primer día de colegio, veinticuatro años antes. Había llegado a San Beda en un cabriolé tirado por caballos, acompañado por su padre, su madre y su hermano mayor, Nicholas, que acababa de ser nombrado capitán de la escuela. Pero había estallado en lágrimas cuando otro novato le preguntó inocentemente:

—¿Es cierto que tu abuelo era estibador?

Sir Walter estaba orgulloso de que su padre hubiera labrado su fortuna a partir de la nada, pero a un niño de ocho años le pesan mucho las primeras impresiones.

—¡Tu abuelo era estibador! ¡Tu abuelo era estibador! ¡Llora, bebé! ¡Llora, bebé! —le cantaron los otros niños del dormitorio.

Ahora su hijo Giles llegaría a San Beda en el Rolls-Royce de sir Walter Barrington. Hugo habría preferido llevarlo en su coche, pero su padre no había querido ni oír hablar del tema.

—Tres generaciones de la familia Barrington han estudiado en San Beda y Eton. Mi heredero debe hacer una entrada con estilo.

Hugo no le recordó a su padre que Giles aún no disponía de plaza para estudiar en Eton, y que incluso era posible que el chico tuviera otras ideas en lo referente a sus estudios.

«¡Dios no lo quiera! —le parecía oír a su padre—. Las ideas huelen a rebelión y las rebeliones se tienen que sofocar».

Giles no había hablado desde que habían salido de la casa, pero la madre del chico llevaba una hora entera haciendo aspavientos acerca de su único hijo varón. Emma rompió a llorar cuando le dijeron que no podía acompañarlos, al tiempo que Grace —otra niña; Hugo ya no se molestaría en intentarlo de nuevo— se aferraba a la mano de la niñera y los saludaba desde lo alto de la escalinata.

Pero Hugo no estaba pensando en las niñas de la familia mientras el coche avanzaba lentamente hacia la ciudad. ¿Vería por primera vez a Harry Clifton? ¿Lo reconocería como el otro hijo que habría querido tener pero que no tendría nunca, o se convencería en cuanto lo viera de que no podía ser hijo suyo?

Pensó que debía tomar precauciones para evitar a la madre de Clifton. ¿Lo reconocería ella? Recientemente había descubierto que estaba trabajando de camarera en el salón Palm Court del Hotel Royal, que él solía frecuentar siempre que tenía reuniones de negocios en la ciudad. Decidió que a partir de entonces sus visitas serían sólo esporádicas, y que únicamente iría al Palm Court cuando ella ya hubiera salido del trabajo.

El hermano de Maisie, Stan Tancock, acabó saliendo de la cárcel tras cumplir dieciocho meses de sus tres años de condena. Hugo nunca supo qué había pasado con el inspector Blakemore, pero jamás lo volvió a ver después de aquella cena en casa de su padre. Un joven sargento de la policía prestó testimonio en el juicio de Tancock, y era evidente que no albergaba ninguna duda respecto a su culpabilidad.

Una vez que Tancock estuvo entre rejas, las especulaciones sobre lo sucedido con Arthur Clifton se apagaron rápidamente. En un sector donde las muertes de trabajadores son frecuentes, Arthur Clifton pasó a ser un número más en las estadísticas. Aun así, cuando lady Harvey botó el *Hoja de Arce* seis meses después, Hugo no pudo evitar pensar que *Trampa Mortal* sería un nombre mucho más apropiado para el buque.

Cuando las cuentas definitivas fueron presentadas al consejo, la naviera Barrington había registrado unas pérdidas de 13 712 libras a raíz del proyecto. Hugo no sugirió nunca más que la sociedad intentara hacerse con contratos para construir barcos, y sir Walter no volvió a tocar el tema. En los años siguientes, la empresa se ciñó a su negocio tradicional y cosechó un éxito tras otro.

Desde el momento en que Stan ingresó en la cárcel, Hugo había supuesto que nunca más volvería a oír de él. Pero poco antes de su puesta en libertad, el subdirector de la prisión de Bristol llamó a la señorita Potts para solicitarle una entrevista. Ya en su despacho, le pidió a Hugo que le devolviera a Tancock su antiguo empleo, porque, de lo contrario, era poco probable que el hombre volviera a conseguir trabajo alguna vez. Al principio, Hugo se alegró de que así fuera, pero después de reflexionar un poco sobre el asunto, cambió de idea y envió a Phil Haskins, su capataz principal, a visitar a Tancock a la cárcel, para decirle que podía recuperar su empleo, con la única condición de que no volviera a mencionar nunca más el nombre de Arthur Clifton. Si lo hacía, tendría que recoger sus cosas e irse a buscar trabajo a otro sitio. Tancock había aceptado la oferta agradecido, y era evidente que durante esos años había cumplido su parte del trato.

El Rolls-Royce se detuvo delante de la verja de San Beda y el chófer salió rápidamente del coche, para abrir la puerta a los pasajeros. Varios pares de ojos se volvieron en su dirección, algunos con admiración y otros con envidia.

Incómodo con tanta atención, Giles se alejó rápidamente, como si él no tuviera nada que ver con el chófer ni con sus padres. Su madre salió corriendo detrás, se agachó y le subió los calcetines, antes de inspeccionarle las uñas por última vez. Mientras tanto, Hugo contemplaba los rostros de innumerables niños, preguntándose si reconocería al instante a aquel niño al que no había visto nunca.

Y entonces reparó en un chico que subía la cuesta solo, sin que lo acompañaran su padre ni su madre. Miró un poco más allá y notó que una mujer observaba al niño, una mujer que él nunca había podido olvidar. Ambos debían estar preguntándose en ese momento si ese día uno o dos hijos de Hugo Barrington empezaban sus estudios en San Beda.

Cuando Giles cogió la varicela y tuvo que pasar varios días en la enfermería del colegio, su padre se dio cuenta de que aquélla podía ser su oportunidad para comprobar si Harry Clifton era su hijo. No le reveló a Elizabeth que iba a visitar a Giles, porque no quería que ella estuviera presente cuando le hiciera a la enfermera una pregunta aparentemente inocua.

Después de ocuparse de la correspondencia de la mañana, le dijo a la señorita Potts que iba a pasar por San Beda para ver a su hijo y que tardaría unas dos horas en regresar. Se dirigió en coche a la ciudad y aparcó delante de la Casa Frobisher. Recordaba perfectamente dónde estaba la enfermería, ya que había tenido que visitarla con frecuencia durante su estancia en San Beda.

Giles estaba sentado en la cama y le estaban tomando la temperatura, cuando su padre entró en la habitación. La cara del niño se iluminó en cuanto lo vio.

La enfermera estaba de pie junto a la cama, comprobando la lectura del termómetro.

—Ha bajado a treinta y siete y unas décimas. Estarás listo para ir a clase el lunes por la mañana, jovencito —anunció, mientras sacudía el termómetro—. Ahora lo dejo, señor Barrington, para que pueda pasar unos minutos con su hijo.

—Gracias, señorita —dijo Hugo—. ¿Podría hablar un momento con usted antes de irme?

—Claro que sí, señor Barrington. Me encontrará en mi despacho.

—¡No tienes tan mal aspecto, Giles! —exclamó Hugo en cuanto la enfermera salió de la habitación.

—Estoy bien, papá. De hecho, esperaba que la enfermera me diera permiso para levantarme el sábado por la mañana, para poder jugar al fútbol.

—Hablaré con ella antes de irme.

—Gracias, papá.

—¿Cómo van los estudios?

—Bastante bien —respondió Giles—, pero sólo porque comparto sala de estudio con los dos chicos más listos de la clase.

—¿Quiénes son? —le interrogó su padre, temiéndose la respuesta.

—Uno de ellos es Deakins, que es el chico más inteligente del colegio. De hecho, los otros niños ni siquiera le hablan, porque dicen que es un empollón. Pero mi mejor amigo es Harry Clifton. También es muy listo, pero no tanto como Deakins. Seguramente lo habrás oído cantar en el coro. Estoy seguro de que te caerá bien.

—¿Ese Clifton no es hijo de un estibador? —preguntó Hugo.

—Sí, y, lo mismo que el abuelo, no lo oculta. Pero ¿tú cómo lo sabías, papá?

—Creo que su padre trabajaba en nuestra empresa —dijo Hugo y de inmediato lamentó haberlo dicho.

—Debió ser antes de tu época, papá —prosiguió Giles—, porque murió en la guerra.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Hugo.

—Su madre. Es camarera en el Hotel Royal. Fuimos allí a tomar el té para el cumpleaños de Harry.

A Hugo le hubiera gustado preguntar cuándo era el cumpleaños de Clifton, pero temió que sus preguntas parecieran excesivas. En lugar de eso, dijo:

—Tu madre te manda su cariño. Creo que tiene pensado venir a visitarte con Emma antes del fin de semana.

—¡Puaj! ¡Lo que faltaba! —exclamó Giles—. Varicela y la visita de una hermana horrible.

—¡No es tan mala! —dijo su padre, riendo.

—¡Es peor! —replicó Giles—. Y no parece que Grace vaya a ser mucho mejor que ella. ¿Tienen que venir de vacaciones con nosotros, papá?

—¡Por supuesto!

—Estaba pensando que podríamos invitar a Harry Clifton para que venga con nosotros a la Toscana este verano. No ha estado nunca en el extranjero.

—No —dijo Hugo, tal vez con excesiva firmeza—. Las vacaciones son estrictamente para la familia y no para compartirlas con extraños.

—Pero él no es ningún extraño —replicó Giles—. Es mi mejor amigo.

—He dicho que no —repitió Hugo—. Asunto zanjado.

Giles pareció decepcionado.

—Por cierto —añadió rápidamente Hugo, cambiando de tema—, ¿qué quieres que te regale para tu cumpleaños?

—El último modelo de radio —respondió Giles sin un momento de vacilación—. Una Roberts Reliable.

—¿Os permiten traer radios al colegio?

—Sí —aclaró Giles—, pero sólo las podemos encender los fines de semana. Si te pillan escuchando la radio cuando se han apagado las luces o en día laborable, te la quitan.

—Veré qué puedo hacer. ¿Vendrás a casa por tu cumpleaños?

—Sí, pero sólo para el té. Tengo que estar de vuelta en el colegio a la hora del estudio.

—Entonces trataré de volver a casa a la hora del té —dijo Hugo—. Ahora tengo que irme. Pasaré a hablar un momento con la enfermera antes de marcharme.

—No olvides pedirle que me permita levantarme el sábado por la mañana —le recordó Giles, mientras su padre salía de la habitación para cumplir con el auténtico propósito de su visita.

—Me alegro mucho de que haya podido venir, señor Barrington. Su visita animará enormemente a Giles —dijo la enfermera, mientras él entraba en su despacho—, aunque como ha podido ver ya está casi del todo repuesto.

—Sí, y espera que lo deje usted levantarse el sábado por la mañana para jugar un partido de fútbol.

—Estoy segura de que será posible —afirmó la enfermera—. Pero ¿no había dicho que quería hablar de algo más?

—Sí, señorita. Como sabe, Giles es daltónico. Quería saber si su ceguera a los colores le está causando alguna dificultad.

—No, que yo sepa —explicó la enfermera—. En todo caso, no le impide batear una bola roja a través de un campo verde hasta alcanzar una línea blanca.

Barrington rió antes de decir las siguientes líneas del discurso que se había preparado.

—Cuando yo estaba en San Beda, los otros niños se reían de mí, porque yo era el único daltónico del colegio.

—Le aseguro que nadie se ríe de Giles. Además, se da el caso de que su mejor amigo también es daltónico.

Hugo volvió a su despacho, pensando que era preciso hacer algo antes de que la situación se descontrolara. Decidió hablar una vez más con el coronel Danvers.

Cuando estuvo sentado detrás de su mesa, le dijo a la señorita Potts que no quería que nadie lo molestara y esperó a que cerrara la puerta para coger el teléfono. Instantes después, lo atendía el jefe de policía.

—Le habla Hugo Barrington, coronel.

—¿Cómo estás, muchacho? —preguntó el jefe de policía.

—Muy bien. Me preguntaba si podría usted aconsejarme acerca de un asunto privado.

—Veamos si puedo.

—Estoy buscando un nuevo jefe de seguridad y he pensado que quizá usted pueda orientarme en la dirección adecuada.

—De hecho, conozco a un hombre que podría convenirte, pero no sé si está disponible. Lo averiguaré y te llamaré cuando lo sepa.

El jefe de policía cumplió su promesa y lo llamó a la mañana siguiente.

—El hombre del que te hablé tiene trabajo en este momento, pero está buscando algo más permanente.

—¿Qué puede decirme de él?

—Estaba destinado a llegar muy alto en el cuerpo de policía, pero tuvo que retirarse por una grave lesión que sufrió mientras trataba de atrapar a un ladrón durante el asalto del Midland Bank. Probablemente recordarás la historia. Incluso llegó a los titulares de la prensa nacional. En mi opinión, sería el candidato ideal para dirigir tu seguridad y, francamente, tendrás suerte si logras contratarlo. Si aún estás interesado, puedo enviarte unas líneas con todos sus datos.

Barrington llamó a Derek Mitchell desde su casa, porque no quería que la señorita

Potts se enterara de lo que estaba planeando. Acordó encontrarse con el antiguo policía en el Hotel Royal a las seis de la tarde del lunes, a una hora en que la señora Clifton habría terminado su jornada de trabajo y el Palm Court estaría vacío.

Llegó unos minutos antes a la cita y eligió una mesa en el extremo más apartado del salón, en la que normalmente ni se habría fijado. Se sentó detrás de la columna, donde sabía que su reunión con Mitchell no sería vista ni oída. Mientras esperaba, repasó mentalmente una lista de preguntas cuyas respuestas necesitaba saber, antes de poner su confianza en un completo desconocido.

A las seis menos tres minutos, un hombre alto y bien proporcionado, de porte militar, entró por la puerta giratoria. Su chaqueta azul marino, sus pantalones de franela gris, su pelo corto y sus zapatos bien lustrados hablaban de una vida de disciplina.

Hugo se puso de pie y alzó una mano, como si estuviera llamando a un camarero. Mitchell atravesó lentamente la sala, sin tratar de disimular una leve cojera, que, según Danvers, era la razón por la que había tenido que retirarse del servicio.

Hugo recordó la última ocasión en que se había enfrentado cara a cara con un inspector de policía, pero se dijo que esa vez sería él quien hiciera las preguntas.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, Mitchell —dijo Hugo, mientras se estrechaban las manos.

Cuando Mitchell se sentó, Hugo pudo ver más de cerca el puente roto de la nariz y las orejas deformadas por los golpes, y recordó que el coronel Danvers le había dicho en sus notas que Mitchell había jugado de segunda línea en el equipo de rugby de Bristol.

—Déjeme que le diga desde el principio, Mitchell —le dijo Hugo de inmediato—, que el asunto de nuestra reunión es absolutamente confidencial y debe quedar estrictamente entre nosotros. —Mitchell asintió—. De hecho, es tan confidencial que ni siquiera el coronel Danvers conoce el motivo real por el que lo he citado, ya que no es cierto que esté buscando un jefe de seguridad.

La expresión de Mitchell permaneció inescrutable, mientras esperaba a que Hugo le dijera lo que pretendía.

—Estoy buscando a alguien que pueda realizar un trabajo de detective privado. Su único cometido será informarme todos los meses de las actividades de una mujer que vive en esta ciudad y que, de hecho, trabaja en este hotel.

—Entiendo, señor.

—Quiero saber todo lo que hace, tanto en el plano profesional como en el personal, por muy insignificante que le pueda parecer. Nunca, bajo ningún concepto, debe dejar que ella descubra que la está vigilando. Así pues, antes de revelar su nombre, ¿se cree capaz de llevar a cabo este trabajo?

—Estas cosas nunca son sencillas —dijo Mitchell—, pero tampoco son imposibles. Cuando era un joven sargento de policía, trabajé en una operación secreta cuyo resultado fue una condena de dieciséis años de cárcel para un individuo

particularmente aborrecible. Si en este momento ese individuo entrara en este hotel, estoy seguro de que no me reconocería.

Hugo sonrió por primera vez.

—Antes de seguir adelante —continuó—, necesito saber si estaría dispuesto a aceptar mi encargo.

—Eso depende de muchas cosas, señor.

—¿Por ejemplo?

—¿Sería un trabajo a tiempo completo? Actualmente estoy empleado como vigilante nocturno en un banco.

—Déjelo mañana mismo —dijo Hugo—. No quiero que trabaje para nadie más.

—¿Qué horario tendré?

—El que usted quiera.

—¿Y el salario?

—Le pagaré ocho libras semanales, un mes por adelantado, y además le abonaré todos los gastos justificables.

Mitchell asintió.

—¿Puedo sugerirle que haga todos los pagos en efectivo, señor, para no dejar ninguna pista que pueda conducir hasta usted?

—Me parece razonable —dijo Hugo, que ya había tomado esa decisión.

—Y los informes mensuales ¿quiere que se los presente personalmente o por escrito?

—Personalmente. No quiero nada en papel.

—Entonces deberíamos citarnos siempre en un lugar diferente y nunca el mismo día de la semana. De ese modo, sería menos probable que nos encontráramos dos veces con la misma persona.

—Me parece bien —dijo Hugo.

—¿Cuándo quiere que empiece, señor?

—Empezó hace una hora —le contestó Barrington.

Sacó de un bolsillo interior un papel y un sobre con treinta y dos libras en su interior, y se los entregó a Mitchell.

El antiguo policía estudió unos instantes el nombre y la dirección escritos en el papel, antes de devolverle la hoja a su nuevo jefe.

—También necesitaré su número de teléfono particular y los lugares y horas a los que puedo llamarlo.

—Puede contactar conmigo en mi oficina, todas las tardes entre las cinco y las seis —respondió Hugo—. No llame nunca a mi casa, a menos que sea una emergencia —añadió, mientras sacaba una pluma del bolsillo.

—Sólo dígame los números, señor. No los escriba.

—¿Y enía pensado asistir a la fiesta de cumpleaños del señorito Giles? —le preguntó su secretaria.

Hugo consultó su agenda. «Giles, 12 años, a las tres de la tarde en Manor House», rezaba en grandes letras en lo alto de la página.

—¿Me queda tiempo para comprar un regalo camino de casa?

La señorita Potts salió de la habitación y regresó un momento después con un paquete grande, envuelto en papel rojo brillante y atado con una cinta.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Hugo.

—La radio Roberts más grande de la tienda, la que le pidió el chico cuando lo visitó en la enfermería el mes pasado.

—Gracias, señorita Potts —dijo Hugo, mirando su reloj—. Será mejor que me vaya ahora mismo si quiero llegar a tiempo para verlo cortar la tarta.

La señorita Potts le puso una carpeta gruesa en el maletín y, antes de que él preguntara, le explicó:

—Sus notas informativas para la reunión del consejo de administración de mañana por la mañana, señor. Puede repasarlas cuando el señorito Giles haya vuelto a San Beda, así ya no tendrá que volver esta tarde.

—Gracias, señorita Potts —dijo Hugo—. ¡Usted siempre está en todo!

Mientras conducía por la ciudad de camino a casa, no pudo evitar fijarse en que había muchos más coches por la carretera que el año anterior. Los peatones la cruzaban con mucho más cuidado desde que el gobierno había aumentado el límite de velocidad a cincuenta kilómetros por hora. Un caballo se encabritó cuando su coche adelantó a un cabriolé. Se preguntó cuánto tiempo más podrían subsistir los coches de alquiler tirados por caballos, ahora que la municipalidad había concedido la primera licencia a un taxi motorizado.

Cuando hubo atravesado la ciudad, Hugo aceleró, porque no quería llegar tarde al cumpleaños de su hijo. ¡Con qué rapidez estaba creciendo el niño! Ya era más alto que su madre. ¿Llegaría a ser más alto que él?

Confiaba en que dentro de un año, cuando terminara los estudios en San Beda e ingresara en Eton, el chico no tardaría en olvidar su amistad con Harry Clifton, aunque se daba cuenta de que aún quedaban otras dificultades que era preciso resolver.

Redujo la velocidad al atravesar la verja de su finca. Siempre disfrutaba cuando recorría el largo sendero flanqueado de robles que conducía a Manor House. Jenkins lo estaba esperando en lo alto de la escalinata. Abrió para él la puerta principal y le dijo:

—La señora Barrington está en el gabinete, señor, con el señorito Giles y dos amigos suyos del colegio.

Cuando Hugo entró en el vestíbulo, Emma bajó corriendo la escalera y se arrojó

en brazos de su padre.

—¿Qué es ese paquete? —preguntó la niña.

—Un regalo de cumpleaños para tu hermano.

—Sí, pero ¿qué es?

—Tendrás que esperar, jovencita —dijo su padre con una sonrisa, antes de entregarle el maletín al mayordomo—. ¿Puede llevar esto a mi estudio, Jenkins? —añadió. Acto seguido, Emma lo cogió de la mano y empezó a arrastrarlo hacia el gabinete.

La sonrisa de Hugo se evaporó al instante cuando abrió la puerta y vio quién estaba sentado en el sofá.

Giles se levantó de un salto y corrió hacia su padre, que le entregó el paquete.

—Feliz cumpleaños, muchacho.

—Gracias, papá —dijo él, antes de presentarle a sus amigos.

Hugo le estrechó la mano a Deakins, pero cuando Harry le tendió la suya, se limitó a decirle «Buenas tardes, Clifton», antes de dejarse caer en su butaca preferida.

Observó con interés mientras Giles desataba la cinta del paquete y los dos veían el regalo por primera vez. Ni siquiera la alegría desbordante de su hijo por su radio nueva hizo aflorar una sonrisa en los labios de Hugo. Había una pregunta que quería hacerle a Clifton, pero debía parecer que no tenía ninguna relevancia.

Se quedó en silencio, mientras los tres niños se turnaban para sintonizar las estaciones y escuchaban con concentrada atención la música y las voces desconocidas que salían del altavoz. Cada vez que lo conseguían, había una explosión de risas o aplausos.

La señora Barrington le mencionó a Harry un reciente concierto del *Mesías* al que había asistido y añadió que le había gustado mucho su interpretación de *Sé que vive mi Redentor*.

—Gracias, señora Barrington —dijo Harry.

—¿Piensas ir al Colegio Bristol cuando termines los estudios en San Beda, Clifton? —le preguntó Hugo, viendo que se le abría una oportunidad.

—Sólo si consigo una beca —replicó el niño.

—¿Por qué es tan importante una beca? —preguntó la señora Barrington—. Seguramente te ofrecerán una plaza, como a cualquier otro niño.

—Sí, pero mi madre no podría pagar la matrícula, señora Barrington. Trabaja de camarera en el Hotel Royal.

—Pero ¿tu padre...?

—Murió —replicó el niño—. Lo mataron en la guerra.

—Lo siento —dijo la señora Barrington—. No lo sabía.

En ese momento, se abrió la puerta y entró el ayudante del mayordomo, con un enorme pastel de cumpleaños en una bandeja de plata. Cuando Giles logró apagar todas las velitas de un solo soplido, todos aplaudieron.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, Clifton? —preguntó Hugo.

—Fue el mes pasado, señor —repuso Harry.

Después de que Giles cortara el pastel, Hugo se levantó y se marchó de la sala sin decir palabra.

Fue directamente a su estudio, pero no logró concentrarse en los documentos para la siguiente reunión del consejo de administración. La respuesta de Clifton significaba que iba a tener que pedir asesoramiento a un abogado especialista en herencias.

Al cabo de una hora, oyó voces en el vestíbulo; después, el ruido de la puerta que se cerraba y, finalmente, el sonido de un coche que se alejaba. Unos minutos más tarde, Elizabeth entró en su estudio tras llamar a la puerta.

—¿Por qué te fuiste tan abruptamente? —preguntó—. ¿Por qué no bajaste a despedir a Giles y sus invitados cuando oíste que se iban?

—Mañana por la mañana tengo una reunión muy complicada del consejo de administración —contestó sin levantar la vista.

—No es razón para no despedirte de tu hijo, especialmente el día de su cumpleaños.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —dijo él, sin dejar de mirar las notas.

—Ninguna puede ser tan importante como para ser grosero con los invitados. Fuiste más brusco con Harry Clifton de lo que habrías sido con cualquiera de nuestros sirvientes.

Hugo levantó la vista por primera vez.

—Posiblemente porque considero a Harry Clifton inferior a cualquiera de nuestros sirvientes. —Elizabeth pareció escandalizada—. ¿Sabías que su padre trabajaba en los muelles y que su madre es camarera? No creo que sea el tipo de amigo que le conviene a Giles.

—Es evidente que Giles piensa lo contrario. Además, sea como sea su familia, Harry es un niño encantador. No puedo entender por qué lo rechazas. A Deakins no lo trataste de ese modo, y su padre regenta una tienda.

—Pero Deakins es becario académico.

—Y Harry es el mejor becario de la coral que ha tenido el colegio, como sabe todo vecino de Bristol que vaya a la iglesia los domingos. La próxima vez que lo veas, espero que seas más educado.

Sin añadir ni una palabra más, Elizabeth se marchó de la habitación y cerró la puerta con firmeza.

Sir Walter Barrington no se movió de su lugar en la cabecera de la mesa de reuniones cuando su hijo entró en la sala.

—Cada vez me preocupa más el proyecto de ley sobre aplicación de aranceles a las importaciones —dijo Hugo, tras sentarse a la derecha de su padre— y los efectos que podría tener sobre nuestra cuenta de resultados.

—Para eso tenemos un abogado en el consejo —intervino sir Walter—, para que nos asesore sobre esos asuntos.

—Pero he calculado que si esa ley se aprueba, nuestras pérdidas podrían ser de veinte mil libras anuales. ¿No te parece que deberíamos buscar una segunda opinión?

—Supongo que podría hablar con sir James Amhurst la próxima vez que vaya a Londres.

—Viajaré a Londres el martes próximo, para la cena anual de la Asociación de Armadores Británicos —repuso Hugo—. Como sir James es el asesor jurídico de la asociación, tal vez debería hablar yo con él.

—Sólo si lo crees necesario —dijo sir Walter—. Y no olvides que Amhurst cobra por horas, incluso en una cena.

La cena de la Asociación de Armadores Británicos se celebró en Grosvenor House, con la asistencia de más de un millar de miembros y acompañantes.

Hugo había telefoneado antes a la secretaria de la asociación, para pedir que lo sentara junto a sir James Amhurst. Tras arquear una ceja, la secretaria aceptó alterar la disposición de los comensales en la mesa principal. Después de todo, el viejo Joshua Barrington había sido uno de los miembros fundadores de la asociación.

Después de que el obispo de Newcastle bendijo la mesa, Hugo ni siquiera intentó interrumpir al eminente togado mientras conversaba con el hombre sentado a su derecha. Sin embargo, cuando el jurista finalmente prestó atención al desconocido que le habían ubicado a su izquierda, Hugo no perdió el tiempo y fue directamente al grano:

—Mi padre, sir Walter Barrington, está bastante preocupado por la legislación sobre aranceles a las importaciones que se está tramitando en la Cámara de los Comunes, y por los efectos que podría tener sobre nuestro sector. Se pregunta si podría consultar con usted la próxima vez que visite Londres.

—Desde luego que sí —respondió sir James—. Dígale a su secretaria que se ponga en contacto con mi ayudante y yo me aseguraré de tener un momento libre cuando venga a la ciudad.

—Se lo agradezco muchísimo —dijo Hugo—. Y hablando de algo menos serio, ¿ha leído alguna vez algo de Agatha Christie?

—No, no he leído nada —replicó sir James—. ¿Es buena?

—Me está gustando mucho su último libro, *¿Dónde está el testamento?* —dijo Hugo—, pero no estoy seguro de que el argumento soporte el escrutinio de un jurista.

—¿Qué dice el libro? —preguntó Amhurst, mientras un camarero le ponía en el plato una loncha de rosbif demasiado hecho.

—Según la señorita Christie, el hijo mayor hereda automáticamente el título de su padre, aunque se trate de un hijo ilegítimo.

—¡Ah, muy interesante problema jurídico! —manifestó sir James—. No hace

mucho, de hecho, el Tribunal Supremo estudió uno de esos casos: Benson contra Carstaris, si no recuerdo mal. La prensa lo describió como «la enmienda del hijo bastardo».

—Y ¿a qué conclusión llegaron los lores del tribunal? —preguntó Hugo, tratando de no parecer demasiado interesado.

—En ausencia de una disposición contraria en el testamento original, sentenciaron a favor del primogénito, aunque el joven en cuestión era hijo ilegítimo. —Una vez más, Hugo recibía una respuesta que no habría querido oír—. Sin embargo —prosiguió sir James—, los lores quisieron guardarse las espaldas y añadieron un apéndice, señalando que cada caso debe juzgarse atendiendo a sus peculiares circunstancias y sólo después de haber sido estudiado por el presidente del colegio heráldico de armas. Típico de los lores del Supremo —comentó, empuñando el cuchillo y el tenedor para atacar el rosbif—. Les da miedo sentar un precedente, pero no les preocupa pasarle el muerto a otro.

Cuando sir James volvió a prestar atención al hombre que tenía a su derecha, Hugo pensó en las implicaciones de que Harry Clifton descubriera que tenía derecho a heredar no sólo la naviera Barrington, sino la finca familiar. Reconocer que tenía un hijo ilegítimo ya era de por sí bastante malo, pero la idea de que Harry Clifton heredara el título familiar después de su muerte y se convirtiera en sir Harry le resultaba insoportable. Estaba dispuesto a hacer todo cuanto estuviera en su poder para asegurarse de que no llegara ese día.

Hugo Barrington estaba desayunando cuando leyó la carta del director de San Beda con los detalles de una campaña de recolección de fondos que acababa de presentar el colegio para construir un nuevo pabellón para el campo de críquet. Abrió el talonario y, cuando acababa de escribir el número cien, lo distrajo el ruido de un coche que se detenía en la gravilla de delante de la mansión.

Fue hasta la ventana para ver quién podía presentarse en su casa a una hora tan temprana, un domingo por la mañana, y se sorprendió al ver a su hijo, que salía con una maleta de un taxi. Le pareció muy extraño, porque esperaba verlo actuar como primer bateador del equipo del colegio esa misma tarde, en el último partido de la temporada contra Avonhurst.

Jenkins apareció justo a tiempo para abrir la puerta principal, en el instante en que Giles llegaba al último peldaño.

—Buenos días, señorito Giles —dijo como si lo hubiera estado esperando.

Hugo salió rápidamente del comedor del desayuno y encontró a su hijo en el vestíbulo, con la cabeza gacha y la maleta a su lado.

—¿Qué estás haciendo en casa? —preguntó—. ¿No falta todavía una semana para el fin de curso?

—Me han expulsado —respondió Giles sin más.

—¿Expulsado? —repitió su padre—. Y ¿qué has hecho para merecerlo, si me permites la pregunta?

Giles miró a Jenkins, que permanecía de pie, en silencio, junto a la puerta principal.

—Subiré la maleta del señorito Giles a su habitación —dijo el mayordomo, antes de recoger la maleta y empezar a subir lentamente la escalera.

—Ven conmigo —dijo Hugo cuando el mayordomo se hubo marchado.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que Hugo cerró tras de sí la puerta del estudio.

—¿Qué has hecho para que el colegio tomara una medida tan drástica? —exigió saber Hugo, tras sentarse en su silla.

—Me sorprendieron robando en la tienda de golosinas —confesó Giles, que se había quedado de pie en el centro de la habitación.

—Espero que haya alguna explicación. ¿Un malentendido, quizá?

—No, no es un malentendido —dijo Giles, tratando de contener las lágrimas.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—No, señor. —Titubeó un segundo—. Excepto...

—¿Excepto qué?

—Siempre regalaba las golosinas, papá. No me las quedaba nunca.

—A Clifton, seguramente.

—Y también a Deakins —dijo Giles.

—¿Fue Clifton quien te animó a hacerlo la primera vez?

—No, nada de eso —respondió Giles con firmeza—. De hecho, cuando descubrió lo que estaba haciendo, empezó a devolver al quiosco las golosinas que yo les regalaba a él y a Deakins. Incluso se echó la culpa cuando el señor Frobisher lo acusó de robarlas.

Hubo un largo silencio antes de que su padre volviera a hablar.

—¿La expulsión de momento es temporal?

Giles asintió.

—¿Crees que te permitirán volver el curso que viene?

—No, no lo creo —respondió Giles.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque nunca había visto tan furioso al director.

—Ni la mitad de lo furiosa que estará tu madre cuando se entere.

—¡Por favor, papá! ¡No se lo cuentes! —le suplicó Giles, estallando en lágrimas.

—Y ¿cómo quieres que le explique que has vuelto a casa una semana antes y que quizá ni siquiera regreses a San Beda el próximo curso?

En lugar de responder, Giles siguió sollozando en silencio.

—¡Y no quiero pensar en lo que van a decir tus abuelos —añadió su padre— cuando les anuncie que no vas a ir a Eton!

Hubo otro prolongado silencio.

—Ve a tu habitación y no bajes hasta que yo te lo diga.

—Sí, señor —respondió Giles, antes de volverse para marcharse.

—Y, pase lo que pase, no hables de esto con nadie, sobre todo delante de los sirvientes.

—No, papá —dijo Giles, que salió corriendo de la habitación y casi se chocó con Jenkins al cruzarse con él en la escalera.

Hugo se inclinó hacia delante en su silla, tratando de pensar si habría alguna manera de arreglar la situación antes de recibir la inevitable llamada del director del colegio. Apoyó los codos sobre la mesa y la frente sobre las manos, pero su mirada tardó cierto tiempo en enfocar el cheque.

Una sonrisa se le dibujó en los labios mientras le añadía un cero más, antes de firmarlo.

Mitchell estaba sentado en el rincón más apartado de la sala de espera de la estación, leyendo el *Bristol Evening Post*, cuando Hugo fue a sentarse a su lado. Una fría corriente de aire obligaba a Hugo a mantener las manos en los bolsillos.

—La persona en cuestión —dijo Mitchell, sin apartar la vista del periódico abierto— está tratando de reunir quinientas libras para un negocio.

—¿Qué clase de negocio le puede interesar?

—El salón de té Tilly's —contestó Mitchell—. Parece ser que trabajó allí antes de pasar al Palm Court del Royal. La señorita Tilly recibió hace poco una oferta de quinientas libras de un tal Edward Atkins, interesado en su negocio. A la señorita Tilly no le gusta Atkins y le ha dicho a la persona en cuestión que si es capaz de reunir esa suma, preferiría traspasarle el negocio a ella antes que a Atkins.

—¿Cómo va a reunir ella una suma tan importante?

—Quizá podría facilitársela alguien que deseara tener control financiero sobre ella, para aprovechar más adelante esa circunstancia.

Hugo guardó silencio. La mirada de Mitchell no se apartó del periódico.

—¿Ha recurrido a alguien para tratar de reunir el dinero? —preguntó finalmente Hugo.

—Ha pedido consejo a un tal Patrick Casey, representante de Dillon & Company, empresa financiera con sede en Dublín, especializada en obtener préstamos para clientes particulares.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con Casey?

—Yo no se lo aconsejaría —dijo Mitchell.

—¿Por qué no?

—Viene a Bristol una vez al mes y se aloja siempre en el Royal.

—No hace falta que nos veamos en el Royal.

—Ha entablado una relación íntima con la persona en cuestión. Cada vez que viene a la ciudad, la lleva a cenar o al teatro, y últimamente ha sido visto volviendo con ella al hotel, donde pasan la noche juntos en la habitación 371.

—Fascinante —dijo Hugo—. ¿Algo más?

—Quizá le interese saber que la persona en cuestión es cliente del National Provincial Bank, en concreto de la sucursal del número 49 de Corn Street. El director se llama Prendergast. El saldo actual de la cuenta de la persona en cuestión es de doce libras con nueve chelines.

Hugo habría querido preguntarle a Mitchell cómo había conseguido ese dato concreto, pero se limitó a decirle:

—Excelente. Cuando averigüe algo más, por muy insignificante que sea, llámeme.

Sacó un grueso sobre del bolsillo de la gabardina y lo deslizó hacia Mitchell

mientras se anunciaba: «Hace su ingreso en el andén nueve el tren de las siete y veintidós, procedente de Taunton».

Mitchell se guardó el sobre en el bolsillo, dobló el periódico y salió de la sala de espera. Ni una sola vez miró a su patrón.

Hugo había sido incapaz de disimular la ira cuando descubrió la auténtica razón por la que no le habían ofrecido a Giles una plaza para estudiar en Eton. Llamó al director, que no quiso ponerse al teléfono; a su posible tutor, que le expresó su simpatía por el caso, pero que no le ofreció ninguna esperanza, e incluso al rector, que le aseguró que lo llamaría más adelante, pero no lo hizo. Aunque Elizabeth y las niñas no imaginaban la causa de que Hugo perdiera los nervios sin razón aparente con tanta frecuencia en los últimos tiempos, las tres siguieron padeciendo con resignación los efectos de las fechorías de Giles.

A su pesar, Hugo acompañó a Giles al Colegio Bristol el primer día de clase, pero no permitió que Emma y Grace lo acompañaran por mucho que la primera se enfurruñó y lloró.

Cuando Hugo detuvo el automóvil en College Street, la primera persona que vio a las puertas del colegio fue Harry Clifton. Antes incluso de que hubiera echado el freno, Giles ya había salido del coche y había atravesado la calle corriendo para saludar a su amigo.

Hugo evitó acercarse a los otros padres, con los que Elizabeth parecía muy feliz de poder hablar, y cuando inadvertidamente se topó con Clifton, evitó ostensiblemente estrecharle la mano.

En el camino de vuelta a Manor House, Elizabeth le preguntó por qué trataba con tanto desdén al mejor amigo de Giles, y él le recordó que su hijo tenía que haber ido a Eton, donde se habría codeado con otros jóvenes de su clase y no con hijos de tenderos o, en el caso de Clifton, de algo peor. Elizabeth se refugió en la relativa seguridad del silencio, como solía hacer en los últimos tiempos.

— ¡Incendio arrasa salón de té! ¡Se sospecha que ha sido provocado! —
 — ¡Voceaba el niño de los periódicos en la esquina de Broad Street.

Hugo frenó, saltó del coche y le dio un penique. Mientras volvía al vehículo, empezó a leer la portada:

«El salón de té Tilly's, un clásico de Bristol muy frecuentado por los vecinos de la ciudad, quedó arrasado por el fuego esta madrugada. La policía arrestó a un hombre de unos treinta años, residente en Bristol, acusado de haber provocado el incendio. La señorita Tilly, que actualmente vive en Cornualles...».

Hugo sonrió al ver la fotografía de Maisie Clifton y su personal en la acera, contemplando con expresión sombría los restos calcinados del Tilly's. Era evidente que los dioses estaban de su parte.

Volvió al coche, dejó el periódico en el asiento del acompañante y prosiguió su camino hacia el Zoo de Bristol. Tendría que concertar una cita para ver al señor Prendergast.

Mitchell le había dicho que si quería mantener en secreto su carácter de avalista de la persona en cuestión las reuniones con Prendergast debían celebrarse en su despacho de la naviera y, preferiblemente, después de que la señorita Potts se hubiera marchado. Hugo no trató de explicarle a Mitchell que ni siquiera estaba seguro de que la señorita Potts se marchara alguna vez a su casa. No veía la hora de reunirse con Prendergast para dar el golpe de gracia a este asunto, pero antes de eso tenía que hablar con otra persona.

Mitchell estaba dando de comer a *Rosie* cuando él llegó.

Hugo se le acercó lentamente, apoyó los codos en la barandilla y fingió interesarse en la elefanta que el Zoo de Bristol acababa de adquirir a las Provincias Unidas de la India Británica y que estaba atrayendo a un número creciente de visitantes. Mitchell le lanzó a *Rosie* un trozo de pan, que ella recogió con la trompa y se llevó a la boca con un solo movimiento.

—La persona en cuestión ha vuelto a trabajar en el Hotel Royal —dijo Mitchell, como si le estuviera hablando a la elefanta—. Está haciendo el turno de noche en el Palm Court, desde las diez hasta las seis de la mañana. Le pagan tres libras semanales, más las propinas, que no son muchas, ya que no abundan los clientes a esas horas de la noche. —Le lanzó otro mendrugo a la elefanta y continuó—: Han detenido a un tal Bob Burrows, acusado de provocar el incendio. Era el proveedor de pasteles del salón de té, hasta que la persona en cuestión puso fin a la relación comercial. Lo ha confesado todo y ha reconocido incluso que tenía pensado proponer matrimonio a la persona en cuestión y que le había comprado un anillo de compromiso, pero que ella lo rechazó, o al menos ésa es su versión.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Hugo.

—¿Quién lleva el caso? —preguntó.

—El inspector Blakemore —dijo Mitchell, y la sonrisa de Hugo se trocó en una mueca de disgusto—. Al principio, Blakemore pensó que la persona en cuestión podía estar compinchada con Burrows —prosiguió Mitchell—. Pero acaba de informar a la Compañía de Seguros de Bristol y el Oeste de Inglaterra que está libre de toda sospecha.

—Una pena —dijo Hugo, conservando la expresión de desagrado.

—No necesariamente —repuso Mitchell—. La compañía de seguros entregará a la señora Clifton un cheque de seiscientas libras como liquidación íntegra y definitiva de la póliza que tenía contratada.

Hugo sonrió.

—Me pregunto si se lo habrá dicho ya a su hijo —dijo Hugo, casi para sus adentros.

Si Mitchell oyó el comentario, prefirió ignorarlo.

—Aparte de eso, la única información que quizá le interese —prosiguió— es que Patrick Casey se registró el viernes por la noche en el Hotel Royal y llevó a la persona en cuestión a cenar al Plimsoll Line. Después volvieron al hotel y ella lo acompañó a su habitación, la 371, donde permaneció hasta las siete de la mañana siguiente.

Siguió un largo silencio, que era siempre la señal de que Mitchell había llegado al final de su informe mensual. Hugo sacó un sobre de un bolsillo interior y se lo pasó discretamente a su empleado, que no se inmutó y se limitó a lanzar el último trozo de pan a una agradecida *Rosie*.

—El señor Prendergast —anunció la señorita Potts, mientras se apartaba para que el empleado del banco pasara al despacho del director general de la naviera.

—Le agradezco que haya venido hasta aquí —dijo Hugo—. Estoy seguro de que entiende que no quisiera tratar en el banco un asunto de carácter tan confidencial.

—Lo entiendo —contestó Prendergast, que antes incluso de sentarse ya había abierto su maletín para extraer una gruesa carpeta. Acto seguido, le pasó una única hoja al señor Barrington a través de la mesa.

Hugo miró la última línea, antes de acomodarse otra vez en su silla.

—Si me permite, resumiré la situación —dijo Prendergast—. Usted aportó un capital de quinientas libras, que permitió a la señora Clifton adquirir el negocio llamado Tilly's, un salón de té situado en Broad Street. Se acordó un contrato por el importe total, más un interés compuesto del cinco por ciento anual, a pagar en un plazo de cinco años.

»Aunque el salón de té generó un pequeño beneficio durante el primer año de la señora Clifton y también durante el segundo, nunca ha habido superávit suficiente

para pagar los intereses ni menos aún para devolver el capital, por lo que en el momento del incendio la señora Clifton le adeudaba a usted un total de 572 libras con 16 chelines. A esa suma hay que añadir veinte libras de gastos bancarios, por lo que el total definitivo es de 592 libras con 16 chelines. Este importe quedará cubierto por el pago del seguro, lo que significa que su inversión está totalmente a salvo, mientras que la señora Clifton se queda prácticamente sin nada.

—Qué mala suerte —intervino Hugo—. ¿Puedo preguntarle por qué no figura en la suma final ningún cargo por los servicios del señor Casey? —añadió enseguida, tras estudiar las cuentas con más atención.

—Porque el señor Casey ha informado al banco de que no presentará ninguna factura por sus servicios.

Hugo frunció el entrecejo.

—Al menos ésa es una buena noticia para la pobre mujer.

—Así es. En cualquier caso, creo que ya no podrá seguir pagando los estudios de su hijo en el Colegio Bristol el próximo curso.

—Muy triste —dijo Hugo—. Entonces ¿el chico tendrá que dejar el colegio?

—Siento decir que es la conclusión inevitable —replicó el señor Prendergast—. Es una pena, porque ella adora a su hijo y creo que estaría dispuesta a hacer cualquier sacrificio para que siguiera estudiando.

—Una pena enorme —convino Hugo, mientras cerraba la carpeta y se levantaba de la silla—. No voy a retenerlo más, señor Prendergast —añadió—. Tengo una cita en la ciudad dentro de media hora. ¿Quiere que lo lleve a algún sitio?

—Es muy amable por su parte, señor Barrington, pero no será necesario. He venido en coche.

—¿Qué coche conduce? —preguntó Hugo, mientras recogía su maletín y se dirigía a la puerta.

—Un Morris Oxford —respondió Prendergast, guardando a toda prisa un montón de papeles en la maleta, para salir con Hugo del despacho.

—El coche del pueblo —dijo Hugo—. Me han dicho que es muy fiable. Igual que usted, señor Prendergast. —Los dos hombres rompieron a reír mientras bajaban la escalera—. Muy triste, lo sucedido a la señora Clifton —prosiguió Hugo, mientras salían del edificio—. Pero debo decirle que no apruebo del todo la participación de las mujeres en los negocios. No es el curso natural de las cosas.

—Estoy completamente de acuerdo —ratificó Prendergast cuando los dos hombres se detuvieron delante del coche de Barrington—. Pero le aseguro que nadie habría podido hacer más de lo que ha hecho usted por esa pobre mujer.

—Le agradezco sus palabras, Prendergast —dijo Hugo—. Aun así, le recuerdo que mi intervención en este asunto debe quedar estrictamente entre nosotros.

—Por supuesto, señor —respondió Prendergast, mientras los dos hombres se estrechaban la mano—. Puede confiar en mí.

—Sigamos en contacto, estimado amigo —se despidió Hugo, mientras se

acomodaba en su coche—. No tengo la menor duda de que volveré a utilizar los servicios de su banco.

Prendergast sonrió.

Mientras Hugo conducía hacia la ciudad, sus pensamientos se dirigieron una vez más hacia Maisie Clifton. Le había asestado un golpe del que probablemente no se recuperaría, pero ahora se proponía darle el tiro de gracia.

Entró en Bristol preguntándose dónde estaría ella en ese momento. Probablemente habría hecho sentar a su hijo para explicarle por qué no podría volver al Colegio Bristol al comienzo del curso siguiente. ¿Habría imaginado Maisie, aunque sólo fuera por un momento fugaz, que Harry podría continuar sus estudios como si nada hubiera pasado? Hugo decidió no tocar el tema en sus conversaciones con Giles hasta que el niño le diera la triste noticia de que su amigo Harry ya no regresaría al Bristol para el sexto curso.

La sola idea de que su hijo hubiera tenido que matricularse en el Colegio Bristol aún le aceleraba el pulso de rabia. Sin embargo, Hugo nunca había revelado a Elizabeth ni a su padre la verdadera razón por la que Giles no había obtenido una plaza para Eton.

Cuando hubo dejado atrás la catedral, prosiguió a través de College Green y después giró y se detuvo delante del Hotel Royal. Llegó unos minutos antes de la hora de su cita, pero confiaba en que el gerente no lo haría esperar. Pasó por la puerta giratoria y atravesó el vestíbulo, sin necesidad de que nadie le dijera dónde estaba el despacho del señor Frampton.

La secretaria del gerente se levantó de un salto en el instante en que Hugo entró en la sala.

—Le anunciaré al señor Frampton que ha llegado —dijo, y se dirigió prácticamente corriendo al despacho adyacente.

El gerente apareció un instante después.

—Es un placer verlo por aquí, señor Barrington —dijo, indicándole con un gesto que pasara a su despacho—. Espero que se encuentre bien, lo mismo que su señora.

Hugo asintió y se sentó frente a la mesa del gerente del hotel, pero no le estrechó la mano.

—Cuando dijo que quería verme, me tomé la libertad de revisar los preparativos para la cena anual de su empresa —comentó Frampton—. Tengo entendido que asistirán más de trescientos invitados, ¿no es así?

—No me preocupa el número de invitados que asistirán —replicó Hugo—. No es la razón por la que he venido a verlo, Frampton. Me gustaría hablar de un asunto privado que me ha parecido muy desagradable.

—Siento mucho que así sea —se disculpó Frampton, que se sentó muy erguido en su silla.

—Uno de los miembros externos de nuestro consejo de dirección se alojó en este hotel el jueves pasado, y al día siguiente me hizo una observación muy grave que

creo mi deber transmitirle.

—Sí, por supuesto —dijo Frampton, frotándose contra los pantalones las palmas sudorosas—. Lo último que queremos es disgustar a uno de nuestros clientes más apreciados.

—Me alegra oírlo —repuso Hugo—. El caballero en cuestión se registró en el hotel cuando el restaurante ya había cerrado y bajó al Palm Court con la esperanza de que le sirvieran algo ligero para cenar.

—Un servicio que yo mismo establecí —aclaró Frampton, permitiéndose una sonrisa tensa.

—Le tomó nota una mujer que parecía la encargada del servicio —prosiguió Hugo, sin prestar atención al comentario del gerente.

—Sí, debía de ser la señora Clifton.

—No tengo idea de quién podía ser —respondió Hugo—. Sin embargo, mientras le estaba sirviendo un café y unos sándwiches, otro caballero entró en el Palm Court, hizo un pedido e indicó que se lo subieran a su habitación. Lo único que recuerda mi amigo de ese hombre es que tenía un leve acento irlandés. Después, mi amigo firmó la cuenta y se retiró a su habitación. A la mañana siguiente, se levantó temprano, porque quería repasar sus papeles antes de la reunión del consejo de administración. Cuando salió de su habitación, vio a la misma mujer, vestida aún con el uniforme del hotel, que se marchaba de la habitación 371, se dirigía hasta el final del pasillo, salía por la ventana y abandonaba el edificio por la escalera de incendios.

—Estoy totalmente anonadado. Yo...

—Este señor, miembro de nuestro consejo, nos ha pedido que en lo sucesivo, cuando venga a Bristol, le reservemos habitación en otro hotel. No quisiera parecer mojigato, Frampton, pero siempre he creído que el Royal era un lugar al que podía traer con tranquilidad a mi esposa y a mis hijos.

—Le aseguro, señor Barrington, que la persona implicada será despedida de inmediato, sin referencias. Debo añadir que le agradezco mucho que me haya advertido sobre este asunto.

Hugo se puso de pie.

—Como comprenderá, no me gustaría que saliera a relucir mi nombre ni el de mi empresa, si se viera en la necesidad de despedir a la persona en cuestión.

—Le garantizo mi más absoluta discreción —le aseguró Frampton.

Hugo sonrió por primera vez.

—Y hablando de algo más alegre, permítame que le diga que esperamos con gran expectación nuestra cena anual, que seguramente organizarán ustedes con la eficacia acostumbrada. El año que viene se cumplirá el centenario de la empresa y estoy convencido de que mi padre querrá celebrarlo a lo grande.

El entusiasmo con el que rieron los dos hombres fue un punto excesivo.

—Puede confiar en nosotros, señor Barrington —dijo Frampton, mientras escoltaba a su cliente a la puerta de su despacho.

—Y una cosa más, Frampton —añadió Hugo, mientras atravesaban el vestíbulo—. Preferiría que no le comentara nada al respecto a sir Walter. Mi padre es un poco anticuado en lo tocante a estos temas, por lo que será mejor que todo quede entre nosotros.

—Totalmente de acuerdo, señor Barrington —dijo Frampton—. Tenga la certeza de que me ocuparé personalmente del asunto.

Mientras Hugo salía por la puerta giratoria, no pudo evitar preguntarse cuántas horas habría pasado Mitchell en el Royal para poder ofrecerle una información tan valiosa.

Se sentó otra vez en su coche, encendió el motor y prosiguió el trayecto a su casa. Aún estaba pensando en Maisie Clifton cuando sintió un golpecito en el hombro. Al volverse y ver quién estaba en el asiento trasero, experimentó un momento de pánico ciego. Llegó a preguntarse si ella se habría enterado de su reunión con Frampton.

—¿Qué quieres? —preguntó, sin reducir la velocidad, por miedo a que alguien los viera juntos.

Mientras escuchaba las demandas de la mujer, no pudo evitar preguntarse cómo podía estar tan bien informada. Cuando ella terminó de hablar, Hugo se apresuró a aceptar todas sus exigencias, porque le pareció la manera más sencilla de hacerla bajar del coche.

La señora Clifton colocó un delgado sobre marrón sobre el asiento del acompañante, al lado de Hugo.

—Esperaré a tener noticias tuyas —le dijo.

Hugo se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta. Sólo redujo la velocidad cuando llegó a un callejón mal iluminado, pero no se detuvo hasta tener la certeza de que nadie los vería. Salió del coche y abrió la puerta del asiento trasero. Por la expresión de la cara de ella, era evidente que estaba convencida de que había logrado su propósito.

La dejó que saboreara un instante su victoria y entonces la agarró por los hombros y la sacudió como si quisiera hacer caer del árbol una manzana obstinada. Cuando le disipó todas las dudas que pudiera tener acerca de lo que pasaría si volvía a molestarlo, le asestó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. La mujer se desplomó en el suelo y se encogió hecha un ovillo, temblando. Hugo estuvo a punto de propinarle una patada en el vientre, pero no quiso arriesgarse a ser visto por algún transeúnte. Se metió en el coche y se alejó, sin dedicarle ni un pensamiento más.

EL VIEJO JACK TAR

1925-1936

Un apacible jueves por la tarde en el Transvaal septentrional maté a once hombres, y mi patria, agradecida, me premió con la Cruz Victoria por servicios prestados más allá del cumplimiento del deber. Desde entonces no he dormido bien ni una sola noche.

Si hubiera matado en mi país a un solo inglés, un juez me habría condenado a la horca. En lugar de eso, he sido condenado a cadena perpetua, porque aún veo a diario las caras de aquellos once desgraciados, como la imagen de una moneda que nunca se desdibuja. A menudo he pensado en suicidarme, pero sería una solución de cobardes.

El decreto de la condecoración, publicado en el *The Times*, establecía que mi acción había salvado la vida a dos oficiales, cinco suboficiales y diecisiete soldados rasos del Real Regimiento de Gloucestershire. Uno de esos oficiales, el teniente Walter Barrington, ha hecho posible que cumpla mi condena con cierta dignidad.

Pocas semanas después de mi acción, me enviaron de vuelta a Inglaterra, y unos meses más tarde, me licenciaron con todos los honores a raíz de lo que hoy se consideraría un colapso nervioso. Tras seis meses en un hospital del ejército, volví al mundo civil. Me cambié el nombre, evité regresar a mi pueblo natal de Wells, en Somerset, y me establecí en Bristol. A diferencia del hijo pródigo, me negué a viajar unos cuantos kilómetros hasta el condado vecino, donde habría disfrutado de la tranquilidad de la casa de mi padre.

Durante el día, recorría las calles de Bristol y revolví los cubos de basura en busca de restos de comida. Por la noche, mi dormitorio era un parque; mi cama, un banco; mi manta, un periódico, y mi despertador, el primer pajarillo que anunciaba un nuevo amanecer. Cuando llovía o hacía demasiado frío, me refugiaba en la sala de espera de una estación de trenes, donde dormía debajo de un banco, para levantarme antes de que saliera el primer tren de la mañana. Cuando las noches se hacían más largas, me alojaba en un albergue gratuito del Ejército de Salvación, en Little George Street, donde unas señoras muy amables me daban una gruesa rebanada de pan y un poco de sopa aguada, y me permitían dormir en un colchón de crin de caballo, bajo una manta. Todo un lujo.

Con el paso de los años, esperaba que mis antiguos compañeros de armas y colegas oficiales me dieran por muerto. No tenía el menor deseo de que se enteraran de que aquélla era la prisión que yo había elegido para cumplir mi cadena perpetua. Y así habría sido, si un día no hubiera frenado bruscamente un Rolls-Royce, con un chirrido, en medio de la calzada. Se abrió la puerta trasera y de su interior salió un hombre que yo no veía desde hacía años.

—¡Capitán Tarrant! —exclamó, mientras venía hacia mí.

Desvié la vista, con la esperanza de que creyera que se había equivocado. Pero yo recordaba muy bien que Walter Barrington no era un hombre propenso a dudar de sí mismo. Me agarró por los hombros y se quedó un rato mirándome, antes de decirme:

—¿Cómo es posible, viejo amigo?

Por mucho que traté de convencerlo de que no necesitaba ayuda, su determinación de ser mi salvador no hizo más que aumentar. Finalmente, cedí, no sin antes conseguir que aceptara mis condiciones.

Al principio, me rogó que fuera con él y su esposa a Manor House, pero yo llevaba demasiado tiempo sobreviviendo sin un techo para que esas comodidades no me parecieran simplemente una carga. Incluso me ofreció un puesto en el consejo de administración de la compañía naviera que llevaba su nombre.

—¿De qué podría servirte? —le pregunté.

—Tu sola presencia sería una inspiración para todos nosotros, Jack.

Se lo agradecí, pero le expliqué que aún no había cumplido mi condena por el asesinato de once hombres. Aun así, no se dio por vencido.

Finalmente, acepté un trabajo de vigilante nocturno en los muelles, con una paga de tres libras semanales y alojamiento en un viejo vagón Pullman, que desde ese momento se convirtió en la celda de mi prisión. Supongo que habría seguido cumpliendo mi condena hasta el día de mi muerte, si no se hubiera cruzado en mi camino el señorito Harry Clifton.

Años más tarde, Harry afirmaría que yo había marcado el rumbo de su vida. A decir verdad, fue él quien salvó la mía.

La primera vez que vi al pequeño Harry no debía de tener más de cuatro o cinco años.

—Ven, muchacho —le dije, cuando lo descubrí arrastrándose a cuatro patas hacia mi vagón. Pero de inmediato se puso de pie y salió huyendo.

El sábado siguiente, se atrevió a mirar por la ventana. Lo intenté de nuevo:

—¿Por qué no pasas, hijo? No voy a morderte —insistí, intentando tranquilizarlo.

Esa vez aceptó mi oferta y abrió la puerta, pero después de intercambiar unas palabras, se marchó corriendo otra vez. ¿Tendría yo un aspecto terrorífico?

Al otro sábado, no sólo abrió la puerta, sino que se quedó allí de pie, con las piernas separadas, mirándome con gesto desafiante. Estuvimos charlando más de una hora sobre los temas más variados: el Bristol City FC, la razón por la que las serpientes mudan la piel, la construcción del puente colgante de Clifton y muchas cosas más, hasta que al final me dijo:

—Tengo que irme, señor Tar. Mi madre me espera para la merienda.

En esa ocasión se fue andando y se volvió varias veces para mirar.

Desde aquel día, Harry vino a visitarme todos los sábados, hasta que empezó a asistir a la escuela primaria de Merrywood y entonces comenzó a visitarme todas las mañanas. Me llevó cierto tiempo convencerlo para que fuera a la escuela y aprendiera a leer y escribir. Francamente, no lo habría conseguido sin la ayuda de la señorita Monday, el señor Holcombe y su animosa madre. Hizo falta un equipo excepcional para lograr que Harry Clifton desarrollara su potencial, y comprendí que habíamos tenido éxito cuando sus visitas volvieron a espaciarse, porque tenía que prepararse

para conseguir una beca para San Beda.

Cuando empezó el curso en su nuevo colegio, no esperaba volver a verlo hasta las siguientes vacaciones de Navidad. Pero a las once de la noche del primer viernes, para mi sorpresa, me encontré con que estaba delante de mi puerta.

Me contó que se había escapado de San Beda porque un prefecto lo atormentaba (ni siquiera recuerdo el nombre del muchacho) y que tenía pensado enrolarse en un barco y hacerse a la mar. Si hubiera cumplido su propósito, sospecho que habría llegado a almirante. Pero felizmente escuchó mis consejos y volvió al colegio a la mañana siguiente, a tiempo para el desayuno.

Como solía venir a los muelles acompañando a Stan Tancock, tardé un tiempo en darme cuenta de que Harry era hijo de Arthur Clifton. Una vez me preguntó si yo había conocido a su padre y le dije que sí, y que era un hombre bueno y honesto, que tuvo un comportamiento distinguido en la guerra. Después me preguntó si sabía cómo había muerto y le respondí que no. Fue la única vez que le mentí. No podía contrariar los deseos de su madre.

Yo estaba en el muelle cuando cambió el turno. Nadie se paraba nunca a mirarme dos veces, era casi como si no estuviera allí. De hecho, yo sabía que para muchos yo no estaba del todo presente. Nunca hice nada para cambiar eso, porque de ese modo podía cumplir mi condena en el anonimato.

Arthur Clifton había sido un buen estibador, uno de los mejores, y se tomaba el trabajo muy en serio, a diferencia de su mejor amigo, Stan Tancock, cuya primera etapa en el camino de vuelta a casa era siempre El Cerdo y el Silbato, y eso cuando volvía a casa.

Vi cuando Clifton entró en el casco del *Hoja de Arce* para hacer unas comprobaciones finales antes de que llegaran los soldados y cerraran herméticamente el doble fondo. El ruido estridente de la sirena del cambio de turno debió de distraerlos a todos. Un turno entraba y otro salía, y los soldados tenían que empezar cuanto antes, para terminar el trabajo antes del final de su jornada y ganar así la prima ofrecida. Nadie se paró a pensar si Clifton había salido o no del doble fondo, ni siquiera yo mismo.

Todos supusimos que debió de oír la sirena y que sería uno de los cientos de trabajadores del puerto que al momento marcharon hacia la verja, listos para volver a casa. A diferencia de su cuñado, Clifton casi nunca se detenía en El Cerdo y el Silbato, ya que prefería ir directamente a Still House Lane y pasar el tiempo con su mujer y su hijo. En aquella época, yo no los conocía, y probablemente nunca los habría conocido si Arthur Clifton hubiera vuelto a casa aquella noche.

Los trabajadores del segundo turno estaban trabajando a marchas forzadas cuando oí que Tancock gritaba a pleno pulmón. Lo vi señalar el casco del barco. Pero Haskins, el capataz, se limitó a apartarlo sin prestarle atención, como si no fuera más

que una avispa molesta.

Cuando Tancock se dio cuenta de que no iba a conseguir nada con Haskins, bajó la pasarela a toda prisa y echó a correr por el muelle en dirección a Barrington House. Al darse cuenta de la dirección que tomaba Tancock, Haskins salió en su persecución y estuvo a punto de alcanzarlo antes de que llegara a las puertas batientes de la entrada de la naviera.

Para mi asombro, unos minutos después, Tancock salió corriendo del edificio, y me sorprendí todavía más cuando Haskins y el director general salieron tras él. No podía imaginar qué había podido convencer al señor Hugo para salir corriendo de su despacho después de una conversación tan breve con Stan Tancock.

Pero enseguida supe la razón, porque en cuanto llegó al muelle, el señor Hugo dio la orden de que todo el turno dejara las herramientas, interrumpiera el trabajo y guardara silencio, como si fuera un día de duelo nacional. De hecho, un instante después, como si hubieran guardado un minuto de silencio, Haskins ordenó la reanudación del trabajo.

Fue entonces cuando se me ocurrió por primera vez que quizá Arthur Clifton estuviera encerrado en el doble fondo del barco. Pero pensé que nadie podía ser insensible hasta el extremo de marcharse sin hacer nada, si existía la posibilidad de que hubiera un hombre sepultado en una tumba de acero de su propia construcción.

Cuando los soldados reanudaron el trabajo, el señor Hugo habló una vez más con Tancock, antes de que éste se marchara hacia la verja y se perdiera de vista. Yo me volví en su dirección, para ver si Haskins salía tras él una vez más, pero era evidente que estaba más interesado en espolear a sus hombres para que recuperaran el tiempo perdido, como un jefe de galeotes haría con sus esclavos. Un momento después, el señor Hugo bajó por la pasarela, se metió otra vez en su coche y se alejó en dirección a Barrington House.

La siguiente vez que miré por la ventana de mi vagón, vi que Tancock atravesaba corriendo la verja y se dirigía de nuevo hacia Barrington House. Esa vez no volvió a salir por lo menos hasta media hora después, y cuando salió, ya no tenía las mejillas encendidas ni estaba ciego de ira, sino que parecía mucho más sereno. Supuse que habría encontrado a Clifton y habría ido a comunicárselo al señor Hugo.

Miré al despacho de Barrington y vi que se había asomado a la ventana y miraba a Tancock, que se alejaba de los muelles. No se movió de la ventana hasta que Tancock se hubo perdido de vista. Unos minutos después, salió del edificio, subió a su automóvil y se marchó.

No habría vuelto a pensar en el asunto si Arthur Clifton se hubiera presentado a trabajar a la mañana siguiente, pero no se presentó ni ésa ni ninguna otra.

Al día siguiente, el inspector Blakemore, de la policía, vino a verme a mi vagón. A menudo es posible juzgar el carácter de una persona por el modo en que trata a sus semejantes. Blakemore era uno de esos raros individuos capaces de ver más allá de sus narices.

—¿Dice que vio a Stanley Tancock salir de Barrington House entre las siete y las siete y media de ayer?

—Así es —respondí.

—¿Le pareció que tenía prisa, que estaba nervioso, que trataba de escabullirse sin ser visto?

—No, al contrario —dije—. Lo que me llamó la atención fue que no parecía muy preocupado, dadas las circunstancias.

—¿Las circunstancias? —repitió Blakemore.

—Apenas una hora antes, se había estado quejando de que su amigo Arthur Clifton estaba atrapado en el doble fondo del *Hoja de Arce* y de que nadie hacía nada para rescatarlo.

Blakemore tomó nota de mi respuesta en su libreta.

—¿Sabe adónde se dirigió Tancock después de eso?

—No. Cuando lo vi por última vez, estaba saliendo por la verja con uno de sus compañeros, al que le había pasado un brazo por el hombro.

—Gracias, señor —dijo el inspector—. Ha sido de gran ayuda. —Hacía mucho que nadie me llamaba «señor»—. ¿Le importaría pasar cuando pueda por la comisaría, para que le tomen la declaración por escrito?

—Preferiría no hacerlo, inspector —respondí—, por razones personales. Pero puedo redactar una declaración y usted puede venir a buscarla cuando le parezca oportuno.

—Me parece bien.

El inspector abrió su maletín, sacó uno de los folios que usaba la policía para las declaraciones y me lo entregó. Después, levantó su sombrero para saludarme y dijo:

—Gracias, señor. Estaremos en contacto.

Pero nunca más volví a verlo.

Seis semanas después, Stan Tancock fue condenado a tres años de cárcel por robo, con el señor Hugo como principal testigo de la acusación. Asistí a todas las audiencias del juicio y no me quedó la menor duda de quién de los dos era el culpable.

—Intenta no olvidar que me salvaste la vida.

—He pasado los últimos veintiséis años tratando de olvidarlo —le recordó el viejo Jack.

—Pero también salvaste la vida de veinticuatro compatriotas, ¿o es que ya no te acuerdas? Sigues siendo un héroe en esta ciudad y parece como si no lo quisieras saber. Por eso, tengo que hacerte una pregunta, Jack. ¿Hasta cuándo piensas seguir torturándote con esta historia?

—Hasta que deje de ver las caras de los once hombres que maté con la misma claridad con que te estoy viendo a ti.

—¡Pero no hiciste más que cumplir con tu deber! —protestó sir Walter.

—Eso fue lo que pensé en ese momento —admitió Jack.

—Y ¿qué ha cambiado?

—Si pudiera responder a esa pregunta —reconoció Jack—, no estaríamos teniendo esta conversación.

—¡Todavía eres capaz de hacer muchas cosas por tus semejantes! Piensa en ese niño amigo tuyo, por ejemplo. Dices que sigue faltando a clase, pero ¿qué haría si descubriera que eres el capitán Jack Tarrant del Real Regimiento de Gloucestershire, condecorado con la Cruz Victoria? ¿No crees que escucharía tus consejos con más respeto todavía?

—Puede que saliera huyendo —replicó Jack—. En cualquier caso, tengo otros planes para el joven Harry Clifton.

—Clifton, Clifton... —repitió sir Walter—. ¿Por qué me suena ese nombre?

—El padre de Harry quedó atrapado en el doble fondo del *Hoja de Arce* y nadie fue en su...

—No es eso lo que he oído —dijo sir Walter, cambiando de tono—. Me han dicho que Clifton dejó a su familia porque su mujer era de costumbres un poco laxas, por decirlo suavemente.

—Entonces te han engañado —repuso Jack—, porque puedo asegurarte que la señora Clifton es una mujer inteligente y honesta, y que cualquier hombre que tuviera la suerte de ser su marido jamás querría dejarla.

Sir Walter pareció sinceramente desconcertado y tardó un momento en volver a hablar.

—¿No me dirás que te crees la fábula de que Clifton quedó atrapado en el doble fondo del barco? —preguntó en voz baja.

—Me temo que sí, Walter. De hecho, fui testigo de lo sucedido.

—Entonces ¿por qué no dijiste nada en su momento?

—Lo dije. Cuando vino a verme el inspector Blakemore, al día siguiente, le conté todo lo que había visto y, a petición suya, hice una declaración escrita.

—Entonces ¿por qué tu declaración no se usó como prueba en el juicio de

Tancock? —preguntó sir Walter.

—Porque nunca más volví a ver a Blakemore. Y cuando me presenté en la comisaría, me dijeron que ya no estaba al frente de la investigación y su sustituto se negó a recibirme.

—Yo pedí que retiraran a Blakemore del caso —dijo sir Walter—. El condenado imbécil prácticamente acusó a Hugo de darle el dinero a Tancock para no investigar la desaparición de Clifton.

El viejo Jack guardó silencio.

—No volvamos a hablar del asunto —prosiguió sir Walter—. Sé que mi hijo está muy lejos de ser perfecto, pero me niego a creer que...

—O quizá no lo quieres creer —dijo el viejo Jack.

—Jack, ¿de qué lado estás?

—Del lado de la justicia. Del que estabas tú cuando nos conocimos.

—Y sigo del mismo lado —repuso sir Walter, pero hizo una larga pausa antes de añadir—: Quiero que me prometas una cosa, Jack. Prométeme que, si alguna vez averiguas algo acerca de Hugo que pueda dañar la reputación de mi familia, no dudarás en decírmelo.

—Te doy mi palabra.

—Y yo te doy mi palabra, mi viejo amigo, de que yo no dudaría en entregar a Hugo a la policía si por un momento pensara que ha quebrantado la ley.

—Esperemos que nunca tengas que verte en ese trance —dijo el viejo Jack.

—Lo mismo digo. Pero hablemos de algo más agradable. ¿Necesitas alguna cosa? Todavía podría...

—¿Tienes algo de ropa vieja que te sobre?

Sir Walter arqueó una ceja.

—¿Puedo preguntarte...?

—No, no puedes —dijo el viejo Jack—. Pero tengo que visitar a un caballero y necesito ir correctamente vestido.

El viejo Jack había adelgazado tanto a lo largo de los años que la ropa de sir Walter le quedaba como si le hubiera caído de un balcón; además, era bastante más alto que su amigo, por lo que había tenido que descoser los bajos de los pantalones y ni siquiera así le cubrían del todo los tobillos. Sin embargo, le pareció que el traje de *tweed*, la camisa de pequeños cuadros y la corbata de rayas cumplirían su propósito para esa reunión.

Mientras Jack salía del puerto por primera vez en varios años, unas cuantas caras familiares se volvieron para mirar dos veces al elegante desconocido.

Cuando a las cuatro sonó la campanilla de la escuela, el viejo Jack salió de entre las sombras, mientras una marea de niños ruidosos y dicharacheros salían por la puerta de la escuela primaria de Merrywood como si estuvieran huyendo de la cárcel.

La señora Clifton llevaba diez minutos esperando en la puerta, y, cuando Harry vio a su madre, dejó a su pesar que lo cogiera de la mano. «Una mujer condenadamente guapa», pensó el viejo Jack, mientras miraba cómo se alejaban los dos. Como siempre, Harry iba dando saltos y charlando hasta por los codos, con tanta energía como la locomotora de Stephenson.

El viejo Jack esperó a que se perdieran de vista antes de cruzar la calle y entrar en el patio de la escuela. Si se hubiera presentado con su ropa acostumbrada, alguien con autoridad lo habría detenido mucho antes de llegar a la puerta principal. Miró a un lado y otro del pasillo, y vio que un profesor venía hacia él.

—Siento molestarlo —dijo el viejo Jack—, pero busco al señor Holcombe.

—Tercera puerta a la izquierda —le indicó el hombre, señalando un lado del pasillo.

El viejo Jack se detuvo delante del aula del señor Holcombe y llamó suavemente a la puerta.

—Pase.

El viejo Jack abrió la puerta y encontró a un hombre joven con una larga túnica negra cubierta de polvo de tiza, sentado a una mesa delante de varias filas de pupitres vacíos, corrigiendo libretas de ejercicios.

—Siento importunarlo —dijo el viejo Jack—, pero busco al señor Holcombe.

—Entonces lo ha encontrado —respondió el maestro, dejando la pluma sobre la mesa.

—Me llamo Tar —dijo el visitante, mientras daba un paso al frente—, pero mis amigos me llaman Jack.

La expresión de Holcombe se iluminó.

—¿No es usted la persona a la que Harry Clifton va a visitar casi todas las mañanas?

—Me temo que sí —reconoció el viejo Jack—, y créame que lo lamento.

—No es necesario que se disculpe —repuso Holcombe—. Pero le aseguro que me gustaría tener la misma influencia que usted sobre él.

—Por eso he venido a verlo, señor Holcombe. Estoy convencido de que Harry es un niño excepcional, al que deberían ofrecérsele todas las oportunidades para desarrollar su talento.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Holcombe—. Y sospecho que usted aún no conoce uno de los talentos del chico.

—¿Cuál es?

—Canta como un ángel.

—Harry no es ningún ángel —replicó el viejo Jack con una sonrisa.

—Estoy de acuerdo, pero puede que su voz nos ofrezca la oportunidad que necesitamos para vencer sus resistencias.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el viejo Jack.

—Es posible que sienta la tentación de ingresar en el coro de la Santa Natividad.

Por eso, si usted logra convencerlo de que venga a la escuela más a menudo, yo podré enseñarle a leer y escribir.

—¿Por qué es tan importante leer y escribir para cantar en el coro de una iglesia?

—En la Santa Natividad es obligatorio, y la señorita Monday, la directora del coro, se niega a hacer ninguna excepción a esa regla.

—Entonces tendré que asegurarme de que el chico venga a sus clases, ¿no es así? —dijo el viejo Jack.

—De hecho, podría hacer algo más. Los días que no venga a la escuela, usted mismo podría enseñarle.

—Pero yo no estoy cualificado para enseñar a nadie.

—A Harry Clifton no le importan sus cualificaciones, y los dos sabemos que siempre escucha lo que usted dice. ¿No cree que podríamos trabajar en equipo?

—Pero si Harry averigua lo que estamos tramando, ninguno de los dos volveríamos a verlo nunca.

—¡Qué bien lo conoce! —exclamó el maestro con un suspiro—. Tendremos que hacer lo posible para que no lo averigüe.

—No creo que sea fácil —repuso el viejo Jack—, pero estoy dispuesto a intentarlo.

—Gracias, señor —dijo el señor Holcombe, que hizo una pausa antes de añadir—: ¿Me permite que le estreche la mano?

El viejo Jack miró asombrado al maestro, que le tendía la mano, y se la estrechó con cálida firmeza.

—Ha sido un honor —prosiguió el maestro— conocer al capitán Tarrant.

El viejo Jack pareció asombrado.

—¿Cómo puede usted...?

—Mi padre tiene una fotografía suya colgada en la pared de nuestro salón.

—Pero ¿por qué? —preguntó el viejo Jack.

—Porque usted le salvó la vida, señor.

Las visitas de Harry al viejo Jack se fueron espaciando durante las semanas siguientes, hasta que sólo fue a verlo los sábados por la mañana. El viejo Jack supo que el señor Holcombe había tenido éxito en su plan cuando Harry le preguntó si podía ir a la Santa Natividad el domingo siguiente, para oírlo cantar.

El domingo por la mañana, el viejo Jack se levantó temprano, subió al baño privado que sir Walter tenía en la quinta planta de Barrington House para darse una ducha (un invento reciente) e incluso se recortó la barba, antes de ponerse el otro traje que sir Walter le había dado.

Llegó a la iglesia de la Santa Natividad justo antes de la misa, se dirigió a la última fila de bancos y se sentó al final de la hilera. Distinguió a la señora Clifton en la tercera fila, sentada entre dos personas que sólo podían ser su padre y su madre. En

cuanto a la señorita Monday, a ella la habría reconocido entre una congregación de un millar de fieles.

El señor Holcombe no había exagerado respecto a la calidad de la voz de Harry. Era tan buena como cualquiera que pudiera recordar de su época en la catedral de Wells. En cuanto el niño abrió la boca para entonar *Guíame, Señor*, el viejo Jack se convenció de que su protegido tenía un don excepcional.

En cuanto el reverendo Watts impartió sus bendiciones finales, el viejo Jack se escabulló hacia la salida de la iglesia y volvió rápidamente al puerto. Tendría que esperar hasta el sábado siguiente para decirle al chico lo mucho que había disfrutado oyéndolo cantar.

En el camino de vuelta, recordó el reproche de sir Walter. «Podrías hacer mucho más por Harry si por fin dejaras de imponerte ese castigo». Pensó detenidamente en las palabras de su amigo, pero aún no estaba listo para renunciar a los grilletes de la culpa. Aun así, sabía de un hombre que podía cambiar la vida de Harry, un hombre que había estado con él aquel día espantoso, un hombre con quien hacía más de veinticinco años que no hablaba. Era profesor en el colegio de donde salían los miembros del coro de Santa María de Redcliffe. Por desgracia, la escuela primaria de Merrywood no era un vivero natural de becarios para la coral, por lo que habría que guiar a aquel hombre en la dirección adecuada.

El único temor del viejo Jack era que el teniente Frobisher no lo recordara.

Ll viejo Jack esperó a que Hugo saliera de Barrington House, pero aún tuvo que esperar otra media hora más hasta que finalmente se apagó la luz en la oficina de la señorita Potts.

Salió del vagón de tren y se dirigió andando lentamente hacia Barrington House, consciente de que sólo disponía de una hora antes de que las limpiadoras empezaran a trabajar. Entró en el edificio en sombras y subió la escalera hasta la quinta planta. Hacía veinticinco años que sir Walter fingía no notar sus andanzas nocturnas y era capaz de encontrar la puerta con el cartel de DIRECTOR GENERAL en la más completa oscuridad, moviéndose como un gato.

Se sentó ante el escritorio de Hugo y encendió la luz. Si alguien notaba que estaba encendida, pensaría simplemente que la señorita Potts se habría quedado a trabajar hasta tarde. Pasó las páginas de la guía telefónica hasta llegar a los «santos»: San Andrés, San Bartolomé, San Beda...

Levantó el auricular de un teléfono por primera vez en su vida, sin saber muy bien qué debía hacer después. Enseguida oyó una voz:

—¿Con qué número, por favor?

—TEM 8612 —respondió Jack, con el dedo índice apoyado en la hoja, justo debajo del número.

—Un momento, señor.

Mientras esperaba, el viejo Jack se iba poniendo cada vez más nervioso. ¿Qué iba a decir si lo atendía otra persona? Sencillamente, colgaría el teléfono. Sacó un papel del bolsillo, lo desplegó y lo puso delante de él, sobre la mesa. A continuación, oyó un tono de llamada, después un chasquido y, por fin, la voz de un hombre.

—Casa Frobisher.

—¿Hablo con Noel Frobisher? —preguntó, recordando la tradición de que cada casa de San Beda llevaba el nombre de su director.

Bajó la vista para repasar su guion, cuyas líneas había preparado con cuidado y ensayado interminablemente.

—Sí, soy yo —dijo Frobisher, claramente sorprendido al oír que alguien con una voz que no reconocía lo llamaba por su nombre de pila. Se hizo un largo silencio—. ¿Sigue ahí? —preguntó Frobisher con cierta irritación.

—Sí. Soy el capitán Jack Tarrant.

El silencio que siguió fue aún más prolongado y, finalmente, Frobisher dijo:

—Buenas noches, señor.

—Perdóneme por llamarlo a estas horas, pero necesito pedirle un consejo.

—No tengo nada que perdonarle, señor. Es un gran privilegio hablar con usted después de tantos años.

—Es muy amable —dijo el viejo Jack—. Intentaré no robarle demasiado tiempo, pero necesito saber si San Beda sigue aportando voces infantiles al coro de Santa

María de Redcliffe.

—Así es, señor. Pese a lo mucho que ha cambiado este mundo moderno, ésta es una tradición que permanece constante.

—En mi época —prosiguió el viejo Jack—, el colegio concedía todos los años una beca de la coral a una voz infantil de excepcional talento.

—Y todavía la concedemos, señor. De hecho, estudiaremos las solicitudes para esa beca dentro de unas semanas.

—¿De cualquier escuela del condado?

—Sí, de cualquier escuela que presente una voz infantil de calidad excepcional. Pero el candidato debe demostrar además una sólida formación académica.

—Bueno, si es así —dijo el viejo Jack—, me gustaría presentar un candidato para que lo tengan ustedes en cuenta.

—Por supuesto, señor. ¿A qué escuela asiste el niño actualmente?

—A la escuela primaria de Merrywood.

Se hizo otro largo silencio.

—Tengo que reconocer que sería la primera vez que recibiéramos una solicitud de esa escuela en concreto. ¿Sabe cómo se llama su profesor de música?

—En la escuela no tienen profesor de música —respondió el viejo Jack—, pero puede ponerse en contacto con el tutor del muchacho, el señor Holcombe, que le presentará a la directora del coro.

—¿Puedo preguntarle el nombre del niño? —dijo Frobisher.

—Harry Clifton. Si quiere oírlo cantar, le recomiendo que vaya este domingo a misa de maitines en la iglesia de la Santa Natividad.

—¿También asistirá usted, señor?

—No —replicó el viejo Jack.

—¿Cómo haré para encontrarlo cuando haya oído al chico? —preguntó Frobisher.

—No me encontrará —respondió Jack con firmeza, y colgó el teléfono.

Mientras doblaba el papel con su guion y volvía a guardárselo en el bolsillo, creyó oír pasos en la gravilla de delante del edificio. Rápidamente apagó la luz, salió del despacho del señor Hugo y se alejó por el pasillo.

Oyó que una puerta se abría y voces en la escalera. Lo último que necesitaba era que lo sorprendieran en la quinta planta, adonde no podía acceder absolutamente nadie, excepto los directivos de la empresa y la señorita Potts. No quería poner en un aprieto a sir Walter.

Empezó a bajar rápidamente la escalera. Cuando llegó al tercer piso, vio a la señora Nettles andando hacia él, con una fregona en una mano y un cubo en la otra, acompañada de una mujer que no reconoció.

—Buenas noches, señora Nettles —dijo el viejo Jack—. Hace una noche estupenda para mi ronda.

—Buenas noches, Jack —masculló ella mientras pasaba a su lado.

Cuando hubo doblado la esquina, Jack se detuvo y prestó atención.

—Es el viejo Jack —estaba diciendo la señora Nettles a su acompañante—. Se supone que es el vigilante de noche. Está loco como una cabra, pero es inofensivo. Por eso, si te cruzas con él, no le hagas caso.

El viejo Jack se rió para sus adentros, mientras la voz de la limpiadora se alejaba un poco más con cada paso que daba.

Mientras volvía a su vagón, se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Harry viniera a pedirle su opinión sobre la conveniencia de presentar su solicitud para obtener una beca de la coral de San Beda.

Harry llamó a la puerta del vagón, entró y se acomodó en el asiento frente al del viejo Jack, en primera clase.

Durante el curso en San Beda, el chico sólo podía visitar al viejo Jack con regularidad los sábados por la mañana. Jack, por su parte, le devolvía la atención asistiendo a misa de maitines en Santa María de Redcliffe, donde se sentaba en la última fila de bancos y disfrutaba observando el orgullo del señor Frobisher y el señor Holcombe cada vez que cantaba su protegido.

Cuando llegaban las vacaciones escolares, el viejo Jack nunca podía estar seguro de cuándo iría Harry a visitarlo, porque el chico trataba el vagón como su segundo hogar. Cada vez que volvía a San Beda al comienzo de un nuevo curso, el viejo Jack echaba de menos la compañía del niño. Se emocionó cuando la señora Clifton le dijo que era el padre que Harry nunca había tenido. A decir verdad, Harry era el hijo que él siempre había deseado tener.

—¿Has terminado tan pronto de repartir periódicos? —dijo el viejo Jack, frotándose los ojos y parpadeando, cuando Harry entró en su vagón esa mañana de sábado.

—No, no he terminado pronto. Usted ha dormido más de la cuenta —contestó Harry, mientras le daba un ejemplar del *The Times* del día anterior.

—Y tú estás cada día más descarado, jovencito —replicó el viejo Jack con una sonrisa—. Cuéntame, ¿qué tal va el reparto de periódicos?

—Bien. Creo que voy a poder ahorrar suficiente dinero para comprarle un reloj a mi madre.

—Un regalo muy sensato, teniendo en cuenta su nuevo empleo. Pero ¿podrás pagarlo?

—Ya tengo ahorrados cuatro chelines —dijo Harry—. Calculo que tendré unos seis al final de las vacaciones.

—¿Ya has elegido el reloj que vas a comprarle?

—Sí. Está en el escaparate del señor Deakins, pero no por mucho tiempo más —repuso Harry, sonriendo.

Deakins. Un nombre que el viejo Jack nunca olvidaría.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Ni idea —respondió Harry—. No se lo voy a preguntar al señor Deakins hasta la víspera de la vuelta al colegio.

El viejo Jack no sabía cómo decirle al chico que seis chelines no sería dinero suficiente para comprar un reloj, por lo que cambió de tema.

—Espero que el reparto de periódicos no te esté impidiendo estudiar. Supongo que no tengo que recordarte que los exámenes se acercan a pasos agigantados.

—Usted es peor que Frob —dijo Harry—, pero lo alegrará saber que todas las mañanas paso dos horas en la biblioteca con Deakins, y otras dos horas la mayoría de

las tardes.

—¿La mayoría?

—Bueno, a veces voy con Giles al cine, y como la semana que viene Gloucestershire recibe al equipo de Yorkshire en el campo del condado, tendremos ocasión de ver a Herbert Sutcliffe bateando.

—Echarás de menos a Giles cuando se vaya a Eton —dijo el viejo Jack.

—Todavía está intentando que su padre lo deje ir al Bristol. Yo y Deakins esperamos que lo consiga.

—Deakins y yo —lo corrigió el viejo Jack—. Pero te advierto que si el señor Hugo ha tomado una decisión, hará falta algo más que el poder de persuasión de Giles para que cambie de idea.

—El señor Barrington me tiene antipatía —dijo Harry, tomando al viejo Jack por sorpresa.

—¿Por qué lo dices?

—No me trata de la misma manera que a los otros chicos de San Beda. Es como si yo no fuera suficientemente bueno para ser amigo de su hijo.

—Tendrás ese problema toda tu vida, Harry —dijo el viejo Jack—. Los ingleses son los peores esnobs del mundo y casi siempre sin razón. En mi experiencia, cuanto menos talento, más esnobismo. Es la única esperanza de supervivencia de las llamadas clases altas. Ten cuidado, muchacho, porque desconfían de los recién llegados como tú, que irrumpen en su club sin invitación.

—Pero usted me trata bien —replicó Harry.

—Porque yo no soy de clase alta —dijo el viejo Jack, riendo.

—Tal vez no, pero mi madre dice que usted es una persona de primera clase —repuso Harry—, y así es como quiero ser yo.

No fue de mucha ayuda que el viejo Jack no pudiera contarle a Harry la verdadera razón por la que el señor Hugo lo trataba con tanto desdén. A veces deseaba no haber estado presente en aquel mal momento, y no ser testigo de lo que realmente le había sucedido al padre del niño.

—¿Se ha vuelto a dormir, Jack? —dijo Harry—. No puedo pasarme el día entero charlando con usted, ¿sabe? Le prometí a mi madre que me encontraría con ella en Clarks, en Broad Street, porque dice que quiere comprarme unos zapatos nuevos. La verdad, no sé qué tienen de malo los que tengo.

—Una gran mujer, tu madre —le dijo el viejo Jack.

—Por eso quiero comprarle un reloj —repuso Harry.

Sonó la campanilla de la puerta cuando entró en la tienda. El viejo Jack esperaba que hubiera pasado el tiempo suficiente para que el soldado Deakins no lo reconociera.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

El viejo Jack reconoció al instante a Deakins. Sonrió y se dirigió al escaparate,

donde se puso a estudiar los dos relojes del estante superior.

—Necesito saber el precio de este Ingersoll.

—¿De qué modelo, señor? ¿El de señora o el de caballero? —preguntó el señor Deakins, saliendo de detrás del mostrador.

—El de señora —respondió el viejo Jack.

Deakins abrió el escaparate con su única mano, sacó el reloj del estante con un movimiento rápido, miró la etiqueta y afirmó:

—Dieciséis chelines, señor.

—Bien —dijo el viejo Jack, mientras colocaba un billete de diez sobre el mostrador. El señor Deakins pareció desconcertado—. Cuando Harry Clifton le pregunte cuánto cuesta el reloj, señor Deakins, dígame por favor que cuesta seis chelines, porque es todo lo que habrá conseguido ahorrar trabajando para usted, y sé que espera poder regalárselo a su madre.

—Usted debe de ser el viejo Jack —dijo Deakins—. El chico se emocionará mucho cuando sepa que...

—No, no puede decírselo —lo interrumpió el viejo Jack, mirándolo a los ojos—. Quiero que crea que el reloj cuesta seis chelines.

—Entiendo —dijo el señor Deakins, devolviendo el reloj a su lugar en el escaparate.

—¿Y cuánto cuesta el modelo de caballero?

—Una libra.

—¿Me aceptaría otros diez chelines como depósito? Si no le parece mal, le daré media corona por semana durante un mes, hasta pagar la totalidad del importe.

—Me parece muy bien, señor. Pero ¿no quiere probárselo antes?

—No, gracias —dijo el viejo Jack—. No es para mí. Voy a regalárselo a Harry cuando gane una beca para estudiar en el Colegio Bristol.

—Yo había pensado en regalárselo a mi hijo Algy —comentó el señor Deakins— si tiene la suerte de conseguir una de esas becas.

—Entonces será mejor que vaya encargando otro reloj —replicó el viejo Jack—, porque me ha dicho Harry que su hijo es una apuesta segura.

El señor Deakins se echó a reír y después miró al viejo Jack más detenidamente.

—¿No nos hemos visto antes?

—No lo creo —dijo el viejo Jack, y salió de la tienda sin decir nada más.

« Si Mahoma no va a la montaña...».

El viejo Jack sonrió para sus adentros, mientras se ponía en pie para saludar al señor Holcombe y ofrecerle un asiento.

—¿Le apetece pasar conmigo al vagón restaurante para tomar un té? —preguntó el viejo Jack—. La señora Clifton ha tenido la amabilidad de regalarme un excelente paquete de Earl Grey.

—No, gracias —respondió Holcombe—. Acabo de desayunar.

—¿De modo que el chico no ha podido conseguir la beca? —dijo el viejo Jack, convencido de que el maestro había ido a verlo por eso.

—Harry lo considera un fracaso —respondió Holcombe—, pese a haber quedado decimoséptimo de un total de trescientos y de que le han ofrecido una plaza en el grupo A del colegio para el próximo mes de septiembre.

—Pero ¿podrá aceptar la plaza? Será una carga económica más para su madre.

—Si no hay ningún imprevisto grave, podrá pagarle los estudios a Harry durante los próximos cinco años.

—Aun así, Harry no podrá permitirse los pequeños extras que los otros chicos consideran normales.

—Posiblemente, pero he conseguido cubrir algunos de los gastos diversos de la lista del colegio, por lo que podrá apuntarse al menos a dos de las tres actividades extracurriculares que le interesan.

—Déjeme adivinar —dijo el viejo Jack—. El coro, el club de teatro ¿y...?

—La sociedad de amigos del arte —respondió Holcombe—. La señorita Monday y la señorita Tilly correrán con los gastos de los desplazamientos del coro; yo me ocuparé de los gastos que ocasione el club de teatro...

—Y yo de la sociedad de amigos del arte —comentó el viejo Jack—. Su nueva pasión. Todavía puedo hablar con él de Rembrandt o de Vermeer, e incluso de ese nuevo individuo, Matisse. Pero ahora está tratando de interesarme en un español llamado Picasso, que no acaba de convencerme.

—Nunca lo había oído nombrar —reconoció Holcombe.

—Y no creo que vaya a oírlo nunca —dijo el viejo Jack—, pero no le diga a Harry que yo se lo he dicho.

Fue a buscar una caja de hojalata, la abrió y sacó tres billetes y casi todas las monedas que poseía.

—No, no —rehusó Holcombe—. No he venido a verlo por eso. De hecho, pienso visitar al señor Craddick esta tarde y confío en que él...

—Convendrá conmigo en que tengo precedencia por encima del señor Craddick —dijo el viejo Jack, mientras le tendía el dinero.

—Es muy generoso por su parte.

—Es un dinero bien invertido —replicó el viejo Jack—, aunque siento que sea tan

poco. Supongo que mi padre lo aprobaría —añadió después, como si se le acabara de ocurrir.

—¿Su padre? —repitió Holcombe.

—Es canónigo residente en la catedral de Wells.

—No lo sabía —repuso Holcombe—. Entonces al menos puede visitarlo de vez en cuando.

—Desgraciadamente, no. Me temo que soy un moderno hijo pródigo —dijo el viejo Jack, y como no quería abundar más en ese tema, añadió—: Pero dígame, joven, ¿por qué quería verme?

—No recuerdo la última vez que alguien me llamó «joven».

—Agradezca que todavía quede alguien que lo llama así —admitió el viejo Jack, y Holcombe rió.

—Tengo un par de entradas para la obra *Julio César*, en el teatro del colegio. Como actúa Harry, pensé que quizá quiera venir conmigo la noche del estreno.

—Sabía que se había presentado a las audiciones —replicó el viejo Jack—. ¿Qué papel le han dado?

—El de Cina —contestó Holcombe.

—Entonces lo reconoceremos por la forma de andar.

Holcombe asintió.

—¿Significa eso que acepta mi invitación?

—Me temo que no —respondió el viejo Jack—. Ha sido muy amable al pensar en mí, Holcombe, pero todavía no estoy listo para una función de teatro, ni siquiera para asistir como parte del público.

Fue una pena para el viejo Jack perderse la actuación de Harry en la obra del colegio y tener que conformarse con la versión que le transmitió el muchacho de su propia actuación. Al año siguiente, cuando Holcombe le insistió en que fuera, porque los papeles de Harry se estaban volviendo cada vez más importantes, estuvo a punto de ceder, pero sólo un año después, cuando Harry interpretó a Puck, permitió que el sueño se hiciera realidad.

Aunque aún tenía miedo de las aglomeraciones, el viejo Jack decidió que se quedaría discretamente en el fondo de la sala, donde nadie lo vería, ni menos aún lo reconocería.

Se estaba recortando la barba en el baño del quinto piso de Barrington House, cuando reparó en el titular de la portada de un ejemplar del periódico local, que alguien había dejado. «Un incendio arrasa el Tilly's. Se sospecha que ha sido provocado». Cuando vio la fotografía que ilustraba la noticia, se sintió enfermo. Aparecía la señora Clifton, rodeada de sus empleadas, contemplando los restos calcinados del salón de té. «Reportaje en la página 11». El viejo Jack intentó leer la noticia completa, pero la página 11 había desaparecido.

Salió rápidamente del baño, con la esperanza de encontrar la hoja que faltaba en el escritorio de la señorita Potts. No lo sorprendió observar que la mesa estaba limpia y despejada y que la papelería había sido vaciada. Con cuidado, abrió la puerta del despacho del director general, miró dentro y encontró la página desplegada sobre el escritorio. Se sentó en el sillón de cuero y empezó a leer.

La reacción inmediata de Jack, cuando terminó de leer la noticia, fue preguntarse si Harry podría proseguir sus estudios.

El reportaje señalaba que, a menos que la compañía de seguros pagara el importe total de la prima, la señora Clifton se enfrentaba a la bancarrota. El periodista añadía que un portavoz de la aseguradora había anunciado que su compañía no desembolsaría ni un penique mientras la policía no descartara a todos los sospechosos de su investigación. «¿Qué más le puede pasar a esta pobre mujer?», pensó el viejo Jack.

El reportero había tomado la precaución de no mencionar a Maisie por su nombre, pero el viejo Jack sabía perfectamente por qué habían puesto su fotografía en un lugar tan destacado de la portada. Siguió leyendo el artículo. Cuando descubrió que el inspector Blakemore estaba al frente de la investigación, sintió cierto alivio. Ese hombre no tardaría en averiguar que la señora Clifton era una mujer emprendedora, no una incendiaria.

Cuando el viejo Jack volvió a colocar el periódico sobre el escritorio del señor Hugo, reparó por primera vez en la carta. No le habría prestado atención, como algo que no lo concernía, si no hubiera visto el nombre de la señora Clifton en el primer párrafo.

Empezó a leerla y le costó creer que hubiera sido Hugo Barrington quien había aportado las quinientas libras necesarias para que la señora Clifton comprara el Tilly's. Se preguntó qué lo había impulsado a ayudar a Maisie. ¿Sería posible que sintiera algún remordimiento por la muerte de su marido? ¿O que se avergonzase de haber mandado a la cárcel a un inocente, acusado de un crimen que no había cometido? De hecho, le había devuelto el empleo a Tancock en cuanto había salido de la prisión. El viejo Jack empezaba a preguntarse si debía concederle a Hugo el beneficio de la duda. Recordó las palabras de sir Walter: «No es tan malo, ¿sabes?».

Leyó una vez más la carta. La había escrito el señor Prendergast, gerente de una sucursal del National Provincial Bank. La misiva informaba de que el banco había instado a la aseguradora a cumplir sus compromisos contractuales y a indemnizar a la señora Clifton por la totalidad del valor de la póliza, que ascendía a seiscientas libras. Prendergast señalaba que la señora Clifton era inocente y que el inspector Blakemore había informado recientemente al banco de que ya no figuraba entre los sospechosos de su investigación.

En el párrafo final de la carta, el encargado del banco proponía una reunión con Barrington en el futuro próximo para resolver el asunto, de manera que la señora Clifton pudiera recibir la totalidad del importe que le correspondía. El viejo Jack

levantó la vista cuando el pequeño reloj de sobremesa dio las siete.

Apagó la luz, salió apresuradamente al pasillo y bajó corriendo la escalera. No quería llegar tarde a la función de Harry.

Cuando el viejo Jack volvió esa noche a su vagón, cogió un ejemplar del *The Times* que Harry le había llevado unos días antes. Nunca se detenía a leer los anuncios clasificados de la portada, ya que no necesitaba un bombín nuevo, ni un par de tirantes, ni una primera edición de *Cumbres borrascosas*.

Volvió la página y encontró una fotografía del rey Eduardo VIII disfrutando de unas vacaciones en yate por el Mediterráneo. Lo acompañaba una mujer estadounidense, una tal señora Simpson. El reportaje estaba escrito en términos ambiguos, pero ni siquiera al *The Times* le resultaba fácil apoyar al joven rey en su deseo de contraer matrimonio con una divorciada. El viejo Jack se entristeció, porque admiraba a Eduardo, sobre todo después de su visita a los mineros galeses, cuando se mostró visiblemente afectado por su difícil situación. Pero como decía su vieja niñera: «El río no traía nada bueno».

Después, el viejo Jack pasó bastante tiempo leyendo un artículo sobre el proyecto de reforma arancelaria, que acababa de superar la segunda ronda de debates en la Cámara de los Comunes, pese a que el incendiario Winston Churchill lo había criticado diciendo que no era «ni carne ni pescado» y que no beneficiaría a nadie, ni siquiera al gobierno cuando llegaran las elecciones. El viejo Jack no veía la hora de conocer la opinión de sir Walter al respecto.

Volvió la página y se enteró de que la British Broadcasting Corporation acababa de hacer su primera emisión televisiva desde el Alexandra Palace. Le costó entender el concepto. ¿Cómo era posible que transmitieran imágenes en movimiento a través del éter? Él ni siquiera tenía una radio y no albergaba ni el más remoto deseo de poseer un televisor.

En las páginas de deportes encontró una fotografía de Fred Perry elegantemente vestido, bajo el siguiente titular: «El tres veces campeón de Wimbledon, favorito para ganar el Abierto de Estados Unidos». El periodista deportivo afirmaba a continuación que algunos de los competidores extranjeros se disponían a jugar en pantalón corto en Forest Hills, algo que el viejo Jack tampoco consiguió comprender.

Como cada vez que leía el *The Times*, dejó las necrológicas para el final. Había llegado a una edad en que empezaban a morir hombres más jóvenes que él, y no sólo en la guerra.

Cuando volvió la página, palideció de repente y se sintió invadido por una tristeza abrumadora. Se tomó su tiempo para leer el obituario del reverendo Thomas Alexander Tarrant, canónigo residente de la catedral de Wells, descrito en el encabezamiento como un hombre piadoso. Cuando el viejo Jack terminó de leer la necrológica de su padre, sintió vergüenza.

—¿Siete libras y cuatro chelines? —repitió el viejo Jack—. Pero yo creía que iba a

recibir un cheque de seiscientas libras de la Compañía de Seguros de Bristol y el Oeste de Inglaterra, como «liquidación íntegra y definitiva de la póliza contratada», si no recuerdo mal las palabras exactas.

—Y lo he recibido —respondió Maisie—, pero después de pagar el préstamo original, los intereses compuestos del préstamo y los gastos bancarios, lo único que me ha quedado son siete libras y cuatro chelines.

—¡Qué ingenuo soy! —exclamó el viejo Jack—. ¡Y pensar que por un momento, sólo por un momento, creí que Barrington estaba tratando de ayudarla!

—Usted no es ni la mitad de ingenuo que yo —repuso Maisie—. Si hubiese sabido, aunque sólo fuera por un instante, que ese hombre estaba implicado en todo esto, no habría aceptado ni un solo penique suyo; pero como acepté su dinero, ahora lo he perdido todo, incluido mi empleo en el hotel.

—Pero ¿por qué? —preguntó el viejo Jack—. El señor Frampton siempre ha dicho que usted era insustituible.

—Bueno, parece que ya no lo soy. Cuando le pregunté por qué me despedía, se negó a darme una razón, más allá de que había recibido una queja sobre mí de «una persona intachable». No puede ser una coincidencia que me haya despedido justo al día siguiente de que «una persona intachable» acudiera al Hotel Royal para hablar con él.

—¿Vio a Barrington entrar en el hotel? —preguntó el viejo Jack.

—No, pero lo vi salir. Recuerde que yo estaba escondida en el asiento trasero de su coche, esperándolo.

—¡Claro! —dijo el viejo Jack—. ¿Qué pasó cuando le hablé de Harry?

—Mientras estuvimos dentro del coche —respondió Maisie— prácticamente reconoció ser el responsable de la muerte de Arthur.

—¿Por fin lo ha admitido, después de todos estos años? —dijo el viejo Jack, sin acabar de creérselo.

—No exactamente —repuso Maisie—. Fue más bien un lapsus, pero cuando dejé en el asiento delantero del coche el sobre con el recibo del colegio para el próximo trimestre, se lo guardó en el bolsillo y dijo que haría lo que pudiera para ayudar.

—¿Y usted lo creyó?

—Como una tonta —admitió Maisie—, porque cuando paró el coche, incluso se bajó para abrirme la puerta. Pero en cuanto salí, me derribó de un golpe, rompió el recibo en mil pedazos y se marchó.

—¿Por eso tiene el ojo morado?

Maisie asintió.

—También me amenazó con hacerme encerrar en un manicomio si alguna vez se me ocurría hablar con su mujer.

—Eso es un farol, porque ni siquiera él puede hacer algo así.

—Puede que usted tenga razón —replicó Maisie—, pero no pienso arriesgarme.

—Además, si le revelara usted a la mujer de Barrington que su marido es el

responsable de la muerte de Arthur, él sólo tendría que decirle que usted es la hermana de Stan Tancock para que ella no hiciera caso de su denuncia.

—Posiblemente —dijo Maisie—, pero quizá volviera a hacerme caso si yo le dijera que su marido podría ser el padre de Harry.

El viejo Jack guardó un silencio desconcertado mientras trataba de asimilar todas las consecuencias de las palabras de Maisie.

—Además de ingenuo, soy un tonto —consiguió articular finalmente—. A Hugo Barrington no le importa en lo más mínimo que su mujer descubra su responsabilidad en la muerte de Arthur. Su mayor temor es que Harry descubra alguna vez que él podría ser su padre.

—Pero yo nunca se lo diría a Harry —repuso Maisie—. Lo último que deseo para mi hijo es que pase el resto de su vida preguntándose quién puede ser su padre.

—En eso precisamente confía Barrington, y ahora que ha acabado con usted, hará todo lo que pueda para destruir a Harry.

—Pero ¿por qué? —preguntó Maisie—. Harry nunca le ha hecho ningún daño.

—Claro que no, pero si Harry pudiera demostrar que es el hijo primogénito de Hugo Barrington, podría reclamar no sólo la herencia del título, sino de todo lo que conlleva, y al mismo tiempo, Giles se quedaría sin nada.

Entonces fue Maisie quien se quedó sin habla.

—Bueno, ahora que hemos descubierto cuál es la auténtica razón de que Barrington quiera expulsar a Harry del colegio, tal vez haya llegado el momento de que yo vaya a ver a sir Walter para contarle algunas verdades desagradables sobre su hijo.

—¡No, por favor, no haga eso! —le suplicó Maisie.

—¿Por qué no? Puede ser nuestra única oportunidad de mantener a Harry en el colegio.

—Posiblemente, pero también sería la manera de que despidieran a mi hermano Stan. ¡Y Dios sabe cuántas cosas más sería capaz de hacer ese Barrington!

El viejo Jack guardó silencio un momento. Finalmente, dijo:

—Si no me deja que le cuente la verdad a sir Walter, entonces tendré que empezar a arrastrarme por las mismas cloacas donde suele actuar Hugo Barrington.

— ¿Qué ha dicho que quiere? —preguntó la señorita Potts, sin saber muy bien si lo había entendido correctamente.

—Una entrevista con el señor Hugo —respondió el viejo Jack.

—Y ¿puedo preguntar cuál sería el tema de esa entrevista? —dijo ella sin ocultar el sarcasmo de su voz.

—El futuro de su hijo.

—Espere un momento. Veré si el señor Barrington quiere recibirlo.

La señorita Potts llamó con suavidad a la puerta del director general y entró en su despacho. Volvió un instante después, con expresión de sorpresa.

—El señor Barrington lo recibirá ahora mismo —dijo, sosteniendo la puerta abierta.

El viejo Jack no pudo reprimir una sonrisa mientras pasaba a su lado. Hugo Barrington levantó la mirada de su escritorio. No invitó al viejo a sentarse, ni hizo el menor ademán de estrecharle la mano.

—¿Qué interés puede tener usted en el futuro de Giles? —preguntó Barrington.

—Ninguno —reconoció el viejo Jack—. Me refería al futuro de su otro hijo.

—¿De qué demonios está hablando? —dijo Barrington con una vehemencia un poco excesiva.

—Si no supiera de qué estoy hablando, no habría aceptado recibirme —replicó el viejo Jack con desprecio.

Barrington palideció y por un momento el viejo Jack se preguntó si no iría a desmayarse.

—¿Qué quiere de mí? —interrogó finalmente.

—Su oficio es comprar y vender —dijo el viejo Jack—, y yo tengo algo que quizá le interese comprar.

—¿Qué puede ser?

—El día que Arthur Clifton desapareció misteriosamente y Stan Tancock fue arrestado por un crimen que no cometió, el inspector Blakemore de la policía me pidió que redactara una declaración oficial con todo lo que había visto aquella tarde. Como ustedes apartaron a Blakemore del caso, la declaración sigue en mi poder. Tengo la impresión de que sería una lectura muy interesante si cayera en unas manos inadecuadas.

—Comprenderá que eso es chantaje —dijo Barrington, escupiendo las palabras—, y que por algo así una persona puede pasar mucho tiempo en la cárcel.

—Algunos considerarían un deber cívico hacer público ese documento.

—Y ¿quién cree que estaría interesado en los desvaríos de un viejo? La prensa no, desde luego, sobre todo después de que mis abogados explicaran a quien hiciera falta las penas por el delito de difamación. En cuanto a la policía, ese caso se cerró hace años, y no creo que el jefe de policía esté dispuesto a incurrir en los gastos y las

molestias de reabrirlo sólo para seguirle la corriente a un viejo al que muchos consideran excéntrico, cuando no loco de remate. Por eso, permítame que le pregunte: ¿a quién más pensaba enseñar su ridículo testimonio?

—A su padre —respondió el viejo Jack.

Era un farol, pero Barrington no estaba al corriente de la promesa que el viejo le había hecho a Maisie.

Barrington se desplomó sobre el respaldo de la silla, perfectamente consciente de la influencia del viejo Jack sobre su padre, aunque ignorante de su causa.

—¿Cuánto espera que pague por ese documento?

—Trescientas libras.

—¡Eso es robo a mano armada!

—Es el importe necesario para pagar los estudios de Harry Clifton y los escasos gastos extras que le permitirán permanecer en el Colegio Bristol durante los próximos dos años, ni una libra más, ni una libra menos.

—¿Por qué no deja que le pague la matrícula al comienzo de cada curso, como hago con mi hijo?

—Porque en cuanto tuviera en su mano mi declaración, dejaría de pagarle los estudios a uno de sus hijos.

—Tendré que dárselo en efectivo —dijo Barrington, mientras sacaba una llave del bolsillo.

—No, gracias —replicó el viejo Jack—. Recuerdo demasiado bien lo que le pasó a Stan Tancock cuando usted le dio sus treinta monedas de plata. Y no tengo ninguna intención de pasar los tres próximos años en la cárcel por un delito que no he cometido.

—Si he de extender un cheque por una cantidad tan importante, tendré que llamar al banco.

—Adelante —dijo el viejo Jack, señalando con un gesto el teléfono sobre el escritorio.

Barrington dudó un momento, pero finalmente descolgó el teléfono y esperó a que lo atendiera la operadora.

—TEM 3731 —pidió.

Unos instantes más de espera, hasta que otra voz respondió:

—¿Sí?

—¿Es usted, Prendergast?

—No, señor —dijo la voz.

—Me alegro, porque tengo que hablar con usted —replicó Barrington—. En la próxima hora, le enviaré a un hombre apellidado Tar, con un cheque por trescientas libras a nombre de la Municipalidad de Bristol. ¿Me haría el favor de cursarlo de inmediato y de telefonarme en cuanto lo haya hecho?

—Si quiere que vuelva a llamarlo, diga simplemente «Sí, exacto», y volveré a llamarlo dentro de unos minutos —dijo la voz.

—Sí, exacto —dijo Barrington, antes de colgar el teléfono.

Abrió el cajón de su escritorio, sacó un talonario y escribió «Municipalidad de Bristol» y, en otra línea, «Trescientas libras». Firmó el cheque y se lo tendió al viejo Jack, que lo estudió cuidadosamente y asintió.

—Lo pondré en un sobre —se ofreció Barrington, mientras pulsaba el botón bajo su mesa.

El viejo Jack se volvió para mirar a la señorita Potts, que entró en el despacho.

—¿Sí, señor?

—El señor Tar sale en este momento para el banco —dijo Barrington, guardando el cheque en el sobre.

Cerró el sobre y lo dirigió al señor Prendergast. Le añadió la palabra PRIVADO en letras mayúsculas y se lo dio al viejo Jack.

—Gracias —correspondió el viejo—. Le entregaré el documento personalmente en cuanto vuelva.

Barrington asintió, justo en el instante en que el teléfono de su escritorio empezaba a sonar. Esperó a que el viejo Jack saliera del despacho y levantó el auricular.

El viejo Jack decidió ir a la ciudad en tranvía, convencido de que el gasto estaba justificado en una ocasión tan especial. Cuando llegó al banco, veinte minutos después, le dijo al joven de la recepción que tenía una carta para el señor Prendergast. El recepcionista no pareció particularmente impresionado, hasta que el viejo Jack añadió:

—Es del señor Hugo Barrington.

De inmediato, el joven abandonó su puesto y acompañó al viejo a través del vestíbulo del banco y a lo largo de un pasillo, hasta la oficina del gerente. Llamó a la puerta, la abrió y anunció:

—Este caballero tiene una carta del señor Barrington para usted.

El señor Prendergast se levantó como animado por un resorte, le estrechó la mano al viejo y lo condujo hasta una silla delante de su escritorio. El viejo Jack le entregó el sobre, diciendo:

—El señor Barrington me pidió que le diera esto personalmente.

—Sí, desde luego —dijo Prendergast, que de inmediato reconoció la letra de uno de sus clientes más apreciados.

Abrió el sobre con un abrecartas y extrajo el cheque. Lo miró un momento y finalmente dijo:

—Debe de haber un error.

—No hay ningún error —replicó el viejo Jack—. El señor Barrington quiere que abone el importe completo a la Municipalidad de Bristol cuanto antes, tal como le indicó por teléfono hace apenas media hora.

—Pero yo no he hablado con el señor Barrington esta mañana —dijo Prendergast, mientras le devolvía el talón al viejo Jack.

El viejo se quedó mirando el cheque en blanco sin dar crédito a sus ojos. Tardó unos minutos en comprender que Barrington debió de haber cambiado los cheques cuando la señorita Potts entró en el despacho. La verdadera genialidad de su acción había consistido en dirigir el sobre al señor Prendergast y escribir «privado», asegurándose así de que el viejo Jack no lo abriera antes de entregarlo al gerente del banco. El único misterio que aún subsistía para Jack era la identidad de la persona que le había contestado al otro lado de la línea telefónica.

El viejo Jack salió apresuradamente de la oficina, sin decir nada más al señor Prendergast. Atravesó el vestíbulo del banco y salió corriendo a la calle. Sólo tuvo que esperar unos minutos el tranvía del puerto. No había estado ausente mucho más de una hora cuando volvió a atravesar la verja que daba acceso a los muelles.

Un hombre que no reconoció venía andando hacia él. Tenía un aire militar y el viejo Jack se preguntó si la cojera sería consecuencia de una herida sufrida durante la Gran Guerra.

El viejo pasó a toda prisa al lado del desconocido y siguió su camino por los muelles. Sintió alivio al ver que la puerta de su vagón seguía cerrada y, al abrirla, lo complació más aún comprobar que todo estaba tal como lo había dejado. Se arrodilló y levantó la esquina de la alfombra, pero la declaración policial había desaparecido. El inspector Blakemore habría descrito el robo como la obra de un profesional.

El viejo Jack ocupó un asiento de la quinta fila, con la esperanza de que nadie lo reconociera. La catedral estaba tan atestada de gente que algunas personas no habían encontrado asiento ni siquiera en las capillas laterales y habían tenido que quedarse de pie en los pasillos y al fondo.

El obispo de Bath y Wells hizo que al viejo Jack se le llenaran los ojos de lágrimas cuando habló de la incuestionable fe en Dios de su padre y de cómo el canónigo, tras la prematura muerte de su esposa, se había consagrado por entero al servicio de la comunidad.

—Prueba de lo dicho —prosiguió el obispo, extendiendo los brazos como para abarcar a la vasta congregación— es el gran número de los presentes, procedentes de los más diversos ámbitos de la sociedad, venidos para honrar su memoria y rendirle homenaje.

»Aunque este hombre no conocía la vanidad, nunca pudo ocultar el orgullo que le inspiraba su único hijo, Jack, que con su generoso coraje, su arrojo y su disposición a sacrificar incluso su propia vida durante la guerra de los Boers, en Sudáfrica, salvó de una muerte segura a muchos de sus camaradas, lo que le valió ser condecorado con la Cruz Victoria. —Hizo una pausa, bajó la vista hacia la quinta fila y añadió—: Debo decir que me complace verlo hoy entre los presentes.

Varias personas empezaron a buscar a su alrededor a un hombre que no habían visto nunca. Jack bajó la cabeza, avergonzado.

Al final del servicio religioso, muchos miembros de la congregación se acercaron al capitán Tarrant para decirle lo mucho que habían admirado a su padre. Las palabras «dedicación», «altruismo», «generosidad» y «amor» estaban en boca de todos.

Jack se sintió orgulloso de ser hijo de ese hombre y al mismo tiempo avergonzado por haberlo excluido de su vida, lo mismo que al resto de sus semejantes.

Mientras salía, creyó reconocer a un caballero de edad avanzada, de pie en el pórtico de la iglesia, que a todas luces lo estaba esperando para hablar con él. El hombre se adelantó y se levantó el sombrero para saludarlo.

—¿Capitán Tarrant? —le preguntó con una voz que transmitía autoridad.

—¿En qué puedo servirlo? —respondió Jack.

—Me llamo Edwin Trent. Tuve el privilegio de ser el abogado de tu padre y me gusta pensar que también fui uno de sus amigos más antiguos y cercanos.

Jack le estrechó la mano calurosamente.

—Lo recuerdo bien. Usted me enseñó a amar la prosa de Trollope y a apreciar algunas de las técnicas más sutiles del críquet.

—Eres muy amable al recordarlo —repuso Trent, riendo entre dientes—. ¿Te importa si te acompaño a la estación?

—Al contrario.

—Como bien sabes —dijo Trent cuando emprendieron el camino hacia el centro

—, tu padre fue canónigo residente de esta catedral durante los últimos nueve años. También sabrás que no le atraían los bienes mundanos y que compartía lo poco que tenía con los menos afortunados. Si algún día lo canonizaran, seguramente lo nombrarían santo patrono de los vagabundos.

El viejo Jack sonrió. Recordó que una mañana había tenido que ir a la escuela sin desayunar, porque había tres vagabundos durmiendo en el pasillo y, en palabras de su madre, «se habían comido todas las existencias».

—Por eso, cuando leamos su testamento —prosiguió Trent—, veremos que se ha marchado del mundo como llegó: sin nada, aparte del millar de amigos que para él constituían una verdadera fortuna. Antes de morir, me confió un pequeño encargo, por si venías a su funeral. Me pidió que te entregara la última carta que escribió en su vida.

Sacó un sobre de un bolsillo interior del abrigo y se lo tendió al viejo Jack. Se levantó el sombrero una vez más y dijo:

—Con esto cumplo su voluntad. Ha sido un placer volver a encontrarme con su hijo.

—Se lo agradezco, señor. Ojalá no hubiera sido necesario que mi padre se dirigiera a mí por carta.

Jack también alzó su sombrero y los dos hombres se despidieron.

El viejo Jack decidió que no leería la carta de su padre hasta estar en el tren, en el camino de regreso a Bristol. Mientras la locomotora salía de la estación escupiendo nubes de humo gris, Jack se acomodó en un compartimento de tercera clase. De niño le había preguntado una vez a su padre por qué viajaba siempre en tercera y él le había respondido: «Porque no hay cuarta».

Irónicamente, Jack llevaba treinta años viviendo en un vagón de primera clase.

Se tomó su tiempo para abrir el sobre e, incluso después de extraer la carta, no desplegó la hoja, mientras seguía pensando en su padre. Ningún hijo habría podido desear mejor amigo y mentor. Si volvía la vista atrás, todas sus acciones, opiniones y decisiones le parecían una pálida imitación de las de su padre.

Cuando finalmente desplegó la carta, lo invadió otra marea de recuerdos en el instante en que vio la conocida caligrafía de grandes letras redondas, trazadas con tinta negra. Empezó a leer.

Catedral de Wells

Wells, Somerset

26 de agosto de 1936

Mi querido hijo:

Si has tenido la amabilidad de asistir a mi funeral, estarás leyendo esta carta. Déjame agradecerte que hayas estado entre la congregación.

El viejo Jack levantó la vista y se puso a contemplar el campo que pasaba

al otro lado de la ventana. Se sintió culpable una vez más por haber tratado a su padre de manera tan irreflexiva y desconsiderada, y lamentó que fuera tarde para pedirle perdón. Volvió a mirar la carta.

Cuando te concedieron la Cruz Victoria me sentí el padre más orgulloso de Inglaterra. Aún tengo colgado en mi despacho el decreto de tu condecoración. Sin embargo, con el paso de los años, mi felicidad se trocó en tristeza, y llegué a preguntarle al Señor qué había hecho para merecer no sólo la pérdida de tu querida madre, sino también la tuya, la de mi único hijo.

Supongo que debiste tener un noble propósito para volverle la espalda al mundo, pero habría deseado que compartieras conmigo esa razón. Aun así, si estás leyendo esta carta, quizá puedas concederme un último deseo.

El viejo Jack sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se enjugó los ojos, para poder seguir leyendo.

Dios te ha distinguido con un don para el liderazgo y una capacidad poco frecuente para inspirar a tus semejantes. Por eso te suplico que procures no ir a la tumba teniendo que confesar, cuando llegue el momento de presentarte ante tu Creador, que has enterrado el único talento que te dio, como en la parábola de Mateo 25:14-30.

En lugar de eso, utiliza ese don en beneficio del prójimo, para que cuando llegue tu hora, como seguramente llegará, las personas que asistan a tu funeral no piensen solamente en la Cruz Victoria al oír el nombre de Jack Tarrant.

Tu padre, que te quiere.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó una señora, que se había trasladado desde el otro extremo del vagón para sentarse al lado del viejo Jack.

—Sí, gracias —dijo él, sintiendo que las lágrimas le corrían por las mejillas—. Es sólo que hoy he salido de la cárcel.

GILES BARRINGTON

1936-1938

Me llevé una gran alegría cuando vi que Harry entraba por la puerta del colegio el primer día del curso. Yo había pasado las vacaciones de verano en nuestra villa de la Toscana, por lo que no estaba en Bristol cuando se incendió el Tilly's y no me había enterado de nada hasta mi regreso a Inglaterra, el fin de semana anterior al comienzo de las clases. Me habría gustado que Harry hubiera venido con nosotros a Italia, pero mi padre no había querido ni oír hablar del asunto.

No conocía a nadie a quien Harry no le cayera bien, excepto a mi padre, que ni siquiera permitía que mencionáramos su nombre en casa. Una vez le pedí a mi madre que me explicara el porqué de su animadversión, pero ella parecía saber tan poco como yo.

Nunca le insistí a mi padre para que me dijera algo más al respecto, sobre todo porque a sus ojos yo tampoco estaba cubierto de gloria. Estuve a punto de hacerme expulsar de San Beda por robar (¡sabe Dios cómo consiguió arreglarlo!) y, después de eso, lo defraudé al no lograr el ingreso en Eton. Cuando salí del examen, le dije que había hecho todo lo posible, lo cual era verdad, o mejor dicho, era la mitad de la verdad. Y me habría salido con la mía si mi cómplice hubiera mantenido la boca cerrada. Por lo menos, aprendí una lección: si haces un trato con un tonto, no te sorprendas si hace tonterías.

Mi cómplice era el hijo del conde de Bridport, Percy. Su situación era incluso más delicada que la mía, porque siete generaciones de la familia Bridport habían estudiado en Eton y el joven Percy estaba a punto de destrozarse ese estupendo promedio.

Ya se sabe que a veces Eton flexibiliza las normas cuando se trata de miembros de la aristocracia y que ocasionalmente permite que un niño estúpido manche sus aulas; precisamente por eso elegí a Percy para mi pequeño subterfugio. Me di cuenta de que era el cómplice perfecto cuando oí por casualidad que Frob comentaba con otro profesor: «A Bridport sólo le falta ser un poco más listo para llegar a retrasado».

Percy estaba tan desesperado por conseguir una plaza en Eton como lo estaba yo porque me rechazaran, de modo que vi en ello la oportunidad para que los dos lográramos nuestro propósito.

No comenté mi plan con Harry ni con Deakins. Estoy seguro de que Harry se habría opuesto, porque es moralmente muy recto, y Deakins habría sido incapaz de entender por qué puede desear alguien que lo suspendan.

La víspera del examen, mi padre me llevó a Eton en su elegante Bugatti nuevo, que podía ponerse a ciento sesenta por hora, como me demostró en cuanto salimos a la A4. Pasamos la noche en el Swan Arms, el mismo hotel donde se había alojado mi padre veinte años atrás, antes de presentarse al examen de ingreso. Durante la cena, me dejó meridianamente claro que deseaba más que nada en el mundo que yo estudiara en Eton, tanto que estuve a punto de cambiar de idea en el último momento;

pero le había dado mi palabra a Percy Bridport y no me sentí capaz de decepcionarlo.

Percy y yo habíamos cerrado el acuerdo con un apretón de manos cuando aún estábamos en San Beda, tras convenir que, al entrar en la sala del examen, cada uno le daría al secretario el nombre del otro. Por mi parte, me gustó que todo el mundo me llamara «milord», aunque sólo fuera por una hora.

El examen no fue tan complicado como el que había hecho quince días antes para el Colegio Bristol, y tuve la sensación de haber hecho más que suficiente para que Percy ingresara en Eton en septiembre. Al mismo tiempo, las preguntas fueron lo bastante difíciles para estar seguro de que el pequeño conde no me iba a defraudar.

Después de entregar las hojas del examen y recuperar cada uno nuestras verdaderas identidades, yo me fui a tomar el té con mi padre a Windsor. Cuando me preguntó cómo me había ido, le dije que había hecho todo lo posible. Pareció satisfecho con mi respuesta e incluso más relajado, lo que hizo que me sintiera más culpable aún. No disfruté del viaje de vuelta a Bristol y me sentí todavía peor cuando llegué a casa y mi madre me hizo la misma pregunta.

Diez días después, recibí la carta de Eton que decía «Sentimos informarlo...». Mi nota había sido del treinta y dos por ciento. Percy había conseguido un cincuenta y seis por ciento, por lo que tenía plaza para el primer trimestre del curso. Su padre estaba encantado y Frobisher no salía de su asombro.

Todo habría salido a pedir de boca si Percy no le hubiera contado a un amigo cómo había conseguido ingresar en Eton. Su amigo se lo contó a otro amigo, que a su vez se lo contó a otro, que se lo dijo al padre de Percy. Como el conde de Bridport era un hombre de honor, se lo comunicó enseguida al director de Eton. Como resultado, Percy fue expulsado antes incluso de pisar el colegio. Y de no haber sido por una intervención personal de Frobisher, yo habría corrido la misma suerte en el Colegio Bristol.

Mi padre intentó convencer al director de Eton de que se trataba simplemente de un error administrativo, y de que debían asignarme la plaza de Bridport, puesto que en realidad había merecido una nota del cincuenta y seis por ciento en el examen. El argumento fue rechazado a vuelta de correo, ya que Eton no necesitaba un pabellón nuevo para el campo de críquet. El primer día del curso, me presenté en el Colegio Bristol.

Durante mi primer año restablecí hasta cierto punto mi reputación perdida, al anotar cien carreras en tres ocasiones para los Colts. Al final de la temporada ya era titular del equipo. Harry interpretó a Úrsula en *Mucho ruido y pocas nueces*, y Deakins siguió siendo Deakins, por lo que a nadie le sorprendió que ganara el premio al mejor alumno del primer curso.

Durante el segundo año, empecé a notar las dificultades financieras que debía estar atravesando la madre de Harry cuando observé que mi amigo llevaba los

zapatos desatados porque le estaban pequeños, según él mismo reconoció.

Por eso, cuando apenas unas semanas antes de empezar nuestro tercer año, el salón de té Tilly's quedó arrasado por un incendio, no me sorprendió enterarme de que quizá Harry no pudiera continuar sus estudios. Pensé en pedirle a mi padre que lo ayudara, pero mi madre me advirtió de que habría sido una pérdida de tiempo. Por eso me sentí feliz y aliviado al verlo entrar por la puerta del colegio el primer día de clase.

Me dijo que su madre había conseguido un nuevo empleo en el Hotel Royal, en el turno de noche, que había resultado mucho más lucrativo de lo que ella misma había creído en un principio.

Durante las vacaciones de verano, me habría gustado una vez más invitar a Harry a venir con mi familia a la Toscana, pero sabía que mi padre ni siquiera querría considerar la idea. Sin embargo, como la sociedad de amigos del arte, de la que para entonces Harry era secretario, estaba planeando un viaje a Roma, acordamos encontrarnos allí. Con tal de ver a mi amigo, incluso estaba dispuesto a visitar la Villa Borghese.

Aunque vivíamos en nuestra pequeña burbuja particular, en el suroeste de Inglaterra, habría sido imposible pasar por alto lo que estaba sucediendo en el resto de Europa.

El auge de los nazis en Alemania y del fascismo en Italia no parecía afectar al inglés medio, que los sábados seguía disfrutando de su pinta de sidra y su sándwich de queso en la taberna local, antes de ver el partido de críquet (o, en mi caso, de jugarlo). Fue posible mantener durante años esa feliz situación porque la idea de otra guerra con Alemania se hacía insoportable. Nuestros padres habían luchado en la guerra que iba a acabar con todas las guerras, pero, de pronto, lo innumerable parecía estar otra vez en boca de todos.

Harry me dijo en términos nada ambiguos que, en caso de declararse la guerra, él no pensaba asistir a la universidad, sino que se enrolaría de inmediato, como habían hecho su padre y su tío veinte años antes. Mi padre se había «perdido» la guerra, como él mismo decía, porque por desgracia era daltónico, y las autoridades habían creído que podía servir mejor a la patria si se quedaba en su puesto en la naviera, desempeñando un importante papel en el puerto. A decir verdad, nunca supe con certeza cuál había sido ese «importante papel».

Durante nuestro último año en el Colegio Bristol, Harry y yo decidimos tratar de ingresar en algún *college* de Oxford. A Deakins ya le habían ofrecido una beca para el Balliol. Yo quería ir al Christ Church, pero el encargado de nuevos ingresos me informó con la mayor gentileza de que la Casa, como la llamaban, rara vez aceptaba a alumnos de los colegios municipales, por lo que tuve que conformarme con el

Brasenose College, descrito por Bertie Wooster como un lugar más bien mediocre.

Como además Brasenose era el colegio con más tradición en críquet y yo había anotado cien carreras en tres ocasiones durante mi último año como capitán en el Bristol, una de ellas en el campo del Lord's, pensaba que podía tener una oportunidad. De hecho, mi tutor, el doctor Paget, me dijo que, cuando fuera a la entrevista, probablemente me lanzarían una bola en cuanto entrara a la sala. Si la atrapaba, me ofrecerían una plaza, y si la atrapaba con una sola mano, una beca. El rumor resultó ser falso. Sin embargo, tengo que reconocer que mientras tomábamos un refresco, el director del colegio me hizo más preguntas sobre mi promedio anotador que sobre Horacio.

Hubo días buenos y malos durante mis dos últimos cursos de bachillerato. Uno de los mejores fue cuando Jesse Owens ganó cuatro medallas de oro en los Juegos Olímpicos de Berlín, delante de las narices de Hitler, y uno de los peores, cuando Eduardo VIII abdicó para casarse con una norteamericana divorciada.

El país entero estaba dividido acerca de la conveniencia de que el rey hubiera abdicado, como lo estábamos Harry y yo. Yo no lograba comprender que un hombre nacido para ser rey estuviera dispuesto a renunciar al trono para casarse con una divorciada. Harry era mucho más comprensivo con el monarca y decía que nosotros no podíamos entender su sufrimiento mientras no supiéramos lo que era estar enamorado. Yo le insistía en que aquello era una tontería, hasta que el viaje a Roma nos cambió la vida a los dos.

Si Giles creía que había trabajado duramente durante el último curso en San Beda, aquellos dos últimos años en el Colegio Bristol hicieron que Harry y él se familiarizaran con unos horarios que hasta ese momento sólo Deakins conocía.

El doctor Paget, tutor del último curso, les dijo con la mayor claridad que si esperaban conseguir una plaza para Oxford o Cambridge, tenían que olvidar cualquier otra actividad, porque debían dedicar cada hora del día a la preparación de los exámenes de ingreso.

Giles esperaba ser el capitán del primer equipo de la escuela durante el último curso, mientras que Harry ansiaba conseguir un papel protagonista en la obra del colegio. Al doctor Paget no le pareció bien su propósito, aunque ese año *Romeo y Julieta* entrara en el examen de Oxford.

—De acuerdo, pero tendrán que renunciar a todas las otras actividades —dijo con firmeza.

Muy a su pesar, Harry abandonó el coro, lo que le supuso tener otras dos tardes libres por semana para estudiar. Pero había una actividad a la que ningún alumno podía renunciar: todos los martes y jueves, a las cuatro en punto de la tarde, los estudiantes tenían que situarse en formación en el campo de maniobras, completamente equipados y listos para la inspección, como miembros del cuerpo de entrenamiento militar de oficiales.

—¡No podemos permitir que las Juventudes Hitlerianas creen que no vamos a estar preparados para recibirlas si Alemania comete la estupidez de declararnos la guerra por segunda vez! —gritaba el sargento.

Cada vez que el sargento Roberts pronunciaba ese discurso, un estremecimiento recorría las filas de los estudiantes, cada vez más convencidos de que sus probabilidades de cambiar la universidad por el frente y de ir a luchar en algún campo de batalla extranjero iban en aumento.

Harry se tomó en serio el discurso del sargento y en poco tiempo recibió los galones de cadete. Giles no le prestó tanta atención, porque sabía que si lo llamaban a filas, podía hacer como su padre y recurrir a la excusa del daltonismo para no tener que enfrentarse al enemigo cara a cara.

Deakins mostró muy poco interés por la instrucción militar, porque como él mismo decía, con una certeza imposible de contradecir:

—No es necesario saber montar una ametralladora ligera para formar parte de los servicios de inteligencia.

Cuando las largas noches de verano empezaron a hacerse más cortas, todos se dispusieron a disfrutar de unas breves vacaciones, antes de regresar al colegio para el último curso, a cuyo término tendrían que volver a hacer frente a los examinadores. Una semana después del final del curso, los tres amigos habían iniciado sus

vacaciones. Giles se había reunido con su familia en su villa de la Toscana y Harry había viajado a Roma con la sociedad de amigos del arte. Deakins, por su parte, se había encerrado en la biblioteca central de Bristol, donde rehuía el contacto con todo ser humano, a pesar de tener ya asegurada una plaza para Oxford.

Con los años, Giles había llegado a aceptar que si quería ver a Harry durante las vacaciones, tenía que asegurarse de que su padre no se enterara, porque de lo contrario... Para lograrlo, sin embargo, a menudo tenía que convencer a su hermana Emma de que participara en el complot, y ella no perdía la oportunidad de sacar algún provecho antes de avenirse a ser su cómplice.

—Si tú empiezas esta noche durante la cena, yo te sigo —le dijo Giles, tras exponerle los detalles de su último plan.

—Me parece el orden natural de las cosas —respondió Emma con irónico desdén.

Cuando estuvo servido el primer plato, Emma le preguntó inocentemente a su madre si podía llevarla a la Villa Borghese al día siguiente, ya que su profesora de arte le había recomendado encarecidamente la visita. En realidad, sabía perfectamente que su madre ya había hecho otros planes.

—Lo siento mucho, cielo —dijo la señora Barrington—, pero mañana tu padre y yo tenemos pensado comer en Arezzo con los Henderson. Si quieres, puedes venir con nosotros.

—Giles puede llevarte a Roma —intervino su padre desde el otro extremo de la mesa.

—¿Es obligatorio? —preguntó Giles, que había estado a punto de hacer la misma sugerencia.

—Sí, lo es —replicó su padre con firmeza.

—¡Pero, papá! ¿Para qué vamos a ir? Está tan lejos que cuando lleguemos ya casi será la hora de volver. No merece la pena.

—A menos que paséis la noche en el Hotel Plaza. Llamaré a primera hora de la mañana y reservaré dos habitaciones.

—¿Estás seguro de que tienen edad de alojarse solos en un hotel? —preguntó la señora Barrington con cierta preocupación en la voz.

—Giles cumplirá dieciocho años dentro de unas semanas. Ya es hora de que se haga mayor y asuma algunas responsabilidades.

El muchacho inclinó la cabeza, como cediendo dócilmente a la voluntad de su padre.

A la mañana siguiente, un taxi los llevó a la estación, justo a tiempo para coger el primer tren a Roma.

—Cuida mucho de tu hermana —fueron las últimas palabras de su padre antes de que salieran de casa.

—La cuidaré —prometió Giles, cuando el coche arrancaba.

Varios hombres se levantaron para ofrecerle el asiento a Emma cuando entró en el vagón, pero Giles tuvo que hacer todo el trayecto de pie. Al llegar a Roma fueron en taxi a la Via del Corso y, una vez allí, se registraron en el hotel y siguieron viaje hasta la Villa Borghese. A Giles le sorprendió ver gran cantidad de jóvenes más o menos de su edad que vestían uniforme y observó que prácticamente en cada columna y cada farola de la ciudad había un cartel de Mussolini.

Cuando el taxi los dejó, siguieron andando por los jardines, donde se cruzaron con más jóvenes vestidos con uniforme y vieron más carteles aún del Duce, antes de llegar finalmente a la palaciega Villa Borghese.

Harry le había anunciado en una de sus cartas que su visita a la galería comenzaría a las diez en punto. Giles consultó el reloj: eran las once y pocos minutos; con suerte, la visita estaría a punto de finalizar. Compró dos entradas, le dio una a Emma, subió la escalinata y emprendió la búsqueda del grupo de estudiantes. Sin ninguna prisa, Emma se dedicó a admirar las estatuas de Bernini que dominaban las cuatro primeras salas. Giles fue de una sala a otra, hasta dar con un grupo de jóvenes con chaquetas de color burdeos y pantalones de franela negra, congregados en torno a un pequeño retrato de un anciano con hábito de seda de color crema y mitra blanca.

—Allí están —dijo, pero Emma ya no estaba a su lado.

Sin volver a pensar ni una vez más en su hermana, Giles se dirigió hacia el grupo. En el instante en que la vio, olvidó la razón que lo había llevado a Roma.

—Caravaggio recibió el encargo de pintar este retrato del papa Pablo V en 1605 —dijo la guía con un leve acento extranjero—. Observaréis que no está terminado y eso se debe a que el artista tuvo que huir de Roma.

—¿Por qué? —preguntó uno de los chicos más jóvenes de la primera fila, que claramente tenía toda la intención de ocupar el lugar de Deakins en un futuro próximo.

—Porque se vio envuelto en una reyerta de borrachos y acabó matando a un hombre.

—¿Lo metieron en la cárcel? —preguntó el mismo chico.

—No —dijo la guía—. Caravaggio siempre conseguía huir a otra ciudad cada vez que las fuerzas del orden lo cercaban; pero al final, el Santo Padre decidió indultarlo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar el mismo estudiante.

—Porque quería hacerle varios encargos más. Algunos de esos encargos están entre las dieciséis obras del pintor que aún pueden verse en Roma.

En ese momento, Harry divisó a Giles, que contemplaba el cuadro con boquiabierta admiración. Abandonó el grupo y fue al encuentro de su amigo.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —preguntó.

—El suficiente para enamorarme —replicó Giles, con la mirada fija en la guía turística.

Harry se echó a reír cuando comprendió que no era el cuadro lo que acaparaba la

atención de su amigo, sino la mujer joven, elegante y segura de sí misma que hablaba al grupo de estudiantes.

—Creo que está fuera de tu alcance por la edad —expresó Harry—, e incluso fuera de tu alcance económico.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —repuso Giles, mientras la guía conducía al pequeño grupo a la siguiente sala.

Giles la siguió obedientemente y se situó en un lugar que le permitía verla con claridad mientras el resto del grupo estudiaba la estatua *Paolina Borghese*, obra de Canova, «probablemente el escultor más grande de todos los tiempos», según la guía. Giles no tenía la menor intención de contradecirla.

—Bueno, con esto llegamos al final de la visita —anunció ella—. Me quedaré unos minutos más, por si algunos de vosotros tiene más dudas. No temáis en preguntarme.

Giles no lo dudó.

Harry se quedó mirando divertido, mientras su amigo se acercaba a la joven italiana y empezaba a hablar con ella como si la conociera de toda la vida. Ni siquiera el chico de la primera fila se atrevió a interrumpirlos. Giles volvió a reunirse con Harry al cabo de unos minutos, con una gran sonrisa que le ocupaba toda la cara.

—Ha aceptado cenar conmigo esta noche.

—No me lo puedo creer.

—Pero hay un problema —añadió Giles, sin prestar atención a la expresión de incredulidad de su amigo.

—Más de uno, sospecho.

—... Un problema que no podré superar sin tu ayuda.

—Necesitas que alguien te acompañe —sugirió Harry—, por si intenta propasarse.

—No seas imbécil. Necesito que te ocupes de mi hermana mientras Caterina me enseña la vida nocturna de Roma.

—Ni lo sueñes —respondió Harry—. No he venido hasta Roma para hacer de niñera.

—¡Eres mi mejor amigo! —suplicó Giles—. ¿A quién podría recurrir, si tú no me ayudas?

—¿Por qué no lo intentas con la estatua de Paolina Borghese? No creo que tenga planes para esta noche.

—Lo único que tienes que hacer es llevarla a cenar y asegurarte de que esté en la cama a las diez.

—Perdona que lo mencione, Giles, pero ¿tú no habías venido a Roma para cenar conmigo?

—Te daré mil liras si me la quitas de encima. Y aún podremos desayunar juntos en mi hotel por la mañana.

—No creas que soy tan fácil de sobornar.

—Y además —dijo Giles, jugando su mejor baza—, te regalaré mi grabación de Caruso cantando *La Bohème*.

Harry se volvió y vio que había una chica a su lado.

—A propósito —comentó Giles—. Ésta es mi hermana Emma.

—Hola —saludó Harry, y volviéndose hacia Giles, añadió—: Trato hecho.

A la mañana siguiente, cuando Harry se reunió con Giles para desayunar en el Hotel Palace, su amigo lo recibió con la misma sonrisa de orgullo que solía lucir poco después de anotar cien carreras en un solo partido.

—¿Cómo te ha ido con Caterina? —preguntó Harry, con muy pocas ganas de oír la respuesta.

—Mucho mejor de lo que habría podido soñar.

Harry estaba a punto de pedir más detalles, cuando se le acercó un camarero.

—*Cappuccino, per favore* —dijo, y a continuación preguntó—: ¿Hasta dónde te dejó llegar?

—Hasta el final —respondió Giles.

Harry se quedó boquiabierto, incapaz de articular palabra.

—Entonces ¿tú...?

—¿Yo qué?

—¿Tú...? —Lo intentó Harry otra vez.

—¿Sí?

—¿La viste desnuda?

—Sí, claro.

—¿Todo el cuerpo?

—Por supuesto —respondió Giles, mientras el camarero depositaba la taza de café delante de Harry.

—¿La parte de abajo y la de arriba también?

—Todo —precisó Giles—. Absolutamente todo.

—¿Le tocaste las tetas?

—De hecho, le lamí los pezones —explicó Giles, antes de beber un sorbo de café.

—¿Que hiciste qué?

—Lo que has oído —insistió Giles.

—Pero ¿tú...? ¿También...?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Perdí la cuenta —dijo Giles—. Era insaciable. Siete veces, tal vez ocho. No me dejó dormir. Todavía estaría con ella, si no fuera porque tenía que presentarse en los Museos Vaticanos a las diez para hacer de guía a otra panda de niñatos.

—Pero ¿y si se queda embarazada? —preguntó Harry.

—No seas ingenuo, Harry. Recuerda que es italiana. —Después de dar otro sorbo

a su café, preguntó—: ¿Qué tal se portó mi hermana?

—La comida era excelente. Por cierto, me debes el disco de Caruso.

—¿Tan malo fue? Bueno, no todos podemos ganar.

Ninguno de los dos había notado que Emma había entrado en la sala y estaba de pie junto a la mesa. Al verla, Harry se levantó de un salto y le ofreció su asiento.

—Siento abandonaros —dijo—, pero tengo que estar en los Museos Vaticanos a las diez.

—¡Dale mi cariño a Caterina! —le gritó Giles, al tiempo que Harry salía casi corriendo del salón donde se servía el desayuno.

Giles esperó a que Harry se hubiera perdido de vista para preguntar a su hermana:

—¿Qué tal la cena?

—Pudo haber sido peor —respondió ella, cogiendo un cruasán—. Es un poco serio, ¿no?

—Deberías conocer a Deakins.

Emma se echó a reír.

—Bueno, al menos la comida estaba rica. Pero no olvides que ahora soy la propietaria de tu gramófono.

Más adelante Giles la describiría como la noche más memorable de su vida, por los peores motivos.

La función anual era uno de los principales acontecimientos en el calendario del Colegio Bristol, entre otras cosas porque la ciudad se enorgullecía de una gran tradición teatral, y 1937 resultó ser un gran año.

El colegio, como muchos otros del país, programó para su función una de las obras de Shakespeare que entraban en el examen de ingreso. La elección estaba entre *Romeo y Julieta* y *Sueño de una noche de verano*, y el doctor Paget se había decantado por la tragedia en lugar de la comedia, más que nada porque disponía de un Romeo, pero no tenía un Nick Bottom.

Por primera vez en su historia, el colegio había invitado a participar en las audiciones para los distintos papeles a las niñas del colegio femenino de la otra punta de la ciudad, pero no sin antes mantener varias conversaciones con la señorita Webb, la directora, que había insistido en una serie de normas básicas que habrían impresionado a una madre superiora.

La obra se representaría en tres funciones, en tres noches consecutivas, la última semana del curso. Como siempre, las entradas para la noche del sábado fueron las primeras en agotarse, porque los antiguos alumnos y los padres de los actores querían asistir a la última función.

Giles esperaba nervioso en el vestíbulo, mirando cada pocos segundos el reloj, aguardando con impaciencia la llegada de sus padres y de su hermana más pequeña. Tenía la esperanza de que Harry ofreciera otra brillante interpretación y de que su padre finalmente se aviniera a aceptarlo.

El crítico del *Bristol Evening World* había descrito la actuación de Harry como «muy madura para su edad», pero había reservado los mayores elogios para Julieta, de quien dijo que ni siquiera en Stratford había visto interpretar una escena de la muerte tan conmovedora.

Giles le estrechó la mano al señor Frobisher cuando éste entró en el vestíbulo del teatro. Su antiguo director le presentó a su acompañante, un tal señor Holcombe, antes de entrar en la sala para ocupar su asiento.

Un murmullo se extendió entre el público mientras el capitán Tarrant bajaba por el pasillo central de la sala para instalarse en su localidad de la primera fila. Su reciente nombramiento como miembro del consejo de dirección del colegio había merecido una amplia aprobación. Mientras se inclinaba hacia un lado para intercambiar unas palabras con el presidente del consejo, vio a Maisie Clifton, sentada apenas unas filas más atrás. La saludó con una cálida sonrisa, pero no reconoció al hombre sentado a su lado. La siguiente sorpresa se la llevó cuando leyó el reparto.

El director del colegio y la señora Barton estuvieron entre los últimos en entrar en

la gran sala. Se acomodaron en la primera fila, junto a sir Walter Barrington y el capitán Tarrant.

Giles se ponía más nervioso con cada minuto que pasaba. Empezaba a preguntarse si sus padres llegarían a tiempo, antes de que se levantara el telón.

—Lo siento mucho, Giles —dijo su madre cuando finalmente apareció—. La culpa ha sido mía. Se me hizo tarde —añadió, mientras Grace y ella entraban apresuradamente en la sala.

Unos metros más atrás las seguía su padre, que levantó las cejas a modo de saludo al verlo. Giles no le dio la hoja del programa, porque quería que fuera una sorpresa, aunque ya le había dado la noticia a su madre, que al igual que él, esperaba que su marido finalmente tratara a Harry como correspondía a un amigo de la familia y no a un desconocido.

El telón se levantó apenas unos segundos después de que los Barrington ocuparan sus localidades, y un susurro de expectación se extendió entre el nutrido público.

Cuando Harry hizo su primera aparición, Giles lanzó un vistazo en dirección a su padre. Al no notar ninguna reacción inmediata, empezó a relajarse por primera vez en lo que iba de la velada. Pero la tranquilidad sólo duró hasta la escena del baile, cuando Romeo (y también Hugo) vio a Julieta por primera vez.

Algunos de los ocupantes de las butacas cercanas a los Barrington se mostraron irritados por un hombre que les impedía disfrutar de la obra, pues murmuraba audiblemente y exigía ver el programa. Y se irritaron más aún después de que Romeo dijo: «¿No es ésa la hija de Capuleto?», porque entonces Hugo Barrington se puso de pie y abandonó precipitadamente su asiento, sin preocuparse por cuántos pies pisaba. Recorrió como una tromba el pasillo central, empujó las puertas batientes y desapareció en la noche. Pasó cierto tiempo antes de que Romeo recuperara la compostura.

Sir Walter trató de aparentar que no había notado lo sucedido a sus espaldas, mientras el capitán Tarrant fruncía el ceño, pero sin desviar ni una vez la vista del escenario. Si se hubiera vuelto, habría visto que la señora Clifton no prestaba atención a la inopinada salida de Barrington y se concentraba en cada una de las palabras que intercambiaban los dos jóvenes amantes.

Durante el intermedio, Giles salió a buscar a su padre, pero no lo encontró. Miró en el aparcamiento, pero no había ni rastro del Bugatti. Cuando volvió al vestíbulo del teatro, vio a su abuelo inclinado, susurrando algo al oído de su madre.

—¿Qué le ha pasado a Hugo? ¿Se ha vuelto loco? —preguntó sir Walter.

—No, sigue tan cuerdo como siempre —respondió Elizabeth sin tratar de disimular su ira.

—Entonces ¿qué demonios pretende?

—No tengo la menor idea.

—¿Será posible que tenga algo que ver con Clifton?

La madre de Giles habría respondido, si en ese momento no se les hubiera

acercado Jack Tarrant.

—Su hija tiene un talento admirable, Elizabeth —dijo el capitán, besándole la mano—, además de haber heredado su belleza.

—¡Usted siempre tan zalamero, Jack! —replicó ella, antes de añadir—: ¿Conoce a mi hijo Giles?

—Buenas noches, señor —saludó Giles—. Es un gran honor conocerlo. Lo felicito por su reciente nombramiento.

—Gracias, joven —contestó Tarrant—. Y ¿qué le ha parecido la actuación de su amigo?

—Excelente, pero ¿sabía usted...?

—Buenas noches, señora Barrington.

—Buenas noches, señor director.

—Vengo a sumarme a la larga cola de todos los que habrán venido a expresarle su...

Giles vio que el capitán Tarrant se apartaba discretamente para ir a hablar con la madre de Harry y se preguntó cómo se conocían.

—Cuánto me alegro de verlo, capitán Tarrant.

—Y yo a usted, señora Clifton. ¡Está espléndida esta noche! Si Cary Grant hubiese sabido que en Bristol había una belleza como la suya, no nos habría abandonado para irse a Hollywood. —Después bajó la voz—. ¿Usted ya sabía que Emma Barrington iba a interpretar a Julieta?

—No, Harry no me lo dijo —respondió Maisie—. Después de todo, ¿por qué iba a decírmelo?

—Esperemos que el afecto mutuo que se profesan en el escenario no pase de ser una buena actuación, porque si de verdad eso es lo que sienten el uno por el otro, entonces puede que tengamos un problema mucho mayor. —Miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie los estaba escuchando—. Imagino que aún no le habrá dicho nada a Harry.

—Ni una palabra —contestó Maisie—. Y a juzgar por la poco educada reacción de Barrington, se diría que él también se ha llevado una sorpresa.

—Buenas noches, capitán Tarrant —dijo la señorita Monday, tocando a Jack en un brazo. A su lado estaba la señorita Tilly—. ¡Qué amable ha sido al venir desde Londres para ver a su protegido!

—Mi querida señorita Monday —replicó Tarrant—, Harry es tan protegido suyo como mío, y estará encantado de saber que ha venido usted desde Cornualles para ver su actuación.

Cuando todos hubieron regresado a sus butacas, se levantó el telón de la segunda parte, aunque una de las localidades de la sexta fila seguía ostensiblemente vacía. La escena de la muerte arrancó lágrimas incluso a algunos espectadores que jamás habían llorado en público, y la señorita Monday lloró como no lo hacía desde que a Harry le había cambiado la voz.

En el instante en que cayó el telón, todo el público se puso de pie como un solo hombre. Harry y Emma fueron recibidos con una tormenta de aplausos cuando se presentaron en el escenario cogidos de la mano, mientras hombres hechos y derechos que rara vez expresaban sus sentimientos se unían a la ovación.

Cuando se volvieron para hacerse una reverencia mutua, la señora Barrington sonrió y se sonrojó.

—¡Dios santo, no estaban actuando! —exclamó en voz lo suficientemente alta para que Giles la oyera.

La misma idea había cruzado la mente de Maisie Clifton y Jack Tarrant mucho antes de que los actores salieran por última vez a saludar al público.

Tras bastidores, la señora Barrington, Giles y Grace se encontraron a Romeo y Julieta aún cogidos de la mano, atendiendo a una cola de gente ansiosa por cubrirlos de elogios.

—Has estado fantástico —dijo Giles, dándole a su amigo una palmada en la espalda.

—Yo estuve bien —replicó Harry—, pero Emma estuvo maravillosa.

—¿Cuándo ha empezado esto? —le susurró Giles.

—En Roma —reconoció Harry con una sonrisa traviesa.

—¡Y pensar que sacrifiqué mi grabación de Caruso, por no mencionar mi gramófono, para que estuvierais juntos!

—Además de pagar la cena de nuestra primera cita...

—¿Dónde está papá? —preguntó Emma, mirando a su alrededor.

Grace estaba a punto de contarle a su hermana lo sucedido cuando apareció el capitán Tarrant.

—Enhorabuena, muchacho —dijo—. Estuviste espléndido.

—Gracias, señor —contestó Harry—, pero creo que todavía no le han presentado a la verdadera estrella del espectáculo.

—No, pero déjeme que le asegure, señorita, que si yo fuera cuarenta años más joven, me desharía rápidamente de todos mis rivales.

—Usted no tiene rivales en mi afecto —dijo Emma—. Harry no deja de repetirme lo mucho que le debe.

—Yo también le debo mucho a él —replicó Jack, mientras Harry encontraba a su madre y la rodeaba con sus brazos.

—¡Estoy tan orgullosa de ti...! —proclamó Maisie.

—Gracias, mamá. Pero déjame que te presente a Emma Barrington —dijo, apoyando una mano en la cintura de Emma.

—Ahora ya sé por qué su hijo es tan guapo —alabó Emma, cogiendo de la mano a Maisie—. Me gustaría presentarle a mi madre.

Maisie llevaba muchos años pensando en ese encuentro, pero nunca había imaginado que fuera a producirse de esa manera. Cuando le estrechó la mano a Elizabeth Barrington, lo hizo con aprensión, pero la sonrisa que encontró fue tan

cálida y sincera que muy pronto comprendió que la esposa de Hugo ignoraba por completo la posible conexión entre sus familias.

—Y éste es el señor Atkins —dijo Maisie, presentando al hombre que había estado sentado a su lado durante la función.

Harry no había visto nunca al señor Atkins. Contemplando el abrigo de pieles de su madre, se preguntó si aquel hombre sería la razón de que él tuviera últimamente tres pares de zapatos.

Estaba a punto de dirigirle la palabra al señor Atkins cuando lo interrumpió el doctor Paget, que estaba ansioso por presentarle al profesor Henry Wyld. Harry reconoció el nombre de inmediato.

—Me han dicho que le gustaría venir a Oxford a estudiar inglés —dijo Wyld.

—Sólo si puedo ser su alumno.

—Veo que el encanto de Romeo no se agota en el escenario.

—Permítame que le presente a Emma Barrington, señor.

El profesor Wyld, titular de la Cátedra Merton de Lengua y Literatura Inglesa de la Universidad de Oxford, inclinó levemente la cabeza.

—Ha estado magnífica, señorita.

—Gracias —contestó Emma—. Yo también espero ser alumna suya —añadió—. He presentado mi solicitud para estudiar en Oxford, en concreto en Somerville, el curso que viene.

Jack Tarrant echó una mirada a la señora Clifton y notó el horror reflejado en sus ojos.

—Abuelo —dijo Giles, cuando se les unió el presidente del consejo de dirección—, creo que no conoces a mi amigo Harry Clifton.

Sir Walter le estrechó la mano a Harry con amable firmeza, antes de abrazar a su nieta.

—Los dos habéis llenado de orgullo a este viejo —dijo.

Jack y Maisie comprendieron con dolorosa claridad que los «desgraciados amantes de Verona» ni siquiera sospechaban el alcance de los problemas que habían desencadenado.

Sir Walter ordenó a su chófer que llevara a la señora Barrington y a sus hijos a Manor House. Pese al éxito de Emma, su madre no hizo el menor intento de ocultar sus sentimientos mientras el coche se dirigía a Chew Valley. Cuando atravesaron la verja y enfilaron el sendero hacia la casa, Giles observó que aún había luz en el gabinete.

En cuanto el chófer los dejó, Elizabeth ordenó a Giles, Emma y Grace que se fueran a la cama, en un tono de voz que ninguno de ellos había oído desde hacía años, mientras ella misma se dirigía al gabinete. A su pesar, Giles y Emma subieron la amplia escalinata, pero se sentaron en el peldaño más alto en cuanto perdieron de vista a su madre; Grace obedeció y se fue a su habitación. Giles llegó incluso a

preguntarse si su madre habría dejado la puerta abierta adrede.

Cuando Elizabeth entró en la habitación, su marido no se molestó en ponerse de pie. A su lado, sobre la mesa, había un vaso y una botella de whisky medio vacía.

—Seguramente tendrás alguna explicación para tu imperdonable conducta.

—No tengo nada que explicarte.

—No sé cómo, pero Emma ha conseguido reponerse de tu terrible comportamiento de esta noche.

Barrington se sirvió otro whisky y bebió un trago.

—He dispuesto que Emma salga de inmediato de su colegio. Estudiará el próximo curso en una escuela lo suficientemente alejada para estar seguros de que nunca vuelva a ver a ese chico.

En lo alto de la escalera, Emma rompió a llorar. Giles le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué puede haber hecho Harry Clifton para que te comportes de manera tan abominable?

—No es asunto tuyo.

—¡Claro que es asunto mío! —exclamó Elizabeth, tratando de conservar la calma—. Estamos hablando de nuestra hija y del mejor amigo de tu hijo. Si Emma se ha enamorado de Harry, como todo hace pensar, no creo que haya un joven más agradable y honesto al que pueda entregarle el corazón.

—La madre de Harry Clifton es una ramera. Por eso la dejó su marido. Y te lo repito: no permitiré que Emma vuelva a cruzar una palabra con ese bastardo.

—Me voy a la cama antes de perder los estribos —dijo Elizabeth—. Ni se te ocurra venir a acostarte conmigo en ese estado.

—No pensaba acostarme contigo en ningún estado —replicó Barrington, mientras se servía otro whisky—. Hasta donde me alcanza la memoria, no me has dado nunca ningún placer en la cama.

En lo alto de la escalera, Emma se levantó de un salto, corrió a su dormitorio y cerró la puerta. Giles no se movió.

—Es evidente que estás borracho —sentenció Elizabeth—. Hablaremos de esto por la mañana, cuando estés sobrio.

—No habrá nada que hablar por la mañana —replicó Barrington arrastrando las palabras, mientras su mujer abandonaba la habitación. Un instante después, dejó caer la cabeza sobre el cojín y empezó a roncar.

Cuando Jenkins descorrió las cortinas del gabinete poco antes de las ocho, a la mañana siguiente, no se sorprendió al encontrar a su patrón profundamente dormido en un sillón, vestido aún con su esmoquin.

El sol de la mañana despertó a Barrington, que parpadeó y miró al mayordomo, antes de consultar el reloj.

—Un coche vendrá a buscar a la señorita Emma dentro de una hora, Jenkins. Compruebe que esté lista y con las maletas preparadas.

—La señorita Emma no está en casa, señor.

—¿Qué? Y ¿dónde está? —quiso saber Barrington, mientras trataba de ponerse de pie, aunque sólo consiguió tambalearse un momento y volver a caer en el sillón.

—No lo sé, señor. Salió con la señora Barrington poco después de medianoche.

—¿A dónde crees que habrán ido? —preguntó Harry, cuando Giles le contó lo sucedido desde que habían regresado a casa la noche anterior.

—No tengo ni la menor idea —respondió Giles—. Yo estaba dormido cuando se marcharon. Lo único que pude sonsacarle a Jenkins fue que se habían ido en taxi a la estación poco después de la medianoche.

—¿Y dices que tu padre estaba borracho cuando volvisteis anoche a casa?

—Como una cuba, y todavía no se le había pasado del todo cuando bajé esta mañana a desayunar. Seguía gritando e insultando a todo el que se cruzara en su camino. Incluso trató de culparme a mí por todo lo sucedido. Fue entonces cuando decidí irme a casa de mis abuelos.

—¿Crees que tu abuelo sabe dónde están?

—No, no lo creo, aunque no pareció sorprendido cuando le conté lo que había pasado. Mi abuela dijo que podía quedarme con ellos todo el tiempo que quisiera.

—Si el taxi las llevó a la estación —dijo Harry—, no pueden estar en Bristol.

—A estas horas, podrían estar en cualquier parte —replicó Giles.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, hasta que Harry sugirió:

—¿Tal vez en vuestra casa de la Toscana?

—Poco probable —contestó Giles—. Es lo primero que pensaría mi padre, por lo que no sería un refugio muy seguro.

—Entonces tiene que ser un lugar al que tu padre no vaya sin antes pensárselo dos veces. —Los dos chicos volvieron a guardar silencio, hasta que Harry dijo—: Se me ocurre una persona que puede saber dónde están.

—¿Quién?

—El viejo Jack —respondió Harry, que todavía no se había acostumbrado a llamarlo «capitán Tarrant»—. Sé que se ha hecho amigo de tu madre y que ella confía en él.

—¿Sabes dónde puede estar ahora?

—Cualquiera que lea el *The Times* lo sabe —respondió Harry con sorna.

Giles le dio a su amigo un puñetazo en el hombro.

—Entonces ¿dónde está, listillo?

—En su oficina de Londres. En Soho Square, si no recuerdo mal.

—Siempre he querido tener una excusa para pasar un día en Londres —expresó Giles—. Es una pena que me haya dejado todo el dinero en casa.

—Ningún problema —replicó Harry—. Yo tengo dinero de sobra. Ese tipo, Atkins, me dio un billete de cinco, aunque especificó que tenía que gastármelo en libros.

—No te preocupes —dijo Giles—. Hay un plan alternativo.

—¿Cuál? —preguntó Harry, esperanzado.

—Podemos sentarnos y esperar a que Emma te escriba.

Entonces fue Harry quien le dio un puñetazo a su amigo.

—De acuerdo —aclaró—, pero será mejor que salgamos ya mismo, antes de que alguien descubra lo que estamos tramando.

—No estoy acostumbrado a viajar en tercera clase —comentó Giles, mientras el tren salía de Temple Meads.

—Mientras pague yo, será mejor que te vayas acostumbrando —replicó Harry.

—Dime, ¿qué hace exactamente tu amigo el capitán Tarrant? Sé que el gobierno lo ha nombrado director de la Unidad de Ciudadanos Desplazados. El título me parece bastante impresionante, pero no tengo ni idea de lo que significa.

—El propio título lo dice —respondió Harry—. Es el responsable de encontrar alojamiento a los refugiados, en particular a las familias que huyen de la tiranía de la Alemania nazi. Para él, es una continuación del trabajo de su padre.

—Un gran tipo, tu amigo el capitán Tarrant.

—Ni te lo imaginas —dijo Harry.

—Sus billetes, por favor.

Los dos chicos pasaron la mayor parte del trayecto tratando de deducir dónde podrían estar Emma y la señora Barrington, pero cuando el tren entró en la estación de Paddington, aún no habían llegado a ninguna conclusión.

Se desplazaron en metro hasta Leicester Square, salieron a la calle soleada y se pusieron a buscar Soho Square. Mientras recorrían el West End, Giles se distrajo tanto con las brillantes luces de neón y los escaparates llenos de artículos que no había visto nunca que Harry tuvo que recordarle en varias ocasiones la razón de su visita a Londres.

Cuando llegaron a Soho Square, ninguno de los dos habría podido pasar por alto la corriente incesante de hombres, mujeres y niños de aspecto desaliñado y cabeza gacha que entraban y salían de un gran edificio, al otro lado de la plaza.

Los dos jóvenes, vestidos con chaqueta azul marino, pantalón gris y corbata, parecieron fuera de lugar cuando entraron en el edificio y se pusieron a seguir las flechas que guiaban hacia la tercera planta. Varios de los refugiados se apartaron para dejarlos pasar, suponiendo que eran unos representantes oficiales.

Giles y Harry se pusieron al final de la larga cola que encontraron a las puertas del despacho del director, y habrían pasado allí el resto del día de no haber sido porque los vio casualmente una secretaria al salir. La mujer se dirigió a Harry y le preguntó si deseaba ver al capitán Tarrant.

—Sí —contestó Harry—. Es un viejo amigo mío.

—Lo sé —replicó ella—. Te he reconocido de inmediato.

—¿Cómo? —preguntó el muchacho.

—Tiene una fotografía tuya en su mesa —observó la secretaria—. Seguidme. El capitán Tarrant estará encantado de recibirlos.

La cara del viejo Jack se iluminó cuando los dos chicos (que ya no lo eran tanto, sino dos hombres jóvenes) entraron en el despacho.

—Me alegro mucho de veros —dijo, levantándose para estrecharles las manos—. ¿De quién estáis huyendo esta vez? —agregó con una sonrisa.

—De mi padre —respondió Giles con voz serena.

El viejo Jack atravesó la habitación, cerró la puerta e indicó a los muchachos que se sentaran en un sofá bastante incómodo. Acercó una silla y escuchó con gran atención el relato de todo lo sucedido desde que se habían visto la noche anterior en la función del colegio.

—Vi que tu padre se iba del teatro, claro —dijo el viejo Jack—, pero nunca habría imaginado que podía tratar de manera tan execrable a tu madre y a tu hermana.

—¿Tiene idea de dónde pueden estar? —preguntó Giles.

—No, pero si tuviera que adivinarlo, diría que han ido a casa de tu abuelo.

—No, señor, allí no están. He estado con mi abuelo esta mañana y tampoco sabe su paradero.

—No he dicho cuál de los dos abuelos —replicó Jack.

—¿Lord Harvey? —preguntó Harry.

—Es lo que yo supondría —dijo Jack—. Se sentirán seguras con él, y confiarán en que Barrington se lo piense dos veces antes de llamar a su puerta.

—Mi abuelo tiene al menos tres casas, que yo sepa —repuso Giles—. No sabría por dónde empezar.

—¡Pero yo sé exactamente dónde está tu abuelo! —exclamó Harry.

—¿Ah, sí? —Se asombró Giles—. ¿Dónde?

—En su finca de Escocia.

—Pareces muy seguro —dijo Jack.

—Sólo porque la semana pasada le envié un mensaje a Emma para decirle que no iba a poder asistir a la función. Parece ser que tiene la costumbre de pasar los meses de diciembre y enero en Escocia. Pero no recuerdo su dirección.

—Castillo de Mulgelrie, cerca de Mulgelrie, Highlands —recitó Giles.

—Excelente memoria —alabó Jack.

—No tanto. Hace años que mi madre me hace escribir cartas de agradecimiento a todos mis parientes después de Navidad. Pero como nunca he visitado Escocia, no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar ese lugar.

El viejo Jack se puso de pie y extrajo un voluminoso atlas de la librería que había detrás de su escritorio. Buscó Mulgelrie en el índice alfabético, pasó varias páginas y depositó el atlas abierto sobre la mesa. Señalando con un dedo el trayecto de Londres a Escocia, les indicó:

—Tendréis que coger el tren nocturno a Edimburgo y cambiar después a uno de cercanías, hasta Mulgelrie.

—Me parece que no nos queda suficiente dinero para eso —dijo Harry, mirando en su cartera.

—Entonces tendré que daros dos pases para el tren, ¿no os parece? —dijo Jack, mientras abría el cajón del escritorio, sacaba un bloc de color pardo y arrancaba dos papeletas.

Las rellenó, las firmó y las selló.

—Después de todo —añadió—, es evidente que sois dos refugiados sin patria, en busca de un hogar.

—Gracias, señor —dijo Giles.

—Un último consejo —señaló el viejo Jack, levantándose de su silla detrás del escritorio—. A Hugo Barrington no le gusta que nadie lo contraríe, y aunque estoy bastante seguro de que no haría nada que pudiera molestar a lord Harvey, no creo que eso os incluya a vosotros. Así pues, tomad todas las precauciones posibles hasta que estéis en el castillo de Mulgelrie. Si en algún momento os cruzáis con un hombre que cojea al andar —añadió—, extremad las precauciones. Trabaja para el padre de Giles. Es inteligente, tiene muchos recursos y, lo más importante de todo, no le debe obediencia a nadie, excepto a su patrón.

Giles y Harry fueron conducidos a otro vagón de tercera clase, pero los dos estaban tan cansados que, pese a las puertas que se abrían y se cerraban, el traqueteo del tren y el frecuente pitido del silbato de la locomotora, durmieron profundamente.

Giles se despertó sobresaltado cuando el tren entró en Newcastle, unos minutos antes de las seis. Al otro lado de la ventana vio un opaco día gris y varias hileras de soldados que esperaban para subir al tren. Un sargento se cuadró ante un subteniente que no parecía mucho mayor que el propio Giles y le preguntó:

—Señor, ¿da usted su permiso para montar en el tren?

El joven le devolvió el saludo y le respondió en voz más baja:

—Adelante, sargento.

Los soldados empezaron a acomodarse en el tren.

La amenaza omnipresente de la guerra y la perspectiva de que Harry y él tuvieran que vestir uniforme antes de tener la oportunidad de ir a Oxford no estaban nunca muy lejos de los pensamientos de Giles. Su tío Nicholas, al que nunca había conocido y que había sido oficial a una edad tan temprana como la del teniente del andén, había caído en Ypres, al frente de un pelotón de soldados. Se preguntó cuáles serían los nombres de las batallas que cada año se conmemorarían con amapolas si llegaba a estallar otra gran guerra para acabar con todas las guerras.

Un reflejo fugaz en la ventana del vagón interrumpió el curso de sus pensamientos. Se volvió, pero la figura había desaparecido. ¿Se habría tomado demasiado en serio la advertencia del capitán Tarrant, o sería sólo una coincidencia?

Giles miró a Harry, que todavía estaba dormido, y pensó que quizá no hubiera dormido las dos noches anteriores. Mientras el tren entraba en Berwick-on-Tweed, Giles observó que el mismo hombre volvía a pasar junto a su compartimento, echaba una ojeada y se marchaba. Ya no podía ser una coincidencia. ¿Querría averiguar en qué estación se bajaban?

Por fin, Harry se despertó, parpadeó varias veces y se desperezó.

—Me muero de hambre —dijo.

Giles se inclinó hacia él y susurró:

—Creo que hay alguien en este tren que nos está siguiendo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Harry, que de pronto estaba completamente despierto.

—He visto a un tipo que ha pasado demasiadas veces junto a nuestro compartimento.

—¡Sus billetes, por favor!

Giles y Harry enseñaron sus pases al revisor.

—¿Cuánto tiempo se detiene este tren en cada estación? —preguntó Giles cuando el revisor les hubo perforado los pases.

—Todo depende de si estamos circulando en hora o no —respondió el hombre con voz cansada—, pero nunca menos de cuatro minutos, por normativa de la compañía.

—¿Cuál es la siguiente estación? —preguntó Giles.

—Dunbar. Llegaremos en unos treinta minutos. Pero sus pases son válidos hasta Mulgelrie —añadió, antes de pasar al siguiente compartimento.

—¿Por qué le has preguntado eso? —dijo Harry.

—Estoy intentando averiguar si nos siguen —replicó Giles—, y para la próxima parte de mi plan te necesito.

—¿Qué papel tengo que interpretar esta vez? —dijo Harry, sentándose al borde de su asiento.

—El de Romeo no, desde luego —respondió Giles—. Cuando el tren se detenga en Dunbar, quiero que te bajes, mientras yo observo si alguien te sigue. Una vez en el andén, dirígete rápidamente hacia los molinetes de la salida, pero vuelve atrás enseguida, ve a la sala de espera y compra un té para llevar. No olvides que tienes sólo cuatro minutos para volver al tren antes de que salga. Y, pase lo que pase, no mires atrás, porque entonces se dará cuenta de que lo estamos vigilando.

—Pero si alguien nos sigue, ¿no crees que estará más interesado en ti que en mí?

—No creo —replicó Giles—, sobre todo si el capitán Tarrant está en lo cierto, porque tengo la impresión de que tu amigo sabe más de lo que está dispuesto a admitir.

—Eso no me llena de confianza precisamente —dijo Harry.

Media hora más tarde, el tren se detuvo en Dunbar con un estremecimiento. Harry abrió la puerta del vagón, bajó al andén y se dirigió a la salida.

Giles sólo vio fugazmente al hombre que se apeó del tren detrás de Harry.

«Ya te tengo», se dijo para sus adentros, y enseguida se apoyó en el respaldo y cerró los ojos, convencido de que cuando el hombre comprendiera que Harry sólo había bajado para comprar una taza de té, tendría que mirar en su dirección para asegurarse de que él no había bajado del tren.

Giles volvió a abrir los ojos cuando Harry regresó al compartimento con una tableta de chocolate.

—¿Y bien? —dijo su amigo—. ¿Viste a alguien?

—Claro que sí —dijo Giles—. De hecho, se ha vuelto a subir al tren.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Harry, tratando de no parecer nervioso.

—Sólo lo vi un momento —dijo Giles—, pero diría que tiene unos cuarenta años, mide poco más de un metro ochenta, va bien vestido y lleva el pelo muy corto. Y lo más llamativo es que cojea de una pierna.

—Entonces ya sabemos lo que tenemos entre manos. ¿Qué hacemos ahora, Sherlock?

—En primer lugar, Watson, es importante recordar que tenemos varias ventajas.

—No se me ocurre ninguna —replicó Harry.

—Bueno, para empezar, sabemos que nos está siguiendo, pero él no sabe que lo sabemos. También sabemos adónde vamos, mientras que él no, como ha quedado demostrado. Además, estamos sanos y en forma, y tenemos la mitad de años que él. Con esa cojera, no creo que pueda moverse tan rápidamente como nosotros.

—¿Sabes que se te da muy bien esto? —dijo Harry.

—Tengo una ventaja innata —contestó Giles—. Soy el hijo de mi padre.

Cuando el tren entró en la estación Waverley de Edimburgo, Giles había repasado su plan con Harry por lo menos una docena de veces. Bajaron del tren y anduvieron lentamente por el andén hacia los molinetes de la salida.

—Ni se te ocurra volverte para mirar —dijo Giles, mientras enseñaba los pases y se dirigía a la cola de los taxis.

—Al Hotel Royal —le indicó Giles al taxista—. Y, por favor, ¿podría avisarnos si nota que nos sigue otro taxi? —añadió, antes de sentarse con Harry en el asiento trasero.

—Desde luego —respondió el taxista, mientras salía de la fila y se incorporaba al tráfico.

—¿Cómo sabías que hay un Hotel Royal en Edimburgo? —preguntó Harry.

—En todas las ciudades hay un Hotel Royal —respondió Giles.

Unos minutos después, el taxista dijo:

—No estoy seguro, pero justo detrás de nosotros tenemos al taxi que estaba detrás de mí en la parada.

—Gracias —dijo Giles—. ¿Cuánto cuesta la carrera hasta el Royal?

—Dos chelines.

—Le daré cuatro si consigue perderlo de vista.

De inmediato, el taxista pisó a fondo el acelerador y sus dos pasajeros se hundieron en sus asientos. Giles se repuso enseguida y se volvió para mirar por la ventana trasera, donde observó que el taxi que venía detrás también había acelerado. Habían conseguido distanciarse unos sesenta o setenta metros, pero era evidente que la ventaja no les duraría mucho.

—Gire en la próxima travesía a la izquierda y reduzca un momento la velocidad. Cuando hayamos saltado del taxi, siga hasta el Royal y no se detenga hasta haber llegado al hotel.

Delante de sus caras apareció una mano extendida y Harry depositó cuatro chelines en la palma.

—Cuando salte del taxi —dijo Giles—, tú sígueme y haz exactamente lo mismo que yo.

Harry asintió con la cabeza.

El taxi tomó la curva como una exhalación y redujo bruscamente la velocidad, mientras Giles abría la puerta. El chico se lanzó al pavimento, rodó sobre sí mismo y

rápidamente se levantó. A continuación, corrió a la tienda más cercana, entró y se tiró al suelo. Harry lo siguió apenas unos segundos más tarde. Cerró la puerta tras de sí y se echó en el suelo junto a su amigo, justo en el instante en que el segundo taxi doblaba la esquina.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó un dependiente, con las manos apoyadas en las caderas, mirando a los dos jóvenes tumbados en el suelo.

—Ya nos ha ayudado —respondió Giles, mientras se ponía de pie con una sonrisa.

Se sacudió el polvo de la ropa, le dio las gracias al dependiente y salió de la tienda sin decir nada más.

Cuando Harry se puso en pie, se encontró cara a cara con un estilizado maniquí que sólo llevaba puesto un corsé. Se puso rojo como un tomate y salió corriendo de la tienda, para reunirse con Giles en la acera.

—No creo que el hombre cojo vaya a quedarse en el Royal a pasar la noche —dijo Giles—, así que será mejor que nos movamos.

—De acuerdo —respondió Harry, mientras Giles paraba otro taxi.

—Estación de Waverley —señaló el muchacho, antes de sentarse en el asiento trasero.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —preguntó Harry, lleno de admiración, en el camino de regreso a la estación.

—¿Sabes, Harry? Tendrías que leer menos a Joseph Conrad y más las novelas de intriga de John Buchan si quieres saber qué hacer cuando viajas por Escocia con un enemigo pisándote los talones.

El trayecto a Mulgelrie fue considerablemente más lento y mucho menos emocionante que el viaje a Edimburgo, pues no apreciaron el menor rastro de aquel hombre cojo. Cuando por fin entró la locomotora en la pequeña estación, arrastrando sus cuatro vagones y sus dos pasajeros, el sol ya había desaparecido detrás de la montaña más alta. El jefe de la estación estaba de pie junto a la salida, para revisar los billetes de los pasajeros que se apearan del último tren del día.

—¿Hay alguna posibilidad de conseguir un taxi? —le preguntó Giles, mientras le enseñaban sus pases.

—No, señor —replicó el jefe de estación—. Jock se va a su casa sobre las seis para tomar el té, y no suele volver hasta pasada por lo menos una hora.

Tras reprimir el impulso de cuestionarle al jefe de la estación la lógica de la conducta de Jock, Giles preguntó finalmente:

—Entonces ¿sería usted tan amable de decirnos cómo podríamos hacer para llegar al castillo de Mulgelrie?

—Tendrán que ir andando —respondió el jefe de estación.

—¿En qué dirección está? —preguntó Giles, tratando de no parecer exasperado.

—Unos cinco kilómetros por allí —dijo el hombre, señalando la montaña—. No tiene pérdida.

«Por allí» resultó ser la única información precisa que les había dado el jefe de la estación, porque al cabo de más de una hora andando, la noche se había vuelto oscura como boca de lobo y no había el menor indicio de un castillo por ninguna parte.

Giles empezaba a preguntarse si tendrían que pasar su primera noche en las Highlands al raso, con un rebaño de ovejas por única compañía, cuando Harry gritó:

—¡Ahí está!

Giles forzó la vista a través de la neblinosa oscuridad, y, aunque seguía sin distinguir el contorno del castillo, se animó considerablemente al advertir el parpadeo de luces encendidas en varias ventanas. Siguieron andando trabajosamente, hasta llegar a un gran portón de hierro que no estaba cerrado con candado. Mientras subían por el largo sendero, Giles oyó ladrar, pero no vio ningún perro. Al cabo de otro kilómetro andando, llegaron a un puente sobre un foso, que conducía a una pesada puerta de roble con aspecto muy poco hospitalario.

—Déjame hablar a mí —pidió Giles, mientras cruzaban el puente y se detenían delante de la puerta.

Llamó tres veces con el puño y, al cabo de un momento, la puerta se abrió y reveló a un hombre gigantesco, con falda escocesa, chaqueta oscura, camisa blanca y pajarita igualmente blanca.

El mayordomo contempló desde su altura a los dos personajes cansados y desaliñados que tenía delante.

—Bienvenido, señor Giles —dijo, aunque Giles no lo había visto en su vida—. El señor lo está esperando desde hace un rato y se pregunta si querrá cenar con él.

Giles Y Harry Clifton en Viaje a Mulgelrie - stop -
Llegarán sobre las seis - stop

Lord Harvey le mostró el telegrama a Giles y rió entre dientes.

—Me lo envió nuestro común amigo, el capitán Tarrant. Sólo se ha equivocado en la hora de vuestra llegada.

—Tuvimos que subir andando desde la estación —protestó Giles entre bocados.

—Sí, por un momento pensé enviar un coche a esperar el último tren —dijo lord Harvey—, pero no hay nada tan tonificante como un buen paseo por las Highlands, ni hay mejor manera de abrir el apetito.

Harry sonrió. Prácticamente no había hablado desde que habían bajado a cenar, y como a Emma la habían sentado en la otra punta de la mesa, tenía que conformarse con una ocasional mirada anhelante, mientras se preguntaba si alguna vez los dejarían juntos y a solas.

El primer plato fue una espesa sopa de las Highlands, que Harry se terminó un poco demasiado rápido; pero cuando Giles repitió, él también dejó que le llenaran otra vez el plato. Incluso habría repetido una vez más, si no hubiese sido porque todos los demás siguieron conversando cortésmente mientras esperaban a que Giles y él terminaran, para pasar al segundo plato.

—No es preciso que os preocupéis pensando si en casa estarán nerviosos por vosotros —dijo lord Harvey—, porque ya les he enviado telegramas a sir Walter y a la señora Clifton, para asegurarles que los dos estáis sanos y salvos. No me he tomado la molestia de comunicarme con tu padre, Giles —dijo finalmente, sin añadir nada más.

Giles vio que al otro lado de la mesa su madre fruncía los labios.

Un momento después, se abrieron de par en par las puertas del comedor y entraron varios sirvientes con librea que se llevaron rápidamente los platos de sopa. Los siguieron otros tres sirvientes, con bandejas de plata en las que reposaban unas aves que a Harry le parecieron pollos pequeños.

—Espero que le guste el urogallo, señor Clifton —dijo lord Harvey, el primero que lo llamaba «señor», mientras un sirviente le ponía delante una de aquellas aves—. Yo mismo los cacé.

A Harry no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada. Se puso a observar cómo Giles cogía el cuchillo y el tenedor, y se ponía a cortar trozos pequeños, reviviendo así recuerdos de su primera cena en San Beda. Cuando retiraron los platos, Harry solamente había logrado cortar tres trocitos de urogallo, y se preguntaba cuánto tendría que crecer para atreverse a decir: «No, gracias. Prefiero otro plato de sopa».

Las cosas mejoraron un poco cuando los sirvientes colocaron en el centro de la mesa una gran bandeja con diferentes frutas, algunas de las cuales Harry no había

visto en su vida. Le habría gustado preguntar al anfitrión sus nombres y de qué países procedían, pero entonces recordó su primer plátano y el mal papel que había hecho. Se conformó con imitar a Giles y observarlo, para ver qué frutas había que cortar y cuáles se podían llevar directamente a la boca.

Cuando terminó, un sirviente le puso un cuenco con agua junto al plato. Estaba a punto de levantarlo para beber, cuando vio que lady Harvey lo usaba para lavarse los dedos y que instantes después un sirviente le daba una servilleta de hilo para que se secara. Harry metió los dedos en el agua y, como por arte de magia, inmediatamente apareció una servilleta.

Después de la cena, las mujeres se retiraron al gabinete. Harry habría querido ir detrás de ellas, para hablar con Emma y contarle todo lo sucedido desde que la joven se había envenenado en la función teatral. Pero en cuanto las mujeres salieron de la sala, lord Harvey se recostó en el respaldo de la silla, lo que constituía la señal para que el ayudante del mayordomo le ofreciera a su patrón un cigarro, mientras otro sirviente le servía una copa grande de brandy.

El dueño de casa bebió un sorbo, asintió y entonces los sirvientes también colocaron copas delante de Giles y de Harry. El mayordomo cerró la caja de los puros y llenó las copas de brandy.

—Bueno —dijo lord Harvey, después de soltar dos o tres placenteras bocanadas de humo—. Tengo entendido que los dos trataréis de ingresar en Oxford...

—Para Harry es una apuesta segura —dijo Giles—. Pero yo necesito anotar cien carreras por lo menos en un par de ocasiones durante el verano y preferiblemente en el campo del Lord's si quiero que los examinadores pasen por alto mis deficiencias más evidentes.

—Giles es demasiado modesto, señor —intervino Harry—. Tiene tantas probabilidades de ingresar como yo. Después de todo, no sólo es el capitán del equipo de críquet, sino de todo el colegio.

—Si lo conseguís, os aseguro que viviréis tres de los años más felices de vuestra vida. Eso suponiendo que *Herr* Hitler no cometa la tontería de insistir en una repetición de la última guerra, con la vana esperanza de invertir el resultado.

Los tres levantaron las copas y Harry bebió su primer sorbo de brandy. No le gustó el sabor y se estaba preguntando si sería una descortesía que no se lo terminara, cuando el propio lord Harvey salió en su ayuda.

—Creo que ya es hora de que nos reunamos con las señoras —dijo, vaciando su copa.

Dejó el cigarro en un cenicero, se levantó de la silla y salió del comedor, sin esperar una segunda opinión. Los dos jóvenes lo siguieron por el pasillo, hasta el gabinete.

Lord Harvey se sentó al lado de Elizabeth mientras Giles le hacía un guiño a Harry y atravesaba la sala para sentarse junto a su abuela. Harry se acomodó en el sofá, al lado de Emma.

—¡Qué galante has sido al venir hasta aquí, Harry! —exclamó ella, tocándole la mano.

—Siento mucho lo sucedido después de la función. Espero no haber sido yo el causante del problema.

—¿Cómo podrías ser tú el culpable, Harry? Nunca has hecho nada que pudiera impulsar a mi padre a hablarle de esa forma a mi madre.

—Pero no es ningún secreto que a tu padre no le gusta que estemos juntos, ni siquiera en el escenario.

—Ya hablaremos de eso mañana —le susurró Emma—. Podemos dar un largo paseo por las colinas y estar solos, sin nadie que pueda oírnos, excepto el ganado de las Highlands.

—No veo la hora de salir a pasear contigo —dijo Harry.

Le habría gustado cogerla de la mano, pero había demasiados ojos mirando continuamente en su dirección.

—Chicos, debéis de estar muy cansados después de un viaje tan agotador —comentó lady Harvey—. ¿Por qué no os vais a la cama? Nos veremos mañana, en el desayuno.

Harry no quería acostarse. Habría deseado quedarse con Emma y averiguar si había descubierto la razón de que su padre se opusiera con tanta firmeza a que estuvieran juntos. Pero Giles de inmediato se puso de pie, dio un beso en la mejilla a su abuela y otro a su madre, y les deseó a todos buenas noches, dejando a Harry sin más opción que seguirlo. El muchacho le dio un beso a Emma en la mejilla, agradeció a su anfitrión la estupenda velada y abandonó la sala con Giles.

En el pasillo, Harry se detuvo para admirar un bodegón con frutas pintado por un artista llamado Peploe. En ese preciso instante, Emma salió a toda prisa del gabinete, le echó los brazos al cuello y lo besó suavemente en los labios.

Giles siguió subiendo la escalera como si no lo hubiera notado, mientras Harry vigilaba la puerta del gabinete. Emma se apartó cuando oyó que la puerta se abría tras ella.

—Buenas noches, buenas noches. ¡Es un dolor tan dulce la despedida! —susurró.

—Entonces diré buenas noches hasta que amanezca —replicó Harry.

—¿Adónde vais, vosotros dos? —preguntó Elizabeth Barrington, mientras salía del salón del desayuno.

—Vamos a escalar el Crag Cowen —dijo Emma—. No nos esperéis levantados, porque es posible que no volváis a vernos.

Su madre rió.

—Entonces ve bien abrigada, porque en las Highlands se resfrían hasta las ovejas. —Esperó a que Harry hubiera salido y cerrado la puerta, antes de añadir—: Giles, tu abuelo quiere verte en su estudio a las diez.

A Giles no le pareció una sugerencia, sino una orden.

—Sí, mamá —dijo, antes de echar un vistazo por la ventana para ver a Harry y a Emma, que caminaban por el sendero hacia el Crag Cowen. No habían andado más de unos cuantos metros cuando Emma cogió a Harry de la mano. Giles sonrió, mientras doblaban un recodo y desaparecían detrás de una hilera de pinos.

Cuando el reloj de la sala empezó a sonar, Giles echó a correr por el pasillo, para llegar al estudio de su abuelo antes de la décima campanada. Sus abuelos y su madre dejaron de hablar en el instante en que entró en la habitación. Era evidente que lo estaban esperando.

—Toma asiento, muchacho —le dijo su abuelo.

—Gracias —respondió él, sentándose en una silla entre su madre y su abuela.

—Supongo que esta reunión podría describirse como un consejo de guerra —dijo lord Harvey, levantando la vista desde su sillón de cuero, como si estuviera presidiendo un consejo de dirección—. Intentaré ponerlos al corriente de los sucesos, antes de decidir qué camino nos conviene tomar.

Giles se sintió halagado de que su abuelo ya lo considerara un miembro de pleno derecho del consejo familiar.

—Anoche llamé a Walter. Estaba tan anonadado por el comportamiento de Hugo como yo cuando me lo contó Elizabeth, aunque no sabía nada de lo sucedido cuando la familia regresó a Manor House. —La madre de Giles inclinó la cabeza, pero no lo interrumpió—. Después le dije que había tenido una larga conversación con mi hija y que teníamos el convencimiento de que sólo nos quedaban dos vías posibles de acción.

Giles se recostó en el respaldo de la silla, pero sin relajar la tensión.

—Le aseguré a Walter que Elizabeth sólo considerará la posibilidad de regresar a Manor House, siempre y cuando Hugo se avenga a hacer algunas concesiones. En primer lugar, deberá pedir disculpas por su conducta abominable.

La madre de Giles asintió para expresar su acuerdo.

—En segundo lugar, no podrá sugerir nunca más (lo repito, nunca más) que Emma deba abandonar su escuela y, además, en el futuro tendrá que apoyar plenamente su voluntad de ingresar en Oxford. Ya es suficientemente difícil hoy en día que un muchacho consiga entrar en esa universidad. ¡Para una mujer, es prácticamente imposible!

»Mi tercera y más importante exigencia, en la que insistí particularmente, es que nos explique a todos por qué sigue tratando a Harry Clifton de manera tan odiosa. Sospecho que tiene algo que ver con el robo perpetrado por el tío de Harry en el despacho de Hugo. Uno puede invocar los pecados de un padre, ¡pero los de un tío...! Me niego a aceptar lo que con frecuencia le ha dicho a Elizabeth: que considera a Clifton indigno de codearse con sus hijos simplemente porque su padre fue estibador y su madre es camarera. Quizá se le haya olvidado a Hugo que mi abuelo fue un modesto administrativo en una firma de importadores de vino y que su

propio abuelo dejó los estudios a la edad de doce años para trabajar en los muelles, lo mismo que el padre de Clifton. Y por si a alguien se le hubiera olvidado, yo soy el primer lord Harvey en esta familia, y no creo que nadie pueda ser más «nuevo rico» que yo.

Giles habría querido ovacionarlo.

—Bien —continuó lord Harvey—, creo que todos hemos notado lo que Emma y Harry sienten el uno por el otro, algo que difícilmente puede sorprendernos, teniendo en cuenta que son dos jóvenes excepcionales. Si a su debido tiempo su relación prospera, nadie podrá alegrarse tanto como Victoria y yo. En este aspecto, Walter está totalmente de acuerdo conmigo.

Giles sonrió. Le gustaba la idea de que Harry se convirtiera en miembro de la familia, aunque no creía que su padre fuera a aceptarlo nunca.

—Le dije a Walter —prosiguió su abuelo— que si Hugo se sentía incapaz de respetar estas exigencias, Elizabeth se vería obligada a iniciar de inmediato el proceso de divorcio. Por mi parte, yo dimitiría de mi puesto en el consejo de dirección de la naviera y haría públicas mis razones para ello.

Giles se entristeció, porque sabía que en ninguna de las dos familias había habido nunca un divorcio.

—Walter acordó muy amablemente llamarme en los próximos días, cuando haya tenido oportunidad de hablar de todo esto con su hijo; pero ya me ha dicho que Hugo ha prometido dejar de beber y que parece auténticamente arrepentido de lo que ha hecho. Para terminar, quiero recordaros que el asunto que nos ocupa es estrictamente familiar y que no debe ser discutido con extraños bajo ninguna circunstancia. Esperemos que al final todo se reduzca a un incidente desafortunado que podamos olvidar cuanto antes.

A la mañana siguiente, el padre de Giles llamó por teléfono para hablar con él. Se disculpó profusamente, diciendo lo mucho que lamentaba haber culpado a Giles de algo que era totalmente culpa suya. Le suplicó que hiciera todo cuanto estuviera en su mano para convencer a su madre y a Emma de que volvieran a Gloucestershire, para poder pasar la Navidad juntos en Manor House. También esperaba, tal como había sugerido su suegro, que el incidente cayera muy pronto en el olvido. En ningún momento mencionó a Harry Clifton.

Cuando se apearon del tren en Temple Meads, Giles y su madre esperaron en el coche mientras Emma se despedía de Harry.

—Acaban de pasar nueve días juntos —comentó Giles—. ¿Se les habrá olvidado que volverán a verse mañana?

—Y probablemente, también pasado mañana —dijo su madre—. Pero ten en cuenta que, por muy improbable que pueda parecer, eso mismo podría pasarte a ti algún día.

Por fin Emma se reunió con ellos, pero mientras el coche se alejaba, siguió mirando por la ventanilla trasera y no dejó de saludar con la mano hasta que Harry se hubo perdido de vista.

Giles estaba ansioso por llegar a casa y descubrir finalmente qué podía haber hecho Harry para que su padre lo tratara de manera tan cruel a lo largo de los años. Seguramente, no podía ser peor que robar golosinas en la escuela o suspender exámenes adrede. Había considerado una docena de posibilidades, pero ninguna tenía sentido. Al menos ahora tenía esperanzas de averiguar la verdad. Miró a su madre. Aunque ella no solía expresar sus emociones, era evidente que se estaba poniendo cada vez más nerviosa a medida que se acercaban a Chew Valley.

El padre de Giles los estaba esperando en lo alto de la escalinata, listo para recibirlos cuando el coche se detuviera delante de la casa. Jenkins no se veía por ninguna parte. Lo primero que hizo Hugo Barrington fue pedir disculpas a Elizabeth y después a sus hijos, antes de decirles lo mucho que los había echado de menos.

—El té está servido en el gabinete —indicó—. Por favor, bajad a tomarlo conmigo cuando estéis listos.

Giles fue el primero en bajar la escalera. Levemente incómodo, fue a sentarse en un sillón frente a su padre. Mientras esperaban a su madre y a Emma, su padre se limitó a preguntarle si había disfrutado de la estancia en Escocia y a contarle que la niñera se había llevado a Grace a Bristol, para comprar el uniforme de la escuela. En ningún momento mencionó a Harry. Cuando unos minutos después la madre y la hermana de Giles entraron en la habitación, su padre se puso inmediatamente de pie. En cuanto se sentaron, se ocupó de servirles el té. Era obvio que no quería que ningún sirviente pudiera oír lo que estaba a punto de revelar.

Cuando el té estuvo servido, el padre de Giles se sentó al borde de su sillón y empezó a hablar suavemente.

—Para empezar, dejadme que reconozca ante los tres lo inaceptable que fue mi conducta la noche que todos consideran la del gran triunfo de Emma. Ya fue suficientemente malo que tu padre no estuviera presente cuando cayó el telón —dijo, mirando a su hija a los ojos—, pero el modo en que traté a tu madre cuando volvisteis a casa aquella noche fue lisa y llanamente imperdonable, y me doy cuenta de que hará falta mucho tiempo para que esa herida tan profunda cicatrice.

Hugo Barrington apoyó la cabeza en las manos y Giles notó que estaba temblando. Al cabo de un momento, logró controlarse.

—Por diferentes razones, los tres me habéis preguntado por qué he tratado tan mal a Harry Clifton a lo largo de los años. Es cierto que no puedo soportar su presencia, pero la culpa es toda mía. Cuando conozcáis el motivo, tal vez podáis empezar a comprender y quizá me deis en parte la razón.

Giles echó una mirada en dirección a su madre, que estaba sentada con la espalda rígida. Era imposible adivinar lo que sentía.

—Hace muchos años —prosiguió Barrington—, cuando llegué a director ejecutivo de la naviera, convencí al consejo de administración para diversificar nuestra actividad hacia la construcción de barcos, pese a las reservas de mi padre. Firmé un contrato con una empresa canadiense para construir un mercante, el *Hoja de Arce*. El resultado no sólo fue un desastre financiero para la compañía, sino una catástrofe personal para mí, de la que nunca me he recuperado por completo, ni creo que vaya a recuperarme nunca. Os lo explicaré.

»Una tarde, un trabajador del puerto irrumpió en mi despacho insistiendo en que uno de sus colegas había quedado atrapado en el interior del casco del *Hoja de Arce* y diciendo que el hombre moriría si yo no daba la orden de abrirlo. Naturalmente, bajé de inmediato al muelle, donde el capataz me aseguró que no había ni un ápice de verdad en la historia. Aun así, ordené a los hombres que dejaran de trabajar y guardaran silencio, para que pudiéramos distinguir si salía algún sonido del casco. Esperé durante un tiempo considerable y, como no oímos nada, di la orden de que todos volvieran al trabajo, ya que llevábamos varias semanas de retraso respecto al calendario de la obra.

»Supuse que el hombre en cuestión se presentaría a trabajar al día siguiente, a su hora habitual. Pero no sólo no se presentó, sino que nadie volvió a verlo nunca. La posibilidad de su muerte ha pesado desde entonces en mi conciencia. —Hizo una pausa, levantó la cabeza y dijo—: Ese hombre se llamaba Arthur Clifton y Harry es su único hijo.

Emma empezó a sollozar.

—Quiero que imaginéis, si es que sois capaces, el alcance de mi padecimiento cada vez que veo a ese muchacho, y que consideréis cómo se sentirá él si alguna vez se entera de que puedo ser el responsable de la muerte de su padre. El hecho de que ahora Harry Clifton sea el mejor amigo de Giles y esté enamorado de mi hija es propio de una tragedia griega.

Una vez más, apoyó la cabeza en las manos y guardó silencio durante un rato. Cuando finalmente levantó la vista, dijo:

—Si queréis hacerme alguna pregunta, intentaré responder lo mejor que pueda.

Giles esperó a que su madre hablara primero.

—¿Fuiste responsable de enviar a un inocente a la cárcel por un crimen que no había cometido? —preguntó Elizabeth en voz baja.

—No, querida —dijo Barrington—. Espero que me conozcas lo suficiente para saber que soy incapaz de hacer algo así. Stan Tancock es un ladrón común, que entró en mi despacho y me robó. Por tratarse del cuñado de Arthur Clifton, y por ninguna otra razón, le devolví su empleo el día que salió de la cárcel.

Elizabeth sonrió por primera vez.

—Papá, ¿me permites que haga una pregunta? —dijo Giles.

—Sí, por supuesto.

—¿Mandaste que nos siguieran cuando Harry y yo viajamos a Escocia?

—Sí, Giles. Estaba desesperado por averiguar dónde estaban tu madre y Emma, para poder disculparme por mi abominable comportamiento. Espero que puedas perdonarme.

Todos concentraron su atención en Emma, que todavía no había hablado. Cuando lo hizo, sus palabras fueron una sorpresa para todos.

—Tendrás que contarle a Harry todo lo que nos has dicho —susurró—, y si está dispuesto a perdonarte, entonces tendrás que aceptar que forme parte de nuestra familia.

—Estaría encantado de recibirlo en la familia, cariño mío, aunque comprendería perfectamente que no quisiera volver a hablarme nunca más. Sin embargo, no puedo contarle la verdad de lo sucedido a su padre.

—¿Por qué no? —quiso saber Emma.

—Porque la madre de Harry ha expresado claramente que no quiere que él sepa cómo murió su padre, ya que desde pequeño le han dicho que cayó en la guerra como un valiente. Yo he mantenido hasta este momento mi promesa de no revelarle a nadie lo sucedido aquel día espantoso.

Elizabeth Barrington se levantó, se dirigió a su marido y le dio un beso en la mejilla. Hugo se desmoronó y rompió a llorar. Un momento después, Giles se acercó y le pasó a su padre un brazo por el hombro.

Emma no se movió.

—¿Tu madre siempre ha sido tan guapa? —preguntó Giles—. ¿O será que yo me estoy haciendo mayor?

—Ni idea —respondió Harry—. Lo único que sé es que la tuya siempre va muy elegante.

—Por mucho afecto que pueda tenerle, he de reconocer que la mía parece decididamente prehistórica en comparación con la tuya —dijo Giles, mientras se les acercaba Elizabeth Barrington con una sombrilla en una mano y un bolso en la otra.

Giles, como cualquier otro muchacho, había esperado con aprensión el momento de descubrir el traje con que se presentaría su madre. En cuanto a la selección de sombreros, aquello era peor que Ascot, con cada madre e hija tratando de superar a las demás.

Harry miró más detenidamente a su madre, que estaba charlando con el doctor Paget. Tenía que admitir que estaba atrayendo más atención que la mayoría de las otras madres, lo que no dejaba de ser un poco embarazoso. Pero se alegraba de que ya no pareciera agobiada por los problemas económicos y suponía que el hombre a su lado tenía algo que ver con eso.

Aunque estaba agradecido con el señor Atkins, no le gustaba la idea de que se convirtiera en su padrastro. Puede que el señor Barrington se hubiese mostrado en el pasado excesivamente protector con su hija, pero Harry no podía negar que él sentía exactamente lo mismo respecto a su madre.

Últimamente su madre le había dicho que el señor Frampton estaba tan satisfecho con su trabajo en el hotel que la había ascendido a jefa del turno de noche y le había concedido otro aumento, y ciertamente Harry ya no tenía que esperar a que los pantalones le quedaran demasiado cortos para tener otros nuevos. Pero incluso él se había sorprendido cuando ella no había hecho ningún comentario acerca del coste del viaje a Roma con la sociedad de amigos del arte.

—¡Cuánto me alegro de verte, Harry, en tu día triunfal! —le dijo la señora Barrington—. ¡Dos premios, si no recuerdo mal! Sólo lamento que Emma no pueda estar con nosotros para compartir tu gloria, pero ya dijo la señorita Webb que sus alumnas no pueden tomarse la mañana libre para asistir a ceremonias ajenas, aunque su hermano sea el capitán del colegio.

El señor Barrington se les acercó, y Giles contempló atentamente a su padre, mientras éste le estrechaba la mano a Harry. Todavía era evidente en él una notable frialdad, pero nadie podía negar que el hombre hacía todo lo posible para disimularla.

—Entonces ¿cuándo esperas recibir noticias de Oxford, Harry? —preguntó Barrington.

—En algún momento de la semana que viene, señor.

—Estoy convencido de que te ofrecerán una plaza, aunque por desgracia no puedo decir lo mismo de Giles.

—No olvide que él también ha tenido su momento de gloria —dijo Harry.

—¿Cuándo? Yo no lo recuerdo —dijo la señora Barrington.

—Creo que Harry se refiere a las cien carreras que anoté en el campo del Lord's, mamá.

—Por muy admirable que sea esa proeza, hijo, no acabo de entender cómo puede ayudarte el críquet a ingresar en Oxford —comentó su padre.

—Normalmente estaría de acuerdo contigo, papá —replicó Giles—; pero durante el partido, el titular de la cátedra de historia estaba sentado al lado del presidente del club local.

Las risas que siguieron quedaron sofocadas por el ruido de la campanilla. Los chicos echaron a andar rápidamente en dirección a la gran sala, con sus padres siguiéndolos unos pasos por detrás.

Giles y Harry ocuparon sus puestos entre los prefectos y los ganadores de premios, en las tres primeras filas.

—¿Recuerdas nuestro primer día en San Beda? —preguntó Harry—. ¿Recuerdas que estábamos todos sentados en la primera fila, muertos de miedo oyendo hablar al doctor Oakshott?

—A mí nunca me dio miedo Shot —contestó Giles.

—No, claro que no —repuso Harry.

—Pero lo que sí recuerdo es que cuando bajamos a desayunar, el primer día, tú te pusiste a lamer el cuenco de las gachas de avena.

—Y yo recuerdo que tú habías jurado no volver a mencionar ese episodio nunca más —susurró Harry.

—Ahora sí que prometo no volver a mencionarlo —replicó Giles en voz alta—. ¿Cómo se llamaba aquel horrible abusón que te zapatilleó la primera noche?

—Fisher —respondió Harry—. Y no fue la primera noche, sino la segunda.

—Me pregunto qué estará haciendo ahora.

—Probablemente dirigirá un campo de entrenamiento nazi.

—Razón suficiente para ir a la guerra —dijo Giles, mientras todos en la sala se ponían de pie para recibir al presidente y a los miembros del consejo del colegio.

La fila de caballeros elegantemente vestidos se abrió paso lentamente por el pasillo central y subió al escenario. El último en ocupar su puesto fue el señor Barton, el director, pero no sin antes conducir al invitado de honor hasta su lugar en el centro de la primera fila.

Cuando todos estuvieron sentados, el director se puso de pie para dar la bienvenida a los padres e invitados, antes de presentar el informe anual del colegio. Empezó por describir que el año 1938 había sido excepcional en resultados académicos y deportivos, y durante los veinte minutos siguientes fundamentó su afirmación con todo tipo de detalles sobre los logros del colegio. Para terminar, invitó al honorable señor Winston Churchill, canciller de la Universidad de Bristol y miembro del Parlamento por la localidad de Epping, a dirigir la palabra a los

presentes y hacer entrega de los premios.

El señor Churchill se levantó lentamente de su puesto y se quedó un momento contemplando al público, antes de comenzar.

—Algunos invitados de honor empiezan sus discursos diciendo a la audiencia que nunca ganaron premios en el colegio y que de hecho eran los últimos de la clase. Yo no puedo decir lo mismo. Es cierto que nunca gané un premio, pero puedo afirmar que no era el último de la clase: era el penúltimo.

Los chicos estallaron en carcajadas y aplaudieron a rabiar, mientras los profesores sonreían. Sólo Deakins permaneció impasible.

En cuanto las risas se calmaron, Churchill cambió de expresión.

—Hoy nuestra nación atraviesa otro gran momento histórico, en el que el pueblo británico quizá vuelva a tener la responsabilidad de decidir el destino del mundo libre. Muchos de los presentes en esta gran sala...

Bajó la voz y concentró la atención en las filas de jóvenes sentados ante él, sin mirar ni una vez a sus padres.

—Aquellos de ustedes que vivieron la Gran Guerra jamás olvidarán las trágicas pérdidas sufridas por nuestra nación y los efectos que han tenido sobre toda una generación. De los veinte alumnos de mi clase de Harrow que sirvieron en el frente, sólo tres llegaron a tener edad de votar en unas elecciones. Espero que quienquiera que pronuncie este discurso dentro de veinte años no tenga que referirse a esa bárbara e innecesaria pérdida de vidas como la primera guerra mundial. Es lo único que espero. Les deseo a todos una vida larga, feliz y llena de éxitos.

Giles fue uno de los primeros en ponerse de pie para rendir una larga ovación al invitado de honor, que ya regresaba a su asiento. En su opinión, si Gran Bretaña se veía obligada a ir a la guerra, ese hombre era el candidato ideal para suceder a Neville Chamberlain en el cargo de primer ministro. Cuando todos estuvieron sentados, unos minutos después, el director invitó al señor Churchill a hacer entrega de los premios.

Giles y Harry gritaron de alegría cuando el señor Barton anunció que Deakins era el alumno del año y a continuación añadió:

—Esta mañana recibí un telegrama del rector del Balliol College, de Oxford, en el que me anunciaba que Deakins ha sido distinguido con la beca especial de estudios clásicos. Debo decir —prosiguió el señor Barton— que es el primero de nuestros alumnos que alcanza ese honor en los cuatrocientos años de historia de este colegio.

Giles y Harry se pusieron de pie como movidos por un resorte, mientras un muchacho desaliñado de más de metro ochenta de estatura, con gafas de culo de botella y un traje que le caía como si aún estuviera colgado en el perchero se dirigía lentamente hacia el escenario. El señor Deakins habría querido ponerse de pie de un salto y tomar una foto de su hijo recibiendo el premio de manos del señor Churchill, pero no lo hizo, por miedo a las críticas.

Harry recibió una gran ovación cuando le entregaron el premio de lengua inglesa y el de lectura. El director dijo en su discurso:

—Ninguno de nosotros olvidará nunca su interpretación de Romeo. Esperemos que sea uno de los que reciban la semana entrante un telegrama donde se le anuncie que ha sido aceptado en Oxford.

Cuando el señor Churchill le entregó a Harry su premio, le susurró:

—Yo nunca fui a la universidad y siempre deseé haber ido. Espero que reciba ese telegrama, Clifton. ¡Buena suerte!

—Gracias, señor —respondió Harry.

Pero la mayor ovación del día fue para Giles Barrington, cuando se levantó para recibir el premio del director al capitán de la escuela y al capitán del equipo de críquet. Para asombro del invitado de honor, el presidente del consejo se levantó de un salto de la silla para estrecharle la mano a Giles antes que el señor Churchill.

—Es mi nieto, señor —le explicó sir Walter, con considerable orgullo.

Churchill sonrió, le dio la mano a Giles y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Asegúrese de servir a la patria con tanto honor como ha servido a su colegio.

En ese momento, Giles supo exactamente lo que haría si Gran Bretaña entraba en la guerra.

Cuando finalizó la ceremonia, alumnos, padres y profesores se pusieron de pie como un solo hombre, para entonar el himno del colegio, el *Carmen Bristoliense*.

*Sit clarior, sit dignior, quotquot labuntur menses:
Sit primus nobis hic decor, Sumus Bristolienses.*

Cuando hubieron cantado la última estrofa, el director abrió la marcha, para conducir al invitado de honor y a los profesores fuera del escenario y de la gran sala, hacia el sol de la tarde. Unos instantes después, todos los demás salieron al jardín, para tomar juntos el té. Tres alumnos en particular estaban rodeados de personas que iban a darles la enhorabuena, así como por un sinfín de hermanas de compañeros, convencidas de que Giles era «monísimo».

—Nunca me he sentido tan orgullosa como hoy —dijo la madre de Harry, mientras lo abrazaba.

—Sé cómo se siente, señora Clifton —intervino el viejo Jack, mientras le estrechaba la mano a Harry—. Sólo me habría gustado que la señorita Monday hubiese vivido lo suficiente para ver a Harry en este momento, porque no me cabe duda de que también habría sido el día más feliz de su vida.

El señor Holcombe permaneció a un lado, esperando pacientemente para sumarse a las felicitaciones. Harry se lo presentó al capitán Tarrant, sin saber que ya eran viejos amigos.

Cuando la orquesta dejó de tocar y las autoridades se marcharon, Giles, Harry y Deakins se sentaron en la hierba y se pusieron a recordar tiempos pasados, ahora que habían dejado de ser escolares.

Ll jueves por la tarde, un chico del primer curso llevó un telegrama al cuarto de Harry. Giles y Deakins esperaron pacientemente a que lo abriera, pero en lugar de eso, Harry le entregó el sobre marrón a Giles.

—¿Otra vez pasando la responsabilidad a los demás? —dijo Giles mientras lo desgarraba.

Al leer el contenido de la carta, no pudo disimular su sorpresa.

—No lo has conseguido —dijo con expresión desolada.

Harry se desmoronó en la silla.

—Te niegan la beca —añadió enseguida Giles—, pero te ofrecen una plaza honoraria para estudiar en el Brasenose College de Oxford. «Nuestra más cordial enhorabuena. Le haremos llegar los detalles en los próximos días. Firmado: W. T. S. Stallybrass, rector». No está mal, pero es evidente que no estás a la altura de Deakins.

—Y tú ¿a qué altura estás? —replicó Harry, arrepintiéndose de inmediato de sus palabras.

—Un becario, un *honorio*...

—Honorario —lo corrigió Deakins.

—Y un *vulgar* —dijo Giles, sin prestar atención a su amigo—. Suena bien.

Ese día habían llegado otros once telegramas a otros tantos aspirantes del Colegio Bristol, pero ninguno iba dirigido a Giles Barrington.

—Tienes que llamar a tu madre para contárselo —dijo Giles, mientras bajaban para cenar—. Probablemente no habrá dormido en toda la semana, muerta de nervios.

Harry echó un vistazo al reloj.

—Es tarde. Ya se habrá ido a trabajar. No podré decírselo hasta mañana por la mañana.

—¿Y si vamos y le damos la sorpresa en el hotel? —propuso Giles.

—No puedo. No le gusta que la interrumpen cuando está trabajando. Le parece poco profesional y no creo que hoy vaya a hacer una excepción, ni siquiera por esto —dijo, agitando triunfalmente el telegrama.

—Pero ¿no crees que tiene derecho a saberlo? —insistió Giles—. Lo ha sacrificado todo para que tú pudieras conseguirlo. Francamente, si me ofrecieran una plaza en Oxford, yo interrumpiría a mi madre aunque estuviera en medio de un discurso en la Asociación de Madres. ¿No estás de acuerdo, Deakins?

Deakins se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con un pañuelo, lo cual siempre era señal de que estaba sumido en sus pensamientos.

—Yo le pediría su opinión al doctor Paget, y si él no pone ninguna objeción...

—Buena idea —dijo Giles—. Vamos a verlo.

—¿Vienes, Deakins? —preguntó Harry, pero entonces se dio cuenta de que las gafas de su amigo volvían a estar en la punta de su nariz, claro indicio de que ya se había transportado a otro mundo.

—Mi más sincera enhorabuena —dijo el doctor Paget en cuanto leyó el telegrama—. Un reconocimiento muy merecido, Clifton.

—Gracias, señor —dijo Harry—. ¿Me permitiría ir ahora mismo al Hotel Royal, a contarle a mi madre la noticia?

—No veo por qué no.

—Y ¿yo podría acompañarlo? —preguntó Giles con cara de inocente.

Paget titubeó.

—Sí, Barrington, vaya. Pero ni se le ocurra aprovechar la visita al hotel para beber o fumar.

—¿Ni siquiera una copa de champán, señor?

—No, Barrington —respondió Paget con firmeza—, ni siquiera un vaso de sidra.

Después de dejar atrás la verja de la escuela, los dos jóvenes pasaron junto a un farolero encaramado a su bicicleta, que se estiraba para encender una farola. Hablaron de las vacaciones de verano, en las que Harry se reuniría por primera vez con la familia de Giles en la Toscana, y acordaron estar de regreso a tiempo para ver el partido de los australianos contra Gloucestershire, en el estadio del condado. Después surgió el tema de la posibilidad (certeza, según Harry) de que se declarara la guerra, sobre todo teniendo en cuenta que habían distribuido máscaras de gas entre la población. Pero ninguno de los dos mencionó otro asunto que estaba en la mente de ambos: ¿conseguiría Giles ir a Oxford en septiembre, lo mismo que Harry y Deakins?

Mientras se acercaban al hotel, Harry empezó a dudar una vez más sobre la conveniencia de interrumpir a su madre en su trabajo, pero Giles ya había empujado la puerta giratoria y estaba en el vestíbulo, esperándolo.

—Sólo serán dos minutos —dijo Giles cuando Harry lo alcanzó—. Le das la buena noticia y nos vamos directamente al colegio.

Harry asintió.

Giles le preguntó al portero dónde estaba el Palm Court y el hombre les indicó una puerta elevada, en el extremo más alejado del vestíbulo. Tras subir media docena de peldaños, Giles se acercó al mostrador y, en voz baja, le preguntó a la recepcionista:

—¿Podríamos hablar un momento con la señora Clifton?

—¿La señora Clifton? —preguntó la joven—. ¿Tiene reserva? —añadió, y empezó a recorrer una lista con el dedo índice.

—No, trabaja aquí.

—Ah, es que soy nueva —respondió la chica—. Preguntaré a una de las camareras. Seguro que ellas la conocen.

—Gracias.

Harry permaneció en el peldaño más bajo, recorriendo el local con la vista, en busca de su madre.

—Hattie —dijo la recepcionista, dirigiéndose a una camarera que pasaba—, ¿hay alguna señora Clifton que trabaje aquí?

—Ya no —fue la respuesta inmediata—. Se fue hace un par de años y no he vuelto a saber nada de ella.

—Tiene que haber un error —dijo Harry, subiendo los escalones para alcanzar a su amigo.

—¿Tiene idea de dónde podemos encontrarla? —preguntó Giles, manteniendo baja la voz.

—No —respondió Hattie—, pero pueden preguntárselo a Doug, el portero de noche. Hace siglos que trabaja aquí.

—Gracias —dijo Giles y, volviéndose hacia Harry, añadió—: Tiene que haber una explicación muy sencilla, pero si prefieres que nos marchemos y...

—No. Preguntémosle a Doug si sabe dónde está.

Giles se encaminó lentamente hacia el mostrador del portero, dejando tiempo para que Harry cambiara de idea, pero su amigo no dijo nada.

—¿Es usted Doug? —le preguntó a un hombre vestido con una desgastada levita que lucía unos botones deslucidos.

—Así es, señor —replicó el portero—. ¿En qué puedo servirlo?

—Buscamos a la señora Clifton.

—Maisie ya no trabaja aquí, señor. Debe hacer al menos un par de años que se fue.

—¿Sabe dónde trabaja ahora?

—No, señor, no tengo ni idea.

Giles sacó la cartera, extrajo una moneda de media corona y la puso sobre el mostrador.

El portero se la quedó mirando un momento, antes de volver a hablar.

—Es posible que la encuentren en el club nocturno de Eddie.

—¿Eddie Atkins? —preguntó Harry.

—Creo que así se llama, señor.

—Bueno, eso lo explica todo —dijo Harry—. Y ¿dónde está ese club nocturno?

—En Welsh Back, señor —contestó el portero, mientras se embolsaba la media corona.

Harry salió del hotel y, sin decir una palabra, se montó en un taxi que esperaba en la puerta. Giles se sentó junto a él.

—¿No crees que deberíamos volver al colegio? —preguntó, mirando la hora—. Puedes darle la noticia a tu madre por la mañana.

Harry negó con la cabeza.

—Tú mismo dijiste que interrumpirías a tu madre aunque estuviera dando un discurso en la Asociación de Madres —le recordó Harry—. Al club de Eddie, en Welsh Back, por favor —le dijo al taxista con voz firme.

No dijo nada más durante el corto trayecto. Cuando el taxi giró en un callejón oscuro y se detuvo delante del club nocturno, Harry se apeó y se dirigió hacia la entrada.

Una vez allí, llamó con fuerza a la puerta. Se abrió una trampilla y un par de ojos contemplaron a los dos jóvenes.

—La entrada son cinco chelines por cabeza —dijo una voz detrás de los ojos.

Giles introdujo un billete de diez chelines a través de la trampilla y la puerta se abrió de inmediato.

Los dos bajaron una escalera tenuemente iluminada, hacia un sótano. Giles fue el primero en verla y rápidamente se volvió para marcharse, pero ya era tarde. Harry estaba como hipnotizado, mirando una hilera de chicas sentadas en taburetes altos junto a la barra, algunas hablando con clientes y otras solas. Una de ellas, vestida con una blusa blanca semitransparente, falda corta de cuero negro y medias negras, se les acercó y les dijo:

—¿Puedo hacer algo por vosotros?

Harry no le prestó atención. Tenía los ojos fijos en una mujer que en la otra punta de la barra parecía absorta en la conversación de un hombre que le había apoyado una mano en la cadera. La chica se volvió para ver a quién estaba mirando.

—Debo admitir que sabes reconocer a una mujer con clase en cuanto la ves —dijo—. Pero te advierto que Maisie es muy exigente y no es nada barata.

Harry se volvió y subió corriendo la escalera. Empujó la puerta y salió a la calle, con Giles detrás. Cuando llegó a la acera, cayó de rodillas y se puso a vomitar. Giles se arrodilló a su lado y rodeó con un brazo los hombros de su amigo, tratando de consolarlo.

Un hombre que estaba inmóvil entre las sombras, de pie en la acera de enfrente, se alejó cojeando.

EJMA BARRINGTON

1932-1939

Nunca olvidaré la primera vez que lo vi. Vino a tomar el té en Manor House para celebrar los doce años de mi hermano. Era tan silencioso y reservado que me costó creer que fuera el mejor amigo de Giles. El otro, Deakins, era raro de verdad: no paró de comer y prácticamente no dijo ni una palabra en toda la tarde.

Entonces Harry habló. Tenía una voz suave y dulce que daba gusto oír. Todo fue bien en la fiesta de cumpleaños, hasta que mi padre irrumpió en la habitación y Harry ya casi no volvió a hablar. Yo nunca había visto a mi padre comportándose de manera tan grosera con nadie y no podía entender que tratara de ese modo a un desconocido. Pero todavía más inexplicable fue su reacción cuando le preguntó a Harry cuándo era su cumpleaños. ¿Cómo era posible que una pregunta tan inocua provocara una reacción tan exagerada? Un momento después, mi padre se levantó y salió de la habitación, sin ni siquiera despedirse de Giles y sus invitados. Noté que mi madre se avergonzaba por su conducta, pero se limitó a servir más té, como si no hubiera pasado nada.

Unos minutos más tarde, mi hermano y sus dos amigos volvieron al colegio. Harry se volvió y me sonrió antes de marcharse, pero yo, lo mismo que mi madre, fingí que no me había dado cuenta. Sin embargo, cuando la puerta se cerró, fui corriendo a la ventana del gabinete y me quedé mirando, mientras el coche se alejaba por el sendero hasta perderse de vista. Me pareció que me miraba por la ventanilla trasera, pero no estoy segura.

Cuando se marcharon, mi madre fue directamente al estudio de mi padre y oí que discutían levantando la voz, algo que en los últimos tiempos se había vuelto cada vez más frecuente. Cuando salió, me sonrió, como si todo estuviera en orden.

—¿Cómo se llama el mejor amigo de Giles? —le pregunté.

—Harry Clifton —respondió ella.

La siguiente vez que vi a Harry Clifton fue en la misa de Adviento, en Santa María de Redcliffe. Cantó *Pueblecito de Belén*, y mi mejor amiga, Jessica Braithwaite, me acusó de suspirar como si estuviera escuchando a Bing Crosby. No me molesté en negárselo. Después de la misa lo vi charlando con Giles, y me hubiera gustado ir a felicitarlo, pero mi padre parecía tener prisa por volver a casa. Cuando salimos, vi que una mujer, que debía de ser su niñera, le daba un abrazo enorme.

También estuve en Santa María de Redcliffe la tarde en que le cambió la voz, pero en ese momento no entendí por qué se volvían tantas cabezas, ni por qué algunos miembros de la congregación se ponían a susurrar entre sí. Lo único que sé es que nunca más volví a oírlo cantar.

Cuando Giles iba a marcharse para asistir al Colegio Bristol, en su primer día de

curso, le supliqué a mi madre que me dejara ir con ellos, pero sólo porque quería ver a Harry. Mi padre no quiso ni oír hablar del tema, y aunque derramé unas lágrimas controladas, me obligaron a quedarme con mi hermana Grace y a despedirme desde lo alto de la escalinata. Sabía que mi padre estaba enfadado porque Giles no había conseguido una plaza en Eton, algo que yo todavía seguía sin comprender, porque un montón de chicos más estúpidos que mi hermano habían aprobado el examen. A mi madre no parecía preocuparle a qué colegio asistiera Giles, y yo por mi parte estaba encantada de que fuera al Bristol, porque eso significaba que tendría más oportunidades de ver a Harry.

De hecho, creo que lo vi al menos una docena de veces durante los tres años siguientes, pero ninguna de esas ocasiones se le quedó a él en la memoria, hasta que nos encontramos en Roma.

La familia estaba pasando las vacaciones de verano en nuestra villa de la Toscana cuando Giles me llevó aparte y me dijo que necesitaba pedirme un consejo, algo que solamente hacía cuando quería algo de mí. Pero esa vez resultó que yo quería lo mismo que Giles.

—¿Qué pretendes que haga esta vez? —le pregunté.

—Necesito una excusa para ir a Roma mañana —respondió—, porque le he dicho a Harry que me encontraría con él.

—¿Qué Harry? —dije yo, fingiendo indiferencia.

—Harry Clifton, estúpida. Está en Roma en viaje de estudios y le prometí que me escaparía para pasar el día con él. —Evitó mencionar que nuestro padre no lo aprobaría—. Lo único que tienes que hacer —prosiguió— es pedirle a mamá que te lleve a Roma a pasar el día.

—Pero querrá saber para qué quiero ir a Roma.

—Dile que siempre has querido visitar la Villa Borghese.

—¿Por qué la Villa Borghese?

—Porque es donde estará Harry a las diez de la mañana.

—¿Y si mamá accede a llevarme? Se te fastidiaría el plan.

—No accederá. Tienen planeado comer con los Henderson en Arezzo, y yo me ofreceré gentilmente a ser tu acompañante.

—Y ¿qué obtendré yo a cambio? —pregunté, porque no tenía ninguna intención de que Giles supiera lo mucho que ansiaba ver a Harry.

—Mi gramófono —respondió él.

—¿Para siempre o sólo en préstamo?

Giles guardó silencio un momento.

—Para siempre —dijo por fin, a su pesar.

—Dámelo ahora —repuse—, o se te olvidará.

Para mi sorpresa, me lo dio.

Y aún me sorprendí más cuando, al día siguiente, mi madre cayó en su pequeña trampa. Giles ni siquiera tuvo que ofrecerse para llevarme, porque papá insistió en

que me acompañara. Mi hermano, el muy falso, fingió protestar y finalmente accedió.

A la mañana siguiente, me levanté al alba y pasé mucho rato considerando qué debía ponerme. Tenía que ser algo bastante serio, porque de lo contrario mi madre habría sospechado; pero, por otro lado, quería estar segura de que Harry se fijara en mí.

Durante el trayecto en tren a Roma, me metí en el lavabo y me puse un par de medias de seda de mi madre y un toque de pintalabios que Giles ni siquiera notó.

En cuanto nos registramos en el hotel, Giles quiso salir de inmediato para la Villa Borghese. Yo también quería salir enseguida.

Mientras caminábamos por los jardines en dirección al museo, un soldado se volvió para mirarme. Fue la primera vez que un joven se daba la vuelta para mirarme y yo sentí que se me encendían las mejillas.

En cuanto entramos en la galería, Giles se puso a buscar a Harry. Yo me quedé rezagada, simulando mucho interés en los cuadros y las estatuas, porque quería hacer una entrada espectacular.

Cuando finalmente los alcancé, encontré a Harry hablando con mi hermano. Sin embargo, Giles ni siquiera fingía prestarle atención, porque estaba embobado con la guía del grupo. Si me lo hubiera preguntado, le habría dicho que no tenía la menor oportunidad con ella. Pero los hermanos mayores rara vez escuchan a las hermanas cuando se trata de mujeres. Yo le habría aconsejado que le hiciera algún comentario acerca de sus zapatos, que me daban muchísima envidia. Los hombres creen que los italianos sólo son famosos por los automóviles que diseñan. Una excepción a esa regla es el capitán Tarrant, que sabe exactamente cómo tratar a una dama. Mi hermano habría podido aprender mucho de él. Giles simplemente me consideraba su fastidiosa hermana pequeña.

Yo escogí mi momento y entonces atravesé lentamente la sala y esperé a que Giles nos presentara. ¡Qué sorpresa me llevé cuando Harry me invitó a cenar esa noche! Lo único que pude pensar fue que no había guardado en la maleta ningún vestido adecuado para salir por la noche. Durante la cena, descubrí que mi hermano le había dado mil liras a Harry para que se ocupara de mí, y que Harry se había negado hasta que Giles le ofreció un disco de Caruso. Le dije que a él le había tocado el disco y a mí el gramófono, pero no pilló la indirecta.

Para cruzar la calle de vuelta al hotel, me cogió por primera vez de la mano, y cuando llegamos a la otra acera, yo no se la solté. Me di cuenta de que era la primera vez que le cogía la mano a una chica, porque estaba tan nervioso que tenía la palma sudorosa.

Intenté facilitarle las cosas para que me besara cuando volvimos al hotel, pero se limitó a estrecharme la mano y a darme las buenas noches, como si fuéramos viejos camaradas. Le insinué que quizá nos encontraríamos casualmente alguna vez, cuando volviéramos a Bristol, y entonces su reacción fue mucho más positiva. Incluso sugirió un lugar de encuentro muy romántico para nuestra siguiente cita: la biblioteca

municipal. Me explicó que allí jamás nos sorprendería Giles, y yo estuve de acuerdo.

Poco después de las diez, Harry se fue a su habitación y yo subí a la mía. Unos minutos más tarde oí que Giles abría su puerta. No pude evitar una sonrisa. Seguramente, la velada con Caterina no lo había compensado por la pérdida del gramófono y un disco de Caruso.

Cuando un par de semanas después la familia regresó a Chew Valley, había tres cartas esperándome en la mesa del vestíbulo y los tres sobres estaban escritos con la misma letra. Si mi padre lo notó, no dijo nada.

Durante el mes siguiente, Harry y yo pasamos muchas horas juntos y felices en la biblioteca municipal, sin que nadie sospechara nada, entre otras cosas porque habíamos descubierto una sala donde era muy poco probable que nadie nos encontrara, ni siquiera Deakins.

Cuando empezó el curso, ya no pudimos vernos tan a menudo y muy pronto empecé a notar lo mucho que lo echaba de menos. Nos escribíamos cada dos o tres días e intentábamos pasar unas horas juntos los fines de semana. Y habríamos seguido así de no haber sido por la involuntaria intervención del doctor Paget.

Un sábado por la mañana, mientras tomábamos un café en el Carwardine's, Harry, que para entonces se había vuelto bastante audaz, me contó que su profesor de inglés había convencido a la señorita Webb para que permitiera a sus alumnas participar en la obra de fin de curso del Colegio Bristol. Cuando tres semanas más tarde se celebraron las audiciones, yo me sabía el papel de Julieta de memoria. El doctor Paget, pobre inocente, creyó que había sido un simple golpe de suerte.

Gracias a los ensayos, no sólo pudimos estar juntos tres tardes a la semana, sino que tuvimos ocasión de interpretar el papel de dos jóvenes amantes. Cuando se levantó el telón la primera noche, ya no estábamos actuando.

Las dos primeras funciones salieron tan bien que no veía la hora de que mis padres asistieran a la última, aunque no le había contado a mi padre que interpretaba el papel de Julieta, porque quería que fuera una sorpresa. Poco después de mi primera entrada, me distrajo el alboroto causado por alguien que abandonaba ruidosamente la sala. Pero el doctor Paget nos había recomendado en varias ocasiones que no miráramos nunca al público, de modo que no me enteré de quién había abandonado la sala de manera tan ostentosa. Recé para que no fuera mi padre, pero cuando después de la función no vino a saludarme detrás del escenario, comprendí que mis plegarias no habían sido escuchadas. Lo peor de todo fue mi certeza de que su estallido de ira iba dirigido a Harry, aunque todavía no sabía por qué.

Cuando volvimos a casa esa noche, Giles y yo nos quedamos en la escalera, escuchando la enésima discusión de mis padres. Pero esa vez fue diferente, porque mi padre trató a mi madre con una crueldad que nunca le había visto. Cuando ya no pude soportarlo más, corrí a mi habitación y me encerré.

Estaba tumbada en la cama, pensando en Harry, cuando oí que llamaban suavemente a la puerta. La abrí y entró mi madre, que ni siquiera trató de disimular

que había estado llorando. Me dijo que preparara una maleta pequeña, porque íbamos a marcharnos enseguida. Fuimos en taxi a la estación y llegamos justo a tiempo para coger el primer tren a Londres. Durante el viaje, le escribí a Harry, para que supiera lo que había sucedido y dónde podía encontrarme. Eché la carta en un buzón de la estación de King's Cross, antes de cambiar a otro tren para Edimburgo.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando la noche siguiente Harry y mi hermano se presentaron en el castillo de Mulgelrie, poco antes de la hora de cenar. Pasamos nueve gloriosos e inesperados días juntos en Escocia. Yo no habría querido regresar nunca a Chew Valley, aunque mi padre llamara y se disculpara profusamente por el modo en que se había comportado la noche de la función.

Pero sabía que tarde o temprano tendríamos que volver. En uno de nuestros largos paseos matinales, le prometí a Harry que trataría de averiguar la causa de la continuada hostilidad de mi padre hacia él.

Cuando volvimos a Manor House, mi padre no pudo haber estado más conciliador. Intentó explicar por qué había tratado tan mal a Harry a lo largo de los años, y mi madre y Giles parecieron aceptar su explicación. Pero yo me quedé con la sensación de que no nos había contado toda la historia.

Lo que me dificultó aún más las cosas fue que me prohibió contarle a Harry la verdad sobre la muerte de su padre, ya que su madre se empeñaba en que fuera un secreto de familia. Yo sospechaba que la señora Clifton conocía la verdadera causa de que mi padre no aprobara mi relación con Harry, pero me habría gustado decirles a los dos que nada ni nadie podría separarnos jamás. Sin embargo, las cosas tomaron un rumbo que yo nunca habría podido prever.

Yo estaba tan impaciente como Harry por averiguar si lo habían aceptado en Oxford, y habíamos quedado en encontrarnos en la puerta de la biblioteca, por la mañana, al día siguiente de la llegada del telegrama con la noticia.

Llegué unos minutos tarde a la cita aquel viernes por la mañana, y cuando lo vi sentado en el peldaño más alto, con la frente apoyada en las manos, supe que lo habían rechazado.

Harry se levantó de un salto en el instante en que vio a Emma y la rodeó con sus brazos. Prolongó el abrazo un buen rato, algo que nunca había hecho en público hasta ese momento, lo que confirmó los temores de ella de que las noticias sólo podían ser malas.

Sin que ninguno de los dos dijera ni una palabra, él la condujo de la mano hacia el interior del edificio. Bajaron por una escalera de caracol de madera y siguieron por un estrecho pasillo con paredes de ladrillo visto, hasta una puerta marcada con el letrero LIBROS ANTIGUOS. Harry se asomó a la sala, para estar seguro de que nadie más había descubierto su escondite.

Los dos jóvenes se sentaron uno frente al otro, a cada lado de una mesa donde habían pasado muchas horas estudiando el año anterior. Harry estaba temblando, pero no por el frío reinante en aquella habitación sin ventanas, con estanterías de libros encuadernados en piel y cubiertos de polvo. Parecía como si muchos de aquellos libros llevaran años sin que nadie los abriera. Con el tiempo, acabarían siendo auténticas antigüedades.

Transcurrieron unos minutos antes de que Harry hablara.

—¿Crees que hay alguna cosa que yo pudiera hacer o decir que te hiciera dejar de quererme?

—No, cariño mío —dijo Emma—, absolutamente nada.

—He averiguado por qué está tan empeñado tu padre en separarnos.

—Yo ya lo sé —repuso Emma, inclinando ligeramente la cabeza—, y te prometo que no me importa.

—¿Cómo es posible que lo sepas?

—Mi padre nos lo dijo el día que volvimos de Escocia, pero nos hizo jurar que guardaríamos el secreto.

—¿Os contó que mi madre trabaja de prostituta?

Emma se quedó boquiabierta. Tardó un tiempo en reponerse antes de hablar.

—No, nada de eso —respondió con vehemencia—. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Porque es la verdad —dijo Harry—. Hace dos años que no trabaja en el Hotel Royal, como yo creía, sino en un club nocturno llamado Eddie's.

—Eso no la convierte en prostituta —adujo Emma.

—Te puedo asegurar que el hombre sentado en la barra con un vaso de whisky en una mano y la otra apoyada en la cadera de mi madre no había ido en busca de una conversación intelectualmente estimulante.

Emma se inclinó sobre la mesa y acarició a Harry en la mejilla.

—Lo siento mucho, amor mío —se excusó—. Pero eso no cambia nada lo que siento por ti, ni lo cambiará nunca.

Harry consiguió componer una débil sonrisa, pero Emma permaneció en silencio, convencida de que sólo era cuestión de tiempo antes de que él le hiciera la pregunta

inevitable.

—Si no era ése el secreto que tu padre te pidió que guardaras —dijo, repentinamente serio—, ¿cuál era?

Entonces le llegó a Emma el turno de apoyar la frente en las manos, consciente de que no le quedaba más opción que decir la verdad. A diferencia de su madre, a ella no se le daba bien el disimulo.

—¿Qué te dijo? —repitió Harry, con más insistencia.

Emma se agarró al borde de la mesa, para tratar de controlar el temblor que le agitaba el cuerpo. Finalmente, reunió valor para mirar a Harry. Aunque los separaban solamente unos centímetros, no podía estar más distante.

—Necesito hacerte la misma pregunta que tú me hiciste a mí —dijo Emma—. ¿Hay alguna cosa que yo pudiera hacer o decir que te hiciera dejar de quererme?

Harry se inclinó sobre la mesa y la cogió de la mano.

—Claro que no —contestó.

—Tu padre no murió en la guerra —prosiguió ella con suavidad— y probablemente el mío fue el responsable de su muerte.

Después le tomó la mano a Harry con fuerza y le reveló todo lo que le había contado su padre el día que volvieron de Escocia.

Cuando terminó, Harry parecía aturdido e incapaz de hablar. Intentó ponerse de pie, pero las piernas no le respondieron. Como un boxeador que hubiera recibido demasiados golpes, se derrumbó en la silla.

—Sé desde hace tiempo que mi padre no podía haber muerto en la guerra —respondió Harry con calma—, pero lo que aún no puedo entender es por qué mi madre no me contó la verdad.

—Ahora conoces la verdad —repuso Emma, intentando contener las lágrimas—. Te entenderé si quieres romper nuestra relación, ahora que ya sabes lo que le hizo mi padre a tu familia.

—No es tu culpa —dijo Harry—, pero nunca se lo perdonaré. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Y cuando él se entere de la verdad acerca de mi madre, no seré capaz de mirarlo a la cara.

—No tiene por qué enterarse —dijo Emma, cogiéndole otra vez la mano—. Será para siempre un secreto entre nosotros.

—Eso ya no es posible —replicó Harry.

—¿Por qué no?

—Porque Giles vio frente al club de Eddie, en un portal, al hombre que nos siguió hasta Edimburgo.

—Entonces el que se ha rebajado es mi padre —dijo Emma—, porque no sólo ha vuelto a mentirnos, sino que ha faltado a su palabra.

—¿Cómo?

—Le prometió a Giles que ese hombre no volvería a seguirlo nunca.

—Ese hombre no estaba interesado en Giles —dijo Harry—. Creo que estaba

siguiendo a mi madre.

—Pero ¿por qué?

—Porque tu padre debe de tener la esperanza de convencerte para que me dejes, si consigue demostrar cómo se gana la vida mi madre.

—Entonces conoce muy poco a su hija —dijo Emma—, porque ahora estoy más decidida que nunca a no dejar que nada nos separe. Y tampoco puede impedirme que admire a tu madre más todavía que antes.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Harry.

—Trabajé de camarera para mantener a su familia y acabé al frente de su propio salón de té. Cuando el local quedó arrasado por un incendio, la acusaron de provocarlo, pero ella mantuvo la cabeza bien alta, segura de su inocencia. Encontré un trabajo en el Hotel Royal y, cuando la despidieron, se negó una vez más a darse por vencida. Recibió un cheque de seiscientas libras y por un momento pensó que todos sus problemas estaban resueltos, pero enseguida descubrió que seguía arruinada, justo cuando más necesitaba el dinero para que tú pudieras seguir estudiando. Desesperada, recurrió a...

—Pero yo habría preferido que ella no...

—Ella lo sabe, Harry, pero aun así ha creído que el sacrificio merecía la pena.

Hubo otro largo silencio.

—¡Dios mío! —exclamó Harry—. ¿Cómo pude haber pensado mal de ella? —Levantó la vista y miró a Emma—. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—¿Podrías ir a verla? Pon cualquier excusa, pero intenta averiguar si me vio anoche en ese lugar espantoso.

—¿Cómo lo sabré, si ella no quiere reconocerlo?

—Lo sabrás —respondió Harry en voz baja.

—Pero si tu madre te vio, probablemente querrá saber qué hacías allí.

—La estaba buscando a ella.

—Pero ¿por qué?

—Para decirle que me han aceptado en Oxford.

Emma se sentó en uno de los últimos bancos de la iglesia de la Santa Natividad y esperó a que terminara la misa. Veía a la señora Clifton sentada en la primera fila, al lado de una anciana. Harry le había parecido un poco menos tenso cuando volvieron a encontrarse un poco antes, esa misma mañana. Le había explicado con toda claridad lo que necesitaba averiguar y ella había prometido no desviarse de su misión. Habían ensayado varias veces todas las conversaciones posibles, hasta que ella dominó su papel a la perfección.

Cuando el viejo sacerdote hubo impartido su bendición final, Emma salió al centro del pasillo central y se situó de tal manera que la señora Clifton no pudiera

dejar de verla. Cuando Maisie la vio, no logró disimular una expresión de sorpresa, que muy pronto se vio sustituida por una amable sonrisa. La madre de Harry fue rápidamente hacia Emma y la presentó a la anciana que la acompañaba.

—Mamá, ésta es Emma Barrington, una amiga de Harry.

La anciana señora sonrió enseñando todos los dientes.

—Hay una gran diferencia entre ser su amiga y ser su novia. ¿Tú qué eres? —quiso saber.

La señora Clifton se echó a reír, pero Emma se dio cuenta de que estaba tan interesada como la abuela en oír su respuesta.

—Su novia —respondió Emma con orgullo.

La anciana volvió a sonreír, pero Maisie no pareció alegrarse.

—Bueno, entonces todo está bien, ¿no? —dijo la abuela de Harry, para añadir de inmediato—: Lo siento, pero no puedo quedarme aquí todo el día charlando. Tengo que preparar la comida. —Empezó a alejarse, pero entonces se volvió y preguntó—: ¿Te gustaría comer con nosotros, jovencita?

Era una pregunta que Harry había previsto y para la que incluso había preparado una respuesta.

—Es muy amable por su parte —dijo Emma—, pero mis padres me estarán esperando.

—Como debe ser —dijo la anciana—. Siempre debes respetar los deseos de tus padres. Hasta luego, Maisie.

—¿Puedo acompañarla un momento, señora Clifton? —le preguntó Emma a Maisie, mientras salían de la iglesia.

—Sí, por supuesto, querida.

—Harry me pidió que viniera a verla, porque está seguro de que querrá saber que lo han aceptado en Oxford.

—¡Oh, qué noticia tan maravillosa! —exclamó Maisie, abrazando a Emma. Pero de pronto la soltó y le preguntó—: ¿Por qué no ha venido él mismo a decírmelo?

La respuesta también estaba preparada.

—Está castigado —dijo Emma, con la esperanza de que no se notara que era un parlamento ensayado—. Tiene que copiar varios fragmentos de Shelley. Me temo que el culpable ha sido mi hermano. Verá, cuando Giles se enteró de la buena noticia, llevó al colegio un botella de champán, sin que nadie se enterara, y lo estuvieron celebrando en su cuarto hasta bien entrada la noche.

—¿Y eso es tan malo? —preguntó Maisie, sonriendo.

—Al doctor Paget se lo pareció. Harry lo lamenta muchísimo.

Maisie rió con tantas ganas que Emma se convenció de que no había advertido la visita de su hijo al club nocturno la noche anterior. Le habría gustado hacerle una pregunta más que todavía la intrigaba, pero Harry no había podido ser más categórico:

—Si mi madre no quiere que yo sepa cómo murió mi padre, dejémoslo así —le

había dicho.

—Siento que no puedas quedarte a comer con nosotros —dijo Maisie—, porque hay una cosa que me gustaría decirte. Quizá en otra ocasión.

Harry pasó toda la semana siguiente esperando a que llegara otra noticia, y cuando llegó, no pudo reprimir un grito de alegría.

Giles recibió un telegrama el último día del curso, que le anunciaba que tenía una plaza a su disposición en el Brasenose College de Oxford, para estudiar Historia.

—Por un pelo —fue la expresión utilizada por el doctor Paget cuando se lo comunicó al director.

Dos meses después, un becario, un *honorio* y un *vulgario* llegaron a la antigua ciudad universitaria en diferentes medios de transporte para iniciar tres años de estudios.

Harry se apuntó a la sociedad teatral y al cuerpo de entrenamiento militar para oficiales; Giles, a la asociación de estudiantes y al club de críquet, y Deakins se instaló en las entrañas de la famosa Biblioteca Bodleiana, como un topo, y ya casi no volvió a ser visto en la superficie. Pero ya entonces había decidido que deseaba pasar el resto de su vida en Oxford.

Harry no podía estar seguro de lo que haría con el resto de su vida, en una época en que el primer ministro multiplicaba sus viajes a Alemania, hasta que finalmente volvió al aeropuerto de Heston con un documento en la mano y dijo lo que todos querían oír.

Para Harry, era indudable que Gran Bretaña estaba al borde de la guerra. Cuando Emma le preguntó por qué estaba tan seguro, él le contestó:

—¿No te has dado cuenta de que Hitler nunca se molesta en venir aquí? Siempre nos toca a nosotros interpretar el papel del pretendiente fastidioso y verás que al final nos da calabazas.

Emma no le prestó atención, porque ella, lo mismo que Chamberlain, se negaba a creer que Harry pudiera tener razón.

Le escribía a Harry dos y hasta tres veces por semana, aunque pasaba el día entero estudiando, preparando su propio ingreso en Oxford.

Cuando Harry volvió a Bristol para Navidad, pasaron juntos todo el tiempo posible, pero asegurándose siempre de que Harry no se encontrara con el señor Barrington.

Emma declinó el ofrecimiento de pasar las vacaciones de verano con el resto de la familia en la Toscana, sin ocultar a su padre que prefería estar con Harry.

A medida que su examen de ingreso se aproximaba, el número de horas que pasaba en la sala de libros antiguos habría asombrado incluso a Deakins, pero Harry ya estaba empezando a pensar que su novia iba a impresionar a los examinadores tanto como lo había hecho el año anterior su solitario amigo. Cuando se lo decía a Emma, ella le recordaba que por cada mujer que estudiaba en Oxford, había veinte

hombres.

—Podrías ir a Cambridge —le sugirió una vez Giles, tontamente.

—Allí son aún más prehistóricos —le respondió Emma—. Todavía no dan títulos a mujeres.

El mayor temor de Emma no era que no la aceptaran en Oxford, sino que estallara la guerra antes del comienzo de los cursos y que para entonces Harry hubiera partido hacia algún campo de batalla extranjero, lejos de Inglaterra. Siempre había vivido con el recuerdo omnipresente de la Gran Guerra y aún seguía viendo a muchas mujeres que vestían de luto en memoria de sus maridos, novios, hermanos o hijos caídos en el frente, en un conflicto que ya nadie describía como «la guerra que iba a acabar con todas las guerras».

Le había rogado a Harry que no se alistara voluntario si se declaraba la guerra y que al menos esperara hasta que lo llamaran a filas. Pero desde que Hitler había invadido Checoslovaquia y Alemania se había anexionado los Sudetes, Harry había empezado a expresar su determinación de vestir el uniforme en el momento mismo en que se declarara la guerra, una eventualidad que consideraba inevitable.

Cuando al final de su primer año en la universidad Harry invitó a Emma al baile de la Conmemoración, ella decidió no mencionar ni una vez la posibilidad de la guerra. Y también tomó otra decisión.

Emma viajó a Oxford la mañana del baile y se registró en el Hotel Randolph. Pasó el resto del día recorriendo los edificios más emblemáticos de la universidad en compañía de Harry, que estaba convencido de que al cabo de pocos meses ella sería una estudiante más.

Emma regresó al hotel con mucho tiempo por delante para prepararse para el baile, ya que Harry había prometido pasar a recogerla a las ocho.

Unos minutos antes de la hora señalada, Harry entró en el hotel con un elegante traje azul oscuro que su madre le había regalado por su cumpleaños. Desde el mostrador de la recepción, llamó a la habitación de Emma para decirle que había llegado y que la esperaba en el vestíbulo.

—Ahora mismo bajo —le aseguró ella.

A medida que pasaban los minutos, Harry empezó a ir y venir por el vestíbulo, preguntándose qué significaría para Emma «ahora mismo», pero Giles ya le había advertido varias veces que su hermana había heredado la impuntualidad de su madre.

Entonces la vio en lo alto de la escalera. Harry no se movió, mientras ella bajaba lentamente, con un vestido de seda turquesa sin tirantes que subrayaba la grácil elegancia de su figura. Todos los jóvenes del vestíbulo se habrían cambiado por Harry sin pensárselo dos veces.

—¡Vaya! —exclamó él cuando ella terminó de bajar la escalera—. ¿Quién necesita a Vivien Leigh? A propósito, me encantan tus zapatos.

Emma sintió que la primera parte de su plan había sido un éxito.

Salieron del hotel y se dirigieron cogidos del brazo a Redcliffe Square. Cuando entraron en el colegio universitario de Harry, el sol empezaba a ponerse detrás de la biblioteca. Ninguno de los que asistieron aquella noche al Brasenose College habría dicho que Gran Bretaña estaba a tan sólo unas semanas de una guerra que impediría la graduación de la mitad de los jóvenes presentes.

Pero nada podía estar más lejos de los pensamientos de las alegres parejas que bailaban al son de las canciones de Cole Porter y Jerome Kern. Mientras varios cientos de estudiantes con sus parejas consumían cajas de champán y comían montañas de salmón ahumado, Harry no perdió de vista a Emma ni una sola vez, temeroso de que algún espíritu desaprensivo intentara robársela.

Giles bebió un poco más de lo aconsejable, comió demasiadas ostras y no bailó dos veces con la misma chica en toda la noche.

A las dos de la madrugada, la orquesta Billy Cotton Dance Band atacó el último vals. Harry y Emma se abrazaron y comenzaron a balancearse al ritmo de la música.

Cuando el director finalmente levantó la batuta para ejecutar el himno nacional, Emma no pudo dejar de observar que todos los hombres jóvenes a su alrededor, fuera cual fuese su estado de ebriedad, se cuadraban y cantaban emocionados el *Dios salve al Rey*.

Harry y Emma volvieron al Randolph andando lentamente y hablando de intrascendencias, simplemente porque no querían que acabara la velada.

—Bueno, al menos volverás dentro de quince días para presentarte a tu examen de ingreso —dijo Harry mientras subían los peldaños del hotel—, así que no falta mucho para que volvamos a vernos.

—Es cierto —dijo Emma—, pero no tendré tiempo para distracciones hasta que no haya terminado la última parte del examen. Cuando me haya quitado eso de en medio, podremos pasar el resto del fin de semana juntos.

Harry estaba a punto de darle un beso de buenas noches, cuando ella susurró:

—¿Quieres subir a mi habitación? Tengo un regalo para ti. No me gustaría que creyeras que se me ha olvidado tu cumpleaños.

Harry pareció sorprendido, y también se sorprendió el botones del vestíbulo, cuando vio que los dos jóvenes subían a la habitación de ella cogidos de la mano. Cuando llegaron a la puerta, Emma estuvo un momento peleando con las llaves hasta conseguir abrirla.

—Espérame un segundo —dijo, y desapareció en el baño.

Harry se sentó en la única silla de la habitación y se puso a pensar en cuál sería el regalo que más le gustaría recibir para su cumpleaños. La puerta del baño se abrió y Emma quedó enmarcada por la tenue luz de su interior. Su elegante vestido sin tirantes había sido reemplazado por una toalla del hotel.

Harry podía oír los latidos de su propio corazón mientras ella se le acercaba lentamente.

—Creo que estás demasiado vestido, cariño —dijo Emma, quitándole la chaqueta y dejándola caer al suelo.

Después le deshizo el lazo de la pajarita y empezó a desabotonarle la camisa, antes de que ambas prendas siguieran el camino de la chaqueta. Luego les llegó el turno a los zapatos y los calcetines, y a continuación, poco a poco, Emma le fue quitando los pantalones. Cuando estaba a punto de apartar el último obstáculo que quedaba en su camino, él la levantó en sus brazos y la llevó a través de la habitación.

Mientras la dejaba caer en la cama apasionadamente, la toalla cayó al suelo. Emma había imaginado a menudo ese momento desde que habían vuelto de Roma, suponiendo que su primer intento de hacer el amor sería torpe y confuso. Pero Harry fue amable y considerado, aunque era evidente que estaba tan nervioso como ella. Después de hacer el amor, ella permaneció en sus brazos, sin querer quedarse dormida.

—¿Te ha gustado tu regalo de cumpleaños? —le preguntó.

—Me ha encantado —contestó Harry—, pero espero no tener que esperar un año antes de recibir el siguiente. Y a propósito, acabo de recordar que yo también tengo un regalo para ti.

—Pero no es mi cumpleaños.

—No es un regalo de cumpleaños.

Harry se levantó de un salto, cogió los pantalones del suelo y revolvió en los bolsillos hasta encontrar una cajita de piel. Volvió junto a la cama, hincó una rodilla en el suelo y dijo:

—Emma, cariño mío, ¿querrás casarte conmigo?

—Estás bastante ridículo ahí abajo —dijo Emma—. Ven, métete otra vez en la cama, antes de que te congeles.

—No, hasta que no hayas respondido mi pregunta.

—No seas tonto, Harry. Decidí que iba a casarme contigo el día que viniste a Manor House a celebrar el cumpleaños de Giles.

Harry estalló en carcajadas, mientras le ponía el anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

—Lamento que el diamante sea tan pequeño —dijo.

—Es tan grande como el Ritz —respondió ella, al tiempo que él se metía en la cama—. Y como parece que lo tienes todo tan bien organizado —añadió en tono jocos—, supongo que habrás elegido fecha para nuestra boda.

—El sábado 29 de julio a las tres de la tarde.

—¿Por qué?

—Es el último día del curso. Después de esa fecha, ya no podremos reservar la iglesia de la universidad.

Emma se sentó en la cama, cogió el lápiz y el bloc de notas de la mesilla de noche y empezó a escribir.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Harry.

—La lista de invitados. Si sólo tenemos siete semanas...

—Eso puede esperar —dijo Harry, rodeándola otra vez con sus brazos—. Creo que estoy a punto de celebrar otro cumpleaños.

—¡Es demasiado joven para pensar en casarse! —dijo el padre de Emma, como si ella no estuviera delante.

—Tiene la misma edad que yo cuando tú me lo propusiste —le recordó Elizabeth.

—¡Pero tú no tenías que presentarte al examen más importante de tu vida unas semanas antes de la boda!

—Precisamente por eso me estoy haciendo cargo yo de todos los preparativos —dijo Elizabeth—. De ese modo, Emma no tendrá ninguna distracción hasta después del examen.

—¿Y no sería mejor aplazar la boda unos meses? Después de todo, ¿qué prisa tenemos?

—¡Qué buena idea, papá! —exclamó Emma, que hablaba por primera vez—. Podríamos pedirle a Hitler que tuviera la gentileza de aplazar unos meses la guerra porque tu hija se quiere casar.

—Y ¿qué opina de todo esto la señora Clifton? —preguntó su padre, sin prestar atención a su comentario.

—Estará encantada con la noticia. ¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó Elizabeth.

Su marido no respondió.

El anuncio del inminente enlace entre Emma Grace Barrington y Harold Arthur Clifton apareció diez días después en el *The Times*. El domingo siguiente, el reverendo Styler leyó las primeras amonestaciones desde el púlpito de Santa María, y a lo largo de esa semana más de trescientas invitaciones partieron con el correo. Nadie se sorprendió de que Harry quisiera que Giles fuera su padrino, y el capitán Tarrant y Deakins, sus testigos.

Pero Harry se asombró mucho cuando recibió una carta del viejo Jack en la que declinaba su amable invitación, diciendo que no podía abandonar su puesto en las difíciles circunstancias que atravesaba el país. Harry volvió a escribirle, suplicándole que reconsiderara su posición y que al menos asistiera a la boda, aunque no pudiera actuar como testigo. La respuesta del viejo Jack sumió a Harry en una confusión aún mayor: «Temo que mi presencia pueda ser una molestia».

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Harry—. ¿No sabe que para mí sería un honor que viniera?

—Es casi tan malo como la reacción de mi padre —recalcó Emma—. Se niega a hacer de padrino y ni siquiera sabe si vendrá a la boda.

—Pero ¿no me habías dicho que había prometido ayudarte de ahora en adelante?

—Sí, pero todo cambió cuando le dije que habíamos fijado fecha para casarnos.

—He de reconocer que mi madre tampoco pareció muy entusiasta cuando le di la noticia —admitió Harry.

Emma no volvió a ver a Harry hasta que regresó a Oxford para su examen, e incluso tuvo que esperar hasta haber entregado el último ejercicio. Cuando salió de la sala del examen, su prometido la estaba esperando en lo alto de la escalera, con una botella de champán en una mano y dos copas en la otra.

—Bueno, ¿cómo crees que te ha ido? —le preguntó, mientras le servía una copa.

—No lo sé —suspiró Emma, al tiempo que varias docenas de chicas más salían de la sala—. No me di cuenta de dónde me había metido hasta que vi a todas mis rivales.

—Al menos tú tienes algo para distraerte mientras esperas los resultados.

—Sólo faltan tres semanas —le recordó Emma—. Todavía tienes tiempo para cambiar de idea.

—Si no consigues una beca, quizá tenga que reconsiderar mi posición. Después de todo, no puedo dejar que me vean al lado de una estudiante vulgar.

—Pero si la consigo, tal vez tenga que reconsiderar mi posición y buscarme un becario como yo.

—Deakins sigue disponible —dijo Harry, mientras volvía a llenarle la copa.

—Cuando lo sepamos, ya será tarde —replicó Emma.

—¿Por qué?

—Porque está previsto que anuncien los resultados la mañana misma de nuestra boda.

Emma y Harry pasaron la mayor parte del fin de semana encerrados en la habitación del hotel, haciendo el amor y repasando sin cesar los preparativos de la boda. El domingo por la noche, Emma había llegado a una conclusión.

—Mamá ha estado magnífica —dijo—, que es mucho más de lo que puedo decir de mi padre.

—¿Crees que él vendrá?

—Sí, claro que sí. Mi madre lo ha convencido para que venga, pero todavía se niega a hacer de padrino. ¿Qué has sabido del viejo Jack?

—Ni siquiera me ha contestado mi última carta —replicó Harry.

—¿Has engordado un poco, no, cielo? —preguntó la madre de Emma, mientras trataba de cerrar el último broche en la espalda del vestido de boda de su hija.

—No creo —replicó Emma, mirándose con ojo crítico en el espejo de cuerpo entero.

—¡Preciosa! —Fue el veredicto de Elizabeth, cuando se apartó para admirar el traje de la novia.

Habían viajado varias veces a Londres para las pruebas en el taller de Madame Renée, propietaria de una pequeña *boutique* de moda en Mayfair, que según decían contaba entre sus clientas a la reina María y a la reina Isabel. Madame Renée había supervisado personalmente cada prueba, y el encaje victoriano (algo viejo) aplicado al cuello y al ruedo de la falda combinaba con total naturalidad con el corpiño de seda y la falda de campana, dos novedades que estaban muy de moda ese año. Además, la propia Madame Renée les había asegurado que el sombrerito de color crema en forma de lágrima causaría sensación la temporada siguiente entre las damas elegantes. El único comentario que había hecho el padre de Emma al respecto había sido al ver la factura.

Elizabeth Barrington miró su reloj. Faltaban diecinueve minutos para las tres.

—No tenemos ninguna prisa —le dijo a Emma cuando oyó que llamaban a la puerta.

Estaba segura de haber colgado del picaporte el cartel de NO MOLESTAR y de haberle dicho al chófer que no las esperara hasta las tres. En el ensayo del día anterior, el trayecto entre el hotel y la iglesia les había llevado siete minutos, y Elizabeth quería que Emma llegara con un elegante retraso.

—Deja que te esperen unos minutos, pero sin que lleguen a preocuparse.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Yo abriré —dijo Elizabeth, dirigiéndose hacia la puerta.

Un botones de uniforme rojo le entregó un telegrama, el undécimo del día. Estaba a punto de cerrar la puerta, cuando el joven le dijo:

—Me han pedido que le comunique, señora, que este telegrama es importante.

Lo primero que pensó Elizabeth fue que alguno de los invitados habría cancelado su asistencia en el último momento. Sólo esperaba no tener que reorganizar la mesa principal del banquete. Rasgó el telegrama y leyó su contenido.

—¿Quién lo envía? —preguntó Emma, ajustando unos centímetros el ángulo del sombrero y preguntándose si no sería demasiado audaz.

Elizabeth se lo dio. Cuando Emma lo leyó, rompió a llorar.

—¡Felicidades, cariño! —le dijo su madre, mientras extraía un pañuelo del bolso y empezaba a enjugar las lágrimas de su hija—. Te abrazaría, pero no quiero arrugarte el vestido.

En cuanto Elizabeth hubo dado su visto bueno al traje de Emma, dedicó unos instantes a comprobar el suyo en el espejo. Recordó las palabras de Madame Renée: «La madre no debe brillar más que la hija en su gran día, pero tampoco debe pasar desapercibida».

Elizabeth estaba particularmente contenta con el sombrerito del taller de Norman Hartnell, aunque ya no estuviera tan de moda como unos años atrás.

—Ya es hora de salir —declaró, después de mirar nuevamente el reloj.

Emma sonrió, mientras contemplaba el traje de calle que se pondría cuando la recepción terminara y Harry y ella partieran de luna de miel a Escocia. Lord Harvey les había ofrecido el castillo de Mulgelrie durante dos semanas, con la promesa de no dejar que ningún miembro de la familia se acercara a menos de veinte kilómetros de la finca y, más importante aún, de que Harry pudiera tomar tres platos de sopa de las Highlands todas las noches, sin la menor insinuación de un segundo plato de urogallo.

Emma salió con su madre de la suite y la siguió por el pasillo. Cuando llegó a la escalera, pensó por un momento que iban a cederle las piernas. Mientras bajaba, los otros huéspedes del hotel se apartaron de su camino, para dejarla pasar.

Un botones le mantuvo abierta la puerta del hotel, mientras el chófer de sir Walter la esperaba junto al Rolls-Royce, para que la novia se reuniera con su abuelo. Cuando Emma se sentó a su lado, arreglándose cuidadosamente los pliegues del vestido, sir Walter se colocó el monóculo en el ojo derecho y declaró:

—Estás preciosa, jovencita. Harry es un hombre muy afortunado.

—Gracias, abuelo —dijo ella, mientras le daba un beso en la mejilla.

Por la ventanilla trasera, vio que su madre se montaba en un segundo Rolls-Royce y, un momento después, los dos coches se incorporaron al tráfico de la tarde para recorrer tranquilamente el trayecto hasta la iglesia universitaria de Santa María.

—¿Está papá en la iglesia? —preguntó Emma, tratando de no parecer demasiado ansiosa.

—Fue uno de los primeros en llegar —respondió su abuelo—. Estoy seguro de que ya está lamentando haberme cedido el privilegio de entregar tu mano.

—¿Y Harry?

—Nunca lo había visto tan nervioso. Pero Giles parece tenerlo todo bajo control, lo que en él es una novedad. Sé que lleva un mes preparando su discurso.

—Es una suerte que Harry sea el mejor amigo de ambos —dijo Emma—. ¿Sabes, abuelo? Una vez leí que todas las novias tienen dudas la mañana de la boda.

—Es natural, cariño.

—Pero yo nunca he tenido dudas respecto a Harry —prosiguió Emma, mientras el coche se detenía delante de la iglesia—. Sé que pasaremos juntos el resto de nuestra vida.

Esperó a que su abuelo saliera del vehículo, antes de recoger los pliegues de su vestido y reunirse con él en la acera.

Su madre corrió a su lado, para comprobar por última vez el traje, antes de permitir que hiciera su entrada en la iglesia. Después le entregó un pequeño ramillete de rosas de un tono rosado pálido, mientras las dos damas de honor, Grace, la hermana menor de Emma, y Jessica, su amiga de la escuela, se situaban detrás de la cola.

—Tú serás la próxima, Grace —le dijo su madre, inclinándose para alisarle las arrugas del vestido de dama de honor.

—Espero que no —repuso Grace, en voz suficientemente alta para que su madre la oyera.

Elizabeth dio un paso atrás para contemplarla y asintió complacida. Dos ayudantes abrieron de par en par la pesada puerta principal, señal para que el organista empezara a tocar la *Marcha nupcial* de Mendelssohn y la congregación se pusiera de pie para recibir a la novia.

Mientras entraba en la iglesia, Emma se sorprendió al ver cuánta gente había viajado a Oxford para compartir su felicidad. Fue avanzando lentamente por el pasillo central del brazo de su abuelo, mientras los invitados se volvían para sonreírle en su camino hacia el altar.

En los bancos de la derecha, distinguió al señor Frobisher sentado junto al señor Holcombe. La señorita Tilly, tocada con un sombrero bastante llamativo, debía haber hecho todo el viaje desde Cornualles, y el doctor Paget le dedicó su más cálida sonrisa. Pero nada como la sonrisa que se dibujó en su propia cara cuando vio al capitán Tarrant, con la cabeza inclinada, vestido con un traje que no acababa de sentarle bien. Harry estaría encantado de que finalmente el viejo Jack hubiera decidido asistir a la boda. En la primera fila estaba la señora Clifton, que a todas luces había dedicado bastante tiempo a la elección de su traje, porque estaba espléndida y muy moderna. Una sonrisa cruzó los labios de Emma, pero la joven se sorprendió y sintió cierta decepción al ver que su futura suegra ni siquiera se volvía para mirarla cuando pasó a su lado.

Entonces vio a Harry, de pie en los peldaños del altar, junto a su hermano, esperando a la novia. Emma siguió avanzando por el pasillo, del brazo de uno de sus abuelos, mientras el otro permanecía con la espalda muy recta en la primera fila, al lado de su padre, que parecía un poco cariacontecido. Quizá fuera cierto que lamentaba la decisión de no ser quien la entregara en el altar.

Sir Walter se quedó a un lado, mientras Emma subía los cuatro peldaños para reunirse con su futuro esposo. Una vez allí, se inclinó hacia él y le susurró:

—He estado a punto de cambiar de idea.

Harry intentó reprimir una sonrisa, mientras esperaba la segunda parte del comentario jocoso.

—Después de todo —prosiguió ella—, no es habitual que los becarios de esta universidad se casen con vulgares estudiantes.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño —dijo él—. Felicidades.

Giles inclinó la cabeza con auténtico respeto y una oleada de susurros recorrió toda la congregación, mientras se difundía la noticia de una fila a la siguiente.

Se detuvo la música y el capellán del colegio universitario levantó las manos y empezó:

—Queridos fieles, estamos aquí reunidos, ante Dios y ante los hombres, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio...

A Emma la asaltó un repentino nerviosismo. Se había aprendido todas las respuestas de memoria, pero de pronto había una que no podía recordar.

—Esta institución, cuyo propósito primero es la procreación...

Emma intentó concentrarse en las palabras del sacerdote, pero no veía la hora de escapar y estar a solas con Harry. Quizá habría sido mejor huir la noche anterior y casarse en Gretna Green, mucho más cerca del castillo de Mulgelrie.

—A esa santa unión aspiran hoy este hombre y esta mujer. Por lo tanto, si alguien conoce algún impedimento para la justa celebración del santo matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

El sacerdote hizo una pausa, para dejar que pasara un tiempo simbólico antes de continuar con la ceremonia. Pero entonces una voz resonó en la iglesia:

—¡Yo sé de un impedimento!

Emma y Harry se volvieron como movidos por un resorte, para ver quién había podido decir algo tan tremendo.

El sacerdote levantó la vista sin dar crédito a sus oídos, preguntándose por un momento si habría entendido mal; pero en toda la iglesia se estaban volviendo las cabezas, mientras la congregación trataba de descubrir quién había sido el responsable de una interrupción tan inesperada. El capellán nunca había vivido un caso semejante y tuvo que esforzarse para recordar cuál debía ser su reacción en tales circunstancias.

Emma enterró la cabeza en el hombro de Harry, al tiempo que él buscaba entre los agitados presentes a la persona que había causado tanta consternación. Suponía que habría sido el padre de Emma, pero cuando miró a la primera fila, vio a Hugo Barrington, blanco como un papel, buscando también a su alrededor al culpable de la prematura paralización de la ceremonia.

El reverendo Styler tuvo que levantar la voz para ser oído por encima del creciente alboroto.

—¿Querrá, por favor, darse a conocer el caballero que se opone a la celebración de esta boda?

Un personaje alto y bien plantado salió al pasillo central. Todas las miradas se fijaron en el capitán Jack Tarrant, mientras éste se dirigía al altar y se detenía delante del sacerdote. Emma se agarró a Harry, temerosa de que se lo arrebataran.

—¿Debo comprender que en su opinión esta unión no debería celebrarse?

—Exacto —respondió Jack en tono sereno.

—Entonces debo pedirle a usted, a los novios y a los miembros de la familia más

directa que me acompañen a la sacristía. —Después, levantando la voz, añadió—: La congregación permanecerá a la espera, hasta que yo considere la objeción y dé a conocer mi decisión.

Los que habían sido convocados fueron conducidos por el sacerdote a la sacristía, seguidos de Harry y Emma. Nadie dijo ni una palabra, aunque los asistentes a la ceremonia seguían murmurando ruidosamente a sus espaldas.

Cuando las dos familias estuvieron apiñadas en la diminuta sacristía, el reverendo Styler cerró la puerta.

—Capitán Tarrant —empezó—, debo decirle que soy la única persona con autoridad legal para decidir si esta ceremonia debe continuar. Naturalmente, no tomaré ninguna decisión hasta haber oído todas sus objeciones.

El único que parecía sereno en la atestada habitación era el viejo Jack.

—Gracias, reverendo —dijo—. En primer lugar, debo pedirles disculpas a todos y en particular a Emma y a Harry por mi intervención. He pasado varias semanas luchando con mi conciencia, antes de tomar esta dolorosa decisión. Podría haber elegido el camino más fácil y aducir sencillamente alguna excusa para no asistir hoy a la boda. He guardado silencio hasta ahora, con la esperanza de que con el tiempo las objeciones se volvieran irrelevantes. Tristemente, no ha sido así, ya que el amor que Harry y Emma se profesan no ha hecho más que aumentar con los años, en lugar de disminuir, y por eso ya no puedo seguir callando.

Todos estaban tan fascinados por las palabras del viejo Jack que sólo Elizabeth Barrington notó que su marido se marchaba discretamente por la puerta trasera de la sacristía.

—Gracias, capitán Tarrant —dijo el reverendo Styler—. Pero aun reconociendo que ha intervenido de buena fe, necesito conocer las acusaciones concretas que desea formular contra estos jóvenes.

—No deseo formular ninguna acusación contra ellos. Aprecio y admiro a Harry y a Emma, y creo que ellos saben tan poco de todo esto como el resto de ustedes. No, mi acusación es contra Hugo Barrington, que sabe desde hace muchos años que existe una posibilidad de que él sea el padre de estos dos desafortunados chicos.

Una exclamación contenida recorrió la habitación, mientras todos trataban de asimilar la enormidad de la afirmación. El sacerdote no dijo nada hasta que pudo recuperar la atención de todos los presentes.

—¿Alguno de ustedes está en condiciones de confirmar o desmentir la aseveración del capitán Tarrant?

—Es imposible que sea verdad —dijo Emma, agarrada todavía al brazo de Harry—. Tiene que haber un error. Mi padre no puede...

Fue en ese instante cuando todos advirtieron que el padre de la novia ya no estaba presente. El sacerdote se volvió hacia la señora Clifton, que lloraba en silencio.

—No puedo desmentir los temores del capitán Tarrant —declaró ella con voz entrecortada. Tardó un momento en continuar—. Confieso que es verdad que

mantuve relaciones con el señor Barrington en una ocasión. —Hizo otra pausa—. Fue solamente una vez, pero por desgracia sucedió poco antes de mi boda. —Levantó lentamente la cabeza—. Y no tengo manera de saber con seguridad quién es el padre de Harry.

—Debo señalar —sostuvo el viejo Jack— que Hugo Barrington amenazó a la señora Clifton en más de una ocasión para que no revelara su terrible secreto.

—Señora Clifton —dijo con suavidad sir Walter—, ¿puedo hacerle una pregunta? Maisie asintió con la cabeza, pero sin levantar la vista.

—¿Su marido era daltónico?

—No, que yo sepa —respondió ella, en un tono casi inaudible.

Sir Walter se volvió hacia Harry.

—Pero tú sí lo eres, ¿verdad, muchacho?

—Sí, soy daltónico —respondió Harry sin la menor vacilación—. ¿Qué importancia puede tener eso? ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque yo también lo soy —contestó sir Walter—, lo mismo que mi hijo y mi nieto. Es un trastorno hereditario que afecta a mi familia desde hace varias generaciones.

Harry rodeó a Emma con sus brazos.

—Te juro que yo no sabía nada de esto...

—Claro que no lo sabías —dijo Elizabeth Barrington, interviniendo por primera vez—. El único que lo sabía era mi marido y no tuvo coraje para dar un paso al frente y admitirlo. Si lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado. Papá —dijo, volviéndose hacia lord Harvey—, ¿me harás el favor de explicar a nuestros invitados la razón de que se cancele la ceremonia?

Lord Harvey asintió.

—Yo me encargaré de todo, hija —dijo el anciano, apoyándole suavemente una mano en el brazo—. Pero ¿qué vas a hacer tú?

—Voy a llevarme a mi hija lo más lejos que pueda de este sitio.

—No quiero ir lo más lejos posible —dijo Emma—, a menos que Harry venga conmigo.

—Me temo que tu padre no nos ha dejado otra alternativa —repuso Elizabeth, cogiéndola suavemente por un brazo.

Pero Emma seguía aferrada a Harry, hasta que él le susurró:

—Tu madre tiene razón, vida mía. Pero si hay algo que tu padre jamás conseguirá es impedir que yo te siga queriendo, y, aunque para ello tenga que dedicar todo lo que me queda de vida, demostraré que él no es mi padre.

—Quizá prefiera salir por la puerta de atrás, señora Barrington —le sugirió el sacerdote.

A su pesar, Emma soltó la mano de Harry y permitió que su madre la sacara de allí.

El reverendo las condujo fuera de la sacristía y a lo largo de un estrecho pasillo,

hasta una puerta que él mismo se sorprendió de encontrar abierta.

—Id con Dios, hijas mías —les dijo, antes de abrirles la puerta para que salieran.

Elizabeth rodeó con su hija el edificio de la iglesia, hasta los dos Rolls-Royce que esperaban delante. Ignoró a los asistentes a la ceremonia que habían salido para tomar un poco de aire fresco o para fumar un cigarrillo y que ni siquiera intentaron disimular su curiosidad cuando vieron que las dos mujeres entraban directamente en uno de los dos vehículos.

El chófer no las vio hasta después de que Elizabeth abriera la puerta del primero de los vehículos y acomodara a su hija en el asiento trasero. Había estado esperando junto al pórtico principal, convencido de que los novios tardarían por lo menos media hora más en salir a la calle, cuando las campanas anunciaran al mundo el matrimonio del señor y la señora Clifton. Cuando el chófer oyó el golpe de la puerta del coche al cerrarse, apagó el cigarrillo, corrió al vehículo y se puso al volante.

—Llévenos de vuelta al hotel —dijo Elizabeth.

Ninguna de las dos volvió a hablar hasta que se encontraron nuevamente en la habitación. Emma se tumbó en la cama llorando, mientras Elizabeth le acariciaba el pelo, como solía hacerle cuando era pequeña.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Lloraba Emma—. No puedo dejar de querer a Harry de repente.

—Estoy segura de que nunca dejarás de quererlo —dijo su madre—, pero el destino ha decidido que no podéis estar juntos hasta que sea posible demostrar quién es su padre.

Le siguió acariciando el pelo y llegó a creer que se había quedado dormida, hasta que Emma le preguntó en voz baja:

—Y ¿qué voy a decirle yo a mi hijo cuando me pregunte quién es su padre?

HARRY CLIFTON

1939-1940

Lo que más recuerdo de aquel momento, cuando Emma y su madre ya se habían ido de la iglesia, es la aparente tranquilidad de todos los presentes. No hubo histeria, ni desmayos, y ni siquiera nadie levantó la voz. Un observador casual difícilmente habría notado que muchas vidas acababan de sufrir un daño irreparable y que algunas incluso habían quedado arruinadas para siempre. ¡Qué reacción tan británica! ¡Cuánta flema, cuánta contención! Nadie estaba dispuesto a admitir que su vida personal había saltado en mil pedazos en el transcurso de apenas una hora. La mía, al menos, estaba destrozada.

Yo había guardado un silencio aturdido mientras los diferentes actores interpretaban sus papeles. El viejo Jack había hecho simplemente lo que consideraba su deber, ni más ni menos, aunque su palidez y las marcadas arrugas de su rostro dijeran lo contrario. Podría haber elegido el camino más fácil y rechazar sencillamente la invitación a la boda, pero los condecorados con la Cruz Victoria nunca eluden su responsabilidad.

Elizabeth Barrington había demostrado en su examen más difícil que estaba a la altura de cualquier hombre: una auténtica Porcia, aunque por desgracia no estaba casada con un Bruto.

Mirando a mi alrededor en la sacristía, mientras esperábamos el regreso del reverendo, sentí pena sobre todo por sir Walter, que había llevado a su nieta al altar, pero en lugar de ganar un nieto había perdido a un hijo, un hijo que, tal como me había advertido el viejo Jack muchos años antes, no estaba hecho de la misma pasta que su padre.

Mi querida madre pareció temerosa de reaccionar cuando la rodeé con mis brazos para reiterarle mi amor. Era evidente que se creía la única culpable de lo sucedido aquel día.

Giles, por su parte, se hizo hombre a la fuerza el día en que su padre se escabulló de la sacristía para esconderse bajo alguna piedra fangosa, sin hacerse responsable de sus actos. Con el tiempo, muchos de los presentes acabarían por comprender que lo sucedido aquella tarde había sido tan devastador para Giles como para Emma.

Lord Harvey, por último, nos dio a todos el ejemplo de cómo comportarse en momentos de crisis. Cuando el sacerdote volvió y nos explicó las implicaciones jurídicas de la consanguinidad, nos pusimos de acuerdo en que lord Harvey dirigiera unas palabras a la congregación en nombre de las dos familias.

—Me gustaría que Harry se situase a mi derecha —dijo él—, porque quiero dejar bien claro delante de todos los presentes que él no tiene ninguna culpa, como ha dejado perfectamente establecido mi hijo Elizabeth.

»Señora Clifton —añadió después, volviéndose hacia mi madre—, espero que tenga la amabilidad de situarse a mi izquierda. Su valor en la adversidad ha sido un ejemplo para todos y, en particular, para uno de nosotros.

»Espero que el capitán Tarrant se coloque al lado de Harry. Sólo los tontos culpan al mensajero. Giles debería situarse a su lado, y sir Walter podría colocarse tal vez al lado de la señora Clifton, mientras el resto de la familia se sitúa detrás de nosotros. Permítanme que les aclare a todos —prosiguió— que no tengo más propósito en este trágico asunto que el de asegurarme de que ninguno de los presentes en esta iglesia albergue la menor sombra de duda acerca de nuestra posición, para que nadie pueda decir nunca que estamos divididos.

Sin añadir nada más, condujo al pequeño grupo fuera de la sacristía.

Cuando la ruidosa congregación vio que volvíamos a la nave de la iglesia, no hizo falta que lord Harvey pidiera silencio. Cada uno de nosotros ocupó el lugar asignado en los peldaños del altar, como si fuéramos a posar para una foto de familia destinada a figurar en el álbum de la boda.

—Amigos míos —empezó lord Harvey—, me han encomendado que les comunique, en nombre de nuestras dos familias, que desgraciadamente el matrimonio entre mi nieta Emma Barrington y el señor Harry Clifton no podrá celebrarse hoy, ni tampoco ningún otro día. —Esas tres últimas palabras tenían un carácter irrevocable que resultaba escalofriante para mí, la única persona presente que aún se aferraba a un vestigio de esperanza de que las cosas pudieran solucionarse algún día—. Debo disculparme ante todos ustedes —continuó lord Harvey— por los inconvenientes causados. Les aseguro que no ha sido nuestra intención. Para terminar, quiero agradecerles su presencia hoy aquí y desearles un viaje de regreso tranquilo y sin incidentes.

Yo no estaba seguro de lo que sucedería después, pero uno o dos asistentes a la ceremonia se levantaron de sus asientos y empezaron a salir lentamente de la iglesia; al cabo de unos momentos, el goteo se convirtió en torrente, hasta que los que estábamos de pie en los peldaños del altar fuimos los únicos que quedamos.

Lord Harvey le dio las gracias al capellán y me estrechó la mano, antes de acompañar a su mujer por el pasillo, para salir de la iglesia.

Mi madre se volvió hacia mí y trató de hablar, pero estaba abrumada por las emociones. El viejo Jack vino en nuestra ayuda y la cogió suavemente por el brazo para llevársela, mientras sir Walter tomaba a Grace y a Jessica bajo su protección. No era aquél un día que las madres o las damas de honor quisieran atesorar en la memoria.

Giles y yo fuimos los últimos en marcharnos. Mi amigo había entrado a la iglesia en calidad de padrino y ahora la abandonaba preguntándose si no sería mi hermano. Algunas personas acompañan a sus amigos en sus horas más negras, mientras que otras se apartan de ellos, pero sólo unos pocos elegidos se acercan todavía más a las personas que sufren y estrechan aún más los lazos con ellas.

Cuando nos despedimos del reverendo Styler, que no parecía encontrar palabras adecuadas para expresar su pesar, Giles y yo atravesamos con paso triste el empedrado para volver a nuestro colegio mayor. No cruzamos ni una palabra

mientras subíamos la escalera de madera hasta mi habitación, donde nos desplomamos en los viejos sillones de piel y nos sumimos en un silencio apesadumbrado.

Nos quedamos allí sentados mientras el día se transformaba lentamente en noche. De vez en cuando surgían entre nosotros retazos de conversación, que no tenían secuencia, ni sentido, ni lógica. Cuando aparecieron las primeras sombras alargadas, esos heraldos de la oscuridad que a menudo favorecen el diálogo, Giles me hizo una pregunta que ni yo mismo me había hecho en muchos años.

—¿Recuerdas la primera vez que Deakins y tú vinisteis a Manor House?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Era tu cumpleaños. Tú cumplías doce años y tu padre se negó a estrecharme la mano.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué?

—Creo que acabamos de averiguar la respuesta —respondí, tratando de no parecer demasiado insensible.

—No, nada de eso —dijo Giles con calma—. Lo que averiguamos hoy es la posibilidad de que Emma y tú seáis hermanos. Pero ahora me doy cuenta de que a mi padre le preocupaba mucho más que tú descubrieras que eras hijo suyo, y por eso mantuvo en secreto durante tantos años su aventura con tu madre.

—No veo la diferencia —dije, mirándolo a los ojos.

—Entonces intenta recordar la única pregunta que te hizo mi padre en aquella ocasión.

—Me preguntó cuándo era mi cumpleaños.

—Así es, y cuando descubrió que eras unas semanas mayor que yo, abandonó la sala sin añadir nada más. Después, cuando llegó la hora de irnos para volver al colegio, no salió de su estudio para despedirse, aunque era mi cumpleaños. Sólo hoy he comprendido el significado de sus actos.

—¿Qué importancia puede tener ese incidente menor, después de todos estos años? —pregunté.

—Fue el momento en que mi padre se enteró de que tú podías ser su primogénito, y cayó en la cuenta de que, cuando él muriera, podías ser tú, y no yo, quien heredara el título de la familia, los negocios y toda la fortuna familiar.

—Pero seguramente tu padre podrá dejar todas sus propiedades a quien él prefiera, y ciertamente no será a mí.

—Ojalá fuera tan sencillo —dijo Giles—, pero, como mi abuelo se encarga de recordarme periódicamente, su padre, sir Joshua Barrington, fue nombrado caballero en 1877 por la reina Victoria en reconocimiento a los servicios prestados a la industria naviera. En su testamento, sir Joshua especificó que todos sus títulos, activos y propiedades corresponderían, a perpetuidad, al primogénito de la familia.

—Pero yo no tengo ningún interés en reclamar lo que claramente no me corresponde —dije, tratando de tranquilizarlo.

—Ya sé que no —replicó Giles—, pero puede que no tengas voz en el asunto,

porque cuando llegue el momento, es posible que jurídicamente te veas obligado a ocupar tu puesto al frente de la familia Barrington.

Giles se marchó poco después de la medianoche para ir en su coche a Gloucestershire. Me prometió averiguar si Emma quería verme, ya que ella y yo nos habíamos separado sin despedirnos siquiera, y me aseguró que volvería a Oxford en cuanto tuviera noticias.

Esa noche no dormí. Un sinfín de pensamientos desfilaban por mi mente, y por un segundo, solamente un segundo, consideré la idea del suicidio. Pero no necesité al viejo Jack para recordar que era la solución de los cobardes.

No salí de mi habitación durante los tres días siguientes. No respondí a los suaves golpes en la puerta. No contesté al teléfono cuando sonaba. No abrí las cartas que me pasaban por debajo de la puerta. Puede que haya sido desconsiderado por mi parte no responder a quienes actuaban movidos únicamente por la amabilidad, pero a veces la abundancia de compasión puede ser más abrumadora que la soledad.

Giles volvió a Oxford al cuarto día. Antes de que abriera la boca, supe que sus noticias no me traían consuelo. Pero fueron mucho peores de lo que esperaba. Emma y su madre habían partido para el castillo de Mulgelrie, donde habíamos planeado pasar nuestra luna de miel, sin permitir que ningún familiar o conocido se acercara a menos de veinte kilómetros. La señora Barrington había dado instrucciones a sus abogados para que iniciaran su proceso de divorcio, pero éstos no habían podido presentar la documentación a su marido, porque nadie había vuelto a verlo desde que había abandonado sigilosamente la sacristía. Lord Harvey y el viejo Jack habían presentado su dimisión al consejo de la naviera, pero por respeto a sir Walter ninguno de los dos hizo públicos los motivos, aunque eso no impidió que corrieran los rumores. Mi madre había dejado el trabajo en el club de Eddie y había aceptado otro de camarera en el comedor del Grand Hotel.

—¿Y Emma? —dije—. ¿Le has preguntado...?

—No he tenido oportunidad de hablar con ella —dijo Giles—. Habían salido para Escocia antes de mi llegada. Pero dejó una carta para ti en la mesa del vestíbulo.

Sentí que el corazón se me desbocaba cuando me entregó un sobre escrito con su letra, que yo conocía tan bien.

—Cuando quieras cenar —añadió—, estaré en mi habitación.

—Gracias —dije, aunque quizá no era la respuesta adecuada.

Me senté en el sillón, junto a la ventana que dominaba el patio de Cobb, sin querer abrir una carta que sabía que no me ofrecería ni un remoto atisbo de esperanza. Finalmente, desgarré el sobre y saqué una carta de tres páginas, escritas en la pulcra caligrafía de Emma. Incluso entonces, tardé un momento en reunir valor para leer sus palabras.

*Manor House
Chew Valley
Gloucestershire
29 de julio de 1939*

Mi adorado Harry:

Es de noche y estoy en mi dormitorio, escribiendo al único amor de mi vida.

El odio profundo a mi padre, a quien nunca podré perdonar, ha sido sustituido en mí por una repentina calma, por lo que debo escribir estas líneas antes de que vuelva el amargo resentimiento para recordarme lo mucho que ese traidor nos ha arrebatado.

Ojalá hubiésemos podido separarnos como amantes, y no como desconocidos en una habitación llena de gente. Aunque el destino nos ha impedido decir «hasta que la muerte nos separe», estoy segura de que iré a la tumba habiendo amado a un solo hombre.

Nunca me conformaré solamente con el recuerdo de tu amor, y mientras subsista la más leve esperanza de que Arthur Clifton sea tu padre, ten la certeza, amor mío, de que me mantendré constante.

Mi madre está convencida de que con el tiempo tu recuerdo, como el sol de la tarde, se irá apagando hasta desvanecerse, como preludio a un nuevo amanecer. Pero ¿no recuerda que el día de nuestra boda ella misma me dijo que nuestro amor era tan puro, tan simple y tan precioso que indudablemente resistiría la prueba del tiempo? Me confesó después que nos envidiaba un poco, porque nunca había conocido una felicidad tan grande.

Pero mientras no pueda ser tu esposa, amor mío, he decidido que debemos permanecer separados, hasta el momento en que podamos demostrar, si es que tal cosa es posible, que nuestra boda es legalmente admisible. Ningún otro hombre podrá ocupar nunca tu lugar y, si fuera necesario, preferiría quedarme soltera antes que aceptar lo que sólo podría ser una falsedad.

Me pregunto si llegará el día en que me despierte sin buscarte a mi lado y si será posible que alguna vez me duerma sin susurrar tu nombre.

Renunciaría de buen grado a todo lo que me queda de vida solamente para compartir contigo otro año como el que pasamos juntos, y ninguna ley humana o divina puede cambiar lo que siento. Rezo para que llegue el día en que podamos unir nuestros destinos delante de Dios y de los hombres; pero hasta entonces, mi adorado, me seguiré considerando tu esposa.

Te quiere,

EMMA

Cuando finalmente Harry reunió coraje para abrir las innumerables cartas que tapizaban el suelo, encontró una de la secretaria del viejo Jack, enviada desde Londres.

Soho Square

Londres

Miércoles, 2 de agosto de 1939

Señor Clifton:

Quizá no reciba esta carta hasta su regreso de su luna de miel en Escocia, pero quería preguntarle si el capitán Tarrant se ha quedado en Oxford después de la boda. El lunes por la mañana no regresó a la oficina y desde entonces nadie lo ha visto, pero he pensado que quizá usted pueda indicarme dónde encontrarlo.

Le agradecería mucho una respuesta.

Atentamente,

PHYLLIS WATSON

Era evidente que el viejo Jack había olvidado decirle a la señorita Watson que pensaba ir a Bristol a pasar unos días con sir Walter, para dejar bien establecido que aunque había sido el causante de la suspensión de la boda y había dimitido del consejo de administración de la naviera, seguía siendo un buen amigo del presidente de la empresa. Como no había ninguna carta más de la señorita Watson en la pila de correspondencia sin abrir, Harry supuso que el viejo Jack habría vuelto a Soho Square y estaría otra vez en su despacho.

Pasó la mañana respondiendo a todas las cartas que había dejado sin abrir. Eran muchos los que amablemente le ofrecían su apoyo, y no podía culparlos de que sus cartas le recordaran su infelicidad. De pronto, decidió que tenía que marcharse tan lejos de Oxford como fuera posible. Levantó el auricular del teléfono y pidió a la operadora una conferencia con Londres. Media hora después, la operadora lo llamó para decirle que el número solicitado estaba permanentemente comunicando. A continuación, lo intentó con el número de sir Walter en Barrington Hall, pero el teléfono sonaba y sonaba, sin que nadie contestara. Frustrado por la imposibilidad de contactar con nadie, decidió seguir una de las máximas del viejo Jack: «Levanta el culo del asiento y haz algo positivo».

Cogió la maleta que había preparado para su luna de miel en Escocia, fue a la conserjería y le dijo al bedel que se iba a Londres y no regresaría hasta el primer día del curso.

—Si Giles Barrington pregunta por mí —añadió—, dígame que me he ido a trabajar con el viejo Jack.

—Con el viejo Jack —repitió el conserje, mientras escribía el nombre en un bloc de notas.

En el viaje en tren a Paddington, Harry leyó en el *The Times* acerca del intercambio de comunicados entre el Foreign Office y el Ministerio del Reich. Empezaba a creer que el señor Chamberlain era el único que aún creía en la posibilidad de la paz. El *The Times* predecía que Gran Bretaña entraría en la guerra en pocos días y que el primer ministro no tenía esperanzas de conservar el cargo si los alemanes desafiaban su ultimátum e invadían Polonia.

El prestigioso periódico sugería que, en ese caso, sería preciso formar un gobierno de coalición, encabezado por el ministro de Exteriores, lord Halifax («una mano segura»), y no por el impredecible e irascible Winston Churchill. Pese a la luz negativa con que *The Times* presentaba a Churchill, Harry no creía que Gran Bretaña necesitara en esos momentos de su historia a «un hombre tranquilo y razonable», sino a alguien que no retrocediera cuando fuera preciso responder a un bravucón con su propia medicina.

Cuando Harry se bajó del tren en Paddington fue recibido por una marea de uniformes de diferentes colores. Ya había decidido en qué arma se enrolaría en cuanto se declarara la guerra. Un pensamiento macabro le vino a la mente cuando se subió al autobús para Piccadilly Circus: su muerte en combate sería la solución de todos los problemas de la familia Barrington, excepto uno.

Cuando el autobús llegó a Piccadilly, Harry se bajó de un salto y se abrió camino entre la muchedumbre del West End, pasando delante de teatros, restaurantes exclusivos y clubes nocturnos excesivamente caros, cuyos propietarios parecían resueltos a ignorar toda insinuación de guerra. La cola de inmigrantes desplazados que se apiñaban delante del edificio de Soho Square parecía todavía más larga y triste que en la primera visita de Harry. Una vez más, mientras subía la escalera hasta el tercer piso, varios refugiados se apartaron, suponiéndolo parte del personal. De hecho, esperaba serlo en menos de una hora.

Cuando llegó a la tercera planta, fue directamente a la oficina de la señorita Watson. La encontró rellenando formularios, extendiendo pases ferroviarios, organizando alojamientos y entregando pequeñas sumas de dinero a personas desesperadas. Su rostro se iluminó cuando vio a Harry.

—¡Espero que el capitán Tarrant venga con usted! —fueron sus primeras palabras.

—No, no viene conmigo —contestó Harry—. Supuse que habría regresado a Londres y por eso estoy aquí. Pensé que quizá necesitarían ustedes alguien más que les eche una mano.

—Es muy amable por su parte —dijo la secretaria—, pero lo más útil que puede hacer ahora es ayudarme a localizar al capitán Tarrant. Estamos desbordados sin él.

—Lo último que supe de él fue que estaba en casa de sir Walter Barrington, en Gloucester —comentó Harry—, pero eso fue hace quince días.

—No hemos vuelto a tener noticias tuyas desde que se fue a Oxford para asistir a su boda —le contó la señorita Watson, intentando consolar a otros dos inmigrantes que no hablaban ni una palabra de inglés.

—¿Alguien ha llamado a su casa? —preguntó Harry.

—No tiene teléfono —respondió la señorita Watson—, y yo prácticamente no he vuelto a mi casa desde hace dos semanas —añadió, señalando con la cabeza una cola que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Qué le parece si empiezo por ahí y la llamo cuando sepa algo?

—¿Sería tan amable? —dijo la señorita Watson, justo en el instante en que dos niñas se echaban a llorar—. No llores. Ya veréis cómo todo se arregla —les dijo a las niñas, mientras se arrodillaba para pasarles un brazo por los hombros.

—¿Dónde vive? —preguntó Harry.

—En el número veintitrés de Lambeth Walk, en las viviendas del Príncipe Eduardo. Vaya a Lambeth en el autobús 11 y, una vez allí, pregunte. ¡Ah! Y muchas gracias.

Harry se volvió y se dirigió a la escalera, pensando que algo no encajaba. El viejo Jack nunca habría abandonado su puesto sin darle una razón a la señorita Watson.

—Olvidé preguntarle —preguntó la señorita Watson a sus espaldas—. ¿Qué tal la luna de miel?

Harry consideró que estaba suficientemente lejos como para fingir que no la había oído.

Cuando estuvo otra vez en Piccadilly Circus se montó en un autobús de dos pisos atestado de soldados. El autobús pasó por Whitehall, que estaba lleno de oficiales, y siguió por Parliament Square, donde una multitud esperaba atrapar los retazos de información que se filtraran de la Cámara de los Comunes. El autobús prosiguió su trayecto a través del puente Lambeth y Harry se bajó al llegar al Albert Embankment.

Un vendedor de periódicos que estaba voceando el último titular («¡Gran Bretaña aguarda la respuesta de Hitler!»), le indicó que girara en la segunda calle a la izquierda y en la tercera a la derecha, y añadió, para que quedara claro:

—Creí que todo el mundo sabía dónde está Lambeth Walk.

Harry echó a correr como si lo persiguieran y no se detuvo hasta llegar a un bloque de viviendas tan deteriorado que no pudo menos que preguntarse a qué príncipe Eduardo debería su nombre. Empujó una puerta que a todas luces no iba a sobrevivir mucho tiempo más en las mismas bisagras y subió rápidamente un tramo de escalera, sorteando pilas de basura que nadie había limpiado en varios días.

Cuando llegó al segundo piso, se detuvo delante del número 23 y llamó con firmeza a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar, esta vez con más fuerza, pero tampoco le contestó nadie. Bajó corriendo la escalera, en busca de alguien que trabajara en el edificio, y cuando llegó al sótano encontró a un anciano

arrellanado en un sillón todavía más viejo, fumando tabaco liado y hojeando el *Daily Mirror*.

—¿Ha visto últimamente al capitán Tarrant? —le preguntó Harry sin preámbulos.

—No, señor. Hace un par de semanas que no lo veo —dijo el hombre, que se puso de pie y prácticamente se cuadró al oír que Harry hablaba con el acento de las clases acomodadas.

—¿Tiene una llave maestra para abrir su puerta? —le preguntó Harry.

—Sí, señor, pero sólo puedo usarla en caso de emergencia.

—Le aseguro que esto es una emergencia —dijo Harry, que se dio la vuelta y volvió a subir la escalera corriendo, sin esperar respuesta.

El hombre lo siguió, aunque no tan rápidamente. Cuando lo alcanzó, abrió la puerta. Harry pasó precipitadamente de una habitación a otra, pero en ninguna encontró el menor indicio del viejo Jack. La última puerta estaba cerrada. Llamó suavemente, temiendo lo peor. Al no obtener tampoco respuesta, entró con cautela y encontró la habitación vacía, con la cama hecha. Lo primero que pensó Harry fue que el viejo Jack debía estar aún en casa de sir Walter.

Le dio las gracias al portero, bajó la escalera y salió a la calle, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Llamó a un taxi que pasaba, porque no quería perder más tiempo recorriendo en autobús una ciudad que le resultaba extraña.

—A la estación de Paddington, por favor. Tengo prisa.

—Hoy todo el mundo tiene prisa —replicó el taxista antes de arrancar.

Veinte minutos después, Harry estaba en el andén seis, pero tuvo que esperar otros cincuenta minutos más a que partiera el tren para Temple Meads. Aprovechó el tiempo para tomar un té y un sándwich («Sólo me quedan de queso, señor»), y para llamar a la señorita Watson y anunciarle que el viejo Jack no había vuelto a su apartamento. La secretaria le pareció todavía más atareada, si tal cosa era posible, que cuando la había dejado.

—Voy de camino a Bristol —le dijo Harry—. La llamaré en cuanto hable con él.

Mientras el tren salía de la capital y dejaba atrás el aire contaminado de la periferia de la ciudad para adentrarse en la límpida atmósfera del campo, Harry resolvió ir directamente a la oficina de sir Walter en el puerto, aunque eso significara encontrarse con Hugo Barrington. Localizar al viejo Jack era mucho más importante que cualquier otra consideración.

Cuando el tren se detuvo en Temple Meads, Harry se alegró de saber cuáles eran los dos autobuses que tenía que coger, sin necesidad de preguntarle al vendedor de periódicos apostado en una esquina, que voceaba a pleno pulmón:

—¡Gran Bretaña aguarda la respuesta de Hitler!

Era el mismo titular, pero anunciado con acento de Bristol. Treinta minutos después, Harry estaba ante la verja del puerto.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó un vigilante que no lo reconoció.

—Tengo una cita con sir Walter —dijo Harry, esperando que no le hiciera

preguntas.

—Desde luego, señor. ¿Conoce el camino a su despacho?

—Sí, gracias —respondió Harry.

Echó a andar lentamente hacia un edificio en el que nunca había entrado, mientras pensaba qué haría si de pronto se encontraba cara a cara con Hugo Barrington, antes de llegar al despacho de sir Walter.

Se alegró de ver el Rolls-Royce del presidente del consejo aparcado en su lugar habitual y sintió un gran alivio cuando notó la ausencia del Bugatti de Hugo Barrington. Estaba a punto de entrar en la sede de la naviera, cuando divisó a lo lejos el vagón de tren. ¿Sería posible? Cambió de dirección y se dirigió al *wagon lit*, como solía llamar el viejo Jack a su humilde morada después del segundo vaso de *whisky*.

Cuando Harry llegó al coche-cama, golpeó suavemente uno de los cristales, como si estuviera llamando a la puerta de una gran mansión. Como no salió a recibirlo ningún mayordomo, abrió él mismo la puerta y entró. Recorrió el pasillo de la primera clase y allí encontró al viejo Jack, sentado como siempre en su asiento.

Era la primera vez que lo veía con la Cruz Victoria prendida en el pecho.

Harry ocupó el asiento frente a su amigo y recordó la primera vez que se había sentado allí. Debía de tener unos cinco años y los pies no le llegaban al suelo. Después le vino a la memoria la noche en que se había escapado de San Beda, cuando el astuto caballero lo había convencido para que volviera al colegio antes del desayuno. Recordó después el día en que el viejo Jack había ido a la iglesia a escucharlo cantar, cuando empezó a cambiarle la voz. Para él, aquello había sido solamente un contratiempo menor. Después se acordó de cuando recibió la noticia de que no le habían concedido la beca para el Colegio Bristol, y esa vez sí que el contratiempo había sido importante. Pese a su fracaso, el viejo Jack le había regalado de todas formas el reloj Ingersoll que aún llevaba en la muñeca. Debió de gastarse en el reloj todos sus ahorros. En el último año de colegio de Harry, el viejo Jack había viajado a Londres para verlo en el papel de Romeo, y él le había presentado a Emma. Tampoco olvidaría nunca la ceremonia de fin de curso, cuando Jack había ocupado un lugar en el escenario como miembro del consejo de su antiguo colegio y había visto cómo Harry recibía el premio de lengua inglesa.

Y ahora ya nunca podría agradecerle sus muchos actos de amistad, ni podría devolvérselos nunca. Se quedó mirando fijamente a un hombre que había merecido todo su cariño y que nunca pensó que fuera a morir. Mientras los dos permanecían sentados en el vagón de primera clase, el sol se puso en la joven vida de Harry.

Harry vio cómo introducían la camilla en la ambulancia. «Un infarto», había dicho el médico antes de que partiera el vehículo.

No tuvo que ir a contarle a sir Walter que el viejo Jack había muerto porque al día siguiente, cuando se despertó en el vagón, el presidente de la naviera estaba sentado a su lado.

—Me dijo que ya no tenía ningún motivo para seguir viviendo —fueron las primeras palabras de sir Walter—. Los dos hemos perdido a un amigo muy querido.

La respuesta de Harry sorprendió a sir Walter.

—¿Qué piensa hacer con este vagón, ahora que el viejo Jack se ha ido?

—No permitiré que nadie lo toque, mientras yo sea presidente de la compañía —respondió sir Walter—. Guarda demasiados recuerdos personales míos.

—También míos —dijo Harry—. Cuando era niño, pasaba más tiempo aquí que en mi casa.

—Y que en el colegio —dijo sir Walter con una sonrisa nostálgica—. Yo solía observarte desde la ventana de mi despacho. Pensaba que debías de ser un niño muy especial para que el viejo Jack estuviera dispuesto a dedicarte tanto tiempo.

Harry sonrió, recordando lo mucho que se había esforzado el viejo Jack para convencerlo de que tenía que asistir a la escuela y aprender a leer y escribir.

—¿Qué harás ahora, Harry? ¿Volverás a Oxford y continuarás los estudios?

—No, señor. Mucho me temo que entraremos en guerra antes de...

—Hacia fin de mes, supongo —continuó sir Walter.

—Entonces me marcharé de Oxford de inmediato para incorporarme a la Armada. Ya le he comunicado mi intención a mi tutor, el señor Bainbridge, y él me ha asegurado que podré volver y continuar mis estudios cuando acabe la guerra.

—Típico de Oxford —comentó sir Walter—. Allí siempre piensan a largo plazo. Entonces ¿piensas ir a Dartmouth para ser oficial de la Armada?

—No, señor. Llevo toda la vida entre barcos. Además, el viejo Jack empezó de soldado raso y consiguió llegar a oficial. ¿Por qué no he de hacer yo lo mismo?

—Es cierto. ¿Por qué no? —respondió sir Walter—. De hecho, ésa era una de las razones por las que siempre lo consideramos superior al resto de nosotros, sus compañeros de armas.

—No sabía que usted y él habían servido juntos en el ejército.

—Sí, así es. Serví con el capitán Tarrant en Sudáfrica —dijo sir Walter—. Soy uno de los veinticuatro hombres cuyas vidas salvó el día que ganó la Cruz Victoria.

—Eso explica algunas cosas que nunca había entendido del todo —dijo Harry, que volvió a sorprender a sir Walter con una pregunta—: ¿Conozco yo a alguno más de esos hombres, señor?

—A Frob —respondió sir Walter—, que en aquella época era el teniente Frobisher. Al cabo Holcombe, padre del señor Holcombe. Y al joven soldado

Deakins.

—¿El padre de Deakins? —preguntó Harry.

—Sí. Lo llamábamos Sprogg. Un buen soldado, ese joven. Nunca hablaba mucho, pero era muy valiente. Perdió un brazo aquel día funesto.

Los dos hombres guardaron silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos acerca del viejo Jack, hasta que sir Walter dijo:

—Entonces, si no vas a ir a Dartmouth, muchacho, ¿puedo preguntarte cómo piensas ganar la guerra?

—Me enrolaré en cualquier barco que me acepte, siempre que vaya a luchar contra los enemigos de Su Majestad.

—En ese caso, es posible que pueda ayudarte.

—Es muy amable por su parte, señor, pero yo quiero enrolarme en un buque de guerra y no en un barco de pasajeros ni en un mercante.

Sir Walter volvió a sonreír.

—Y lo harás, muchacho. No olvides que tengo información de cada uno de los barcos que atracan en estos muelles y conozco a la mayoría de sus capitanes. De hecho, ya conocía a sus padres, cuando sus padres eran capitanes. ¿Qué te parece si subimos a mi despacho y vemos qué buques van a entrar o salir del puerto en los próximos días y, más importante aún, averiguamos si alguno de ellos te acepta a bordo?

—Es muy amable, señor, pero antes me gustaría visitar a mi madre, si no le importa. Puede que no vuelva a tener ocasión de verla hasta dentro de mucho tiempo.

—Me parece perfecto —dijo sir Walter—. Y más tarde, cuando hayas visitado a tu madre, pásate por mi despacho. Así tendré tiempo de estudiar los últimos movimientos del puerto.

—Gracias, señor. Volveré en cuanto le haya anunciado a mi madre lo que pienso hacer.

—Cuando vuelvas, dile al hombre de la verja que tienes una cita con el presidente de la naviera. De ese modo, no tendrás ningún problema para pasar los controles de seguridad.

—Gracias, señor —dijo Harry, disimulando una sonrisa.

—Y dale mis respetos a tu madre. Es una gran mujer.

Harry comprendió por qué sir Walter era el mejor amigo del viejo Jack.

Cuando entró en el Grand Hotel, un magnífico edificio victoriano del centro de la ciudad, Harry preguntó al portero cómo llegar al comedor. Atravesó el vestíbulo y se sorprendió al encontrar delante del mostrador del *maitre* una pequeña cola de clientes, a la espera de una mesa. Se puso al final de la cola, recordando que a su madre nunca le había gustado que fuera a verla en horas de trabajo al salón de té o al Hotel Royal.

Mientras esperaba, contemplaba el comedor, lleno de gente que conversaba animadamente, sin temor a que escasearan los alimentos, ni aparente intención de alistarse en el caso de que el país entrara en guerra. Grandes cantidades de comida entraban y salían de la sala a través de las puertas batientes, sobre enormes bandejas de plata, mientras un hombre vestido como un chef cortaba rodajas de rosbif y las distribuía por las mesas, seguido de otro que repartía la salsa.

Harry no veía a su madre por ninguna parte. Estaba empezando a preguntarse si Giles no le habría dicho simplemente lo que quería oír cuando de pronto apareció ella por la puerta batiente, con tres platos en equilibrio sobre los brazos. Los colocó delante de tres comensales con tanta delicadeza que prácticamente no la vieron, y enseguida volvió a la cocina. Un instante después, apareció nuevamente, con tres platillos de verduras. Cuando Harry llegó al frente de la cola, llevaba un buen rato observando a la persona que le había transmitido su energía inagotable, su entusiasmo sin límites y un espíritu inasequible a la derrota. ¿Cómo podría pagarle alguna vez a esa gran mujer todos los sacrificios que había hecho por él?

—Siento haberlo hecho esperar, señor —dijo el maître—, pero en este momento no tengo ninguna mesa libre. ¿Le importaría regresar dentro de veinte minutos, más o menos?

Harry no le dijo que en realidad no quería una mesa, y no sólo porque su madre era una de las camareras, sino porque no habría podido pagar nada de lo que figuraba en la carta, excepto quizá la salsa del rosbif.

—Volveré más tarde —replicó, tratando de parecer decepcionado.

«Unos diez años más tarde», pensó, para entonces su madre probablemente estaría al frente del restaurante. Salió del hotel con una sonrisa y cogió el autobús de vuelta a los muelles.

La secretaria de sir Walter le hizo pasar directamente al despacho del presidente y allí lo encontró Harry, inclinado sobre su escritorio, repasando las tablas de horarios, las travesías previstas y las cartas oceanográficas que cubrían cada centímetro de la superficie de la mesa.

—Siéntate, muchacho —dijo sir Walter, antes de colocarse el monóculo en el ojo derecho para mirar a Harry con gesto severo—. He tenido tiempo para pensar en nuestra conversación de esta mañana —prosiguió con voz grave— y, antes de seguir adelante, necesito estar seguro de que has tomado la decisión correcta.

—Yo estoy absolutamente seguro —contestó Harry sin un momento de vacilación.

—Es posible, pero yo estoy igualmente seguro de que Jack te habría aconsejado que volvieras a Oxford y esperaras a que te llamaran a filas.

—Puede que sí, señor. Pero en mi lugar, él no habría seguido su propio consejo.

—¡Qué bien lo conocías! —exclamó sir Walter—. De hecho, esperaba que ésa

fuera tu respuesta. Déjame que te cuente lo que he averiguado hasta ahora —prosiguió, volviendo su atención a los papeles que cubrían su mesa—. La buena noticia es que el *HMS Resolution*, buque de guerra de nuestra Armada, atracará en el puerto de Bristol dentro de un mes, más o menos, para reabastecerse a la espera de nuevas órdenes.

—¿Un mes? —dijo Harry, sin intentar disimular su frustración.

—Paciencia, muchacho —dijo sir Walter—. El motivo por el que he escogido el *Resolution* es que su capitán es un viejo amigo mío y confío en poder embarcarte como marinero de cubierta, si la otra parte de mi plan da resultado.

—Pero ¿el capitán del *Resolution* aceptará a un marinero sin experiencia en el mar?

—Probablemente no, pero si todo lo demás sale bien, serás un viejo lobo de mar cuando te embarques en el *Resolution*.

Recordando una de las observaciones favoritas del viejo Jack («No suelo aprender mucho cuando estoy hablando»), Harry decidió dejar de interrumpir a sir Walter y prestar atención.

—Vamos a ver —prosiguió el anciano—. Hay tres barcos que tienen programado zarpar de Bristol en las próximas veinticuatro horas y regresar dentro de tres o cuatro semanas, lo que significa que tendrás tiempo más que suficiente para enrolarte como marinero de cubierta en el *Resolution*.

Harry habría querido interrumpirlo, pero se contuvo.

—Empecemos con mi primera elección. El *Devonian* parte para Cuba con una carga de vestidos de algodón, patatas y bicicletas Raleigh Lenton, y está previsto que regrese a Bristol dentro de cuatro semanas, cargado de tabaco, azúcar y plátanos.

»El segundo barco de mi lista es el *SS Kansas Star*, buque de pasajeros que partirá mañana para Nueva York, con la primera marea. El gobierno de Estados Unidos lo ha contratado para repatriar a ciudadanos norteamericanos antes de que Gran Bretaña entre en guerra con Alemania.

»El tercero es un petrolero vacío, el *SS Princess Beatrice*, que viaja a Ámsterdam para reabastecerse y volverá a Bristol con una carga completa antes de fin de mes. Los tres capitanes son perfectamente conscientes de que deben volver a puerto lo antes posible, porque, en caso de que se declare la guerra, los dos mercantes serían objetivo legítimo de los alemanes y sólo el *Kansas Star* estaría a salvo de sus submarinos, que ya estarán recorriendo el Atlántico a la espera de la orden de enviar a pique cualquier cosa que lleve un estandarte rojo o azul.

—¿Qué tipo de personal necesitan esos barcos? —preguntó Harry—. Yo no tengo experiencia ni formación.

Sir Walter se puso a buscar otra vez en su escritorio y finalmente sacó otra hoja.

—El *Princess Beatrice* necesita un marinero de cubierta; el *Kansas Star* busca un pinche de cocina o quizá un camarero, y el *Devonian* quiere un cuarto oficial.

—Entonces podemos borrar de la lista al *Devonian*.

—Por curioso que pueda parecerle —dijo sir Walter—, es el empleo que me parece más adecuado para ti. El *Devonian* tiene treinta y siete tripulantes, y suele hacerse a la mar con uno o dos oficiales en prácticas, por lo que a nadie le sorprenderá que seas un novato.

—Pero ¿por qué iba a querer contratarme el capitán?

—Porque le he dicho que eres mi nieto.

Harry se dirigió por el muelle hacia el *Devonian*. La pequeña maleta que llevaba lo hacía sentir como un escolar en el primer día de curso. ¿Cómo sería el director? ¿Lo pondrían a dormir al lado de un Giles o de un Deakins? ¿Encontraría un viejo Jack? ¿Habría un Fisher a bordo?

Aunque sir Walter se había ofrecido para acompañarlo y presentarlo al capitán, a Harry no le había parecido la mejor manera de caer bien a sus nuevos camaradas.

Se detuvo un momento y contempló de cerca la antigua nave en la que pasaría todo el mes siguiente. Sir Walter le había dicho que el *Devonian* había sido construido en 1913, cuando la navegación a vela aún dominaba los océanos y un mercante motorizado era el colmo de la modernidad. Pero habían pasado veintiséis años y estaba a punto de ser retirado del servicio para ser desmantelado y vendido como chatarra.

Sir Walter también había insinuado que, como al capitán Havens sólo le faltaba un año para jubilarse, era muy probable que los armadores decidieran mandar al capitán al desguace al mismo tiempo que al barco.

En la lista de enrolamiento del *Devonian* figuraba que la tripulación era de treinta y siete hombres, pero como en muchos mercantes, el número no era del todo exacto: un cocinero y un pinche de cocina reclutados en Hong Kong no figuraban en la lista, ni tampoco el par de marineros que se habían embarcado para huir de la justicia y no tenían el menor deseo de regresar a su patria.

Harry subió lentamente la pasarela. Antes de pisar la cubierta, se quedó inmóvil, aguardando el permiso para subir a bordo. Después de tantos años de vagar por los muelles, conocía a la perfección el protocolo de los barcos. Levantó la vista hacia el puente de mando y supuso que el hombre que estaba dando órdenes debía de ser el capitán Havens. Sir Walter le había dicho que el primer oficial de un mercante debía recibir siempre el tratamiento de «capitán» a bordo de su buque, aunque de hecho ése no era su título. El capitán Havens medía poco menos de un metro ochenta y parecía más cerca de los cincuenta que de los sesenta años. Era robusto, con la tez morena y curtida por el sol, y una barba oscura pulcramente recortada, que al estar quedándose calvo le confería cierto parecido con Jorge V.

Cuando vio a Harry aguardando al final de la pasarela, el capitán dio una rápida orden al oficial que tenía a su lado en el puente y bajó a cubierta, para recibirlo.

—Soy el capitán Havens —se presentó—. Usted debe de ser Harry Clifton. —Le estrechó la mano a Harry con cálida firmeza—. Bienvenido a bordo del *Devonian*. Viene con excelentes recomendaciones...

—Tengo que advertirlo, señor —empezó Harry—, de que éste es mi primer...

—Ya lo sé —dijo Havens, bajando la voz—, pero yo en su lugar me lo callaría, si no quiere que su estancia a bordo sea un infierno. En cualquier caso, no diga que ha estado en Oxford, porque la mayoría de esta tropa —dijo, indicando a los marineros

que trabajaban en cubierta— pensará que es el nombre de otro barco. Sígame. Le enseñaré el camarote del cuarto oficial.

Harry siguió al capitán, consciente de que una docena de ojos suspicaces estudiaban todos sus movimientos.

—Hay otros dos oficiales en mi barco —dijo el capitán cuando Harry lo hubo alcanzado—. Jim Patterson, el jefe de máquinas, pasa la mayor parte del tiempo en el cuarto de la caldera, por lo que sólo lo verá a la hora de comer, y a veces ni siquiera entonces. Trabaja a mis órdenes desde hace catorce años y, francamente, no creo que esta vieja cafetera pudiera cruzar el Canal, ni mucho menos el Atlántico, si él no estuviera allá abajo para convencerla. Mi tercer oficial, Tom Bradshaw, está en el puente de mando. Lleva conmigo solamente tres años, por lo que todavía no se ha ganado los galones. Es muy reservado, pero quienquiera que le haya enseñado el oficio sabía lo que hacía, porque es un marino condenadamente bueno.

Havens empezó a bajar una estrecha escalerilla.

—Ahí está mi camarote —dijo, mientras seguía por el pasillo— y ése es el de Patterson.

Después se detuvo delante de lo que parecía el armario de las escobas.

—Y ahí está el suyo.

Empujó la puerta, que sólo se movió unos centímetros antes de topar con una estrecha cama de madera.

—No voy a entrar, porque no cabemos los dos. Encontrará la ropa sobre la cama. Cuando se haya cambiado, reúname conmigo en el puente. Zarparemos dentro de una hora. La salida del puerto será probablemente la parte más interesante del viaje, hasta que atraquemos en Cuba.

Harry se metió como pudo por la puerta entreabierta y tuvo que cerrarla, porque de lo contrario no habría tenido espacio suficiente para cambiarse de ropa. Observó las prendas que le habían dejado sobre la litera, pulcramente dobladas: dos gruesos jerséis azules de punto, dos camisas blancas, dos pantalones azules, tres pares de calcetines azules de lana y unas zapatillas de lona con gruesas suelas de goma. De verdad era como volver al colegio. Harry observó que todas las prendas tenían algo en común: parecían haber sido usadas por varias personas antes de llegar a su cama. Rápidamente, se puso sus ropas de marino y deshizo la maleta.

Como solamente había un cajón, guardó la pequeña maleta con su ropa de paisano debajo de la cama, el único mueble que cabía en el diminuto camarote. Abrió la puerta, volvió a salir al pasillo por la estrecha abertura y fue a buscar la escalerilla. Cuando la localizó, emergió nuevamente en la cubierta. Varios pares de ojos desconfiados siguieron sus movimientos.

—Señor Clifton —dijo el capitán, cuando Harry pisó por primera vez el puente de mando—, le presenté a Tom Bradshaw, tercer oficial, que sacará el barco del puerto en cuanto tengamos autorización. Por cierto, señor Bradshaw —dijo Havens—, una de nuestras misiones en este viaje será enseñar a este novato todo lo que sabemos,

para que a nuestro regreso a Bristol la tripulación del *HMS Resolution* lo tome por un viejo lobo de mar.

Si el señor Bradshaw hizo algún comentario, sus palabras quedaron sofocadas por dos largos toques de sirena, un sonido que Harry había oído en innumerables ocasiones a lo largo de los años, y que indicaba que los dos remolcadores estaban en sus puestos, preparados para acompañar al *Devonian* fuera del puerto. El capitán apretó un poco el tabaco en la cazoleta de su vieja pipa, mientras el señor Bradshaw respondía a la señal con dos toques de la sirena del barco, como confirmación de que el *Devonian* estaba listo.

—Prepárese para zarpar, señor Bradshaw —dijo el capitán, encendiendo una cerilla.

El señor Bradshaw retiró la tapa de un tubo acústico de cobre que Harry no había visto hasta ese momento.

—Avante poca, señor Patterson. Los remolcadores están en sus puestos y se preparan para escoltarnos fuera del puerto —añadió, revelando un leve acento estadounidense.

—Avante poca, señor Bradshaw —repitió una voz procedente de la sala de máquinas.

Harry miró hacia abajo por un costado del puente y vio a los hombres de la tripulación, todos ellos ocupados en las tareas asignadas. Cuatro marineros, dos en la proa y dos en la popa, estaban desenrollando gruesas maromas de los cabrestantes de la cubierta, mientras otros dos recogían la pasarela.

—Observe al piloto del remolcador —dijo el capitán entre bocanadas de humo de pipa—. Es el responsable de guiarnos fuera del puerto y de dejarnos sanos y salvos en aguas del Canal. Cuando haya cumplido su parte, el señor Bradshaw se hará cargo. Si es usted medianamente bueno para esto, señor Clifton, podrá ocupar el puesto del señor Bradshaw dentro de un año, pero no antes de que yo me jubile y de que el señor Bradshaw asuma el mando de la nave.

Como Bradshaw no hizo ni siquiera un amago de sonreír, Harry guardó silencio y siguió observando todo lo que sucedía a su alrededor.

—No permito que nadie le toque el timón a mi chica —prosiguió el capitán Havens—, a menos que esté seguro de que va a tratarla bien.

Tampoco entonces sonrió Bradshaw, aunque era posible que no fuera la primera vez que oía el comentario.

Harry se sintió fascinado ante la facilidad con que se desarrolló toda la operación. El *Devonian* se alejó del muelle y, con la ayuda de los dos remolcadores, fue saliendo lentamente del puerto, a lo largo del río Avon y bajo el puente colgante.

—¿Sabe quién construyó ese puente, señor Clifton? —preguntó el capitán, quitándose la pipa de la boca.

—Isambard Kingdom Brunel, señor —dijo Harry.

—Y ¿por qué no vivió para verlo inaugurado?

—Porque el ayuntamiento se quedó sin dinero y él murió antes de que se terminaran las obras.

El capitán frunció el ceño.

—Ahora me dirá que el puente lleva ese nombre en su honor —dijo, antes de llevarse otra vez la pipa a la boca.

No volvió a hablar hasta que los remolcadores llegaron a la isla Barry, donde hicieron sonar otros dos largos toques de sirena, soltaron los cables que los unían al barco y viraron para volver a puerto.

Puede que el *Devonian* fuera una cafetera, pero a Harry pronto le quedó claro que el capitán Havens y su tripulación sabían cómo manejarlo.

—Tome el mando, señor Bradshaw —ordenó el capitán, justo cuando otro par de ojos aparecía en el puente. El dueño de los ojos traía dos tazas de té caliente—. Habrá tres oficiales en el puente durante esta travesía, Lu, así que procura que el señor Clifton también pueda beber té.

El chino asintió y bajó a la cubierta.

Cuando las luces del puerto desaparecieron detrás del horizonte, las olas se fueron haciendo cada vez más altas, lo que provocaba un constante balanceo de la nave. Havens y Bradshaw parecían tener los pies atornillados al suelo, pero Harry tenía que agarrarse a algo de vez en cuando, para no caer. Cuando el chino volvió con la tercera taza, Harry prefirió no decirle al capitán que el té estaba frío y que su madre solía ponerle un azucarillo.

Cuando empezaba a sentirse más confiado y casi a disfrutar con la experiencia, el capitán le dijo:

—No hay mucho más que hacer esta noche, señor Clifton. ¿Por qué no baja a su camarote e intenta dormir un poco? Tendrá que presentarse en el puente a las siete y veinte, para ocuparse de la guardia del desayuno.

Harry estaba a punto de protestar cuando vio que, por primera vez, aparecía una sonrisa en el rostro del señor Bradshaw.

—Buenas noches, señor —se despidió Harry.

Tambaleándose, se dirigió hacia la escalerilla, sintiendo que más ojos aún lo observaban. Un voz suficientemente fuerte para que él la oyera dijo de pronto:

—Debe de ser un pasajero.

—No, es un oficial —dijo una segunda voz.

—¿Qué diferencia hay?

Varios hombres se echaron a reír.

Cuando estuvo en su camarote, se desvistió y se acostó en la estrecha cama. Intentó encontrar una postura cómoda, sin caerse de la cama ni rodar contra la pared cada vez que el barco se balanceaba o cabeceaba. Ni siquiera tenía una palangana donde vomitar, o un ojo de buey para echar el vómito al mar.

Mientras yacía despierto, volvió a pensar en Emma. Se preguntó si estaría todavía en Escocia o si habría vuelto a Manor House, y se dijo que tal vez ya se habría

establecido en Oxford. ¿Estaría Giles inquieto por él o le habría contado sir Walter que se había hecho a la mar con el proyecto de enrolarse en el *Resolution* en cuanto regresara a Bristol? ¿Se estaría preguntando su madre por su paradero? Quizá habría sido mejor infringir sus normas e interrumpirla mientras estaba trabajando. Por último, pensó en el viejo Jack y de pronto se sintió culpable, al darse cuenta de que no iba a regresar a tiempo para su funeral.

Lo que Harry no podía saber era que su propio funeral se celebraría antes que el del viejo Jack.

Harry se despertó con el sonido de cuatro campanadas. Se levantó de un salto, golpeándose la cabeza contra el techo, se puso rápidamente la ropa, salió al estrecho pasillo, subió corriendo la escalerilla, atravesó a toda prisa la cubierta y subió los peldaños del puente de mando.

—Siento llegar tarde, señor. Me debo de haber quedado dormido.

—No hace falta que me llames «señor» cuando estamos solos —dijo Bradshaw—. Me llamo Tom. Y, a decir verdad, llegas con una hora de adelanto. Obviamente, el capitán olvidó decirte que son siete campanadas para la guardia del desayuno, y cuatro para la guardia de las seis. Pero, ya que estás aquí, coge un momento el timón, mientras voy a orinar.

Harry se quedó de una pieza cuando se dio cuenta de que Bradshaw no estaba de broma.

—Tú simplemente procura que la flecha de la brújula señale siempre al sur-suroeste, y entonces no podrás equivocarte demasiado —añadió el segundo oficial, con un acento estadounidense más pronunciado que nunca.

Harry cogió el timón con las dos manos y clavó los ojos en la pequeña flecha negra, intentando por todos los medios que el barco siguiera avanzando en línea recta por las olas. Cuando volvió la vista atrás, descubrió que la pulcra línea recta que Bradshaw había conseguido con aparente facilidad había sido reemplazada por el tipo de curvas que solían asociarse con Mae West. Aunque Bradshaw estuvo ausente solamente unos minutos, Harry se dio cuenta de que pocas veces se había alegrado tanto de ver regresar a alguien.

El segundo oficial se puso al mando y no tardó en recuperar la línea recta ininterrumpida, aunque no tenía más que una mano sobre el timón.

—Recuerda que llevar el barco es como llevar a una mujer —dijo Bradshaw—. No te agarras a ella; la acaricias. Si la tratas con suavidad, irá por donde tú quieras. Inténtalo otra vez, mientras yo marco nuestra posición de las siete campanadas en el derrotero.

Veinticinco minutos después, cuando el capitán apareció en el puente de mando para relevar a Bradshaw, la línea de Harry en el mar tal vez no era completamente recta, pero al menos ya no parecía como si un marinero borracho llevara el timón del barco.

A la hora del desayuno, Harry tuvo oportunidad de conocer a un hombre que sólo podía ser el jefe de máquinas.

Por su tez espectral, parecía como si Jim Patterson hubiera pasado la mayor parte de su vida bajo la cubierta, y por su abultado vientre, como si el resto del tiempo lo hubiera pasado comiendo. A diferencia de Bradshaw, nunca paraba de hablar, y Harry

pronto comprendió que el capitán y él debían de ser viejos amigos.

Pronto apareció el chino, con tres platos que habrían podido estar un poco más limpios. Harry evitó el tocino grasiento y los tomates fritos, y eligió en su lugar una tostada quemada y una manzana.

—¿Por qué no dedica el resto de la mañana a conocer el barco, señor Clifton? — sugirió el capitán, cuando les retiraron los platos—. Podría incluso bajar a la sala de máquinas con el señor Patterson y ver cuánto tiempo consigue sobrevivir allá abajo.

Patterson estalló en carcajadas, cogió las dos últimas tostadas y dijo:

—Si le parece que esto está quemado, espere a pasar unos minutos conmigo.

Como un gato que se ha quedado solo en una casa nueva, Harry empezó a explorar la cubierta, intentando familiarizarse con su nuevo reino.

Sabía que el barco tenía ciento cuarenta y cinco metros de eslora y diecisiete metros de manga, y que su velocidad máxima era de quince nudos, pero no había imaginado que tendría tantas cosas que indudablemente servirían para algo y cuya utilidad él estaba seguro de poder aprender con el tiempo. También observó que no había ninguna zona de la cubierta que pudiera escapar al ojo atento del capitán desde el puente, por lo que no había oportunidad de escape para un marinero ocioso.

Bajó a la cubierta intermedia. En la sección de popa estaban los camarotes de los oficiales; en el centro, la cocina y la despensa, y en la sección de proa, un amplio espacio abierto con un montón de hamacas colgadas. Se le hacía muy difícil entender que alguien pudiera dormir en una de esas hamacas. Pero entonces vio que había media docena de marineros, que debían de haber completado la guardia nocturna y se balanceaban suavemente de un lado a otro, con el ritmo del barco, profundamente dormidos.

Una escalerilla metálica conducía a la cubierta inferior, donde vio las cajas de madera que contenían ciento cuarenta y cuatro bicicletas Raleigh, un millar de vestidos de algodón y dos toneladas de patatas. Todo estaba perfectamente amarrado y ninguna caja se abriría hasta que el barco llegara a Cuba.

Por último, bajó una escalerilla aún más angosta que llevaba a la sala de máquinas, el reino del señor Patterson. Abrió la pesada compuerta metálica y, como Sadrac, Mesac y Abednego, marchó con audacia hacia el candente horno. Se quedó un momento observando a media docena de hombres bajos, robustos y musculosos, con las camisetas manchadas de polvo negro y ríos de sudor por la espalda, que echaban paletadas de carbón en dos grandes bocas abiertas e insaciables.

Como el capitán Havens había pronosticado, pasaron solamente unos minutos antes de que Harry se viera obligado a retroceder hacia el pasillo, sudando y boqueando. Tardó un tiempo en reponerse lo suficiente para volver a la cubierta superior, donde cayó de rodillas y respiró con gusto el aire fresco. Se preguntó cómo era posible que aquellos hombres sobrevivieran en esas condiciones, cumpliendo tres

turnos de dos horas al día, siete días a la semana.

En cuanto se recuperó, volvió a subir al puente de mando, armado con un centenar de preguntas: cuál era la estrella de la Osa Mayor que señalaba la Estrella Polar, cuántas millas náuticas solía recorrer el barco en un día, cuántas toneladas de carbón se necesitaban para... El capitán las respondió todas con buen ánimo, sin parecer exasperado en ningún momento por la inagotable sed de conocimientos del joven cuarto oficial. Incluso le comentó al señor Bradshaw, durante las horas libres de Harry, que lo que más lo impresionaba del muchacho era que nunca hacía dos veces la misma pregunta.

Durante los días siguientes, Harry aprendió a comprobar la brújula sobre la línea punteada de la carta de navegación, a determinar la dirección del viento por el vuelo de las gaviotas y a mantener constante el curso del buque a pesar del oleaje. Al final de la primera semana, le permitían llevar el timón cuando uno de los oficiales se iba a comer. Por la noche, el capitán le enseñó los nombres de las estrellas y le indicó que eran tan fiables como la brújula, pero le confesó que sus conocimientos se limitaban al hemisferio norte, porque el *Devonian* nunca había cruzado el ecuador en sus veintiséis años en alta mar.

Al cabo de diez días de travesía, el capitán casi estaba deseando que se declarara una tormenta, no sólo para detener la interminable catarata de preguntas, sino para ver si había algo que alterara el pulso del joven oficial. Jim Patterson ya lo había informado de que el señor Clifton había sobrevivido una hora en el cuarto de las calderas esa mañana y que había decidido completar un turno en la sala de máquinas antes de tocar puerto en Cuba.

—Al menos allá abajo te ahorrarás su diluvio de preguntas —comentó el capitán.

—Quiere hacerlo esta semana —dijo el jefe de máquinas.

El capitán Havens se preguntaba si acabaría aprendiendo algo de su cuarto oficial. La ocasión se presentó el duodécimo día de viaje, poco después de que Harry completara su primer turno de dos horas en la sala de máquinas.

—¿Sabía que el señor Patterson colecciona sellos postales? —le preguntó Harry.

—Sí, lo sabía —replicó el capitán, confiado.

—¿Y que su colección ya vale más que su casa en Mablethorpe, porque incluye un Penny Black con los bordes sin perforar y un Cabo de Buena Esperanza triangular emitido en Sudáfrica?

—Su casa no es más que una cabaña, maldita sea —dijo el capitán, tratando de mantener el tipo, y antes de que Harry pudiera hacer otra pregunta, añadió—: Me interesaría más que averiguara tanto de Tom Bradshaw como de mi jefe de máquinas. Porque francamente, señor Clifton, sé más de usted en doce días que de mi tercer oficial en tres años, y hasta ahora nunca había considerado reservados a los norteamericanos.

Cuanto más reflexionaba Harry sobre la observación del capitán, más se daba cuenta de que él también sabía muy poco de Tom, aunque había pasado muchas horas con él en el puente. No sabía si tenía hermanos, ni qué hacía su padre para ganarse la vida, ni dónde vivía su familia, ni si tenía novia. Y sólo por su acento sabía que era estadounidense, porque tampoco le había dicho cuál era su ciudad natal, ni tampoco de qué estado procedía.

Sonaron siete campanadas.

—Ocúpese del timón, señor Clifton —dijo el capitán—, mientras yo bajo a comer con el señor Patterson y el señor Bradshaw. No dude en llamarme si divisa algo —añadió mientras abandonaba el puente—, sobre todo si es más grande que nosotros.

—Sí, señor —respondió Harry, encantado de quedar al mando de la nave, aunque sólo durante cuarenta minutos. De hecho, esos cuarenta minutos se prolongaban cada día más.

Cuando Harry preguntó cuánto faltaba para llegar a Cuba, el capitán comprendió que el precoz muchacho comenzaba a aburrirse. Havens empezaba a sentir compasión por el capitán del *HMS Resolution*, que no tenía idea de lo que se le venía encima.

Hacía un par de días que Harry se hacía cargo del timón después de cenar, para que los otros oficiales pudieran jugar unas manos de *gin rummy* antes de volver al puente, y últimamente el chino había empezado a llevarle el té caliente y con un azucarillo.

Una noche, el señor Patterson le dijo al capitán que si el señor Clifton decidía hacerse con el control del barco antes de volver a Bristol, él no sabía con seguridad si se pondría de su parte o de parte del capitán.

—¿Está pensando en promover un motín? —preguntó Havens, mientras le servía unos dedos de ron a su jefe de máquinas.

—No, pero debo advertirle, capitán, que ese novato ya ha reorganizado los turnos de la sala de máquinas, por lo que sé con seguridad de qué lado estarían mis muchachos.

—Entonces, lo menos que podemos hacer —dijo Havens, sirviéndose él mismo un vaso de ron— es ordenarle al telegrafista que envíe un mensaje al *Resolution*, advirtiéndole del peligro al que se enfrenta.

—Lo malo es que no tenemos telegrafista —objetó Patterson.

—Entonces propongo que le pongamos grilletes al muchacho —replicó el capitán.

—Buena idea, capitán. Lo malo es que no tenemos grilletes.

—Una pena. Recuérdeme que compre unos grilletes cuando llegemos a Bristol.

—Olvida que Clifton nos dejará para embarcarse en el *Resolution* en cuanto llegemos a puerto —observó Patterson.

El capitán bebió un trago de ron, antes de repetir:

—Una pena.

Harry se presentó en el puente unos minutos antes de que sonaran las siete campanadas para relevar al señor Bradshaw y que éste pudiera bajar a cenar con el capitán.

El tiempo que Tom lo dejaba a cargo del puente de mando se hacía más largo con cada guardia, pero Harry no se quejaba nunca, porque disfrutaba con la sensación de estar al mando del barco, aunque sólo fuera una hora al día.

Comprobó la flecha de la brújula y mantuvo el curso marcado por el capitán. Ya le permitían marcar la posición en la carta de navegación y escribir en la bitácora, antes de terminar la guardia.

A solas en el puente, bajo la luna llena, con el mar en calma y miles de millas de océano ante él, sus pensamientos volaron a Inglaterra. Se preguntó qué estaría haciendo Emma en ese momento.

Emma estaba sentada en su habitación, en el Somerville College de Oxford, sintonizando la BBC en la radio, para escuchar el discurso que el primer ministro, Neville Chamberlain, iba a dirigir a la nación.

Esto es la BBC, desde Londres. A continuación oirán una declaración del primer ministro:

Les hablo desde la sede del Gobierno, en el número diez de Downing Street. Esta mañana, el embajador británico en Berlín entregó al gobierno alemán un ultimátum, en el que les comunicábamos que a menos que tuviéramos noticias de que estaban dispuestos a retirar sus tropas de Polonia, antes de las once, consideraríamos que existía entre nosotros un estado de guerra. Tengo que anunciarles que no hemos recibido tales noticias y que, en consecuencia, nuestro país está en guerra con Alemania.

Pero como la radio del *Devonian* no captaba la BBC, su tripulación siguió ocupándose de sus tareas, como si fuera un día corriente.

Harry todavía estaba pensando en Emma cuando el primero pasó zumbando cerca de la proa. No supo muy bien qué hacer. No quería molestar al capitán durante la cena, por miedo a que lo reconviniere por hacerle perder el tiempo. Cuando divisó el segundo, ya no estaba perdido en sus ensoñaciones, por lo que no le cupo la menor duda de lo que estaba viendo. El objeto largo, esbelto y reluciente se deslizaba bajo la superficie del mar en dirección a la proa del buque. Instintivamente, giró el timón a estribor, pero el barco viró a babor. No había sido su intención, pero fue un error afortunado que le dio tiempo para hacer sonar la alarma, porque el objeto pasó de largo junto a la proa, fallando por varios metros.

Esta vez no lo dudó y aplastó con la palma de la mano el claxon, que emitió un

sonoro bocinazo. Instantes después el señor Bradshaw apareció en la cubierta y echó a correr hacia el puente, seguido de cerca por el capitán, que iba poniéndose la chaqueta.

Uno por uno, el resto de los integrantes de la tripulación salieron de las entrañas del barco y se dirigieron a sus puestos, suponiendo que se trataba de un imprevisto simulacro de incendio.

—¿Cuál es el problema, señor Clifton? —preguntó con calma el capitán Havens mientras entraba en el puente.

—Creo que he visto un torpedo, señor, pero como hasta ahora no había visto ninguno, no puedo estar seguro.

—¿No habrá sido un delfín que venía a buscar nuestras sobras? —sugirió el capitán.

—No, señor, no era un delfín.

—Yo tampoco he visto nunca un torpedo —admitió Havens, mientras se hacía con el timón—. ¿De qué dirección venía?

—Nornoreste.

—¡Señor Bradshaw —exclamó el capitán—, toda la tripulación a los puestos de emergencia, listos para bajar los botes salvavidas cuando yo lo ordene!

—Sí, señor —dijo Bradshaw, que se deslizó por la barandilla de la escalera e inmediatamente empezó a organizar a la tripulación.

—Señor Clifton, mantenga los ojos bien abiertos y avíseme cuando vea algo.

Harry cogió los prismáticos e inició un lento barrido del océano. Al mismo tiempo, el capitán habló por el tubo acústico:

—¡Todos los motores en reversa, señor Patterson! ¡Todo en reversa hasta nueva orden!

—Sí, señor —respondió el sorprendido jefe de máquinas, que no había oído una orden similar desde 1918.

—¡Otro más! —dijo Harry—. Nornoreste. Y viene directo hacia nosotros.

—Ya lo veo —contestó el capitán, que con un giro del timón a la izquierda consiguió eludir el torpedo por pocos metros.

Sabía que era poco probable que el truco volviera a funcionar.

—Tenía razón, señor Clifton. No era un delfín —anunció Havens como en tono casual, y después, entre dientes, añadió—: Debemos de estar en guerra. El enemigo tiene torpedos y lo único que yo tengo son ciento cuarenta y cuatro bicicletas Raleigh, unos sacos de patatas y un montón de vestidos de algodón.

Harry seguía observando atentamente el mar.

El capitán estaba tan tranquilo que Harry prácticamente no tenía sensación de peligro.

—Ahí viene otro, directamente hacia nosotros. Nornoreste también.

Havens intentó maniobrar una vez más la vieja cafetera, pero la nave no respondió con suficiente rapidez y el torpedo tocó tangencialmente la proa. Unos

minutos después, el señor Patterson anunció que se había declarado un incendio bajo la línea de flotación y que sus hombres no conseguían sofocar las llamas con los primitivos extintores del barco. Sin necesidad de que nadie se lo dijera, el capitán supo que estaban ante una tarea imposible.

—Señor Bradshaw, prepárese para abandonar el barco. Que toda la tripulación se sitúe junto a los botes salvavidas y espere nuevas órdenes.

—Sí, señor —gritó Bradshaw desde la cubierta.

Havens gritó por el tubo acústico:

—Señor Patterson, salga de ahí con sus hombres de inmediato, ¡ahora mismo!, y diríjense todos a los botes salvavidas.

—A la orden, capitán.

—Otro más, señor —dijo Harry—. Nornoroeste, directo a estribor.

El capitán volvió a girar el timón, sabiendo que esta vez no iba a poder eludir el impacto. Unos segundos después, el torpedo dio de lleno contra el buque, que comenzó a escorarse.

—¡Abandonen el barco! —gritó Havens por el altavoz—. ¡Abandonen el barco! —repitió varias veces, antes de volverse hacia Harry, que todavía estaba escudriñando el mar con los prismáticos.

—Diríjase al bote salvavidas más cercano, señor Clifton. No tiene sentido que se quede en el puente.

—Sí, señor —contestó Harry.

—Capitán —dijo una voz desde la sala de máquinas—, el compartimento número cuatro está obstruido. Estoy atrapado bajo cubierta con cinco de mis hombres.

—Vamos para allá, señor Patterson. Los sacaremos en menos que canta un gallo. Cambio de planes, señor Clifton. Sígame.

El capitán bajó corriendo la escalera, casi sin tocar los peldaños con los pies y con Harry siguiéndolo a pocos centímetros.

—Señor Bradshaw —gritó el capitán, mientras sorteaba las llamaradas que ya habían alcanzado la cubierta superior—, ordene a los hombres que ocupen sus puestos en los botes salvavidas y abandonen el barco cuanto antes.

—Sí, señor —dijo Bradshaw, agarrado a la baranda del barco.

—Necesito un remo. Y deje un bote preparado para recibir al señor Patterson y los hombres de la sala de máquinas.

Bradshaw levantó un remo de uno de los botes salvavidas y, con la ayuda de un marinero, consiguió pasárselo al capitán. Harry y Havens agarraron un extremo del remo cada uno y se dirigieron trabajosamente por la cubierta hacia la compuerta número cuatro. Harry no comprendía muy bien de qué iba a servirles un remo contra los torpedos, pero no era momento para hacer preguntas.

El capitán siguió adelante, junto al chino, que estaba de rodillas, con la cabeza baja, rezando a su dios.

—¡Métete en el bote salvavidas, condenado idiota! —gritó Havens.

Lu se puso de pie, pero no se movió. Mientras Harry pasaba a su lado, el capitán empujó al chino en dirección al tercer oficial, de tal modo que Lu trastabilló y casi cayó en brazos del señor Bradshaw.

Cuando el capitán llegó al compartimento número cuatro, metió el extremo más fino del remo en un gancho de la compuerta, dio un salto y cayó con todo el peso de su cuerpo sobre la pala. Harry no tardó en sumársele y, en poco tiempo, consiguieron levantar la maciza placa de hierro, hasta abrir un hueco de casi treinta centímetros.

—Saque a los hombres, señor Clifton, mientras yo trato de mantener abierta la compuerta —dijo Havens, cuando aparecieron dos manos por el hueco.

Harry dejó caer el remo, cayó de rodillas y se arrastró bajo la compuerta abierta. Cuando agarró al hombre por los hombros, una ola se abatió sobre él y entró en el compartimento inferior. Consiguió sacar al marinero y le gritó que se dirigiera a los botes salvavidas. El segundo hombre era más ágil y logró salir sin la ayuda de Harry, pero el tercero se encontraba en tal estado de pánico que salió como una exhalación por el hueco y chocó contra la compuerta, antes de seguir a sus compañeros en dirección a los botes. Los otros dos salieron en rápida sucesión y fueron detrás de sus camaradas hacia el último bote que quedaba en cubierta. Harry esperó unos segundos más, pero no vio ni rastro del jefe de máquinas. La nave se escoró todavía más y Harry tuvo que agarrarse a la cubierta para no caer de cabeza por el hueco de la compuerta.

Se asomó a la oscuridad y divisó una mano tendida. Asomó la cabeza a través del hueco y se estiró cuanto pudo sin caer en el agujero, pero no logró llegar a los dedos del segundo oficial. El señor Patterson intentó saltar varias veces, pero en cada intento fracasaban sus esfuerzos, por la gran cantidad de agua que le caía encima. El capitán Havens lo veía, pero no podía ir en su ayuda, porque si soltaba el remo, la compuerta habría caído con todo su peso sobre Harry.

Patterson, que para entonces tenía agua hasta las rodillas, gritó:

—¡Por el amor de Dios, vayan los dos a los botes salvavidas antes de que sea demasiado tarde!

—Ni lo sueñe —dijo el capitán—. Señor Clifton, métase ahí dentro y saque a ese cabrón. Y salga usted también.

Harry no lo dudó un momento. Bajó con los pies por delante, hasta quedar colgado del borde de la cubierta con la punta de los dedos. Finalmente, se soltó y cayó en la oscuridad. El agua agitada, aceitosa y gélida amortiguó su caída, y en cuanto recuperó el equilibrio, se agarró a las paredes, se agachó y dijo:

—Súbase a mis hombros, señor, y podrá llegar a la compuerta.

El jefe de máquinas obedeció al cuarto oficial, pero cuando estiró los brazos comprobó que aún le faltaban unos centímetros para llegar a la cubierta. Harry hizo acopio de toda la fuerza que tenía en el cuerpo para empujar a Patterson hacia arriba, hasta que logró llegar al hueco de la cubierta y quedar colgado del borde. Para entonces, el agua entraba a raudales en todos los compartimentos y el buque se

escoraba cada vez más. Harry apoyó una mano bajo cada una de las posaderas del señor Patterson y empezó a empujar como si fuera un levantador de pesas, hasta que la cabeza del jefe de máquinas asomó por la cubierta.

—Me alegro de verte, Jim —gruñó el capitán, que seguía apoyando todo su peso en el remo.

—Y yo a ti, Arnold —contestó el jefe de máquinas, mientras salía lentamente del compartimento inferior.

En ese momento, un último torpedo impactó contra el barco. El remo se partió por la mitad y la compuerta de hierro cayó sobre el jefe de máquinas, cercenándole limpiamente la cabeza, como el hacha de un verdugo medieval. El cuerpo de Patterson se precipitó al compartimento inferior y cayó al agua junto a Harry.

Harry agradeció que la oscuridad no le permitiera ver al señor Patterson. Al menos había dejado de entrar agua en la bodega, aunque eso supusiera que ya no había forma de salir.

Mientras el *Devonian* comenzaba a hundirse, Harry supuso que el capitán debía de estar muerto también, porque de lo contrario lo habría oído golpear la compuerta, tratando de encontrar la manera de sacarlo. Mientras notaba cómo subía el agua, Harry pensó en lo irónico que resultaba que fuera a morir como su padre, atrapado en el casco de un barco. Se agarró al asidero de la compuerta, en un esfuerzo final para eludir la muerte. Mientras sentía cómo el agua subía centímetro a centímetro por sus hombros, su cuello y su cabeza, multitud de rostros desfilaron ante sus ojos. Extrañas ideas surgen en la mente de un hombre cuando sabe que le quedan pocos minutos de vida.

Al menos su muerte sería una solución para muchas de las personas que quería. Emma quedaría libre de la promesa de no amar a ningún otro hombre por el resto de su vida. Sir Walter ya no tendría que preocuparse por las implicaciones del testamento de su padre. Con el tiempo, Giles heredaría el título familiar y toda la fortuna de sus mayores. Incluso Hugo Barrington podría sobrevivir, puesto que ya no tendría que demostrar que no era el padre de Harry. Sólo su querida madre...

De pronto, se oyó una tremenda explosión. El *Devonian* se partió por la mitad y, segundos más tarde, las dos mitades se levantaron como corceles encabritados, antes de que el buque se fuera a pique rápidamente.

El capitán del submarino siguió mirando por el periscopio hasta que el *Devonian* desapareció bajo la superficie del mar, dejando tras de sí un millar de vestidos de colores brillantes e innumerables cadáveres flotando sobre el agua, rodeados de patatas.

—¿Puedes decirme tu nombre?

Harry levantó la vista para mirar a la enfermera, pero no pudo mover los labios.

—¿Me oyes? —preguntó ella. También tenía acento estadounidense.

Harry logró asentir débilmente con la cabeza y ella sonrió. Oyó que se abría una puerta, y aunque no pudo ver quién entraba en la enfermería, notó que la muchacha se apartaba inmediatamente de él, por lo que dedujo que debía de ser alguien con autoridad. Aunque no los veía, oía lo que estaban diciendo, lo que le hizo sentirse como un fisgón.

—Buenas noches, señorita Craven —dijo la voz de un hombre mayor.

—Buenas noches, doctor Wallace —respondió ella.

—¿Cómo se encuentran nuestros dos pacientes?

—Uno de ellos presenta claros signos de mejoría, pero el otro sigue inconsciente.

«Entonces hemos sobrevivido por lo menos dos», pensó Harry. Habría querido decir algo al respecto, pero, aunque sus labios se movieron, no logró articular ninguna palabra.

—Y ¿seguimos sin saber quiénes son?

—Así es, pero el capitán Parker vino hace un rato para ver cómo estaban, y cuando les enseñé lo que queda de sus uniformes, dijo estar seguro de que son oficiales.

A Harry le dio un vuelco el corazón, al pensar que el capitán Havens podía haberse salvado. Oyó que el doctor se acercaba a la otra cama, pero no pudo volver la cabeza para ver quién la ocupaba. Instantes después oyó la voz del médico:

—Pobre diablo. Me sorprendería que consiga pasar la noche.

«Es evidente que no conoce al capitán Havens —habría querido decirle Harry—, porque si así fuera, no lo daría por muerto tan fácilmente».

El médico volvió a la cama de Harry y empezó a examinarlo. Harry vio entonces a un hombre de mediana edad, de rostro grave y pensativo. Cuando el doctor Wallace hubo terminado la exploración, se volvió y le susurró a la enfermera:

—Éste tiene mejor pronóstico, aunque yo le daría alrededor de un cincuenta por ciento de probabilidades, teniendo en cuenta lo que ha pasado. ¡Sigue luchando, muchacho! —dijo, volviéndose hacia Harry, aunque no sabía con certeza si el paciente podía oírlo—. Vamos a hacer todo cuanto esté en nuestra mano para mantenerte con vida.

Harry habría querido agradecerse, pero sólo consiguió inclinar levemente la cabeza, antes de que el médico se marchara.

—Si uno de los dos muere durante la noche —oyó que el médico le susurraba a la enfermera—, ¿conoce el procedimiento?

—Sí, doctor. Hay que informar de inmediato al capitán y bajar el cuerpo a la

morgue.

Harry habría querido preguntar cuántos de sus camaradas del *Devonian* estaban ya allá abajo.

—También quiero que me lo comunique a mí —añadió Wallace—, aunque suceda por la noche.

—Desde luego, doctor. ¿Puedo preguntarle qué ha decidido hacer el capitán con los que ya estaban muertos cuando los sacamos del agua?

—Teniendo en cuenta que todos eran marinos, ha dado la orden de devolver sus cuerpos al mar, mañana por la mañana, con la primera luz del alba.

—¿Por qué tan temprano?

—No quiere que los pasajeros vean cuántas vidas se perdieron anoche —respondió el médico antes de marcharse. Harry oyó que se abría la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor —contestó ella, y la puerta se cerró.

La enfermera Craven volvió al lado de Harry y se sentó junto a su cama.

—Me importan un comino las probabilidades —dijo—. Tú vas a vivir.

Harry la miró y vio a una enfermera medio oculta detrás de un blanco uniforme almidonado y una gorra blanca, pero aun así, reconoció sin dudarla la firme convicción que ardía en sus ojos.

Cuando se despertó al día siguiente la habitación estaba a oscuras, con la excepción de un resplandor en el rincón más apartado, procedente probablemente de otra habitación. Su primer pensamiento fue para el capitán Havens, que luchaba por su vida en la cama contigua. Rezó para que sobreviviera y para que juntos pudieran volver a Inglaterra, donde el capitán se jubilaría y Harry se enrolaría en el primer buque de la armada británica en el que pudiera colocarlo sir Walter.

Después volvió a pensar en Emma, y en los problemas que su muerte habría resuelto para los Barrington. Problemas que no se habían disipado.

Oyó que se abría la puerta una vez más, y unos pasos que le sonaron desconocidos entraron en la enfermería del barco. Aunque no podía ver quién era el visitante, el ruido de sus pasos le sugirió dos cosas: que era un hombre y que sabía adónde iba. Otra puerta se abrió al otro lado de la habitación y la luz se volvió más brillante.

—Hola, Kristin —dijo una voz masculina.

—Hola, Richard —fue la respuesta de la enfermera—. Llegas tarde —añadió ella, pero en tono de broma, sin amargura.

—Lo siento, cariño. Todos los oficiales tuvimos que quedarnos en el puente hasta que se suspendió la búsqueda de supervivientes.

La puerta se cerró y la luz se atenuó una vez más. Harry no tuvo manera de saber cuánto tiempo pasó hasta que volvió a abrirse la puerta (media hora, quizá una hora

entera) y se oyeron voces.

—Tienes la corbata torcida —dijo la enfermera.

—Eso no podemos permitirlo —replicó el hombre—. Alguien podría imaginar lo que hemos estado haciendo.

Ella rió, mientras él echaba a andar hacia la puerta. De pronto, se detuvo.

—¿Quiénes son esos dos?

—El señor A y el señor B. Los únicos supervivientes del rescate de ayer.

«En realidad, yo soy el señor C», habría querido decirles Harry, mientras oía que se acercaban a su cama. Cerró los ojos, porque no quería que pensarán que había estado escuchando su conversación.

La enfermera le tomó el pulso.

—Creo que el B mejora con cada hora que pasa. Me alegro, porque no podría soportar la idea de no salvar por lo menos a uno.

Dejó a Harry y se dirigió a la otra cama.

Harry abrió los ojos, volvió levemente la cabeza y vio a un hombre alto y joven, de elegante uniforme blanco con charreteras doradas. Repentinamente, la enfermera se puso a llorar. El joven le apoyó un brazo en el hombro, para consolarla. «¡No, no, no! —habría querido gritar Harry—. ¡El capitán Havens no puede morir! ¡Tenemos que volver a Inglaterra juntos!».

—¿Cuál es el procedimiento en estas circunstancias? —preguntó el joven oficial en tono formal.

—Tengo que informar de inmediato al capitán y despertar después al doctor Wallace. Cuando todos los documentos estén firmados y el traslado esté autorizado, llevarán el cuerpo a la morgue y lo prepararán para el funeral de mañana.

«¡No, no, no!»., gritó Harry, pero nadie lo oyó.

—Lo único que le pido a Dios —prosiguió la enfermera— es que nuestro país no entre en esta guerra.

—No hay nada que temer, cariño —replicó el joven oficial—. Roosevelt es demasiado astuto para dejarse involucrar en otra guerra europea.

—Eso fue lo que dijeron los políticos la otra vez —le recordó Kristin.

—¿Por qué te preocupas tanto, cariño?

Parecía inquieto.

—El A tenía más o menos tu misma edad —dijo ella—. Es posible que tuviera una novia esperándolo.

Harry se dio cuenta de que no era el capitán Havens quien estaba en la cama contigua, sino Tom Bradshaw. Fue entonces cuando tomó su decisión.

Cuando volvió a despertarse, oyó voces en la habitación contigua. Unos segundos más tarde, el doctor Wallace y la señorita Craven entraron en la enfermería.

—Debe de haber sido desolador —dijo la enfermera.

—No puedo decir que haya sido agradable —reconoció el médico—. Y fue más triste todavía porque todos fueron arrojados al mar anónimamente. Sin embargo, estoy de acuerdo con el capitán, que dijo que no puede haber mejor sepultura para un marino.

—¿Alguna novedad del otro barco? —preguntó la enfermera.

—Sí, han tenido más suerte que nosotros. Sacaron del mar once cuerpos, pero tienen tres supervivientes: un chino y dos ingleses.

Harry se preguntó si sería posible que uno de los dos ingleses fuera el capitán Havens.

El médico se inclinó, desabotonó la chaqueta del pijama de Harry y le aplicó el estetoscopio en varios puntos del pecho, escuchando con atención. Después, la enfermera le puso a Harry un termómetro en la boca.

—La temperatura está bien, doctor —dijo la enfermera, después de observar la línea de mercurio.

—Excelente. Intente que tome un poco de sopa.

—Sí, desde luego. ¿Necesita mi ayuda con alguno de los pasajeros?

—No, gracias. Ahora su principal tarea es conseguir que este hombre sobreviva. Volveré dentro de un par de horas.

Cuando se cerró la puerta, la enfermera volvió al lado de Harry. Se sentó y sonrió.

—¿Me ves? —preguntó.

Harry asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Tom Bradshaw —respondió.

— Tom —dijo el doctor Wallace cuando hubo completado su exploración de Harry—. ¿Podría decirme el nombre del oficial que murió anoche? Me gustaría escribirle a su madre y a su mujer, si estaba casado.

—Se llamaba Harry Clifton —respondió Harry, con una voz apenas audible—. No estaba casado, pero conozco bastante bien a su madre. Tenía pensado escribirle yo mismo.

—Es un buen gesto por su parte —observó Wallace—, pero aun así, me gustaría enviarle una carta. ¿Tiene su dirección?

—Sí —contestó Harry—, pero será mejor para ella que le dé yo la noticia, y no un desconocido —sugirió.

—Si le parece mejor... —respondió Wallace, sin parecer nada convencido.

—Sí, me parece —aseguró Harry con un poco más de firmeza—. Puede echar mi carta al correo cuando el *Kansas Star* regrese a Bristol, eso suponiendo que el capitán aún piense volver a Inglaterra, ahora que estamos en guerra con Alemania.

—Nosotros no estamos en guerra con Alemania —replicó Wallace.

—No, claro que no —dijo Harry, corrigiéndose rápidamente—. Y esperemos que nunca lleguemos a eso.

—Esperemos que no —convino Wallace—, pero eso no impedirá que el *Kansas Star* vuelva a Bristol. Todavía hay cientos de estadounidenses en Inglaterra, sin forma de volver a casa.

—¿No es un riesgo demasiado grande? —preguntó Harry—. Sobre todo teniendo en cuenta lo que acabamos de pasar.

—No, no lo creo —respondió Wallace—. Lo último que querrían los alemanes es hundir un buque de pasajeros nuestro, porque eso nos arrastraría al conflicto. Le sugiero que duerma un poco, Tom, porque quiero que mañana la enfermera lo saque a caminar un poco por la cubierta. Sólo una vuelta, para empezar —subrayó.

Harry cerró los ojos, pero no hizo el menor intento de dormir, porque empezaba a pensar en la decisión que acababa de tomar y en las muchas vidas que afectaría. Al asumir la identidad de Tom Bradshaw, se había concedido cierto margen para pensar en su futuro. Cuando todos se enteraran de que Harry Clifton había muerto en el mar, sir Walter y el resto de los Barrington quedarían libres de toda obligación hacia él, y Emma podría empezar una nueva vida. Era una decisión que en su opinión el viejo Jack habría aprobado, aunque Harry no comprendiera aún todas sus consecuencias.

Sin embargo, la resurrección de Tom Bradshaw planteaba nuevos problemas, a los que Harry debía prestar constante atención. No ayudaba mucho el hecho de no saber nada de su vida. Cuando la enfermera Craven le preguntaba acerca de su pasado, él se veía obligado a inventarse algo o cambiar de tema.

Bradshaw solía eludir con mucha habilidad las preguntas que no quería responder y, evidentemente, había sido un solitario. No había pisado su tierra desde hacía por lo

menos tres años y posiblemente más, por lo que su familia no estaría informada de su regreso inminente. En cuanto el *Kansas Star* llegara a Nueva York, Harry tenía pensado volver a Inglaterra en el primer barco que lo aceptara a bordo.

Su principal preocupación era evitar que su madre sufriera innecesariamente, creyendo que había perdido a su único hijo, pero el doctor Wallace le había facilitado la solución de ese problema, al prometerle que echaría al correo su carta en cuanto volviera a Inglaterra. Pero Harry aún tenía que escribirla.

Había pasado horas enteras repasando el texto mentalmente, por lo que cuando se hubo recuperado lo suficiente para empuñar la pluma, prácticamente se lo sabía de memoria y lo escribió de un tirón.

Nueva York

8 de septiembre de 1939

Mi querida madre:

He hecho todo lo posible para que recibas esta carta antes de que alguien te dé la noticia de que he muerto en alta mar.

*Como puedes ver por la fecha de arriba, no morí cuando el *Devonian* se fue a pique el 4 de septiembre pasado. De hecho, fui rescatado del mar por un barco estadounidense y estoy vivo y en perfectas condiciones. Sin embargo, se me presentó la oportunidad de asumir la identidad de otro hombre y la aproveché, con la esperanza de libraros a ti y a la familia Barrington de los muchos problemas que sin querer os he causado a lo largo de los años.*

Es importante que sepas que mi amor por Emma no ha disminuido. Al contrario. Pero no me creo con derecho a hacerla pasar el resto de su vida aferrada a la vana esperanza de que yo pueda demostrar algún día que mi padre fue Arthur Clifton y no Hugo Barrington. De este modo, al menos podrá considerar la posibilidad de rehacer su vida con otra persona. ¡Cómo envidio a ese hombre!

Tengo pensado regresar a Inglaterra en un futuro próximo. Si recibes un mensaje de un tal Tom Bradshaw, te lo habré enviado yo.

Me pondré en contacto contigo en cuanto pise Inglaterra, pero mientras tanto te ruego que guardes mi secreto con tanto empeño como guardaste el tuyo durante tantos años.

Tu hijo, que te quiere,

HARRY

Leyó la carta varias veces, antes de meterla en un sobre que marcó como estrictamente privado y confidencial. La dirigió a la viuda de Arthur Clifton, en el número 27 de Still House Lane, Bristol.

A la mañana siguiente, se la entregó al doctor Wallace.

—¿Te ves con fuerzas para dar un breve paseo por la cubierta? —preguntó Kristin.

—Seguro que sí —replicó Harry, intentando usar los giros que empleaba al hablar el novio de la enfermera, aunque le resultaran poco naturales.

Durante las largas horas que había pasado en cama, Harry había escuchado con atención al doctor Wallace y había intentado imitar su acento cada vez que se quedaba a solas, un acento que según había oído decir a Kristin, hablando con Richard, era de la Costa Este. Harry se sintió agradecido por las horas que había pasado con el doctor Paget, tratando de aprender habilidades vocales que había creído que sólo le servirían en el escenario. De pronto, tenía que actuar otra vez. Sin embargo, aún le quedaba el problema de hacer frente a la inocente curiosidad de Kristin sobre su familia y su infancia.

Buscó ayuda en una novela de Horatio Alger y otra de Thornton Wilder, los dos únicos libros que encontró en la enfermería. A partir de esa base, inventó una familia imaginaria que vivía en Bridgeport, Connecticut, integrada por un padre que trabajaba de encargado de la sucursal bancaria, una madre ama de casa que en su juventud había quedado segunda en el concurso de belleza anual del pueblo, y una hermana mayor, Sally, felizmente casada con Jake, propietario de una ferretería. Él mismo sonreía cuando recordaba el comentario del doctor Paget, que le había dicho que con su imaginación era más probable que acabara siendo escritor que actor.

Harry apoyó con cuidado los pies en el suelo y, con la ayuda de Kristin, consiguió levantarse lentamente. Se puso la bata, se apoyó en el brazo de la enfermera y salió por la puerta con paso vacilante. Subió un corto tramo de escalera y salió a la cubierta.

—¿Cuánto hace que no estabas en casa? —preguntó Kristin mientras iniciaban su lento recorrido por el barco.

Harry intentaba ceñirse siempre a lo poco que realmente sabía de Bradshaw, añadiendo aquí y allá algunos retazos de la vida de su familia imaginaria.

—Algo más de tres años —dijo—. Mi familia no se queja, porque todos saben que desde pequeño quise ser marino.

—Pero ¿cómo fuiste a parar a un barco británico?

«Buena pregunta», pensó Harry. Le habría gustado mucho saber la respuesta. Hizo como que tropezaba, para ganar tiempo y poder inventarse algo convincente. Kristin se inclinó para ayudarlo.

—Estoy bien —dijo, cuando estuvo agarrado otra vez del brazo de Kristin. Después, empezó a estornudar repetidamente.

—Quizá sea mejor que vuelvas a la enfermería —sugirió ella—. No podemos correr el riesgo de que te acatarres. Lo intentaremos de nuevo mañana.

—Lo que tú digas —respondió Harry, aliviado de no tener que contestar a más

preguntas.

Cuando ella lo hubo arropado como una madre a un niño pequeño, Harry no tardó en quedarse profundamente dormido.

El día en que el *Kansas Star* entró en el puerto de Nueva York, Harry consiguió dar once vueltas a la cubierta. Aunque no podía decírselo a nadie, estaba muy entusiasmado ante la perspectiva de ver América por primera vez.

—¿Piensas ir directamente a Bridgeport en cuanto hayamos atracado? —le preguntó Kristin, mientras daban la última vuelta—. ¿O te quedarás en Nueva York?

—No me he parado a pensarlo —respondió Harry, que verdaderamente no había reflexionado mucho sobre el asunto—. Supongo que todo dependerá de la hora a la que lleguemos —añadió, tratando de anticiparse a la siguiente pregunta de la enfermera.

—Es sólo que si te apetece pasar la noche en el apartamento de Richard en el East Side, no habría ningún problema.

—Oh, no. No quiero ser una molestia.

Kristin se echó a reír.

—¿Sabes, Tom? A veces pareces mucho más inglés que estadounidense.

—Supongo que después de tantos años de trabajar en barcos británicos uno acaba contaminándose.

—¿También fue por eso por lo que no quisiste revelarnos tu problema?

Harry se paró en seco, consciente de que en esa ocasión un tropiezo o una sucesión de estornudos no iba a bastar para salvarlo.

—Si hubieras sido un poco más franco con nosotros —prosiguió ella—, habríamos podido ayudarte antes. Pero, dadas las circunstancias, no hemos tenido más remedio que recurrir al capitán Parker y dejar que fuera él quien tomara una decisión.

Harry se desplomó en la tumbona más cercana, pero como Kristin no hizo el menor gesto de acudir en su ayuda, se supo derrotado.

—Es mucho más complicado de lo que crees —empezó—, pero puedo explicar por qué no quise involucrar a nadie más.

—No es necesario —dijo Kristin—. El capitán ya nos ha ayudado. Pero ha dicho que le gustaría preguntarte directamente cómo pensabas resolver el problema.

Harry inclinó la cabeza.

—Estoy dispuesto a responder a todas las preguntas que quiera hacerme el capitán —dijo, sintiéndose casi aliviado de que lo hubieran descubierto.

—Lo mismo que todos nosotros, el capitán quería saber cómo pensabas bajar del barco sin nada de ropa ni un centavo en tu haber.

Harry sonrió.

—Pensé que los neoyorquinos encontrarían muy elegante mi albornoz del *Kansas*

Star.

—Francamente, no creo que la gente de Nueva York te prestara atención, aunque te pasearas en albornoz por la Quinta Avenida —dijo Kristin—. Y los que se fijaran, probablemente pensarían que ibas a la última moda. Sin embargo, si prefieres ponerte otra ropa, tengo un par de camisas blancas y una chaqueta que me ha dado Richard. Es una pena que sea mucho más alto que tú, porque de lo contrario te habría podido dar también unos pantalones. El doctor Wallace ha contribuido con un par de zapatos, unos calcetines y una corbata. Nos quedaba todavía el problema de los pantalones, pero el capitán tenía unos pantalones cortos que ya no le sentaban bien.

Harry estalló en carcajadas.

—Espero que no te ofendas, Tom —prosiguió la enfermera—, pero también hemos hecho una pequeña colecta entre la tripulación —añadió, entregándole un sobre pequeño—. Creo que es más que suficiente para que puedas llegar a Connecticut.

—¿Cómo podría agradeceréte? —preguntó Harry.

—No es necesario, Tom. Estamos muy contentos de que hayas sobrevivido. Lo único que lamento es no haber podido salvar también a tu amigo Harry Clifton. Aun así, creo que te alegrará saber que el capitán Parker ha dado órdenes al doctor Wallace para que entregue personalmente a la madre de Clifton la carta que le escribiste.

Hsa mañana, Harry fue uno de los primeros en salir a cubierta, dos horas antes de que el *Kansas Star* entrara en el puerto de Nueva York. Aún tuvo que esperar cuarenta minutos para la salida del sol, y para entonces ya había decidido cómo iba a pasar su primer día en Estados Unidos.

Ya se había despedido del doctor Wallace, después de intentar agradecerle en la medida de lo posible todo lo que había hecho por él. Wallace le aseguró que le enviaría la carta a la señora Clifton en cuanto llegara a Bristol, tras avenirse a no visitarla personalmente, ante la insistencia de Harry de que se trataba de una persona con una fuerte disposición nerviosa.

Harry se conmovió cuando el capitán Parker fue a verlo a la enfermería para entregarle unos pantalones cortos y desearle buena suerte. Cuando el capitán se marchó, Kristin le dijo:

—Ahora tienes que acostarte, Tom. Necesitarás todas tus fuerzas si quieres salir para Connecticut mañana mismo.

A Tom Bradshaw le habría encantado pasar un día o dos con Richard y Kristin en Manhattan, pero Harry Clifton no podía permitirse perder más tiempo, porque Gran Bretaña estaba en guerra con Alemania.

—Cuando te despiertes por la mañana —prosiguió Kristin—, te recomiendo que subas a la cubierta de pasajeros antes del alba, y así podrás ver amanecer mientras entramos en el puerto de Nueva York. Ya sé que lo habrás visto muchas veces, Tom, pero es un espectáculo que siempre me emociona.

—A mí también —dijo Harry.

—Y cuando hayamos atracado —continuó Kristin—, ¿por qué no nos esperas a Richard y a mí, para desembarcar juntos?

Vestido con la chaqueta y la camisa de Richard, que le estaban demasiado grandes, con los pantalones cortos del capitán, demasiado largos, y los zapatos y calcetines del médico, demasiado estrechos, Harry no veía la hora de pisar tierra.

El sobrecargo había telegrafiado para anunciar al Departamento de Inmigración de Nueva York que llevaban un pasajero más a bordo, un ciudadano estadounidense llamado Tom Bradshaw. El Departamento había telegrafiado a su vez, dando órdenes para que el señor Bradshaw se presentara ante las autoridades de inmigración, que se harían cargo del asunto.

Cuando Richard lo hubiera dejado en Grand Central, Harry tenía pensado quedarse un rato dando vueltas por la estación de trenes, y volver después al puerto, donde planeaba presentarse directamente en las oficinas del sindicato de marinos mercantes, para ver si salía algún barco con destino a Inglaterra. No le importaba a qué puerto se dirigiera, siempre que no fuera Bristol.

En cuanto encontrara un buque adecuado, aceptaría cualquier oferta de trabajo, con tal de embarcarse. No le importaba si el trabajo era en el puente o en la sala de máquinas, ni le preocupaba tener que fregar la cubierta o pelar patatas. Lo único que quería era volver a Inglaterra. Si no había ningún empleo disponible, compraría el billete más barato que encontrara. Ya había mirado el interior del abultado sobre que le había entregado Kristin, y había visto dinero más que suficiente para pagar un camarote que no podía ser más pequeño que el armario de las escobas donde había dormido en el *Devonian*.

Lo entristecía pensar que cuando regresara a Inglaterra no iba a poder ponerse en contacto con ninguno de sus viejos amigos, y que debería tener cuidado incluso cuando intentara hablar con su madre. Pero desde el instante en que pisara tierra británica, su único propósito sería enrolarse en uno de los buques de guerra de Su Majestad y participar en la lucha contra los enemigos de su monarca, aun sabiendo que cada vez que el barco tocara puerto tendría que quedarse a bordo, como un prófugo de la justicia.

Los pensamientos de Harry se vieron interrumpidos por una dama. Se quedó maravillado cuando la vio por primera vez entre la niebla de la mañana. Allí estaba, erguida ante él, la Estatua de la Libertad. Había visto fotografías del emblemático monumento, pero ninguna le había permitido apreciar sus auténticas dimensiones, que lo dejaron boquiabierto, al verla sobre el *Kansas Star*, dando la bienvenida a Estados Unidos a ciudadanos e inmigrantes.

Mientras el barco avanzaba hacia el puerto, Harry se apoyó en la barandilla para contemplar Manhattan, decepcionado porque los rascacielos no le parecieran mucho más altos que algunos edificios que recordaba de Bristol. Pero entonces, con cada minuto que pasaba, fueron creciendo más y más, hasta que parecieron alcanzar el cielo, y Harry tuvo que protegerse la vista del sol para poder levantar los ojos y mirarlos.

Un remolcador de la Autoridad Portuaria de Nueva York salió a su encuentro y guió al *Kansas Star*, sin incidentes, hasta su amarradero en el muelle siete. Cuando Harry vio la alegre multitud que había acudido a recibir el barco, empezó por primera vez a sentir cierta aprensión, aunque el joven que esa mañana arribaba a Nueva York era mucho mayor y más maduro que el cuarto oficial que había zarpado de Bristol apenas tres semanas antes.

—Sonríe, Tom.

Harry se volvió y vio a Richard, con la cabeza inclinada, mirando la Kodak Brownie que tenía apoyada en el pecho. Estaba contemplando una imagen invertida de Tom, con el perfil de Manhattan como telón de fondo.

—Serás un pasajero que no olvidaré fácilmente —dijo Kristin, mientras se colocaba a su lado, para que Richard pudiera tomarles una segunda fotografía juntos.

La joven se había quitado el uniforme de enfermera y llevaba un elegante vestido de lunares, con un cinturón y zapatos blancos a juego.

—Tampoco yo os olvidaré —respondió Harry, esperando que ninguno de los dos notara lo nervioso que estaba.

—Es hora de desembarcar —dijo Richard, mientras cerraba el objetivo de su cámara.

Los tres bajaron por la amplia escalera a la cubierta inferior, donde una hilera de pasajeros ya estaba desfilando hacia el muelle, para reunirse con aliviados familiares y ansiosos amigos. Mientras recorría la pasarela, Harry se emocionó al ver cuántos pasajeros y miembros de la tripulación se le acercaban para estrecharle la mano y desearle buena suerte.

Cuando llegaron al muelle, Harry, Richard y Kristin se dirigieron a la aduana, donde se colocaron al final de una de las cuatro largas colas. La mirada de Harry saltaba de una dirección a otra. Habría querido hacer miles de preguntas, pero todas habrían revelado que era la primera vez que pisaba Estados Unidos.

Lo primero que le llamó la atención fue lo variopinta que era la población de Estados Unidos. En Bristol sólo había visto un hombre negro en toda su vida, y recordaba que se había parado para mirarlo. El viejo Jack lo había regañado, diciéndole que era una grosería y una desconsideración mirarlo de esa manera.

—¿Cómo te sentirías si todo el mundo se parara a mirarte sólo porque eres blanco? —le había preguntado.

Pero lo que más lo impresionó fue el ruido, la animación y la rapidez con que todo se desarrollaba a su alrededor. Le pareció que, comparada con Nueva York, Bristol parecía languidecer en una época remota del pasado.

Ya estaba empezando a lamentar no haber aceptado el ofrecimiento de Richard de pasar la noche en su casa y quizá quedarse unos días en una ciudad que estaba encontrando apasionante antes incluso de salir del puerto.

—¿Qué os parece si paso yo primero? —preguntó Richard, cuando estaban llegando a la cabeza de la cola—. De ese modo, podré ir a buscar el coche y os recogeré en la puerta de la terminal.

—Buena idea —dijo Kristin.

—¡El siguiente! —gritó el funcionario de aduanas.

Richard se dirigió al mostrador y entregó su pasaporte al funcionario, que miró brevemente la foto, antes de sellarlo.

—¡Bienvenido a casa, teniente de navío Tibbet! ¡Siguiente!

Harry dio un paso al frente, con la incomodidad propia de no llevar pasaporte ni ningún otro tipo de identificación, y de presentarse además con un nombre falso.

—Me llamo Tom Bradshaw —se presentó, intentando aparentar una confianza que no sentía—. Creo que el sobrecargo del *SS Kansas Star* les telegrafió para anunciar mi llegada.

El funcionario de la aduana lo miró con atención y después se puso a repasar una larga lista de nombres. Finalmente, puso una marca al lado de uno de los nombres, se volvió e hizo un gesto de asentimiento. Por primera vez, Harry reparó en dos

hombres vestidos con idéntico traje gris e idénticos sombreros grises, de pie del otro lado de la barrera. Uno de ellos le sonrió.

El funcionario selló una hoja y se la entregó a Harry.

—Bienvenido a casa, señor Bradshaw. Ha pasado mucho tiempo.

—Mucho tiempo, sí —dijo Harry.

—¡Siguiente!

—Te esperaré —le dijo Harry a Kristin, mientras ella se aproximaba al mostrador.

—Será sólo un momento —prometió ella.

Harry atravesó la barrera y entró en Estados Unidos por primera vez en su vida.

Los dos hombres de traje gris se la acercaron y uno de ellos le dijo:

—Buenos días. ¿Es usted Thomas Bradshaw?

—Sí, soy yo —dijo Harry.

No había acabado de dar su respuesta cuando el otro hombre lo inmovilizó llevándole los brazos a la espalda, mientras el primero le ponía unas esposas. Todo sucedió tan rápidamente que Harry ni siquiera tuvo tiempo de protestar.

Exteriormente conservó la calma, porque en el fondo ya había considerado la posibilidad de que alguien descubriera que no era Tom Bradshaw, sino un inglés llamado Harry Clifton. Aun así, supuso que lo peor que podía pasarle era que lo deportaran en el próximo barco a Gran Bretaña, y como eso era exactamente lo que quería, no se resistió.

Vio dos coches esperando junto a la acera. El primero era un coche negro de policía, con otro hombre vestido de gris que mantenía abierta la puerta del asiento trasero, con expresión adusta. El otro era un deportivo rojo, con Richard sentado en el capó, sonriendo.

En cuanto Richard vio que Tom salía esposado y que se lo llevaban, se puso en pie de un salto y corrió hacia él. Al mismo tiempo, uno de los oficiales empezó a leerle al señor Bradshaw sus derechos, mientras el otro lo mantenía firmemente agarrado por el codo.

—Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un abogado.

Unos segundos después, Richard estaba a su lado. Miró a los policías con gesto airado y dijo:

—¿Qué demonios están haciendo?

—Si no puede pagar un abogado, se le proporcionará uno de oficio —prosiguió el primer policía, mientras el otro no prestaba atención a la interrupción.

Richard estaba asombrado por la aparente tranquilidad de Tom, era como si no le importara que lo hubieran arrestado. Pero aun así, estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a su amigo. De un salto, se puso delante de los policías, bloqueándoles el paso, para preguntarles con voz firme:

—¿De qué está acusado el señor Bradshaw?

El inspector jefe se detuvo, miró a Richard a la cara y dijo:

—De asesinato.



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de «bestsellers», cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran «Ni un centavo más, ni un centavo menos» (1989), «Kane y Abel» (1989), «El undécimo mandamiento» (1998) y «En pocas palabras» (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.